

BIBLIOTECA NACIONAL.

Patrimonio republicano de Chile



Biblioteca Nacional. Patrimonio republicano de Chile

©Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos. 2014

Primera edición: Agosto de 2014

Inscripción N 244187

ISBN 978-956-244-292-3

Derechos exclusivos reservados para todos los países

Biblioteca Nacional de Chile
Av. Libertador Bernardo O'Higgins 651
Santiago de Chile

Telefono: 56 2 2360 5232

www.bibliotecanacional.cl

**Director de Bibliotecas, Archivos y Museos y
Representante Legal**
Alan Trampe Torrejón

Directora Biblioteca Nacional de Chile
Ana Tironi Barrios

Diseño editorial
Pilar Labra González

Correctora de puebas
Macarena Ríos Llana

La imagen de la portada corresponde al Palacio del Real Consulado, lugar donde funcionó la Biblioteca Nacional hasta 1925, cuando se trasladó al edificio actual.

Las fotografías del edificio en construcción que ilustran el texto pertenecen a los archivos del Ministerio de Obras Públicas, las demás forman parte del archivo fotográfico de la Biblioteca Nacional.

BIBLIOTECA NACIONAL.

Patrimonio republicano de Chile

Rafael Sagredo Baeza
(Editor)

dibam

DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS,
ARCHIVOS Y MUSEOS



CENTRO
DE INVESTIGACIONES
DIEGO BARROS ARANA



**Biblioteca
Nacional**
Chile

Santiago, 2014

	pág.
Presentación	9
Rafael Sagredo Baeza Biblioteca Nacional y sociedad en Chile	12
Alejandro Bancalari Molina La biblioteca en el mundo clásico: De Alejandría a la Biblioteca Nacional	26
Francisca Leiva Infante La independencia letrada	46
Iván Jaksic De colección privada a colección nacional: Los libros de Andrés Bello	68
Gertrudis Payàs La huella de la traducción en la Biblioteca Nacional	84
Sol Serrano Entre el conocimiento útil y la mera imaginación: el lector tiene la palabra	104
Sebastián Hernández La Biblioteca Nacional del siglo XX	124
Patricio Lizama Intelectuales, manifiestos y poemas en prosa: <i>Los Diez</i> y <i>Claridad</i>	142
Pedro Lastra La revista <i>Índice</i> y la Biblioteca Nacional	164
Roberto Aguirre Bello La Biblioteca Nacional en la era digital	178
Bibliografía y fuentes	193

Presentación

La Biblioteca Nacional de Chile es una de las instituciones republicanas más antiguas de América Latina. Desde su fundación en 1813 es el principal centro de acopio y preservación del patrimonio bibliográfico de Chile y, por lo tanto, un servicio público desde entonces esencial en la conformación de la identidad nacional que se delinea a lo largo de su evolución histórica.

Como lo ha hecho desde su fundación, hoy la Biblioteca Nacional debe seguir dando cuenta del quehacer cultural del país asumiendo los cambios en las formas de crear, publicar, distribuir y reutilizar los conocimientos y expresiones que conforman la memoria colectiva, permitiendo a la comunidad nacional e internacional asomarse de manera presencial, pero también remota, instantánea y simultánea, a la historia, la literatura, el arte y las ciencias, y a toda forma de expresión en que se manifiesta el patrimonio cultural.

La Biblioteca Nacional es también un espacio público, social, arquitectónico y urbano, formado por su edificio, salones y jardines, rico en densidad histórica y patrimonial; un espacio cultural público, abierto a todos; donde conviven la lectura, las exposiciones, los conciertos y conferencias; que ofrece instancias de encuentro, conocimiento, conversación, gozo y ocio. Conscientes de lo anterior, para celebrar su bicentenario la institución invitó a la comunidad a conocer su historia, su papel en nuestra comunidad, a compartir la riqueza y heterogeneidad que ofrecen sus valiosas colecciones y, sobre todo, a ser parte de su tarea. Una muestra es el libro *Biblioteca Nacional. Patrimonio republicano de Chile*, también una expresión de que su pasado tiene futuro.

Como primera institución republicana del país, la Biblioteca Nacional marca el inicio del acceso igualitario a los libros y, a través de ellos, al conocimiento, la libertad y la pertenencia a una comunidad nombrada Chile. Estos conceptos han guiado su trayectoria, y hoy multiplican su efecto gracias a la ubicuidad de sus acervos que hace posible la tecnología y el acceso remoto a través de la Biblioteca Nacional Digital y sus variados soportes.

Biblioteca Nacional. Patrimonio republicano de Chile, da cuenta a través de monografías de reputados especialistas del papel de este servicio público en la evolución histórica de Chile, aludiendo a las etapas de su desenvolvimiento, las que se confunden con las de Chile como Estado y nación;

a protagonistas y usuarios de su quehacer; y a su relación con los actores sociales en diferentes momentos. Desde su organización republicana, pasando por la consolidación nacional, la masificación y democratización del siglo XX, hasta la globalización e imprescindible digitalización de sus colecciones en el siglo XXI, la obra ofrece temas, problemas, iniciativas y, en ocasiones, las alternativas esenciales de esta trayectoria, comprendiéndolas en un contexto más amplio llamado Chile: una sociedad plenamente insertada en América y el mundo, como este libro también lo refleja.

Ana Tironi Barros

Directora Biblioteca Nacional



c.1920, fachada Biblioteca Nacional.

Rafael Sagredo Baeza 🐼

Doctor en Historia por El Colegio de México, académico del Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile y Conservador de la Sala Medina de la Biblioteca Nacional. Autor y coautor de numerosos textos sobre historia de la ciencia en Chile y América, entre los que se cuentan, *Ciencia-Mundo. Orden republicano, arte y nación en América* (2010), *La ruta de los naturalistas. Las huellas de Gay, Domeyko y Philippi* (2012) e *Historia mínima de Chile* (2014). Entre sus investigaciones recientes están las referidas al quehacer de los peritos de límites en la delimitación y demarcación de la frontera entre Argentina y Chile. Editor General de la *Biblioteca Fundamentos de la Construcción de Chile*, también ha participado en la coedición de obras de Humboldt y Darwin, entre otros naturalistas que exploraron América.



c. 1915, enfierradura del edificio en construcción.

Este libro reúne las presentaciones, temas y comentarios ofrecidos en el ciclo de conferencias que durante el 2013 se organizó para celebrar los 200 años de la Biblioteca Nacional de Chile. Entonces se convocó a estudiosos y especialistas para que, desde diversas perspectivas e intereses, abordaran el papel de la Biblioteca Nacional en nuestra sociedad y su evolución histórica. Como los lectores podrán apreciar, en *Biblioteca Nacional. Patrimonio republicano de Chile* no solo se encuentran ensayos, monografías y estudios que tienen a la Biblioteca Nacional de Chile como protagonista, estímulo fundamental o animadora de la vida cultural del país; también hallarán explicaciones sobre hitos de esta institución tan antigua como la república, como su fundación y primer centenario, y también algunas de las proyecciones que hoy se hacen respecto de su futuro en la era digital. Todos formando un conjunto que muestra el papel cohesionador de la Biblioteca Nacional, que se resume en la frase “200 años la memoria que nos une”, que acompañó cada una de sus actividades durante su bicentenario, por ser una característica imprescindible de actualizar cuando también se conmemoraron los 40 años del golpe militar de 1973.

Fotografías de la edificación y de los espacios y lectores que forman parte de la Biblioteca Nacional completan la edición. Imágenes que ofrecen un ejemplo gráfico del papel esencial de la Biblioteca en nuestra sociedad, como de la influencia de esta sobre la institución, expresadas en la construcción material del espacio que la acoge hace ya casi un siglo, en sí mismo, por su dignidad y monumentalidad, reflejo del valor social que alguna vez tuvo y que hoy recupera a través de la Biblioteca Nacional Digital. Pasando, yendo y viniendo, como los tiempos actuales lo requieren, de la materialidad de su existencia como inmueble y repositorio patrimonial, a la virtualidad que la tecnología hace posible para sus colecciones.

Los lectores de este libro encontrarán temas, reflexiones, hechos, actividades, personajes y fuentes, como libros, revistas literarias e incluso bibliotecas, todos relacionados con la Biblioteca Nacional, que muestran el quehacer indispensable, discreto en ocasiones, latente siempre, y sobre todo estimulante para muchos, que ella ha tenido en la contundente, aunque poco llamativa, tarea de dar forma a la cultura, la ciudadanía, la república y la nación. Una comunidad, Chile, que hoy, gracias a las tecnologías digitales y a los portales de la Biblioteca Nacional, se presenta y expone ante el mundo a través de diversos soportes que ofrecen las heterogéneas manifestaciones de su vitalidad, aportando así al acervo de la humanidad.

Actividad, quehacer, tarea, responsabilidad, gusto, placer y entusiasmo, entre muchas otras motivaciones que sería posible alegar para explicar las creaciones y expresiones que desde y a través de la Biblioteca Nacional se han manifestado, y de las cuales damos solo un par de casos, aspiramos,

destinados a hacer más comprensible su presencia en nuestra comunidad. Como se verá, siempre con la Biblioteca Nacional en un papel articulador, aglutinador, cohesionador incluso; aspirando a trascender las fronteras institucionales, lo público y lo privado, los límites nacionales, las ciencias y, también, la condición social, racial, sexual, económica, política, etaria, temporal y espacial de sus usuarios.

Biblioteca Nacional: proyección

Entre las instituciones fundamentales de Chile por su papel en la vida de cada persona y su proyección en la comunidad, está la Biblioteca Nacional. Ella es una de las más antiguas y propiamente republicanas pues, antes de 1810, sencillamente no existía, como tampoco la libertad que la hizo posible. De efectos perdurables, profundos y sustantivos, la Biblioteca Nacional es fruto de un proceso lento, continuo y sistemático; el resultado de una lenta acumulación, el fruto del desenvolvimiento de la humanidad en esta porción del planeta. Todo lo cual hace posible asociarla con instituciones, valores y realidades que forman parte de nuestra trayectoria histórica y, por lo tanto también, de nuestro presente y, sobre todo, futuro.

Biblioteca y república. La independencia, que hizo posible la libertad y la república, dio lugar también al hombre libre, al ciudadano y al lector, en tanto la cultura escrita fue parte del proyecto político que consagró la república. Esta, a su vez, creó un espacio público, abierto e igualitario para la comunidad que comenzaba a organizarse de manera independiente: la Biblioteca Nacional. “Para la felicidad presente y futura del país”, se lee en la proclama que le dio existencia, ofreciendo un programa, un destino, un anhelo de futuro que ha guiado su trayectoria. Fue el legado que la generación que logró la independencia dejó, “los beneficios que los presentes chilenos hacen a las generaciones futuras”, marcando así el destino de la institución con su impronta de tarea siempre en proceso.

Biblioteca y nación. Temprano en el siglo XIX la Biblioteca Nacional asumió la tarea de orientar y dar continuidad a la comunidad que es Chile a través de la formación y preservación de “una” memoria que fuera base de la identidad nacional. A través de ella Chile sería reconocido como pueblo, transformándose la Biblioteca Nacional en reflejo de una trayectoria histórica, en fuente de identidad, base de una comunidad, sustento material del patrimonio intangible común. En resumen, también de los esfuerzos individuales de los sujetos que han contribuido con sus bibliotecas privadas a dar forma a la Nacional. Es la idea de la Biblioteca como espejo de la comunidad, de la nación; verdadero mapa de la construcción intelectual y cultural de Chile; un proceso acumulativo, inclusivo y expansivo, protagonizado por hombres y mujeres de la más variada

situación y condición. Una tarea permanente, siempre inacabada, y por tanto dinámica, reflejo y producto de cada época y sus desafíos.

Biblioteca y democratización. La evolución republicana, la expansión del siglo XIX, el protagonismo de nuevos grupos sociales, la alfabetización y la instrucción primaria obligatoria, explican la valoración que en el siglo XX se hizo de manifestaciones culturales hasta entonces olvidadas, ahora reflejo de una comunidad diversa y heterogénea también en sus expresiones. La acumulación de memorias, la ampliación del concepto de patrimonio cultural, la adquisición e integración de nuevas tecnologías y soportes caracterizan la trayectoria de la Biblioteca Nacional en el siglo XX.

Reflejo y expresión de una sociedad en pleno desenvolvimiento, la Biblioteca debió también transformarse en centro indispensable de información y lectura, en medio para la educación, en proveedora de insumos para la ciencia, el saber y el desarrollo económico, prestando de este modo un servicio esencial al país que se expresa en ella a través de sus tareas de investigación, extensión y divulgación; en definitiva, de puesta en valor del patrimonio cultural.

Biblioteca y globalización. Desde su origen la Biblioteca Nacional ha estado asociada al mundo, a lo que hoy se conoce como globalización. En la proclama de su fundación se alude expresamente al hecho de que será a través de ella que los extranjeros conocerán Chile y, además, que será gracias a ella “que conozca todo el mundo que Chile compone una sola familia”, es decir, que la comunidad que sería Chile se mostraría a través de su Biblioteca Nacional.

El futuro que entonces se avistó hace años se materializó gracias a la tecnología que transformó la plataforma Biblioteca Nacional Digital y memoriachilena.cl en el portal de Chile en el mundo; una instancia que hace posible la universalidad de “lo chileno”.

La Biblioteca Nacional, en su condición de lugar de la memoria, tiene garantizada su existencia como institución indispensable e insustituible de nuestra comunidad y en tanto portal de Chile en el mundo. Ella reúne una memoria que se nutre de múltiples fuentes; una memoria variada, diversa, dinámica; que da cuenta de la vida y trayectoria de una nación, de sus intereses y desafíos; una memoria que no por heterogénea deja de formar, de dar sentido y continuidad a Chile. Una memoria que nos une y nos proyecta. Cumpliendo así el destino que sus fundadores en 1813 agudamente avizoraron para ella al asociarla a la libertad y a la existencia republicana.

Biblioteca creadora de bibliotecas

Una de las tareas propias de la Biblioteca Nacional son los libros y publicaciones periódicas, como la revista *Mapocho* fundada en 1963. Sus

primeras ediciones en el siglo XIX fueron boletines informativos sobre su quehacer y el contenido de sus colecciones, obras de referencia y documentos. Con el tiempo, fue sumando monografías, preferentemente históricas, catálogos de sus exposiciones y fuentes, numerosas ediciones de textos conservados en sus acervos, libros, papeles, periódicos de la época de la independencia, ilustraciones, entre muchos otros. Una tarea con altibajos, según la coyuntura, pero en definitiva siempre presente, latente, como una responsabilidad indispensable de cumplir cuando los recursos lo permitían.

En épocas en que conceptos como “puesta en valor del patrimonio cultural” no existían, en la Biblioteca Nacional muchos perseveraron en la convicción de que las publicaciones eran esenciales para revitalizarla y mantenerla activa, al día. El objetivo siempre fue aprovechar sus colecciones y conocer, comprender e incrementar el acervo que ella contiene a través de la investigación y la publicación de sus resultados, sea a través de colecciones de fuentes, estudios, ensayos o monografías. De este modo, con el tiempo y con los libros, la publicación de textos se transformó en una tarea indispensable y permanente.

La sistemática tarea de dar a la prensa originales y publicar, que en la actualidad se materializa en numerosas series con ya cientos de títulos, y en la reedición de clásicos de nuestra historiografía como la monumental *Historia general de Chile* de Diego Barros Arana, o de las letras, como el original *Umbral* de Jean Emar, han transformado a la Biblioteca Nacional en una creadora de colecciones de libros. Una capacidad que a propósito de su bicentenario cobró mayor ímpetu con la materialización, bajo su alero y responsabilidad editorial, de la *Biblioteca Fundamentos de la Construcción de Chile*, que coeditó con la Pontificia Universidad Católica de Chile y la Cámara Chilena de la Construcción. Una iniciativa que respondiendo también a la vocación de la institución, reúne y articula distintas entidades, personalidades, estudiosos, ciencias, conocimientos, técnicas, profesiones, saberes, capacidades, geografías y temporalidades.

La *Biblioteca Fundamentos de la Construcción de Chile* reúne 100 libros con las obras de científicos, técnicos, profesionales e intelectuales que con sus trabajos imaginaron, crearon y mostraron Chile, llamaron la atención sobre el valor de alguna región o recurso natural, analizaron un problema socioeconómico, político o cultural, o plantearon soluciones para los desafíos que ha debido enfrentar el país a lo largo de su historia. Es una colección destinada a promover la cultura científica y tecnológica, la educación multidisciplinaria y la formación de la ciudadanía, todos requisitos básicos para el desarrollo económico y social. Una serie que se ofrece al sistema educacional como un medio atractivo y novedoso para la formación de los estudiantes en valores como los del trabajo científico, técnico y

profesional, así como en los del estudio, la investigación y la exploración.

Forman parte de ella los textos de naturalistas y exploradores que como Claudio Gay, Ignacio Domeyko, Rodulfo Philippi, Amado Pissis o Francisco San Román, desde 1830 en adelante recorrieron y estudiaron el territorio nacional, identificando y valorando y representando sus recursos naturales; los de profesionales y técnicos que como Carlos Carvajal, Román Espech, Raúl Simón, Enrique Álvarez, Carlos Vattier y Santiago Machiavello, o los que escribieron la *Geografía económica de Chile* de la Corporación de Fomento de la Producción, promovieron una industria o actividad productiva particular o, decididamente, cambiaron el modelo de desarrollo del país; los de visionarios que como Eloísa Díaz, Federico Albert y Reinaldo Harnecker se ocuparon de la higiene escolar, estimularon el aprovechamiento sustentable de recursos como los bosques y el salmón, o idearon, delinearon e implementaron el Sistema Interconectado Central como parte de una política eléctrica destinada a proveer de energía al país; o los de estudiosos como Alejandro Bertrand, José Abelardo Núñez y Santiago Marín Vicuña, que abordaron temas cruciales para el país como el del salitre, las escuelas normales y los ferrocarriles y las carreteras, describiendo y proponiendo soluciones; también los de figuras intelectuales, de las letras y de la cultura, como Andrés Bello, Domingo Faustino Sarmiento, Gabriela Mistral, Darío Salas y Matilde Brandau, quienes se ocuparon de analizar la realidad social nacional, proponer iniciativas, instituciones y tareas hacia el futuro; o la obra de instituciones indispensables como la Universidad de Chile, la Oficina Central de Estadísticas, la Sociedad Nacional de Agricultura, la Oficina Hidrográfica, el Instituto de Ingenieros y el Ministerio de Industria y Obras Públicas, que a través de sus publicaciones periódicas y textos monográficos sobre asuntos como la realidad sanitaria, la población, la institucionalidad política, el desenvolvimiento de la agricultura, la exploración del litoral nacional o la infraestructura pública, contribuyeron decisivamente a dar forma al Chile que conocemos.

Los 100 libros que componen la *Biblioteca Fundamentos de la Construcción de Chile* es la puesta en valor de un patrimonio que pretende ser un aporte significativo al acervo cultural de la nación al reeditar obras fundamentales de nuestra evolución científica, técnica y socioeconómica hasta ahora inaccesibles. Una empresa cultural que hará patente, para las generaciones presentes y futuras, que el proceso de construcción de una nación es un fenómeno acumulativo, de larga duración, con múltiples y heterogéneos protagonistas -actores públicos y privados, profesionales y técnicos, gremios e individuos-, todos los cuales aportan al objetivo del desarrollo nacional a partir de sus singularidades, intereses y capacidades.

Por medio de los textos reunidos en esta biblioteca, y gracias al conoci-

miento de sus autores y de las circunstancias en que escribieron sus obras, las generaciones actuales y futuras podrán apreciar el papel de la ciencia en la evolución nacional, la trascendencia de la técnica en la construcción material del país y la importancia del espíritu innovador, la iniciativa privada, el servicio público, el esfuerzo y el trabajo en la tarea de mejorar las condiciones de vida de la sociedad. Para multiplicar su alcance, además de su versión impresa, la *Biblioteca Fundamentos de la Construcción de Chile* cuenta con una versión en la web que la hará accesible desde cualquier lugar del mundo. Respondiendo así también a los requerimientos del mundo actual.

La *Biblioteca Fundamentos de la Construcción de Chile* es una manifestación más de la obra creadora de bibliotecas de la Biblioteca Nacional, tanto como de su sensibilidad para atender a los desafíos de los tiempos, la que tiene en la Biblioteca Nacional Digital su manifestación más contundente, tanto por la amplitud de sus contenidos como por su alcance global. Expresión a su vez de la evolución de nuestra sociedad, que alguna vez creó una biblioteca, la Nacional, para fortalecerse como comunidad en libertad, tarea que hoy se actualiza como Biblioteca Nacional Digital para, de acuerdo a los tiempos, fortalecer la ciudadanía y, esencial, participar con nuestro patrimonio, en la comunidad global que es la humanidad.

Bicentenario de la Biblioteca: reflexiones

Superando las crónicas que sobre la trayectoria de la Biblioteca Nacional se han publicado, *Biblioteca Nacional. Patrimonio republicano de Chile* fue concebida como una instancia de reflexión sobre su papel en el Chile que nació en 1810; su trascendencia en la sociedad que ayudó a configurar y su participación, como institución pública y patrimonial, en el desenvolvimiento cultural e intelectual de la nación; sin olvidar por cierto a algunas de las personalidades que protagonizaron dichos procesos, ni dejar de lado a los autores y lectores que dieron forma a esa instancia de formación, placer y sociabilidad que es la lectura en sus salones o en el espacio privado de la habitación particular gracias a una publicación obtenida de sus fondos.

El conjunto ofrece una variedad de temas que hasta ahora no habían sido necesariamente relacionados con la historia de la Biblioteca Nacional, por ejemplo, el origen de las bibliotecas en la antigüedad y su evolución hasta la época moderna. Una presentación que resulta indispensable para apreciar el valor de la Biblioteca Nacional como manifestación de una cultura cuyo desenvolvimiento hunde sus raíces en el mundo clásico. Una visión de larga duración que permite aquilatar el significado y situación de la biblioteca como institución social, política y cultural.

En un espectro de tiempo más limitado, a escala humana, también

se explica el papel de algunos de los organizadores de la república en el proceso de dar forma a nuestro mundo intelectual y cultural, y con ello inevitablemente a la Biblioteca Nacional, como el caso de Andrés Bello y sus libros lo demuestra. Elocuente manifestación además, en virtud del destino de los libros de Bello, de que la vocación de toda biblioteca privada es hacerse pública. Pero también, que en medio de numerosas responsabilidades y quehaceres, los hombres públicos del siglo XIX, como Andrés Bello, Diego Barros Arana y José Toribio Medina, por solo mencionar algunos de los más aludidos en este libro, nunca olvidaron a la Biblioteca Nacional y la necesidad de fortalecerla, ya sea con sistemas de organización o, sobre todo, libros, incluso a costa de sus propias bibliotecas.

Consecuencia de los renovados estudios de la historia cultural e intelectual, este libro permite conocer también la vocación “universal”, global diríamos hoy, de la Biblioteca Nacional desde sus orígenes. Una biblioteca que nace globalizada desde el momento en que es consecuencia de la reunión de textos que, en diferentes idiomas, habían sido publicados en todas partes menos en Chile, donde en 1810 no había propiamente una imprenta. Una vocación que le es transmitida por una sociedad, aunque solo fuera su elite, ávida de conocimientos, saber y ciencia aplicada para el desenvolvimiento de la entidad, Chile, a la que estaban dando forma republicana y nacional. Por ello es que la traducción fue una actividad intelectual muy temprana, que comenzó a practicarse en medio de las luchas por la independencia, y que continuaría a lo largo de todo el siglo XIX. Nutriendo de este modo los acervos de la Biblioteca Nacional con una producción de otro modo inalcanzable; transformándose en escuela formativa de muchos intelectuales nacionales; dando lugar a una dimensión de la cultura nacional que hasta hace poco había sido totalmente ignorada por los estudiosos y menos todavía considerada como parte de nuestra realidad, como en este libro se interpreta.

El desenvolvimiento material y cultural del país es lo que ya a fines del siglo XIX permite ocuparse de los lectores, como actores fundamentales de los servicios que ofrece la Biblioteca Nacional. Aprovechando las escasas fuentes disponibles y ofreciendo por primera vez estadísticas documentadas y explicadas en función de procesos generales, se presenta aquí un trabajo sobre la evolución de los lectores y la lectura en el cambio de siglo entre el XIX y el XX, y con ellos de la noción misma de Biblioteca Nacional. Que de su función esencialmente patrimonial, ocupada en reunir el acervo que identifica y da forma a la nación, pasa también a desempeñar el papel de una biblioteca pública, preocupada de la formación intelectual de los ciudadanos. Incluso inaugurando el llamado “palacio de los libros” que la acoge hasta el día de hoy. Una transformación pro-

piciada por las demandas de los sujetos que serán sus usuarios, a su vez fruto de la expansión nacional del siglo XIX, y ante la cual la Biblioteca Nacional reacciona, mostrando así una vez más su estrecha dependencia y relación con la sociedad de la que forma parte y también contribuye a delinear.

Muestra de la efervescencia de la época es la aparición de nuevas expresiones intelectuales, una directamente al amparo de la Biblioteca Nacional, como lo fue la revista *Índice* a comienzos de la década de 1930; y la otra, a partir de 1916, como iniciativa de las ya entonces personalidades de la escena artística y cultural del país como los integrantes que dieron vida al grupo de Los Diez y a su revista *Los Diez*, quienes también utilizaron los salones de la institución para difundir sus propuestas. Ambas, iniciativas de las primeras décadas del siglo XX que aquí se ofrecen y explican en sendos artículos dedicados a cada una de ellas, los que no solo reflejan el papel señero que desempeñó la Biblioteca como instancia de expresión cultural y como espacio de acogida de los inconformistas y alternativos, sobre todo, la inquietud artística e intelectual de una época que vio surgir a figuras como Pablo Neruda, algunos de cuyos poemas y escritos se publicaron tanto en *Índice* como en *Claridad*.

Si a *Los Diez* y a *Claridad*, la publicación de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile aparecida en 1920 que también se alude en este libro, la característica que las distingue es su rebeldía, a *Índice* es la vocación latinoamericanista impulsada por sus creadores, entre los que sobresale el venezolano Mariano Picón Salas. Las tres, sin embargo, en su calidad de órganos de expresión que anticipan el valor de las publicaciones periódicas en la sociedad de masas, demuestran el papel de las revistas en el escenario cultural, artístico y político, y también su elocuencia y efectividad como medios de difusión de grupos, organizaciones y propuestas. Que no otra cosa fueron *Los Diez*, *Claridad* e *Índice*, verdaderos programas de acción que, tanto como la obra de muchos de quienes les dieron vida con sus escritos, se desarrollará a lo largo del siglo XX. En muchos aspectos, por ejemplo, y como se advierte en este libro, Los Diez fueron la vanguardia de la vanguardia. Una propuesta contracultural que, paradójicamente, también se expresó en uno de los íconos de la cultura local, la Biblioteca Nacional, la que con el ánimo plural que la ha caracterizado durante la mayor parte de su historia, dispuso de sus salones para que se manifestaran los disconformes y los nombrados contrahegemónicos.

Estas vigorosas expresiones y sus protagonistas, cuyas trayectorias se desenvuelven independientes de la Biblioteca Nacional, muestran la dilatación de la vida cultural nacional en el siglo XX. Centuria durante la cual el país expandió sus centros de enseñanza, las expresiones musicales,

escénicas y cinematográficas, su mundo editorial y las bibliotecas, muchas universitarias, municipales o de instituciones privadas; también de la Biblioteca del Congreso Nacional. Mientras, como observó Guillermo Feliú Cruz en 1963, la Biblioteca Nacional languidecía por falta de recursos. Una realidad que no cambió hasta fines de siglo y comienzos del XXI, cuando el mundo virtual y digital se hizo presente para vitalizar a la Biblioteca Nacional, devolviéndole, esta vez gracias a *memoriachilena.cl* y en la actualidad a la Biblioteca Nacional Digital, su papel de actor protagónico e indispensable de la cultura nacional. Entre otras razones, por dar vida y alimentar a ese nuevo y prácticamente imposible de identificar actor de la postmodernidad, el usuario remoto, el lector virtual que, gracias a la ubicuidad, instantaneidad y simultaneidad de la Biblioteca Nacional Digital, suma cada vez más consultas y visitas. Derribando los muros físicos de la Biblioteca, materializando su vocación ciudadana, democrática y plural, ahora en el espacio virtual que la transforma también en global.

El sitio alcanzado por la Biblioteca Nacional en el nuevo siglo, como en otras épocas, es consecuencia de haber sabido responder a las necesidades y demandas de la sociedad; aprovechando las tecnologías disponibles para formar parte del mundo globalizado, promoviendo al mismo tiempo las identidades que conviven en Chile; y, también, haber actualizado su vocación ciudadana a través del fortalecimiento del carácter heterogéneo y plural de sus colecciones, tanto por su contenido, como por los soportes en los cuales los preserva y coloca a disposición de la comunidad, nacional e internacional, como en el último trabajo de esta publicación se explica.

De este modo, este libro, acotado en sus temas, pero dilatado en sus significados y proyecciones, muestra las posibilidades de estudio que estimula abordar el papel que la Biblioteca Nacional ha cumplido y desempeña en la trayectoria nacional; pues no solo refleja los intereses y preocupaciones de nuestra sociedad, ciertamente alejados de la historia institucional, también, de forma implícita, reafirma el carácter republicano de este servicio público cuya existencia está indisolublemente ligado al destino de la sociedad de la que forma parte.



c. 1914, cimientos del edificio en construcción.



c. 1914, cimientos del edificio en construcción. Al fondo cerro Santa Lucía.

LA BIBLIOTECA EN EL MUNDO CLÁSICO:
DE ALEJANDRÍA A LA BIBLIOTECA NACIONAL

Alejandro Bancalari Molina 🐼

Profesor de Historia y Geografía, Magíster en Educación, Universidad de Concepción y Doctor en Historia, Universidad de Pisa, Italia. Su área de estudio es la Historia e Historiografía grecorromana y la metodología de la investigación histórica clásica. Actualmente es Profesor Titular de Historia Antigua y Decano de la Facultad de Humanidades y Arte de la Universidad de Concepción. Entre sus publicaciones recientes se cuentan: *Orbe romano e imperio global. La romanización desde Augusto a Caracalla*, Santiago, Editorial Universitaria, 2007.



c. 1915, enfierradura del edificio en construcción.

Introducción

En la historia del occidente cristiano, la naturaleza y función de las bibliotecas fue, por antonomasia, conservar y transmitir las creaciones literarias y científicas, preservando la memoria y el patrimonio escrito. No obstante esto, existe una multiplicidad de significados e ideas concernientes a las bibliotecas. ¿En qué consisten y cuál fue en realidad el sentido de ellas? ¿Qué importancia y funciones tuvieron dentro de la sociedad? ¿Por qué presentan modelos diversos? ¿De qué manera estos centros están vinculados a las diversas prácticas de la lectura? ¿Cómo estas entidades culturales representan, con registro escrito, una realidad política y social?

Su génesis y espectacularidad en el mundo helenístico con Alejandría, trascendió a todas las bibliotecas. De ahí la variedad de tipologías y los requisitos para su nacimiento; aspectos económicos y de organización. ¿Cuál fue el público lector y su nivel de consulta; de qué manera utilizaron métodos y técnicas de archivos y ordenación; cuáles fueron los criterios de inclusión y exclusión de los textos? ¿Fueron acaso receptáculos de una memoria cultural y escritural, en donde las bibliotecas del mundo grecorromano representaban la memoria de una comunidad y una garantía de continuidad con el pasado? o ¿solo sus intenciones y propósitos de nacimiento y desarrollo, se debieron a intereses de las elites dirigentes para alfabetizar y a su vez controlar a una determinada sociedad? ¿No es por accidente que las bibliotecas se vuelven centros políticos y administrativos como fue el caso de Alejandría y Roma? Estos y otros puntos que conciernen a la naturaleza y esencia de las bibliotecas en el mundo clásico y sus proyecciones en la Europa occidental, es lo que examinamos.

Los precedentes en el mundo griego

El término *bibliotheca* es de origen griego, dividido en *biblion* (= papiro o pergamino) y *theke* (= depósito); literalmente, “lugar donde se guardan libros”. Fue Isidoro de Sevilla, en el siglo VI, quien realizó en forma sistemática un estudio sobre las bibliotecas (Isidoro, *Etymologias*, VI, 3) y, en particular, los ecos y la memoria dejada por Alejandría. Con antelación a su nacimiento y de acuerdo a la tradición hebraica y griega, tanto el antiguo testamento (recopilado por Esdras, hacia mediados del siglo V a.C.), como los poemas homéricos (gracias al aporte de Pisístrato), fueron considerados como “dos bibliotecas” que contenían todo¹. En el mundo griego, en la transición de la época arcaica a la clásica, predominaba todavía la comunicación oral. El uso y el manejo de la “palabra”, era el vehículo imprescindible de comunicación entre los miembros de las diversas *poleis*.

Sin embargo, hacia fines del siglo V a.C., el libro irrumpe en forma significativa, ya sea para la fijación y conservación de los textos o con el solo fin del placer de la lectura². Una lectura que fue “silenciosa”³, pero sobre todo en “voz alta”, modalidad que hizo que el libro se convirtiera en algo más “animado”⁴ y comenzara a difundirse.

Será en el período helenístico y con la figura enciclopédica de Aristóteles cuando se produce un punto de inflexión relevante. Existe el desarrollo –aunque sea de la elite– de una sociedad más alfabetizada que utiliza sus habilidades para la lectura⁵. Surgen obras con variedad de argumentos; hay una preocupación por conservar los originales, hacer copias y coleccionarlos; se aprecia un interés por la lectura, por la compra y venta de los escritos. El libro circula libremente y con ello se difunde el conocimiento. Selló el pasaje revolucionario de la cultura oral, auditiva a la cultura escrita; en el fondo, un “fenómeno sociológico irreversible”⁶. Aristóteles tuvo entre otros méritos, el recopilar una amplia colección de textos (Estrabón, *Geografía*, XIII, 1, 54) en campos que fueron de la poesía a la historiografía, y de la filosofía a la ciencia⁷. En forma paralela al esfuerzo de Aristóteles, el político ateniense Licurgo (338–325 a.C.), promulgó un decreto que obligaba a conservar las copias de las obras escritas del modo más fidedigno de acuerdo a los originales. Según Lionel Casson, estos dos eventos (la biblioteca de Aristóteles y el decreto de Licurgo), junto a la existencia de un nivel de alfabetización y de un constante interés por la actividad intelectual, pueden considerarse como los “prerrequisitos” para la creación de la biblioteca pública de Alejandría⁸.

La biblioteca de Alejandría

Es inapropiado e imposible disociar a Alejandría, el puerto y la ciudad más importante del mundo antiguo después de Roma, de su aspecto cultural y como ente vertebrador de su famosa biblioteca⁹. Sobre sus orígenes permanecen todavía algunos datos inciertos, sin embargo, las

2 Guglielmo Cavallo y Roger Chartier, *Historia de la lectura en el mundo occidental*, p. 18.

3 Jesper Svenbro, “La Grecia arcaica y clásica. La invención de la lectura silenciosa”, pp. 55–93.

4 Cavallo y Chartier, *op. cit.*, p. 24.

5 William Harris, “Why Did the Codex Supplant the Book–Roll?”, pp. 327–329.

6 María Luisa Agati, *Il libro manoscritto da Oriente a Occidente. Per una codicologia comparata*, p. 47.

7 Canfora, *op. cit.*, p. 7. En realidad, Aristóteles creó en el fondo el primer ejemplo de una biblioteca personal.

8 Lionel Casson, *Biblioteche del mondo antico*, pp. 35–36.

9 Una síntesis como mito, realidad y proyecciones en Mónica Berti y Virgilio Costa, *La Biblioteca di Alessandria. Storia di un paradiso perduto*, pp. 197–213.

1 Luciano Canfora, *La Biblioteca Scomparsa*, p. 5.

fuentes concuerdan que bajo la dinastía de los Ptolomeos o Lágidas, hacia comienzos del siglo III a.C., se produjo la iniciativa de su fundación. ¿Qué los motivó a crear una biblioteca tan vasta y compleja para esa época en una ciudad recién fundada? ¿Qué fue lo que determinó y cuáles fueron las razones para llevar a cabo tal empresa? Sin duda que las brillantes campañas de Alejandro Magno, la eclosión de un nuevo mundo interconectado: el helenismo y la figura mítica del homónimo fundador, preservado por los cuatro primeros reyes intelectuales de los Ptolomeos, fueron fuertes y concretas condicionantes para el surgimiento de la biblioteca. Entre los primeros métodos utilizados para la adquisición de libros de todo tipo de temas, privilegiando en lo posible los originales, se encuentran la copia, la compra directa de ellos y también la confiscación de manuscritos encontrados en las naves que hacían escala en Alejandría. En general, los Ptolomeos tuvieron una política de adquisición de libros: los que no podían comprar los requisaban. De acuerdo a un testimonio del médico Galeno, el rey Ptolomeo III (246–221 a.C.), escribió a los soberanos de todo el mundo, pidiéndoles que le prestaran sus libros para hacer copias. Cuando Atenas le envió las obras de Eurípides, Esquilo y Sófocles, se hicieron las copias, pero jamás devolvieron los originales y, alegremente, renunciaron a la fortuna de quince talentos depositados como fianza. Al recordar ciertos textos sobre medicina que corrieron el mismo destino, Galeno relata cómo los oficiales de la aduana tenían la orden de confiscar todos los libros existentes en las naves que pasaban, para copiarlos después en la biblioteca (Galeno, *Tratados Filosóficos y autobiográficos, Comentario sobre las epidemias hipocráticas* III, XVII A. 606 K.)¹⁰. Los originales se almacenaban en ella y eran marcados en un catálogo denominado como “de las naves”, de donde proviene la expresión “biblioteca nave” para la colección central. Si tenían suerte, los dueños de los libros recibirían copias, pero se puede suponer que muchos viajeros abandonaron Alejandría sin sus ediciones originales¹¹.

Entre las maravillas de Alejandría, destaca el célebre museo creado por Ptolomeo I. Esta institución académica tuvo como propósito original reunir los diversos saberes del conocimiento, de ahí la denominación de “casa de las musas”. Instalado al interior del palacio real, con numerosas salas y jardines, sobresale la insigne biblioteca que reunía los rollos

10 Véanse Canfora, *op. cit.*, p. 9; Roy MacLeod (editor), *The Library of Alexandria: Centre of Learning in the Ancient World*, pp. 4–5; y Casson, *op. cit.*, pp. 40–41.

11 Los libros retenidos eran copiados, permaneciendo siempre el original en la biblioteca, creando un apartado especial, llamado “fondo de los barcos”. Rossana Morriello, “Storia e mito della Biblioteca di Alessandria nel romanzo di Denis Guedj”, pp. 62–63. Podemos colegir, entonces, que desde el punto de vista actual, la biblioteca tenía muy pocas consideraciones con la propiedad intelectual o el derecho de autor (algo desconocido en aquella época).

de papiro provenientes de todas partes y atesoraba el conocimiento de diversas disciplinas: filosofía, astronomía, geometría, geografía, literatura y fisiología humana. En esta combinación de museo-biblioteca y de investigación-estudio de los especialistas y eruditos que frecuentaban la biblioteca, surgieron los maliciosos comentarios acuñados por el filósofo escéptico y satírico de la época, Timón de Fliunte (320–230 a.C.), el que recalaba: “En el atestado Egipto, se les da de comer a numerosos ratones de bibliotecas ermitaños, quienes discuten sin cesar en el gallinero de las musas”¹². Del período helenístico, la primera información y discusión externa en torno a la biblioteca, surge de la llamada Carta de Aristeo (180–145 d.C.), que de acuerdo a la tradición habría sido escrita por un erudito judío que trabajaba en la biblioteca traduciendo el antiguo testamento al griego¹³. A la vez, el documento de Aristeo nos transmite un coloquio imaginario entre Ptolomeo II, el Filadelfo (285–246 a.C.) —en ocasión de una visita del soberano a la biblioteca— quien tuvo el mérito de fundarla e incrementarla velozmente. Y Demetrio Falero, cuya misión consistió en llevar a cabo esta loable iniciativa cultural; en el fondo, fue su primer director.

El famoso museo ayudó mucho al crecimiento cultural e intelectual de la ciudad. A partir de esta institución surge la biblioteca. Su estructura física resaltaba por un pórtico y en la parte posterior, se encontraban las dependencias que sirvieron para almacenar y archivar los textos. Tanto los Ptolomeos como sus directores¹⁴, se preocuparon de recolectar todos los libros de los diferentes pueblos de la tierra. Una vez que se adquirieron los textos, se desarrolló un sistema de catalogación. Los rollos poseían una pequeña identificación en sus extremos, señalando el nombre del autor y su procedencia. A partir de estas etiquetas, eran inventariados y ordenados los manuscritos como modo de clasificación, transformándose con el tiempo en una de las grandes contribuciones de la biblioteca de Alejandría¹⁵. A esta primera clasificación, le siguió una todavía más monumental y práctica, realizada en 120 volúmenes por Calímaco de Cirene —notable intelectual y probable segundo director— denominado tradicionalmente *Pinakes*: “tablas” o “catálogos”¹⁶. Consistía en un estudio

12 Citado en Robert Barnes, “Cloistered Bookworms in the Chicken-Coop of the Muses: The Ancient Library of Alexandria”, pp. 61–77.

13 Sobre el célebre y más antiguo testimonio relativo a los orígenes y desarrollo de la biblioteca de Alejandría, véanse Canfora, *op. cit.*, p. 8 y MacLeod, *op. cit.*, p. 2.

14 El gramático Zenódoto de Éfeso, fue el primer director y estableció un texto fidedigno de los poemas homéricos.

15 Casson, *op. cit.*, p. 43, explica que el orden alfabético incluía solo la primera letra y que será a partir del siglo II d.C. cuando surgirá el sistema alfabético completo.

16 El nombre íntegro de la compilación de Calímaco, era: *Tablas de Personas Eminentes en*

bibliográfico que clasificaba a todos los autores griegos en diversas categorías (= tablas), separando la poesía de la prosa. De ahí las desglosó en un catálogo más completo entre poetas trágicos, cómicos y líricos, historiadores, rétores, filósofos, médicos y una “tabla miscelánea”. En cada una de ellas se encontraba el nombre de los autores en orden alfabético, acompañado por una diminuta descripción biográfica para diferenciarlos. A continuación, venía la lista de las obras del autor (en muchos casos se ocuparon varias columnas)¹⁷. El método de clasificación creado por Calímaco fue exhaustivo, sistemático, práctico y de fácil consulta para los usuarios lectores: en una palabra, una herramienta de valor inestimable y revolucionaria.

Para aquella época, la biblioteca poseía cerca de 400.000 rollos con obras mixtas, además de otros 90.000 manuscritos de una sola obra¹⁸. A medida que la colección aumentaba, debió construirse un edificio anexo al gran centro (“biblioteca filial” o “externa”). Sin duda, una de sus muchas controversias y polémicas, radicaba en el número de libros que contenía la biblioteca. Sus cifras, de acuerdo a las fuentes, son disímiles y oscilan entre los 500.000 a 700.000 volúmenes (Aulo Gelio, *Noches Áticas*, VII, 17; Amiano Marcelino, *Historias*, XXII, 16, 13), aunque más cerca de la primera cantidad¹⁹.

Entre los siglos III y II a.C., con las figuras de intelectuales como Demetrio (el primer bibliotecario), Zenódoto, Calímaco, Eratóstenes y otros, se constituyó una “edad de oro” de la biblioteca, pero que no duraría para siempre. El gran incendio de Alejandría en el 48 a.C., originado por los soldados de Julio César, afectó a una parte de la colección de libros, sobre todo aquellos almacenados en la cercanía del puerto. La biblioteca, a pesar de la catástrofe y tras el sometimiento de Egipto por Roma (30 a.C.), siguió funcionando con hombres más políticos y burócratas que eruditos²⁰. Sobre su destrucción, se han presentado diversas hipótesis y

de acuerdo a las fuentes, la biblioteca siguió funcionando hasta mediados del siglo VII d.C.²¹.

En síntesis, la biblioteca de Alejandría marcó un antes y después, es el modelo de las bibliotecas helenísticas y clásicas, resaltando un triple énfasis: era “completa” y “universal”, pues abarcaba todas las obras del mundo conocido en ese entonces. Era “pública”, abierta a todos los intelectuales y eruditos como punto de convergencia. Por último, fue “racional”, ya que inventó un sistema práctico y funcional de catalogación por autores, obras y contenidos²².

El proyecto en sus orígenes y la realidad concreta de la biblioteca, se convirtieron en algo único en su especie, en cuanto a alcance y escala. Estaba destinada a transformarse en algo más ambicioso que un mero depósito de obras. Se benefició de una herencia cultural mixta, oriental y griega; ciertamente en los antiguos reinos del Medio Oriente existió la tendencia a recopilar y conservar textos²³; sin embargo, lo que logró Alejandría fue algo diferente y único²⁴. Sería la primera en asegurar un programa de hegemonía e imperialismo cultural y en convertirse en un “centro de poder”²⁵. De ahí la relevancia de entender por qué o cuáles fueron las variadas razones del surgimiento de la biblioteca de Alejandría u otras de edad helenística, como Pérgamo y Éfeso. Bibliotecas reales que resaltan por su prestigio, inteligencia cultural, centro aglutinador de sabios y por motivos prácticos de gobierno y administración.

La biblioteca de Alejandría, “desaparecida”, pero siempre “revisitada” y

cada rama del saber junto a una lista de sus obras. Lamentablemente, este monumental texto no pudo conservarse; solo en los siglos siguientes aparecen menciones, fragmentos y algunas referencias relativas a las tablas. Véanse Canfora, *op. cit.*, 1986, p. 47; Canfora, *op. cit.*, pp. 9-11, nota 15; Barnes, *op. cit.*, pp. 61-77.

17 Así por ejemplo, se ha conservado una lista de las obras de Esquilo, que contiene 73 títulos; Eurípides, algo similar y Sófocles suma más de 100 títulos. Véase Casson, *op. cit.*, pp. 45-46.

18 MacLeod, *op. cit.*, p. 5.

19 En realidad, la calidad de pergaminos no equivale a la cantidad de libros, estos más bien constaban de variados rollos o pergaminos. Véanse Yun Lee Too, *The Idea of the Library in the Ancient World*, p. 3 y Samuel N.C. Lieu, “Scholars and Students in the Roman East”, pp. 127-142.

20 Del funcionamiento de la biblioteca, lo confirma el dato de la probable donación realizada por Marco Antonio a Cleopatra de 200.000 rollos de la biblioteca de Pérgamo a Alejandría. Ver Plutarco, *Vida de Antonio*, 58, 9.

21 En torno a los sucesos complejos de la entidad, asociados a la leyenda de una destrucción apocalíptica y de una confusión en las fuentes, se vivió el 270 d.C., cuando el emperador Aureliano combatió una insurrección del reino de Palmira, arrasando tanto el palacio real como probablemente un sector del centro cultural (Amiano Marcelino, *Historias*: XXII, 16, 15). No poseemos datos fidedignos para comprender el daño sufrido en la zona de la biblioteca (con el museo). Tampoco de cuando Caracalla saqueó la ciudad, o de los perjuicios causados por la muchedumbre procrisiana incitada por Teodosio (391 d.C.) para la quema de libros paganos. La última figura famosa asociada a la biblioteca, fue la del matemático Teón (mayormente conocido por ser el padre de la mártir Hipatia). Más adelante continuaron algunas revueltas y rivalidades entre los patriarcas, siendo finalmente conquistada por los árabes en el año 641 d.C. y al parecer habrían destruido los rollos de la biblioteca, puesto que sus “contenidos iban en contra de las enseñanzas de Alá”. Véanse Lieu, *op. cit.*, p. 127; MacLeod, *op. cit.*, pp. 9-10; Barnes, *op. cit.*, pp. 61-77; Casson, *op. cit.*, p. 52; y Canfora, *op. cit.*, p. 23.

22 Cavallo y Chartier, *op. cit.*, p. 22.

23 En la zona de los hititas y la Mesopotamia (Asirios), se ha comprobado la existencia de impresionantes archivos de manuscritos en variados idiomas y de una famosa biblioteca del rey Nabucodonosor (605-562 a.C.) en Babilonia y otra de Assurbanipal en Nínive. Daniel Potts en “Before Alexandria: Libraries in the Ancient Near East”, pp. 19-33, resalta cómo en el Próximo Oriente, se encuentran los centros de archivos y bibliotecas que precedieron a Alejandría.

24 Diana Delia, “From Romance to Rhetoric: The Alexandrian Library in Classical and Islamic Traditions”, pp. 1.449-1.467.

25 Expresión acuñada por Bruno Latour, citado en MacLeod, *op. cit.*, p. 3.

con múltiples intentos y debates por localizarla, fue un lugar de encuentro, de preservación de la memoria, polo de investigación y de rescate de los inventos de la antigüedad clásica. A la institución cultural y a la ciudad misma, llegaba gente de procedencia muy diversa, estudiantes, eruditos y turistas, atraídos por la grandiosidad y el prestigio de sus construcciones y monumentos. No olvidemos que la propia ciudad de Alejandría, desde su misma fundación, estaba predestinada a ser la portadora de un cosmopolitismo, una monumentalidad, un carácter de centro comercial y cultural sin precedentes en el mundo antiguo.

Bibliotecas en el mundo romano

Para entender el nacimiento y desarrollo de las bibliotecas en Roma, debemos vincularlas con la rica tradición de la literatura griega (cerca de 500 años), que se hallaba recopilada y preservada en la biblioteca de Alejandría y era difundida a toda la ecúmene. Roma comenzó con fuerza a adoptar la cultura griega como parte de ella. La expansión romana como proceso imperialista de conversión de la *Urbs* al *Orbis*, sobre todo en el sector oriental, trajo consigo una colección de obras literarias y el comercio de libros. Esto significó un hecho original y nuevo en que la *nobilitas* (aristocracia romana), es portadora de un verdadero “programa cultural”²⁶. Entre los siglos II y I a.C., era frecuente que los generales romanos victoriosos llevaran bibliotecas enteras a Roma como botines de guerra. La primera que aparece en la ciudad, fue la de Perseo, rey de Macedonia, derrotado en Pidna en el 168 a.C. por Emilio Paulo (Plutarco, *Vida de Emilio Paulo*, 28). Este *exemplum* será seguido por Sila, trayendo una biblioteca de Atenas en el 86 a.C. (Plutarco, *Vida de Sila*, 26) y también por Lúculo en una expedición contra Mitrídates en el 66 a.C., llevando consigo una colección de rollos del rey del Ponto Euxino (Isidoro, *Etymologias*, VI, 5, 1)²⁷. De esta manera, a los pocos años, todos estos libros conseguidos como conquistas y botines de guerra y conservados en las casas de los generales, pasaron a convertirse en bibliotecas privadas.

Roma tenía una cierta tradición, de poseer bibliotecas privadas con colecciones generales de los clásicos griegos y de obras teatrales; añadiéndose desde mediados del siglo II a.C., estos nuevos fondos de libros por vía de la expansión y la conquista. Por cierto, existió un interés creciente de la elite romana por acceder a los textos. Será con la biblioteca de Cicerón y su amigo Atico (Cicerón, *Atico*, XVI), en el siglo I a.C., cuando surgen notables colecciones recopiladas por hombres cultos, bibliófilos y

26 Paolo Fedeli, “Biblioteche private e pubbliche a Roma en el mundo romano”, pp. 29-64.

27 Sobre la biblioteca de Lúculo, una síntesis en Dix Keith, “The Library of Lucullus”, pp. 420-464.

eminentemente humanistas²⁸. Poseían una variedad de manuscritos originales y de copias, tenían una organización, empleados y contaban con un sistema de copistas y de transcripciones adecuadas. Fue normal en aquella época que cuando alguien necesitaba consultar o estudiar algún texto, se dirigieran a la biblioteca de algún amigo cercano.

En la época imperial, las bibliotecas se desarrollaron en forma más extensa y transversal, debido a la integración provincial y al proceso civilizatorio de la romanización, la cultura y la educación. Entonces se imprimió un nuevo giro a las prácticas de lectura, como producto de una mayor circulación de la cultura²⁹. También se expandió más el uso de la lectura, tanto en términos de funciones como geográficas, y por ello el grado de alfabetización entre los miembros y los ciudadanos del imperio aumentó en forma considerable. Sin duda, en este cuadro ascendente (culturalmente hablando), las bibliotecas jugaron un papel esencial. En el paso de la república al principado se construyeron tres bibliotecas públicas en Roma. La de Polión, muy cerca del Foro; la segunda, denominada “biblioteca del templo de Apolo” o “Palatina” y la tercera, del mismo Augusto, llevaba el nombre de su hermana: “*Porticus Octaviae*”³⁰. En general, todas ellas estaban divididas en una sección griega y en otra latina.

Una mención aparte merece la biblioteca de la “Villa de los papiros” o de Pisón –cónsul en el 58 a.C. y suegro de Julio César– en la ciudad de Herculano, devastada por la erupción del Vesubio en el 79 d.C. y sus rollos papiráceos, carbonizados. Es el único ejemplo de una biblioteca privada que ha podido conservarse y que ha llegado a nosotros, debido a las excavaciones y avances arqueológicos³¹. Se trata de la misma biblioteca del filósofo Filodemo de Gádara (Siria), quien reunió una colección de libros, de preferencia, epicureistas³².

En Roma las bibliotecas privadas precedieron por más de un siglo a las públicas. Los emperadores desarrollaron una política de fomento e interés de estas últimas, en especial con Augusto, Tiberio, Vespasiano y Trajano. Una de las más conocidas y conservadas es la Ulpia en el Foro de Trajano, construida entre los años 112-113 d.C. por el célebre arquitecto Apolodoro de Damasco. La biblioteca de Trajano –transferida en algún

28 El gran erudito Varrón, escribió un sinnúmero de obras de diversos temas que oscilaban entre la lengua latina y la historia, y desde la filosofía y la religión, hasta la tecnología; sin embargo, sus escritos están casi todos perdidos.

29 Cavallo y Chartier, *op. cit.*, p. 26.

30 Casson, *op. cit.*, p. 84.

31 Fedeli, *op. cit.*, pp. 39-40.

32 Toziano Dorandi, “La ‘Villa dei Papiri’ a Ercolano e la sua biblioteca”, pp. 168-182 y Hugo Francisco Bauza, “La biblioteca de Filodemo”, pp. 163-175.

momento a las termas de Diocleciano— se convirtió en la más importante del mundo romano y se transformó en el paradigma y modelo de los centros culturales públicos³³. De ella se ha podido extrapolar que uno de sus problemas fue su limitada capacidad de textos en los *armaria*, es decir las estanterías o armarios que con el tiempo comenzaron a tener los inconvenientes de espacio debido a la incorporación de los nuevos libros, en especial obras latinas contemporáneas³⁴. Los armarios, empotrados en diversos nichos alineados en las paredes de las salas, no tenían la capacidad de acogerlos a todos. De ahí que se construyeron nuevas bibliotecas o en las termas se establecieron dependencias especiales para el estudio y la lectura.

En el *orbis Romanum* se produce una capacidad más amplia para leer, hay una mayor circulación de productos escritos, una creciente demanda de libros y un aumento de la alfabetización. Esto se debió al incremento de bibliotecas privadas y públicas y a una selección más rigurosa orientada a la adquisición de libros, como asimismo, a la expansión de las necesidades propias del cultivo de la lectura³⁵. Las bibliotecas públicas romanas dependían de un director, *procurator bibliothecarum*, cuyas funciones oscilaban entre responsable de las finanzas, la adquisición y conservación de obras y toda la gestión administrativa de la institución³⁶. A sus órdenes estaba todo el “personal de biblioteca”, en su mayoría escribas, traductores y archiveros. Las fuentes antiguas informan que estaban bien organizadas, en particular para consultar los textos disponibles. Como bien explica Quintiliano, existía un “catálogo” (*index*) que debía poseer toda biblioteca (Quintiliano, *Institución Oratoria*, X, 1, 57). Para los criterios de etiquetación y catalogación, permaneció en todo el mundo clásico el modelo Calimaqueo del *Pinakes* de la biblioteca de Alejandría.

Otro aspecto interesante, se refiere a que las bibliotecas romanas no eran como las nuestras, lugares de austera y silenciosa consulta, sin bullicio ni rumor. Por el contrario, los antiguos tenían la costumbre de leer en voz alta y no era sorprendente que las salas de estos centros fuesen también lugares de reuniones y de discusiones fuertes (Aulo Gelio, *Noches Áticas*, XIII, 20, 1). Existía la lectura silenciosa en forma individual, sin embargo la manera más habitual de leer era en voz alta. Gráficamente, leer un libro “equivalía en lo esencial a leer un rollo”; tomando este con la mano derecha, se iba desenrollando con la izquierda, la cual sostenía

la parte leída³⁷. El préstamo de libros fue asimismo una práctica más o menos habitual³⁸. La adquisición de obras se realizaba a través del procedimiento de la transcripción, de las donaciones, tanto de privados como de los propios autores, del tráfico y robo de libros usados y una mínima parte mediante la compra³⁹. Los libros eran muy valorados a causa del altísimo costo de su producción y su escasez en el mercado. Los centros de lectura poseían textos bilingües, no obstante esto, las bibliotecas de Roma en su conjunto representaban para el latín aquello que solo Alejandría simbolizaba para el griego⁴⁰.

De esta manera, ¿qué motivó el florecimiento efectivo de las bibliotecas en Roma y en el mundo romano? El proceso se vinculó a una necesidad más creciente y exigente de lecturas especializadas, a la existencia cada vez más numerosa de librerías: *tabernae librariae* que comerciaban los textos, pero sobre todo por el intento hegemónico y de control de la cultura escrita por parte del poder imperial⁴¹. Sin duda que las grandes bibliotecas tuvieron como propósito central seleccionar y preservar un cierto patrimonio común identitario y literario a través de memorias políticas, civiles y religiosas de la *Urbs*. La existencia de todas ellas, sean privadas o públicas, fue un signo de una sociedad cada vez más alfabetizada y con ansias de lectura⁴². Entre los lectores resaltan los integrantes de la elite aristocrática y culta dedicada al *otium* y a la amena conversación; también políticos e intelectuales y el grupo de gramáticos y retóricos, pedagogos y libertos.

La época dorada de las bibliotecas públicas en Roma, en los primeros siglos del imperio, entra en una fase de estancamiento. Hacia el gobierno de Constantino, existían todavía 28 de ellas funcionando. Sin embargo, estas instituciones comienzan progresivamente a desaparecer debido a la decadencia y transformación del mundo romano. No era solo un fenómeno político (separación entre el imperio de Occidente y Oriente), sino también cultural. Es así como en el año 357 d.C., se inaugura en Constantinopla la gran biblioteca, de relevancia en el mundo bizantino y medieval. A su vez se difunde la cultura cristiana, dándose a conocer

37 Cavallo, *op. cit.*, 1998, p. 107.

38 Fedeli, *op. cit.*, pp. 56-58 y Lieu, *op. cit.*, pp. 127-142.

39 Suetonio, *Vida de los doce Césares*, en *Vida de Domiciano*, p. XX, menciona que el emperador “reunió copias de todas partes del imperio y envió gente a Alejandría para realizar transcripciones y correcciones”.

40 Casson, *op. cit.*, p. 102.

41 Cavallo, *op. cit.*, 1998, pp. 105-106.

42 Harris, *op. cit.*, p. 329, plantea que el grado de alfabetización —aunque mínimo— varió mucho entre una región y otra.

33 Cavallo, *op. cit.*, pp. VII-XXXI, en especial p. XIV.

34 Casson, *op. cit.*, pp. 84-86 y Fedeli, pp. 54-55.

35 Cavallo y Chartier, *op. cit.*, pp. 26-27.

36 Roberto Meneghini, “Le biblioteche pubbliche di Roma nell’ alto impero”, pp. 32-40.

las obras de los autores cristianos que comienzan a sustituir a los de la tradición clásica. Occidente deberá esperar de las bibliotecas de centros de cultura cristiana la tarea de llevar a cabo el arduo y paciente trabajo de recuperar, salvar y transmitir los textos antiguos⁴³.

Existe todavía un último aspecto relevante vinculado con las bibliotecas en el imperio romano. Tradicionalmente, desde el mundo griego, en la República Romana y en los dos primeros siglos de la era imperial, los libros que formaban el *corpus* de las bibliotecas, tenían la forma de rollo, la gran mayoría de papiro, en menor medida de pergamino. Por esa época (siglos II y III d.C.), se produce una verdadera y propia “revolución libresca”. Los romanos crean el *codex*: código como libro, que se impone al rollo⁴⁴. Si bien este todavía continuó utilizándose para algunos documentos y para obras destinadas a los archivos, hacia el siglo V d.C. el código lo sustituye y se consolida⁴⁵. Este cambio revolucionario significó, al mismo tiempo, un cambio de la noción misma de libro, pues toma la forma y aspecto del libro actual. El código, por tanto, se podía leer con una sola mano, permitiendo escribir con la otra y acompañando la lectura con anotaciones en sus márgenes⁴⁶. El código se impuso en todos los campos, en la literatura y en los estudios científicos y técnicos. Fue además esta forma de manuscrito el que difundió e irradió la cultura cristiana⁴⁷. En la sustitución del rollo por el *codex*, prevaleció como material de escritura el pergamino sobre el papiro⁴⁸. Todas las bibliotecas públicas del orbe romano, tuvieron que inventar fórmulas y utilizar nuevas técnicas para incorporar e integrar junto a los rollos existentes en sus armarios, las nuevas adquisiciones de libros en forma de códigos. Una transformación esencial que tendrán las bibliotecas posteriores del mundo cristiano-medieval.

43 Fedeli, *op. cit.*, pp. 58–59.

44 Harris, *op. cit.*, pp. 71–85; Fabrizio Pesando, *Libri e biblioteche*, pp. 29–47 y Cavallo, *op. cit.*, 1998, pp. 124–125.

45 Casson, *op. cit.*, pp. 122–130, plantea que las primeras referencias al código aparecen en el poeta satírico Marcial, *Epigramas VI*, quien escribió hacia fines del siglo I y comienzos del II d.C.

46 Cavallo, *op. cit.*, 1998, pp. 129–131.

47 Michael McCormick, “The bird of the codex and the Apostolic Life–style”, pp. 150–158; Theodore Cressy Skeat, “The Origin of the Christian Codex”, pp. 263–268.

48 El *codex* fue hijo de la tablilla de madera que, al ser insuficiente, juntaban una serie de ellas y las unían a través de agujeros con una cuerda, originándose así “un cuaderno”. Se han encontrado ejemplares de hasta 10 tablillas. Igualmente, como modelos de lujo, se utilizó el marfil, pero lo más común y lo que se impuso finalmente, fueron las hojas de pergamino. Se superponían dos o más hojas, plegándose por el medio y se hacían agujeros a lo largo del pliegue para después pasar un cordón y unirlos. Estamos *ad portas* del libro moderno. Ver Casson, *op. cit.*, p. 123.

Bibliotecas monásticas, renacentistas y modernas

Durante la Edad Media, el libro por excelencia era la “sagrada escritura” que se leía en todo momento para el conocimiento de Dios y para la salvación del alma⁴⁹. Esto constituía la base de la espiritualidad monástica. De una lectura en voz alta en la antigüedad, se pasó a una más contemplativa, “silenciosa” o “murmurada”, a pesar de mantenerse también la lectura en voz alta entre los monjes, por ejemplo, al momento de sus diferentes comidas⁵⁰.

La gran mayoría de las bibliotecas antiguas terminaron de manera abrupta debido a catástrofes, incendios y saqueos. Esto significó que el *corpus* de libros sobrevivientes fue fragmentario, restringido y manejable. A su vez, en la parte inicial de la Alta Edad Media (500–750 d.C.) se dejó casi de copiar manuscritos, corriéndose el riesgo de que desapareciera todo el patrimonio clásico. Sin embargo, afortunadamente, hacia fines del primer milenio, en el período carolingio, las principales órdenes monásticas lograron con su trabajo meticuloso de copistas y escribas, conservar sobre todo la literatura latina presente en la actualidad en nuestras bibliotecas. Así, la deuda con los monjes es enorme y de incalculable valor. Sumado esta conservación del patrimonio escrito de los clásicos, más el aporte de la creciente producción de textos cristianos (escritos patrísticos, bíblicos y litúrgicos), se fue conformando el grueso de una biblioteca medieval. La suma de la tradición antigua pagana y el aporte de los textos cristianos.

Umberto Eco, medievalista y especialista en semiótica, en su renombrada novela histórica, *El nombre de la rosa*, recrea los eventos del año 1327 en el monasterio *Sacra di San Michele*, al oeste de Turín. Lo interesante del estudio de Eco, entre múltiples aspectos, es que describe una biblioteca en aquel monasterio como “la biblioteca más grande de la cristiandad”⁵¹. ¿Será verdad esto, asemejándola incluso a la biblioteca de Alejandría en tamaño, funciones y libros? ¿Por qué eligió inventar una biblioteca medieval tan grande como para albergar 56 habitaciones y 85.000 libros, en lugar de referir a las de aquella época? ¿Por qué no ha sido retratada como se encuentra en los documentos? Entre otras razones porque las bibliotecas monásticas, antes del siglo XIII, eran pequeñas, con poca iluminación y ventilación y conservaban una cantidad de entre 500 a 1.000 volúmenes y la mitad de ellos, disponibles para consultas, estaban encadenados a sus escritorios.

49 Jacqueline Hamesse, “El modelo escolástico de la lectura”, pp. 157–185.

50 Cavallo y Chartier, *op. cit.*, p. 31. A lo largo de la Edad Media, el libro había que entenderlo además como una “obra piadosa” e “instrumento de salvación”.

51 Umberto Eco, *El nombre de la rosa*, p. 394.

La respuesta a esta interrogante y a esta comparación que realiza Eco, es que nunca existió tal biblioteca y su descripción es muy diferente de cualquier biblioteca medieval de la que se tiene evidencia. Es por cierto una metáfora, una “metáfora para el mundo” como muy bien plantea en su incisiva investigación, John O. Ward, de cómo la biblioteca de Eco es un “laberinto y un callejón sin salida”. Un laberinto que representa alegóricamente este mundo, “amplio en la entrada, pero estrecho en la salida”⁵². De esta manera, a los protagonistas de *El nombre de la rosa*, se les hace fácil entrar a la biblioteca, pero difícil salir de ella como afirma Ward, “es un símbolo del esfuerzo injustificado del hombre por controlar y entender lo que no puede controlar o entender”⁵³. En el fondo, el deseo por los libros.

En síntesis, el medievalista John O. Ward mira más allá de las llamas que consumieron la biblioteca, hacia los monasterios celebrados por Umberto Eco y explora el significado que tuvo la desaparición de la biblioteca de Alejandría para la Europa medieval y la sustancia del conocimiento antiguo. Ward considera que el legado literario de Alejandría habría sobrevivido hasta el periodo carolingio y se pregunta qué tan diferente hubiera sido la Europa medieval de no haber sido destruida la biblioteca. De hecho, solo una biblioteca medieval se acercó al nivel de Alejandría en naturaleza y alcance y esa fue la biblioteca de Eco. Sin embargo, esta jamás existió y es fundamentalmente diferente de todas las bibliotecas medievales de las que se tiene evidencia⁵⁴.

En la Baja Edad Media, con el renacer de las ciudades, y con ellas la creación de universidades y escuelas, se instauró también un nuevo orden de los libros. El modelo de biblioteca de las abadías, orientado a la acumulación patrimonial, deja paso a un sistema bibliotecario más moderno, con catálogos e inventarios, y como parte del estudio y consulta para resolver problemas⁵⁵. De hecho, ahora se exige el silencio del estudioso y del lector⁵⁶. Desde el siglo XII al XIV, serán claves en Europa el florecer de una cultura laica, asociada al surgimiento de las universidades tales como

52 John O. Ward, “Alexandria and its Medieval Legacy: The Book, the Monk and the Rose”, pp. 163-179, en especial p. 171, nos habla de una inscripción situada en el piso de la iglesia de San Savino en Piacenza, señalando que: “Así, el que está atrapado por los placeres del mundo y abrumado por sus vicios, solo puede recuperar las doctrinas de la vida con dificultad”. La inscripción, cargada de simbolismos, por una entrada amplia y una salida estrecha. Los placeres de este mundo son atractivos, pero una vez que nos atrapan, es difícil encontrar el camino a la salvación.

53 Ward, *op. cit.*, pp. 172-173.

54 MacLeod, *op. cit.*, p. 12.

55 Birger Munk Olsen, “Le biblioteche del XII secolo negli inventari dell’ epoca”, pp. 137-162.

56 Paul Saenger, “La lectura en los últimos siglos de la Edad Media”, pp. 187-230.

Bolonia, París, Oxford y Salamanca. Estas instituciones comienzan a formar sus propias bibliotecas. Por ejemplo, en 1338, la de la Universidad de París, la más rica de la cristiandad, tenía 1.728 obras, de las cuales, 338 eran volúmenes para consulta y estaban encadenados en sus escritorios⁵⁷. Muchas de estas colecciones fueron impulsadas por donaciones y protegidas por magnánimos protectores.

Será hacia fines del medioevo y con el Renacimiento, cuando se produce un nuevo vuelco en las bibliotecas. Se retoma la noción de estas del mundo romano, de ser públicas a partir de colecciones privadas. Esa fue la intención de grandes humanistas como Francesco Petrarca y Giovanni Boccaccio⁵⁸. A través de donaciones, copias, ventas y saqueos, surgieron las bibliotecas modernas. Destacados fueron los centros públicos de Florencia, patrocinados, entre otras, por la familia de los Médicis. De la misma forma, a aquella época corresponde la biblioteca vaticana del papa Sixto IV y la biblioteca palatina de la corte aragonesa, en particular del rey Alfonso II de Nápoles⁵⁹.

En general, las bibliotecas renacentistas traen consigo una transformación dirigida por los humanistas de un modelo cultural complejo y vencedor que se impone y es adoptado por los grupos dirigentes. Son bibliotecas de “estados” que se formaron y se desarrollaron para acrecentar el prestigio de los príncipes reinantes y de sus casas reales, muchos de ellos de reciente acceso al poder. Fueron estos grandes centros de cultura aristocrática, de atracción para los intelectuales y de acceso al estudio para la gente culta. Estas nuevas bibliotecas eran de grandes dimensiones y con salas bien ornamentadas. La lectura era individual, “silenciosa”⁶⁰ e “intensa”⁶¹ y existía un *corpus* de libros copiados para patrones laicos y de una literatura vulgar, escrita en prosa y compuesta para los príncipes⁶².

57 Una de las costumbres de las bibliotecas medievales era tener libros encadenados debido a su costo cada vez mayor. Uno de estos centros más famosos y antiguos de mediados del siglo XV es la Malatestiana de Cesena, considerada la primera biblioteca pública europea. Ha sido declarada por la UNESCO, como Patrimonio Mundial de la Humanidad. Ver Ward, *op. cit.*, p. 177, nota 38.

58 Luciano Gargan, “Gli Umanisti e la biblioteca pubblica”, pp. 163-186.

59 Armando Petrucci, “Biblioteca, libri, scritture nella Napoli Aragonesa”, pp. 187-202.

60 Saenger, *op. cit.*, pp. 222-223.

61 En general, los humanistas y los estudiosos se esforzaron por leer cada vez más. Debían tener sus libros bien ordenados para así consultarlos de inmediato. Las bibliotecas crearon un sistema de una “rueda vertical de libros” que, movida por una serie de engranaje, le permitía al lector hacer que aparecieran ante su vista, en forma simultánea, varios textos abiertos. Anthony Grafton, “El lector humanista”, pp. 281-328.

62 Los nuevos libros de los humanistas del Renacimiento eran refinados y elegantes, pero sobrios, prácticos y manejables, escritos con nuevos formatos y cánones. Se dejó al margen la tradicional y angulosa letra gótica. Véanse Grafton, *op. cit.*, pp. 292 y 325 y Agati, *op. cit.*, pp. 389-391.

Lamentablemente, muchas de estas bibliotecas de estados sufrieron depredaciones y destrucciones; manuscritos y libros robados y dispersos. Hacia el siglo XVI, las dos mayores bibliotecas italianas, la paves de los Sforza y la napolitana de los Aragonés, fueron desmanteladas y sus obras diseminadas entre otros centros y entre particulares⁶³.

La invención de la imprenta en 1440 por Gutenberg, modificó las condiciones del movimiento de las ideas y favoreció una mayor alfabetización de la sociedad europea. Esta revolución técnica y cultural aceleró la circulación de los libros y redujo mucho los costos de las copias. A partir del siglo XVI, se notaron cambios en la constitución de las bibliotecas; se dejan los manuscritos por los textos impresos que resultaron más económicos y más numerosos.

En el mundo hispano, relevante resultó la creación de la Biblioteca Real Española hacia 1712, por Felipe V. Originada por colecciones privadas de nobles emigrados, se convirtió en una entidad de carácter público, abierta, para fomentar el estudio en sus súbditos y que a solo tres años de su origen ya poseía 28.242 libros impresos. Solo hacia 1836, la Biblioteca Real cambia su denominación por Biblioteca Nacional de España⁶⁴.

Respecto de la América colonial, los orígenes de las bibliotecas fueron privados y a partir de lo que los libreros españoles enviaban, de preferencia a Nueva España⁶⁵ y al Perú, a solicitud de sus diversos lectores; asimismo, las órdenes religiosas llevaban libros a sus centros e instituciones educativas. Así, el primer intento para formar una biblioteca académica hacia mediados y finales del siglo XVI, se produjo en la ciudad de México, en el Colegio Imperial de Santa Cruz de Tlatelolco⁶⁶. Un caso relevante en la América virreinal es la biblioteca Palafoxiana en la ciudad de Puebla, México. Esta entidad se originó entre los años 1646 y 1647, gracias al enorme esfuerzo y tesón del obispo y bibliófilo de la ciudad, Juan de Palafox y Mendoza⁶⁷. Este donó su biblioteca personal —compuesta por 5.000 volúmenes— a la diócesis de Puebla, con la condición de que estuviese abierta a todo tipo de público. Con ello, el centro Palafoxiano⁶⁸ se

convirtió en la primera biblioteca pública de América y en la de mayor producción de textos en las Indias⁶⁹. En Europa, será con la burguesía ilustrada de finales del siglo XVIII, que se produce un aumento considerable en el número de “lectores y lectoras de libros, que se levantan y se acuestan con el libro en la mano”⁷⁰. Este nuevo comportamiento —un tanto de lector compulsivo— encontró en las bibliotecas de préstamo comerciales, en las propias de lectura y en las sociedades literarias, la respuesta satisfactoria a la creciente demanda. Así, la edad de oro de las bibliotecas, sobre todo de préstamo en Alemania, Francia, Inglaterra e Italia, se desarrolla con posterioridad a 1750. Los centros constituyeron el correlato y depósito ideal de una sociedad burguesa e ilustrada, cada vez más interesada en una lectura extensiva; no leyendo lo que le recomendaban las autoridades o ideólogos, sino lo que satisfacía sus necesidades intelectuales y emocionales. Todo esto significó que en el corazón de Europa se estaba *ad portas* de una masiva alfabetización, proceso en el que las bibliotecas nacionales jugaron un papel preponderante⁷¹.

Consideraciones finales

Las bibliotecas en el mundo clásico y en general en el Occidente, fueron entidades complejas, mucho más que una mera colección de libros. No fueron una institución rígida y fija, ni tampoco un edificio abstracto que solo contenía obras, sino que constituyó una colección de textos creados por personas con ideas particulares, acerca de lo que debería ser una biblioteca y establecido entre una serie de intencionalidades y concebida para una audiencia específica⁷².

La palabra griega *bibliotheca* presenta diversas acepciones⁷³; como el “lugar donde se guardan libros”, pero originalmente significaba “repisa”, “estante”, “librero”. De ahí el nombre del edificio mismo que almacena los textos y a las personas que trabajan al interior de estos centros, los bibliotecarios, quienes tenían la capacidad de memorizar grandes cantidades de libros; es lo que el sofista Eunapio, llamó la “biblioteca andante”

63 Petrucci, *op. cit.*, p. 200.

64 Una síntesis histórica en http://www.bne.es/es/LaBNE/Historia/docs/historia_BNE.pdf. Página visitada el 13 de marzo de 2014.

65 Idalia García, “El conocimiento histórico del libro y la biblioteca novohispanos. Representación de las fuentes originales”, pp. 69-96.

66 José Luis Martínez, “Las primeras bibliotecas públicas en Nueva España”, pp. 34-37.

67 Ricardo Fernández Gracia, “Palafox y su pasión por los libros”, pp. 39-45, destaca la labor de reformador, adelantado en su tiempo, político humanista y polifacética vida del prelado Palafox (1600-1659).

68 Véanse Pedro Palou Pérez, “Breve noticia de la biblioteca Palafoxiana”, pp. 50-52 y Alejandro Montiel, “El rescate de la biblioteca Palafoxiana”, pp. 53-56. El obispo

Francisco de Fabián y Fuero construyó en 1773 el Colegio de San Juan, convirtiéndose en el lugar donde definitivamente se asentará la biblioteca.

69 Desde 1981 es monumento histórico nacional en México, y desde 2005 fue incluida por la UNESCO como parte del programa Memoria del Mundo. Posee más de 45.000 libros antiguos.

70 Reinhard Wittmann, “¿Hubo una revolución en la lectura a finales del siglo XVIII?”, pp. 435-472, en especial p. 438.

71 Con el siglo XIX, los nuevos lectores serán obreros, mujeres y niños, produciéndose un fuerte proceso de alfabetización, democratizándose el hábito de la lectura.

72 Lee Too, *op. cit.*, p. 4.

73 MacLeod, *op. cit.*, p. 1 y Cavallo, *op. cit.*, p. VII.

(Eunapio, *Vida de los Sofistas*, 456) y personificada en un hombre culto y sabio. El bibliotecario, en otras palabras, se convierte en biblioteca. En fin, biblioteca significaba también libros que han extraído su material enciclopédico de otros enormes *corpus* textuales y este estudio es a propósito selectivo; de lo contrario, correspondería a un texto enciclopédico, es decir, “un libro que pretende ser una biblioteca”⁷⁴. En lo que existe un mayor consenso, es en las diversas funciones culturales e intelectuales que cumplieron las bibliotecas. La conjunción de sabios, eruditos y estudiosos en un clima hospitalario, rodeado de esculturas, retratos y obras de arte, hizo posible un mayor proceso de socialización, de alfabetización y de producción literaria⁷⁵. Acercarse a los pergaminos y libros por parte de la comunidad, fue un proceso largo no exento de complejidades, pero que sin duda sirvió de vehículo para acumular y preservar conocimiento, mantener la memoria textual y bajar el nivel de analfabetismo. Las bibliotecas respondieron a determinadas sociedades y a determinados grupos dirigentes, teniendo estos últimos una postura hegemónica, tanto en lo político como en lo cultural. Los ejemplos de Alejandría con los Ptolomeos y las bibliotecas públicas romanas lo corroboran. Estas entidades se convierten en centros de influencia de poder.

Las bibliotecas, en particular las del mundo grecorromano, son consideradas un producto de la sociedad. Al mismo tiempo, esta entidad cultural puede transformar a la comunidad que la generó. Los textos tienen un impacto en sus vidas y acciones, hacen girar individuos en torno a ellos y crean grupos intelectuales y políticos que subsisten en forma paralela y difieren de la comunidad existente. La biblioteca de Alejandría es un caso, como igualmente el *corpus* de escritos de Cicerón, que lo hace alejarse del mundo para que sus textos sean su única compañía y contemplación. Yun Lee Too considera que “los libros y las bibliotecas son creadoras de sus propias sociedades y todo lo que ellas conllevan”⁷⁶.

La biblioteca como institución cultural y lugar de conservación ha estado siempre presente como un *continuum* en la historia de Occidente, pero no como entidades estáticas, sino más bien vivas y sujetas a cambios; desde Alejandría, pasando por los centros romanos, medievales y modernos hasta nuestros días. De disímiles orígenes, se transformó en un servicio a un pueblo, nación o cultura. La comunidad la reclamaba y la consideraba necesaria. Sin embargo, es una institución que genera una paradoja. Por un lado, “ansiedad” por el impresionante número de

volúmenes que contiene y su variedad temática y, por otro, produce “angustia”, por no disponer del tiempo necesario y reflexivo para adentrarse en el mundo interior de los libros. Los grandes centros actuales como la British Library, la Nacional de París, la Estatal de Munich, la Apostólica Vaticana en Roma, la nueva de Alejandría⁷⁷ e incluso la del Congreso Estadounidense, se han ido conformando a lo largo de los siglos, preservando los manuscritos y por la fusión de numerosas bibliotecas o colecciones menores⁷⁸.

Por último, es preciso no olvidar que fue Timón quien acuñó la célebre expresión peyorativa “ratones de biblioteca, ermitaños”, a propósito de todos los eruditos y estudiosos de investigación científica y literaria que rodeaban y usaban las instalaciones de la otrora famosa biblioteca de Alejandría⁷⁹. Ellos, a partir de sus cánones clásicos, construyeron el puente y el diálogo necesario y fecundo entre las bibliotecas antiguas con las modernas. Así como la biblioteca de Alejandría, entre el mito y la historia, que desde hace 2.300 años despierta todavía un interés global, la Biblioteca Nacional, con sus dos centurias, es también un símbolo de la comunidad y *depositum* de una cultura. De la conservación y transmisión de una memoria cultural y textual y de un patrimonio universal y nacional. Su principal función seguirá siendo la protección y la preservación de los libros y su vocación de ponerlos a disposición de sus lectores. De manera real o virtual, aprovechando las tecnologías del mundo actual.

77 En relación con la nueva biblioteca de Alejandría, esta fue inaugurada el 16 de octubre de 2002, como resultado de un concurso de la UNESCO. Su arquitecto fue el noruego Christoph Kapellar y puede contener hasta 8 millones de libros, dispuestos en 11 pisos con 85.000 mts².

78 Ward, *op. cit.*, p. 170.

79 Barnes, *op. cit.*, p. 61.

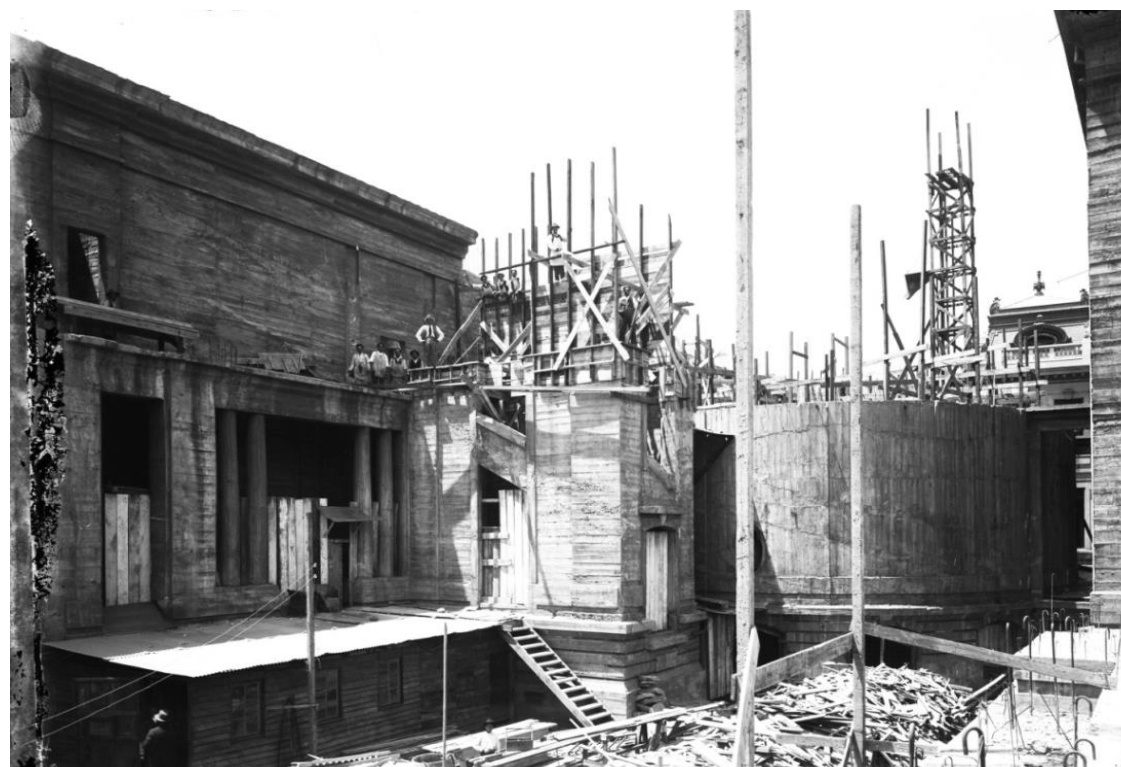
74 Lee Too, *op. cit.*, p. 8.

75 Guglielmo Cavallo, “In ultima analisi”, p. 396 y Wendy Brazil, “The Umbilicus of the Ancient World”, pp. 35-59.

76 Lee Too, *op. cit.*, pp. 12, 215 y 242.

Francisca Leiva Infante 🐼

Licenciada en Historia por la Pontificia Universidad Católica de Chile. Se ha especializado en la historia cultural e intelectual, específicamente en la formación y desarrollo de las instituciones culturales de los primeros años de la república. Actualmente cursa el Magíster en Historia en la misma institución en la cual obtuvo el grado de licenciatura. Es coautora de la “Historia mínima de la Biblioteca Nacional (1813-1913)” (2013).



Construcción del edificio del Museo Histórico, actual Archivo Nacional junto al edificio de la Biblioteca Nacional también en proceso de construcción.

¹ Una primera versión de este texto se publicó como parte del trabajo con Sebastián Hernández, “Historia mínima de la Biblioteca Nacional”, aparecido en la edición conmemorativa del bicentenario de la Biblioteca Nacional de Chile que *Mapocho* le dedicó en el número 73 del primer semestre de 2013.

Un proyecto ilustrado y republicano

La conmemoración de los 200 años de la Biblioteca Nacional es una ocasión apropiada para explicar su origen y, sobre todo, señalar el significado que sus fundadores, que también protagonizaron la independencia nacional, le atribuyeron en la sociedad republicana.

En 1812, en el prospecto de la *Aurora de Chile*, Camilo Henríquez interpeló a los chilenos llamándolos a “ayudad, sostened con vuestras luces, meditaciones, libros y papeles, nuestros débiles esfuerzos y trabajos”. Agregando todavía, “la patria os invoca. Toda América espera algo bueno de nosotros”². Las palabras del patriota representan el pensamiento de un sector de la sociedad chilena que, en medio de los conflictos bélicos de las luchas por la independencia, reconoció la necesidad de promover un espíritu letrado que pudiera generar instrumentos para fortalecer la idea de una comunidad independiente, tanto en el plano político administrativo, con nueva constitución, nuevas autoridades, nuevos reglamentos, etc., como en el plano intelectual, es decir, la apertura de espacios para el estudio de las letras, las ciencias y las artes, supuestamente inexistentes durante el período colonial. Las palabras de Camilo Henríquez son una primera expresión del discurso que un año después instó directamente a la formación de instituciones públicas claves para el funcionamiento del proyecto republicano que, sin embargo, tienen antecedentes y motivaciones heredadas del siglo XVIII.

A fines del siglo de la Ilustración apreciamos los intentos, muchas veces exitosos, de individuos que movidos por el espíritu de la época buscaron la forma de proporcionarse herramientas para el estudio de diversas materias a las que se tenía un difícil o nulo acceso desde Chile. Miguel Luis Amunátegui relata en *La Crónica de 1810* el caso de José Antonio de Rojas, quien decidido a dedicarse a las ciencias exactas, debió enfrentar la desventajosa situación de verse en muchas ocasiones sin los libros ni instrumentos indispensables³. Un escenario adverso que motivó entre los criollos la determinación de proporcionarse medios para su educación y formación intelectual.

José Antonio de Rojas, gracias a su viaje a Madrid en 1772, logró satisfacer su anhelo de educación. En 1775 escribió a Judas José de Salas advirtiéndole que “aunque sea reprensible una aplicación excesiva, la lectura es el mejor defecto que le pueden echar en cara a un hombre”⁴. Miguel Luis Amunátegui reconoce que fue precisamente Rojas “quien hizo venir

2 Prospecto de la *Aurora de Chile*, disponible en: http://www.memoriachilena.cl/temas/documento_detalle.asp?id=MC0005001.

3 Véase, Miguel Luis Amunátegui, *La crónica de 1810*, p. 7.

4 *Ibid.*, p. 40.

el primero a nuestro país la *Enciclopedia* de Diderot, las obras de Rousseau, las de Montesquieu, las de Helvecio, las de Robertson, el *Sistema de la Naturaleza* de Holbach, la *Historia de los Establecimientos Europeos en las dos Indias* y otras de la misma clase”⁵.

El ejemplo de Rojas es relevante si se tiene presente que en la *Exhortación a la formación de una Biblioteca Pública*, documento fundacional del establecimiento, aparece como uno de los encargados de recoger y recibir los libros donados en la capital⁶. Fue un destacado protagonista del proceso de formación de instituciones durante el proceso de emancipación, especialmente de la Biblioteca Nacional, espacio en donde se depositaron muchos de los libros adquiridos por los criollos en sus viajes a la península.

Libros inexistentes en Chile, encargados expresamente por algunos de ellos, como los que Manuel de Salas solicitó a Rojas en 1772, cuando le escribió, “a los libros que he pedido a V.M. estimaré que agregue *“El paraíso perdido”* de Milton, las *“Poesías”* de Abate Grencourt, el *“Esprit”*, el *“Filósofo sans souci”*, el *“Belisario”*, y unas *“Reflexiones”* que nuevamente han salido anónimas sobre las Américas y los americanos”⁷. Muchos de ellos difundidos en los círculos de criollos letrados que más tarde tendrían un importante papel en la organización republicana. El mismo Manuel de Salas ocupó por primera vez el cargo de director de la Biblioteca Nacional.

Junto a numerosas bibliotecas privadas, en el Chile colonial también existieron bibliotecas de instituciones religiosas y la de la Real Universidad de San Felipe, todas de acceso restringido y con fondos bibliográficos mayoritariamente relacionados con temas religiosos⁸. La Universidad de San Felipe es además uno de los antecedentes directos de la Biblioteca Nacional ya que fue en sus dependencias donde se estableció la nueva institución republicana hasta que, en la década de 1820, fue trasladada a un local para uso exclusivo. De esta manera, las obras que eran parte de la Universidad se transformaron en parte de los ejemplares que dieron forma al nuevo establecimiento.

Aunque se reconoce el 19 de agosto de 1813 como la fecha de fundación de la Biblioteca Nacional, es necesario entender que este momento corresponde solo a una parte del proceso de formación de este establecimiento, siendo fundamental el reconocimiento de todos aquellos ele-

5 *Ibid.*, p. 48.

6 En *El Monitor Araucano*, 19 de agosto de 1813.

7 Véase, Manuel de Salas, *Escritos de Don Manuel de Salas: y documentos relativos a él y a su familia*, volumen 3, p. 108.

8 Véase, José Toribio Medina, *Historia de la Real Universidad de San Felipe*, p. 478.

mentos que la antecedieron, y que a la larga permitieron que experiencias e ideas se materializaran en este espacio destinado a conservar el acervo bibliográfico e histórico de la nación. Así, por ejemplo, el 27 de julio de 1813, poco antes de la fundación de la Biblioteca Nacional, apareció en un oficio de la Comisión de Educación a la Junta de Gobierno, la información sobre una donación de ejemplares del señor Villodres a la biblioteca pública⁹. Esta donación, que tal vez nunca se materializó, abre la posibilidad de un establecimiento que antecedió a la fundación de la Biblioteca Nacional.

El 19 de agosto de 1813 se publicó en el periódico oficial *El Monitor Araucano*, la declaración titulada “El Gobierno a los Pueblos: Exhortación a la formación de una Biblioteca Pública”. Este documento que ha sido considerado tradicionalmente como el escrito que fundó la Biblioteca Nacional, permite identificar los lineamientos que situaron al establecimiento como una de las primeras iniciativas republicanas del período independentista. Los conceptos que destacan entre sus líneas, tales como el valor de la libertad y la importancia del papel de los ciudadanos, fueron los mismos que estuvieron presentes en todos los discursos sobre los primeros años de la Biblioteca, ideas que tienen un origen en común con aquellos principios que estuvieron en la base de los movimientos separatistas, caracterizados principalmente por su contenido patriótico en función de la emancipación y la unidad de la comunidad que nacía a la vida independiente.

El primer aspecto que sobresale en esta primera expresión pública es la denominación del establecimiento como un espacio de carácter “nacional”. La Biblioteca fue primero pública, como lo reafirma Juan Egaña, quien menciona el 3 de agosto de 1813 como la fecha en la que se produjo el “establecimiento en Santiago de la Biblioteca pública, y excitación del gobierno para que los ciudadanos aumenten con sus oblações la que se estaba formando por el gobierno”¹⁰. A partir de esta afirmación, y considerando los aspectos mencionados referidos a las continuidades existentes entre la idea de una biblioteca pública dependiente de la Real Universidad de San Felipe y la formación de la Biblioteca Nacional, se infiere el carácter simbólico de la acción de denominar al establecimiento con el apelativo de “Nacional”. El lugar destinado para la conservación de libros y documentos, dejó de ser un espacio reservado exclusivamente para quienes pertenecían a la universidad. Con este cambio, pasó a depender de una institución mayor: la República, y a ser administrada, ya no por autoridades vinculadas al régimen colonial, sino que al nuevo gobier-

no republicano. Así quedó establecido en *El Monitor Araucano*, donde se enfatizó la intención de la nueva administración de asumir la fundación del establecimiento como una tarea en la cual “el Gobierno no omite gastos, ni recursos para la Biblioteca Nacional”¹¹.

El eje fundamental de la propuesta para una Biblioteca Nacional fue la formación de un establecimiento por medio del esfuerzo gubernamental en asociación con la participación ciudadana. Al adquirir el apelativo de “Nacional”, no se podía excluir a ningún individuo de la misión de materializar lo que proponían Francisco Antonio Pérez, Agustín Eyzaguirre y Juan Egaña en *El Monitor Araucano*: “todavía no es esta Biblioteca digna del pueblo que marcha protegido por la Providencia por todas las sendas de la gloria; y es también preciso que conozca todo el mundo el interés que tiene cada ciudadano en la beneficencia de los demás, y que Chile compone una sola familia”¹².

La Biblioteca fue un ideal pensado para un pueblo en el que cada ciudadano debía ser parte del proyecto republicano. Una aspiración más bien metafórica, difícil de cumplir en virtud de las altas tasas de analfabetismo, que hacían imposible la participación directa del conjunto de la población en el funcionamiento de la Biblioteca Nacional.

Alimentándose originalmente de aportes particulares, el incremento de sus fondos fue un proceso paulatino que debió superar una primera etapa en la que no hubo una reacción inmediata a la petición de hacerse partícipes del proyecto por medio de las donaciones. En el mismo *Monitor Araucano* aparecen el detalle de los libros entregados y el nombre de los benefactores, los que generalmente se repiten y coinciden con los integrantes de la elite que habían logrado tener acceso a un número mayor y más variado de obras provenientes, en su mayoría, de Europa.

Desde la publicación del prospecto en la *Aurora de Chile* se configuró la idea de honrar a la patria a través de medios como los libros y la presencia de la imprenta, trascendiendo de este modo la coyuntura. En dicha publicación se invocaba a los ciudadanos, diciendo: “Dejemos a la posteridad algún vestigio de nuestra existencia. Todo se reúne para excitar vuestro celo patriótico. La sublime idea de la libertad civil, los esfuerzos de una administración bienhechora, la sabiduría de sus miras, la presencia de la Imprenta de esta fiel conservadora del pensamiento, cuantas circunstancias nos rodean deben excitarnos al trabajo, encender la imaginación y dan nuevo tono a nuestra literatura”¹³.

11 *El Monitor Araucano*, 19 de agosto de 1813.

12 *Idem*.

13 Prospecto de la *Aurora de Chile*.

9 En *Sesiones de los Cuerpos Lejislativos*, tomo I, p. 291.

10 Juan Egaña, *Épocas y Hechos Memorables de Chile por el Doctor don Juan Egaña. 1810-1814*.

Para la Biblioteca Nacional se abrió una “suscripción patriótica de libros y modelos de máquinas para las artes” que, además de contribuir a la conformación del establecimiento, permitiera a cada sujeto afirmar: “He aquí la parte con que contribuyo a la opinión y a la felicidad presente y futura de mi país”¹⁴. Esta apelación fue complementada con la idea de que cada donativo era una contribución a la posteridad, fortaleciendo el planteamiento de la Biblioteca como un espacio que surgía junto a la república, y que con ella se proyectaba hacia el futuro. La guerra se acabaría, pero las instituciones nacidas junto con la patria permanecerían en el tiempo.

Un último aspecto presente en el documento de fundación de la Biblioteca Nacional, y que también es parte del discurso patriota y republicano, es la aspiración de reconocimiento. La exhortación publicada en *El Monitor Araucano* señala que “al presentarse un extranjero en el país que le es desconocido forma la idea de su ilustración por las bibliotecas y demás institutos literarios que contiene”¹⁵. La Biblioteca Nacional se transformó en un sitio que mostrar a los extranjeros de visita en Chile, como el relato de María Graham lo demuestra.

La persistencia de las letras

Hasta octubre de 1814, momento de la derrota de los patriotas, la Biblioteca Nacional continuó funcionando en las dependencias de la Universidad de San Felipe. Las consecuencias inmediatas de la batalla de Rancagua no fueron radicales. El cambio apuntó a suprimir el apelativo de Nacional para el establecimiento manteniéndose en el modesto estado en el que se encontraba antes de 1813. Prueba de lo ocurrido es el texto contenido en *La Gazeta del Gobierno de Chile* que en 1815 publicó: “De orden y a solicitud del Señor Rector de la Real Universidad de San Felipe se está arreglando para comodidad de los estudiosos la librería de dicha, y desde luego se ha notado haber mucha falta de volúmenes que se extrajeron en tiempo de la revolución; lo que se avisa, suplicando a quien tenga algunos, o sepa de su paradero, lo noticie al Sr. dicho Rector a fin de que se los recoja”¹⁶. La Universidad volvió a ser la encargada de velar por el funcionamiento de su biblioteca, recordándose sí que entre 1810 y 1814 se habían perdido ejemplares.

Tras la victoria de los patriotas en Chacabuco en febrero de 1817, se reabrieron los espacios públicos de índole nacional, apelándose a ellos para reafirmar la condición de autonomía política de la sociedad chilena.

14 *El Monitor Araucano*, 19 de agosto de 1813.

15 *Idem*.

16 *La Gazeta del Gobierno de Chile*, 9 de noviembre de 1815.

La reapertura del Instituto Nacional y la reanudación de la utilización del concepto “Biblioteca Nacional”, fueron claves para la nueva fase que entonces se iniciaba.

En marzo de 1817 se publicó en *Viva la Patria, Gazeta del Rey*, un escrito titulado “Ilustración” que grafica de modo claro las intenciones de reafirmar la condición independiente a través de las letras: “Los realistas abolieron el Instituto científico instalado después de tantas fatigas, y en medio de las aclamaciones del pueblo. La juventud chilena que ya empezaba a desenvolver las virtudes del talento, perdió ese asilo de las ciencias que le daba a conocer sus derechos, y los medios de defenderlos. ¡Qué diferencia entre el sistema de un usurpador y los designios del genio! restaurador de la Libertad! El generoso Jefe del Ejército de la Patria ya le prepara las huellas de una nueva ilustración en el establecimiento de una Biblioteca Pública, a que esperamos que concurren todos los amigos de la sabiduría participando del dulce placer que debe inspirarles el honor y cultura que formarán el mejor ornamento de Chile, y el escudo más fuerte contra la tiranía. ¿Permitiremos que vuelvan los Califas para que nuestra Biblioteca corra el destino de aquella famosa de Alejandría, que entregada a las llamas mantuvo por seis meses el fuego de los baños públicos?”¹⁷.

Junto con recuperar su condición de nacional, la Biblioteca reanudó la política de promover donaciones, actitud que ya se aprecia en los primeros días de abril de 1817, cuando, en *Viva la Patria, Gazeta del Supremo Gobierno de Chile*, se publicó la declaración de Antonio Bellina Skupieski, en la que consignaba que: “Congratulándome con el alto y sabio designio del Excmo. señor General en Jefe de erigir una Biblioteca Nacional para ilustrar la juventud y afianzar la Libertad Americana; tengo la honrosa satisfacción de ofrecer para su incremento mi pequeña colección de obras escogidas en diversos idiomas que desde Francia he traído conmigo, y consta de ciento cincuenta volúmenes. Esta oferta, que aunque escasa a mis deseos, es nacida de mi sincero y decidido afecto a la causa del Sud, no espera otra recompensa que la aceptación de V. E. ni mira a otro objeto, que la felicidad de la Nación Chilena, bajo de cuyas banderas tengo el honor de ser un militar que empuñé la espada para sostener su Independencia al par del más esforzado de sus guerreros”¹⁸. Palabras que junto con señalar su tributo, muestran la noción existente entonces de la Biblioteca como institución garante de la libertad americana.

Una de las medidas que muestra el deseo de afianzar el establecimiento, fue el decreto de Bernardo O’Higgins del 5 de agosto de 1818

17 *Viva la Patria, Gazeta del Rey*, N° 5, 26 de marzo de 1817.

18 *Viva la Patria, Gazeta del Supremo Gobierno de Chile*, N° 8, 14 de abril de 1817.

mediante el cual se dio la orden de traspasar la biblioteca jesuita, transformándose esta colección en una de las bases del acervo bibliográfico de la Biblioteca Nacional. Los ejemplares que llegaron al establecimiento correspondían fundamentalmente a libros de la Biblioteca del Colegio Máximo de San Miguel, 6.143 volúmenes; del Noviciado de Santiago, 1.614 volúmenes, y 515 del colegio de San Pablo¹⁹. El ingreso de esta colección evidenció la falta de elementos básicos para el funcionamiento de una biblioteca, sobre todo, aquellas condiciones físicas que el establecimiento requería para acopiar el material disponible. Fue por lo tanto, en función de esta carencia, que las autoridades determinaron una serie de medidas que pretendían fortalecer a la institución.

Una de las que tuvo mayor repercusión, especialmente para los usuarios del establecimiento, fue el decreto publicado en la *Gaceta Ministerial*, en virtud del cual el Director Supremo ordenó la preparación de un catálogo de los libros existentes²⁰. Esta iniciativa favoreció el funcionamiento de la Biblioteca, ya que permitió tener control de los ejemplares disponibles, pero además, a través de ese trabajo se pudo identificar todos aquellos libros que resultaban necesarios y que aún no figuraban en sus estantes. En el decreto se anunció también el nombramiento de Manuel de Salas como primer director de la Biblioteca Nacional, cuya función sería, precisamente, procurar los medios que estimara convenientes para el aumento del número de obras, además del encargo específico de la redacción de un reglamento.

Bernardo O'Higgins también decretó en 1818 que todos los libros, panfletos y papeles públicos tuvieran libre circulación en la capital como en los poblados más alejados, favoreciéndose su envío al liberarlo de todo costo. De esta forma se buscaba la "propagación de las luces entre todas las clases del Estado"²¹.

Otro antecedente que demuestra el empeño por promover la cultura y formar la Biblioteca Nacional es el que ofrece José de San Martín, pues uno de los ejes de su discurso fue la idea de la Biblioteca Nacional como una de las instituciones garantes de la libertad de la república, declarando en reiteradas oportunidades la necesidad de favorecer el desarrollo de dichos establecimientos públicos. Esta aspiración, en el caso de Chile, se materializó en la donación de los diez mil pesos que el Cabildo le había otorgado en 1817 como "reconocimiento y gratitud al Libertador

de Chile"²². La reacción de José de San Martín a esta demostración de gratitud revela su interés por contribuir a la causa que permitiría formar hombres letrados, pero por sobre todo, ciudadanos libres, en cuyas manos estaba la tarea de encabezar los proyectos republicanos. Así queda de manifiesto en su carta publicada en *Viva la Patria*: "Deseoso de contribuir al lustre y esplendor de todo ese Reino, he designado la generosa oblación de diez mil pesos con que me ha honrado ese M. I. Cuerpo Municipal para los gastos del camino hasta Buenos Aires, para que con ellos se erija una Biblioteca Nacional que facilite la ilustración de esos ciudadanos cuyos ingenios han sido admirables en todos tiempos. Persuadido de que ustedes cooperarán a la ejecución de este loable designio los he nombrado por mi parte para que de acuerdo con el Diputado que se sirviese elegir esa respetable corporación se tomen el trabajo de proceder a la erección de dicha Biblioteca y que se abra con toda la anticipación que demanda el importante objeto que me he propuesto en su erección. Dios guarde a ustedes muchos años, Mendoza, 17 de marzo de 1817"²³.

Aunque la donación realizada por el prócer no llegó a concretarse, su empeño por asegurar la creación de la Biblioteca Nacional lo llevó a insistir mediante nuevas contribuciones con dicho proyecto. De esta forma, ante una nueva concesión del Cabildo, esta vez de la Hacienda de Beltrán, San Martín decidió destinar la tercera parte de dicha hacienda al establecimiento²⁴.

La contribución de José de San Martín fue obstaculizada por la administración de los fondos del Cabildo, lo que llevó a que en la memoria colectiva se perdiera su acto de generosidad. Pese a esto su nombre permanece asociado a la fundación de bibliotecas, ya que fue en ellas en las que fijó sus esperanzas de consolidar la independencia, y con ello, la libertad americana. Por esta razón su nombre figura, entre otros establecimientos, en la Biblioteca Nacional de Lima y en la Biblioteca Pública de Mendoza.

Discurso patriótico y Biblioteca Nacional

A fines de la década de 1810 la Biblioteca Nacional, representada por su director, manifestó la necesidad de cambios concretos en materia de funcionamiento e infraestructura, para de esta forma, poder cumplir su misión: la conservación de los libros y su uso por parte de los lectores. En palabras de O'Higgins, se trataba de "formar una biblioteca pública para

19 Gonzalo Catalán y Bernardo Jorquera, "Biblioteca Nacional de Chile", p. 135.

20 *Gaceta Ministerial*, 8 de agosto de 1818.

21 *Gazeta Ministerial de Chile*, 27 de junio de 1818.

22 Bernardo O'Higgins, *Archivo de don Bernardo O'Higgins*, tomo VIII, p. 3.

23 *Viva la Patria, Gazeta del Rey*, N° 5, 26 de marzo 1817.

24 Véase Raúl Silva Castro, *Los primeros años de la Biblioteca Nacional*, p. 33.

el uso de los habitantes de esta capital”²⁵.

El emplazamiento original, situado donde en la actualidad se encuentra el Teatro Municipal, al corto tiempo se hizo insuficiente para la Biblioteca Nacional debido al número de libros recibidos. Inconveniente que se sumó a la distancia del lugar respecto del centro administrativo, lo que para el director del establecimiento significaba un notorio inconveniente para la visita de eventuales usuarios. En 1823, hizo saber esta preocupación al ministro Egaña, afirmando que “la incomodidad de la habitación y la distancia de los puntos de concurrencia, dificultaban el acceso de gentes que tendrían así ocasión de moverse a hacer erogaciones, y de que, sin embargo, ha dado muestras la generosidad de varios literatos del país y extranjeros ilustres, con lo que se han logrado juntar nueve mil quinientos sesenta y siete volúmenes”²⁶.

Esta declaración, que proporciona datos sobre la cantidad de libros disponibles, se concreta con la mención de un lugar con mayor espacio y mejores condiciones: “Todos estos embarazos los salvaba la admisión de la oferta hecha por el reverendo padre provincial de Santo Domingo, que franqueó un espacioso salón del convento principal que antes servía de depósito, y que se halla sin aplicación desde el establecimiento del cementerio público. Situada la Biblioteca en el centro de la población y en uno de los puntos más frecuentes, lo sería de la reunión de los lectores, con ventaja de estos y de aquella; consideración que ciñó mi propuesta al gasto solo de mil pesos, suficientes para trasladarla y ponerla en aptitud de progresar”²⁷. Aunque este cambio no se realizó, la Biblioteca sí contó con nuevas dependencias en 1823, al ocupar el edificio de la antigua Aduana, ubicado en la esquina sud-oriente de las calles Bandera y Compañía.

Fue una de las medidas tomadas en una época de organización, cuando el presupuesto siempre apuntaba a la compra de libros, estantes y mesas, entre otros elementos fundamentales, además del salario de los funcionarios que se iban contratando.

Un ejemplo de la presencia de la Biblioteca Nacional en el presupuesto de la república se aprecia en el presentado en marzo de 1824. En esa ocasión se le proporcionaron tres mil pesos, más del doble de los 1.200 pesos destinados al ejército²⁸. Aunque los recursos nunca fueron suficientes, sí fueron constantes, lo que permitió mejoras graduales pero lo suficien-

temente sólidas para fortalecer el establecimiento que progresivamente mejoró sus condiciones estructurales y el servicio prestado a los usuarios.

Un aspecto determinante en los primeros años de funcionamiento de la Biblioteca Nacional fue el constante aumento de ejemplares en sus anaqueles. Junto a las medidas iniciales, como la agregación de los ejemplares de la biblioteca de la Universidad de San Felipe, el traspaso de la biblioteca jesuita y las donaciones, más tarde se inició la compra de libros a través de la gestión de diversos funcionarios. De eso da cuenta Manuel de Salas, en una carta que envió al ministro Mariano Egaña, donde le informa que cumplió con lo requerido, rescatando los libros que permanecían en el puerto, aunque no se pudo prevenir “los robos inevitables de los marineros” y el extravío de la mayor parte de ellos²⁹.

Una iniciativa que hubiera significado un extraordinario impulso a la Biblioteca Nacional, y que habla de la ambición de las autoridades, fue la emprendida a través de Antonio José de Irisarri, quien estando en Inglaterra inició conversaciones para una eventual compra de la biblioteca de Francisco de Miranda, cuyo valor se calculaba, más o menos, en cuatro a cinco mil libras esterlinas. Irisarri se refiere a la importancia de realizar esta adquisición, ya que “la colección española costaría inmenso trabajo y muchos gastos, adquiriéndola de otro modo; y por tanto creo que será muy conveniente a cualquier país de América esta compra. Con todo esto, como sé la necesidad que tenemos en Chile de dinero para otros objetos más ejecutivos, no he creído conveniente obligarme a otra cosa que escribir sobre el particular”³⁰.

Atentos estuvieron también los funcionarios de la Biblioteca Nacional a los avisos aparecidos en la prensa. Un ejemplo fue el publicado en la *Gazeta Ministerial de Chile*, en el que se notificó lo siguiente: “Dase parte al público como se vende la biblioteca del finado D. José Antonio Rojas. Quien quiera comprar ocurra a lo de D. José Camilo Gallardo frente a la capilla de Salgado, y en su casa vende toda clase de libros sueltos, impresos, blancos y otras cosas destinadas a este fin. En la misma hay naipes Superiores”³¹. La colección fue finalmente adquirida por la Biblioteca Nacional.

El aumento del acervo bibliográfico del establecimiento fue un esfuerzo mancomunado del gobierno, los funcionarios de la Biblioteca y los ciudadanos, que se hacían presentes a través de las donaciones. Es la característica de esta primera etapa de su funcionamiento, cuando toda-

25 Bernardo O'Higgins, *Archivo de don Bernardo O'Higgins*, tomo XI, p. 138.

26 Salas, *op. cit.*, tomo I, pp. 638-640.

27 *Idem*.

28 *Sesiones de los Cuerpos Legislativos*, tomo X, p. 128.

29 Salas, *op. cit.*, tomo I, pp. 638-640.

30 *Archivo de don Bernardo O'Higgins*, tomo III, pp. 121-122. Véase el texto de Iván Jaksic en este libro para apreciar el valor de la biblioteca de Francisco de Miranda.

31 *Gazeta Ministerial de Chile*, N° 64, 30 de septiembre de 1820.

vía no se recibían los legados o se compraban grandes colecciones, como ocurriría desde mediados del siglo XIX en adelante. En 1820 la Biblioteca contaba con 8.510 volúmenes³², cifra que no tardó en incrementarse, pues siempre hubo un interesado que no descansó en el afán de contribuir a lo que desde un inicio fue denominado como una “causa patriótica”.

Aunque la Biblioteca Nacional tiene continuidad con un establecimiento anterior, fue en el contexto de la independencia donde encontró las condiciones para asentarse como un espacio “público y civil”³³, cuya principal característica fue su condición de garante de la libertad. La Biblioteca Nacional se perfiló entonces como un agente activo en el proceso de construcción de la nueva comunidad. Tanto en el discurso como en la práctica, la historia de la Biblioteca permite apreciar la vinculación entre el Estado, el gobierno, los ciudadanos y las instituciones que surgieron para dar vida a la nueva república.

Biblioteca Nacional, obra estatal

Fue a través de la gestión del Estado que se lograron materializar proyectos como el de la Biblioteca Nacional, cuya trascendencia se deja ver en las publicaciones oficiales, donde están todos los significados y valores que las autoridades le atribuían. En *Viva la Patria, Gazeta del Rey*, por ejemplo, se reconoce a O'Higgins la preparación de “las huellas de una nueva ilustración en el establecimiento de una Biblioteca Pública, a que esperamos que concurren todos los amigos de la sabiduría participando del dulce placer que debe inspirarles el honor y cultura que formarán el mejor ornamento de Chile, y el escudo más fuerte contra la tiranía”³⁴.

Pero superado el período inicial marcado por la exacerbación del discurso patriota, y cuando la coyuntura ya no fue la lucha contra la monarquía sino que el enfrentamiento entre visiones de lo que debía ser la organización del Estado republicano, los establecimientos públicos tuvieron un nuevo papel, asociado al cumplimiento de funciones más específicas, sujetas a objetivos institucionales, como la instrucción y la conservación bibliográfica.

Aunque sus funcionarios eran parte de una organización estatal, desde el inicio de sus funciones tuvieron un grado de autonomía que se fue incrementando a medida que el contexto demandó la atención de las autoridades políticas hacia otros asuntos más urgentes. De esta forma, ya en la década de 1830 la Biblioteca funcionaba de manera muy autónoma.

32 *Gazeta Ministerial de Chile*, N° 54, 22 de julio de 1820.

33 *Sesiones de los Cuerpos Legislativos*, tomo IV, p. 198.

34 *Viva la Patria, Gazeta del Rey*, N° 5, 26 de marzo 1817.

Esta situación fue especialmente notoria durante el período en que el establecimiento estuvo bajo la dirección de Francisco García Huidobro entre 1825 y 1852.

En esos años el Estado se hizo presente a través de una legislación que resultaría esencial para el futuro de la Biblioteca Nacional y, también, con recursos para su funcionamiento. En 1825 se publicó en un oficio la necesidad del gobierno de “tener conocimiento de la opinión pública para expedirse con acierto en sus resoluciones”, decretándose entonces que “se depositará un ejemplar de la prensa en la Biblioteca Nacional, otro en la intendencia de la policía, otro en el ministerio fiscal, y otro en la secretaría del gobierno”³⁵. Se había iniciado el depósito legal, que se perfeccionó más adelante cuando se ordenó el depósito de las publicaciones nacionales, decretándose en 1834 la Ley de Propiedad Literaria, que obligaba a entregar al establecimiento tres ejemplares de cualquier impreso publicado en Chile.

Como tras la promulgación de la disposición el objetivo se vio empañado por el incumplimiento de las imprentas, le correspondió a la administración de la Biblioteca hacer cumplir lo estipulado legalmente, tal como lo dejó ver su director Francisco García Huidobro en 1837 cuando denunció que de todas las publicaciones de una imprenta, solo recibió el *Diablo Político* y la *Geografía del señor Zapata*³⁶. El incumplimiento de esta norma fue una constante, obligando a los bibliotecarios a pedir patrocinio al gobierno para exigir a las imprentas la entrega de los libros que publicaban³⁷.

El fallecimiento de su director en 1852, llevó a las autoridades a tomar la decisión de cambiar la situación de la Biblioteca Nacional, pasando su dirección al decano de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile. Medida que transformó a la Universidad en intermediaria entre la Biblioteca y el Estado.

Con el cambio administrativo las decisiones sobre la Biblioteca Nacional ya no se redujeron a la jerarquía interna del establecimiento pues, además del director y de los funcionarios de gobierno, tomó parte de estas instancias el rector de la Universidad de Chile y el Consejo Universitario. La participación de estos en el funcionamiento de la Biblioteca abarcó un amplio margen de acción, desde los decretos más significativos, hasta disposiciones cotidianas de la institución, como se evidencia en el oficio firmado por Andrés Bello en agosto de 1864 mediante el cual se

35 *Diario de Documentos del Gobierno*, N° 12, 31 de octubre de 1825.

36 Archivo Nacional, Fondo Biblioteca Nacional, volumen 3, ff. 3.

37 Archivo Nacional, Fondo Biblioteca Nacional, volumen 3, N° 11, ff. 3-4.

aprobó la licencia de uno de los funcionarios de la Biblioteca³⁸. La administración del establecimiento pasó entonces a depender de diversas entidades, perdiendo parcialmente el grado de autonomía que había adquirido durante la primera mitad del siglo XIX. Las nuevas circunstancias propiciaron una mayor preocupación por el desarrollo de la institución, lo que repercutió en mejoras considerables, como el gran aumento de sus fondos bibliográficos por la compra de colecciones y el traslado en 1886 al edificio donde había funcionado el Congreso Nacional.

Junto a la participación del Estado en el funcionamiento de la Biblioteca, se inició un proceso que pretendió impulsar la descentralización del acceso a los libros. En 1856 un decreto firmado por el presidente José Joaquín Pérez pretendió dar forma a bibliotecas populares anexas a las escuelas públicas³⁹.

Los resultados de la propuesta del gobierno no fueron los esperados. En un contexto en el que la educación estaba reservada a un sector privilegiado de la sociedad, y el analfabetismo era la constante, era difícil pensar que una iniciativa de estas características lograra concretarse en el corto o mediano plazo. Además, todavía la sociedad esperaba que algunas iniciativas solo fueran impulsadas por el Estado. Testimonio de esa realidad son las palabras de Abdón Cifuentes quien, al referirse a su proyecto de fundación de una biblioteca en San Felipe, señaló que: “Desde el primer momento procuré coleccionar fondos para la estantería y el sueldo de un bibliotecario. Para ello me dirigí a los vecinos pudientes solicitando de ellos una suscripción anual o mensual que podría encargarse de recaudar el mismo empleado. No conseguí nada; en todas partes me contestaban con extrañeza: “¿Biblioteca? Eso corresponde al gobierno”. “No lo hace, porque no puede o porque no se le ocurre, hagámoslo nosotros, les argüía yo; hagamos algo por el progreso del pueblo”⁴⁰.

En la época también hubo situaciones provocadas por el gobierno que no siempre estuvieron acorde a las necesidades de la Biblioteca Nacional, y que en muchas ocasiones fueron perjudiciales para su desarrollo. Sobre todo cuando los intereses particulares pasaban por sobre los institucionales. Esto se vio reflejado en la pérdida de numerosos ejemplares, cuya causa era atribuida a los préstamos externos que autorizaba el Consejo Universitario. Ramón Briseño se refiere explícitamente a este tema; en una carta enviada al ministro de Instrucción Pública en 1877 señala que las órdenes dadas a la Biblioteca para retirar libros, violaban el decreto su-

premo que prohibía sacar ejemplares fuera del establecimiento. También denunció que los ministros autorizaban a que cualquier individuo tuviera acceso a este beneficio, y exigía que la autoridad determinara una ley que “cimiente sobre bases sólidas la prohibición absoluta de extraer cualquier clase de libros o papeles de la Biblioteca Nacional”⁴¹.

En el contexto de la política nacional los enfrentamientos entre liberales y conservadores, centrados entre otros aspectos en la disputa por el control de la educación, llevaron a la creación del Consejo de Instrucción Pública, organismo que pretendió desvincular a la Universidad de Chile del papel tutelar de la educación nacional⁴². Los cambios repercutieron también en la Biblioteca Nacional, que ahora pasó a depender del nuevo Consejo, modificación que se produjo en enero de 1879.

Fundamental para su desarrollo fueron siempre, sin embargo, las iniciativas que surgían de la propia institución, entre ellas algunas que habría de tener prolongadas repercusiones en nuestras relaciones con los países vecinos. Un ejemplo es la carta que envió Ramón Briseño al ministro de Instrucción Pública, en enero de 1881, en la que argumentaba: “Interesado como el que más en el progreso bibliográfico de la Biblioteca Nacional de mi cargo, se me ocurre una idea tendiente a realizarlo con motivo de la actual ocupación de Lima por nuestro victorioso ejército: idea que quizás merezca la aprobación del Supremo Gobierno por lo provechosa que su realización puede sernos, sin ser por otra parte, ni difícil ni costosa. Consistirá únicamente en comisionar a tres de los empleados de la Biblioteca Nacional, los señores Francisco Aguirre, Manuel A. Vallejo, y Rómulo Ahumada Maturana, para que trasladándose a Lima, inmediatamente procuren traer para este establecimiento las publicaciones americanas, y con especialidad peruanas, que se encuentren en los archivos de aquel gobierno”⁴³.

Libros y lectores de la Biblioteca Nacional

En 1849 el director de la Biblioteca Nacional escribió al ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública, una carta en la que denunciaba que

41 Archivo Nacional, Fondo Biblioteca Nacional, volumen 4, ff. 97.

42 Sobre el conflicto liberal-conservador por el dominio en el sistema de exámenes, véase Sol Serrano, et. al., *Historia de la Educación en Chile. Tomo I. Aprender a leer y a escribir (1810-1880)*.

43 Archivo Nacional, Fondo Biblioteca Nacional, volumen 4, ff. 115. Luego de un largo proceso, la Biblioteca Nacional de Chile identificó y devolvió los ejemplares de la Biblioteca Nacional del Perú que se encontraban en sus acervos. Esto ocurrió el año 2007 y se refleja, entre otros documentos, en la publicación *Joyas bibliográficas de valor universal. Después de 126 años... volvieron a casa. Catálogo de los libros devueltos por Chile a la Biblioteca Nacional del Perú*, y en la Declaración de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos de Chile, en <http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-122650.html> (visitado el 18 de abril de 2014).

38 Archivo Nacional, Fondo Biblioteca Nacional, volumen 4, ff. 24.

39 *Anales de la Universidad de Chile*, marzo de 1856, pp. 39-40.

40 Abdón Cifuentes, *Memorias*, tomo I, p. 62.

“la mayor parte de los que concurren a la Biblioteca Nacional no leen otra cosa que periódicos y novelas, ocupando algunos de ellos tres y cinco horas diarias en esta fútil lectura, que si dedicasen a algún ramo importante del saber humano harían progresos”⁴⁴. La acusación se refería especialmente al comportamiento de los jóvenes que asistían al establecimiento, quienes a los ojos de García Huidobro, no hacía más que perjudicar su educación, instruyéndose sobre temas que no correspondían. Por eso solicitó que se le autorizara para “sustraer del servicio de la Biblioteca todos los romances y novelas que se conceptúen inmorales y poco adecuados a los concurrentes, y colocarlos en el archivo secreto”⁴⁵. Archivo que no tenemos noticia si ya existía o se creaba al aplicarse la medida propuesta.

El testimonio de Francisco García Huidobro proporciona referencias sobre las características de los textos más solicitados en el establecimiento, así como sobre algún tipo de lector asiduo a la Biblioteca.

El sistema por el cual se regularon las horas de atención y préstamo de ejemplares pasó por varias modificaciones, sujetas siempre a los nuevos requerimientos que surgían a partir de la llegada de nuevos libros y el consecuente aumento de quienes los solicitaban. A principios de la década de 1860 se completó el reglamento de años anteriores, el cual ponía especial énfasis en aspectos más bien prácticos. Entre los artículos aprobados, se estipulaba el horario de atención, el que quedó entre las once de la mañana y las cuatro de la tarde. Este aspecto fue una preocupación constante para las autoridades, puesto que el horario de atención determinaba el flujo de lectores. Así se indicó en los *Anales de la Universidad de Chile* de 1857, donde se señala que los martes y los jueves, días en que la Biblioteca permanecía abierta hasta las tres de la tarde, la concurrencia de público era superior al resto de la semana. Por lo tanto, “el Consejo se persuadió de que era conveniente que la sala permaneciese abierta todos los días hasta la hora indicada”⁴⁶. La medida obedecía también al hecho que los que acudían a solicitar libros eran en su mayoría estudiantes, que pasaban las primeras horas del día en sus respectivos lugares de instrucción, lo que queda confirmado por las palabras de Francisco García Huidobro, quien señaló que “los únicos que la frecuentan son los jóvenes estudiantes, y estos inmediatamente que concluyen sus cursos escolares, salen fuera de la capital a pasar la época de los calores”⁴⁷.

Otro aspecto que abordó el reglamento de 1861 fue el de los presta-

mos excepcionales, mediante los cuales se permitía sacar libros fuera del establecimiento. Para que esto ocurriera en el futuro sería necesaria la aprobación del Consejo de la Universidad de Chile. Para la materialización de estos permisos, se generaba un recibo, de tal manera “que el libro sea de los que se pueden reponer fácilmente en caso de pérdida”⁴⁸. Con la medida se intentaba evitar situaciones como la denunciada por Salvador Sanfuentes quien, en 1857, señaló que los préstamos para las clases de Arquitectura y para el Observatorio Astronómico, pese a las gestiones para su recuperación “difícilmente volverán a la Biblioteca, y quizás deberán considerarse pérdidas para el establecimiento”⁴⁹. Ofreciendo de paso, como otras de las comunicaciones citadas, valiosa información sobre los usuarios de la Biblioteca Nacional.

Muchos de los casos que figuran en los archivos corresponden a préstamos entre instituciones, los que hicieron de la Biblioteca Nacional una proveedora de material académico para cátedras universitarias o diversas actividades que involucraban las letras o las ciencias.

Un ejemplo de la forma en la que se hacían este tipo de peticiones fue la solicitud hecha en 1864 por Domingo Arteaga Alemparte, quien pidió al Consejo de la Universidad el manuscrito del *Cautiverio feliz* de Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán, para copiarlo e incluirlo en la *Colección de historiadores de Chile i documentos relativos a la historia nacional*⁵⁰. Este tipo de práctica fue común en el siglo XIX, especialmente porque era en la Biblioteca Nacional donde se hallaban la mayor cantidad de ejemplares disponibles para su consulta. No sobra señalar que a mediados de siglo contaba con 23.899 libros⁵¹.

Así como se promulgaban reglamentos para mejorar la atención de los usuarios, la administración de la Biblioteca también estuvo pendiente del incremento de sus acervos. Las compras que se realizaban, propuestas por el director, debían pasar por la aprobación del Consejo Universitario. Fue así como hubo un gran número de adquisiciones. Entre ellas, la compra de la biblioteca americana de Benjamín Vicuña Mackenna fue una de las grandes inversiones realizadas⁵².

Para la adquisición de la Biblioteca Americana se envió la propuesta directamente al Presidente de la República quien, según los *Anales de la Universidad de Chile*, no encontró impedimento a la realización de

48 *Anales de la Universidad de Chile*, mayo de 1861, p. 691.

49 Archivo Nacional, Fondo Biblioteca Nacional, volumen 3, ff. 15.

50 *Anales de la Universidad de Chile*, tomo XXIV, primer semestre de 1864, p. 509.

51 *Anales de la Universidad de Chile*, tomo XVII, 1860, pp. 475-477.

52 Otro ejemplo es el caso de la biblioteca de Andrés Bello que Iván Jaksic ofrece en su trabajo en esta obra.

44 Archivo Nacional, Fondo Biblioteca Nacional, volumen 3, ff. 7-8.

45 *Idem*.

46 *Anales de la Universidad de Chile*, octubre, noviembre y diciembre de 1857, p. 198.

47 Archivo Nacional, Fondo Biblioteca Nacional, volumen 3, ff. 5.

la compra⁵³. La adquisición quedó en manos del Consejo, pagándose a Vicuña Mackenna la cantidad de cinco mil pesos por el total de su colección. José Victorino Lastarria, como decano de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Chile y en consecuencia director de la Biblioteca Nacional, se refirió a esta adquisición en una carta al ministro de Instrucción, en la que de paso informa sobre su contenido: “De los trabajos hechos hasta aquí resulta que se han comprado 1.647 volúmenes de los cuales 434 tratan de Colombia, 134 sobre Centroamérica, 273 sobre las Antillas y Guayanas, 97 sobre el Brasil, 259 sobre el Perú, 177 sobre los Estados de la Plata y Paraguay, y sobre la América del Norte 283. De los cinco mil pesos de su importe se han pagado ya 3.500 pesos, mil pesos en diciembre de 1861, mil el 8 de enero de 1861 y 1.500 el 8 de enero del corriente año. Quedará esta deuda en el presente año, sino completamente extinguida, al menos en su mayor parte pagada”⁵⁴.

La adquisición de la Biblioteca Americana contribuyó a diversificar los acervos de la Biblioteca Nacional pues hasta entonces la mayor parte de los libros correspondía a literatura europea, textos religiosos y tratados filosóficos. Con el aporte de la biblioteca de Vicuña Mackenna se suplía el déficit de textos sobre América y su historia y, también, aumentaba el porcentaje de consultas. Así queda de manifiesto en un informe del recién asumido director, Ramón Briseño, quien en 1864 envió al ministro de Instrucción Pública el detalle de todas las actividades relacionadas con el funcionamiento de la Biblioteca Nacional, entre ellos el número de obras leídas entre abril de 1864 y marzo de 1865, las que alcanzaban a 3.216⁵⁵. Aumento que también debe ser explicado en función de la evolución del sistema educativo, que también contribuyó a la formación de nuevos lectores.

Aunque el número de obras disponibles para consulta de los usuarios creció año a año, siguió habiendo un déficit que los propios lectores hacían saber. Así lo dejó ver Ramón Briseño, quien se dirigió al rector de la Universidad de Chile señalando que de las seis secciones en que se había dividido la Biblioteca: “Ninguna, después de la sexta, hay tan escasa como la cuarta, que se denomina Ciencias y Artes. Esta deficiencia llega a tal punto, que los ingenieros, los militares, los artistas, los naturalistas, que suelen ocurrir al establecimiento en busca de libros que poder

53 *Anales de la Universidad de Chile*, tomo XIX, segundo semestre de 1861, p. 870.

54 En *Anales de la Universidad de Chile*, tomo XXII, primer semestre de 1863, pp. 795-797. Como la Biblioteca Nacional estuvo bajo la tutela de la Universidad de Chile hasta 1879, año en que pasó a depender del Consejo de Instrucción Pública, durante el período que dependió de la Universidad se le otorgó el título de director al decano de la Facultad de Humanidades.

55 Archivo Nacional, Fondo Biblioteca Nacional, volumen 3, ff. 31.

consultar de sus respectivas profesiones, bien pronto tienen que irse sin haber conseguido su objeto, porque, o lo poco que hay no les satisface o no encuentran nada”⁵⁶. La ausencia de obras científicas se hizo notar a medida que fue tomando importancia el estudio de las ciencias naturales y el desarrollo de estudios profesionales, como las ingenierías. Muestra a su vez del desenvolvimiento del país.

Otro aspecto vinculado al incremento de textos y a las prácticas de quienes los administraban fue el canje internacional, que transformó a la Biblioteca Nacional en una entidad representativa del Estado y la comunidad chilena, entre otras razones porque la mayor parte de lo que se enviaba al exterior eran publicaciones oficiales.

Aunque fue en 1871 cuando se oficializó esta práctica, esta había comenzado años antes con la fundación de la Oficina General de Canjes y Publicaciones. La primera referencia conocida es una carta de 1853 enviada por el director del establecimiento, Ventura Blanco Encalada, a Josepp Henry, Secretario de la Institución Smithsonian en Washington, en la que se refería a la recepción de un paquete de obras remitido por esta institución⁵⁷. Pese a que no se detalla ni la cantidad ni el nombre de los libros recibidos, Blanco Encalada agradece el compromiso de la institución con la causa de la ilustración.

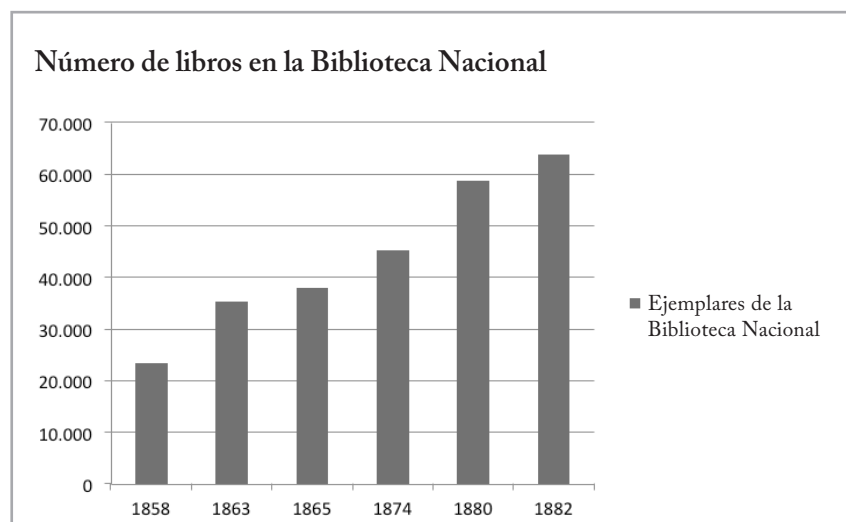
Un año después, el director de la Biblioteca acusó recibo de la *Flora fluminense de Brasil*, enviada por el Cónsul General de dicho país⁵⁸. En 1863 José Victorino Lastarria se refiere a la llegada del *Compendio storico della scuola anatómica di Bologna scritto da Michele Medici*⁵⁹. Y en abril del año siguiente el mismo Lastarria menciona la llegada de la obra titulada *El Jeneral San Martín*, enviada por el gobierno argentino.

56 Archivo Nacional, Fondo Biblioteca Nacional, volumen 3, ff. 15.

57 Archivo Nacional, Fondo Biblioteca Nacional, volumen 3, ff. 11.

58 Archivo Nacional, Fondo Biblioteca Nacional, volumen 3, ff. 12.

59 Archivo Nacional, Fondo Biblioteca Nacional, volumen 3, ff. 22.



Elaborado con datos obtenidos de la recopilación de documentos de la Biblioteca Nacional realizada por Ramón Briseño, disponible en el Archivo Nacional, Fondo Biblioteca Nacional.

El sistema de canje implicó que la Biblioteca Nacional también remitiera ejemplares, práctica sobre la que también hay testimonios. Uno que refleja el espíritu que animaba a la institución es el de Diego Barros Arana quien en 1869 refiere, en una carta enviada al ministro de Instrucción, la iniciativa de enviar libros a las bibliotecas de los estados sudamericanos, lo que no solo cumplía “con el objeto de dar a conocer al país en el extranjero”, sino que además servía “también para obtener retornos de otros libros”⁶⁰. Por esta razón solicitó a los ministerios que enviaran todos los ejemplares que pudiesen ser de interés en otros países.

El cuadro que ofrecemos da cuenta del considerable aumento de textos en la Biblioteca Nacional durante la segunda mitad del siglo XIX, muestra a su vez del desarrollo de la institución. El promedio anual es de 1.685 libros, sin embargo, se debe considerar el contexto y los hechos coyunturales que en muchas ocasiones significaron importantes incrementos bibliográficos, como lo ocurrido en 1881 con los ejemplares traídos de Lima.

60 Archivo Nacional, Fondo Biblioteca Nacional, volumen 3, ff. 44.

DE COLECCIÓN PRIVADA A COLECCIÓN NACIONAL:
LOS LIBROS DE ANDRÉS BELLO

Iván Jaksic 🐾

Realizó sus estudios de doctorado en Historia en la Universidad Estatal de Nueva York, de donde egresó en 1981. Ejerció cargos docentes y de investigación en las universidades de Berkeley, Wisconsin y Notre Dame hasta el año 2005. Hoy es académico del Departamento de Culturas Ibéricas y Latinoamericanas y Director del Programa de la Universidad de Stanford en América Latina, con sede en Santiago. La tercera edición de su *Andrés Bello: La pasión por el orden* se publicó en 2010.



c. 1915, Biblioteca Nacional en construcción, se divisan andamios y edificios de almacenes.

La vida de Andrés Bello (1781-1865) puede representarse como un recorrido por tres países: Venezuela, Inglaterra y Chile. En cada uno de esos lugares tuvo una larga y significativa experiencia. Sus primeros treinta años transcurrieron en la Caracas virreinal, otros veinte en el Londres de las guerras napoleónicas y del surgimiento de un nuevo orden internacional, y los restantes de su larga vida, en el Chile de la construcción de la república, a la que hizo reconocidos aportes tanto en la enseñanza como en la administración pública.

No obstante, la vida de Bello también puede representarse como un largo recorrido por el conocimiento plasmado en libros publicados y documentos manuscritos¹. En cada una de las etapas de su vida hay lecturas que lo acompañan y que darán forma a un pensamiento que une lo clásico con lo moderno, que busca en el lenguaje las claves para la evolución cultural y política, y que encuentra en las humanidades las fuentes para el desarrollo moral e intelectual. A lo largo de su vida, aunque con pérdidas cuantiosas, acumuló libros que constituyeron una de las más selectas bibliotecas del siglo XIX hispanoamericano.

La Biblioteca Nacional de Chile adquirió esta biblioteca luego del fallecimiento de Bello en Santiago en octubre de 1865. Por muchos años, e incluso hasta el día de hoy, los libros de Bello enriquecieron el contenido de la Biblioteca Nacional tanto por el valor de los materiales bibliográficos como por constituir las fuentes de las cuales se nutrió el impresionante conocimiento del pensador venezolano. Los libros que pasaron a ser parte integral de la Biblioteca fueron precisamente las fuentes que gracias a la obra de Bello tuvieron un papel crucial en la formación del orden republicano en Chile y en otras partes de América. De hecho, fue a partir de los tesoros bibliográficos que pasaron a ser parte de esta gran biblioteca que Bello redactó sus tratados más influyentes tanto en derecho civil e internacional, como en gramática, literatura y educación. Ellos proporcionaron la base de un conocimiento que hizo de Bello una persona clave en la construcción de Estado y nación en el Chile decimonónico. En esta presentación se explica la relación de Bello con archivos y bibliotecas a nivel internacional y también se ofrecen algunos detalles sobre la adquisición de su biblioteca privada.

La relación de Bello con otras bibliotecas

Como aventajado estudiante en su Caracas natal, Bello tuvo acceso privilegiado a una gran cantidad de fuentes disponibles en los conventos

1 Eso es precisamente lo que hace Miguel Luis Amunátegui en su clásica biografía *Vida de Don Andrés Bello*, con una tendencia a ver la vida de Bello a través de sus libros más que los libros como parte de la vida de Bello. He comentado este aspecto de esa biografía en mi “El Bello de Miguel Luis Amunátegui”.

(como los Mercedarios) y bibliotecas universitarias (como la de la Universidad de Caracas) en el período virreinal tardío. Las reformas borbónicas habían revolucionado el currículo universitario, por lo que Bello adquirió una amplia gama de conocimientos en ciencias naturales. De hecho, existe alguna evidencia de que cursó estudios de medicina y a largo plazo puede observarse en su obra un gran énfasis en la divulgación científica. Sin embargo, por necesidad familiar luego de la muerte de su padre, Bello ingresó al gobierno colonial a una temprana edad. Esto no significó el fin de su actividad intelectual, como puede constatarse en sus lecturas de Locke y Condillac, además de los clásicos griegos y latinos, como también títulos castellanos y franceses². Sus primeros poemas fueron redactados en esta época, como también la obra que vería la luz muchos años más tarde, *Análisis ideológica de los tiempos de la conjugación castellana*. Fue también el primer redactor de la *Gazeta de Caracas*, lo que le permitió acceso a variadas fuentes de información, incluyendo periódicos ingleses.

Si bien el desarrollo intelectual de Bello y los títulos que manejaba en Caracas eran impresionantes para la época, existe consenso en que la primera colección de importancia con la que tuvo una experiencia significativa fue la colección del precursor Francisco de Miranda en Londres, ciudad a la que Bello había llegado en compañía de Simón Bolívar y Luis López Méndez en búsqueda de apoyo británico luego del establecimiento de la primera junta de gobierno en Venezuela. La biblioteca de Miranda, ubicada en su residencia de Grafton Street, consistía en más de 6.000 volúmenes que cubrían una amplia gama de campos del saber. Si bien esta biblioteca fue rematada luego de la muerte de Miranda en 1816, un valioso catálogo impreso en la época entrega información pormenorizada de sus contenidos. El escritor venezolano Arturo Uslar Pietri lo ha descrito así: “Hojea esas páginas produce asombro. Lo que allí se enumera y que obviamente no era todo lo que Miranda llegó a poseer en libros, representa una de las bibliotecas privadas más ricas, variadas y cultas de su tiempo. No había en América ningún personaje, ni tampoco ninguna institución sabia que poseyera entonces un conjunto de esa significación y amplitud... Es una biblioteca de trabajo, hecha no para el regodeo del coleccionista, sino para la formación y la curiosidad de un hombre. Hay, ciertamente, bellas ediciones, valiosas como monumentos de arte, pero lo que más impresiona es la variedad de temas, épocas y autores. Todo

2 Amunátegui comenta que en su juventud en Caracas Bello disfrutaba en particular de las comedias de Pedro Calderón de la Barca, “no solo los leía y los releía, sino que los aprendía de memoria i los declamaba a su madre, que se complacía en escucharle”. Véase Amunátegui, *op. cit.*, p. 6. Agrega el biógrafo que una admiración aun mayor le causó *Don Quijote de la Mancha*.

está allí, testimoniando el ansia universal de conocer de Miranda: poesía, teatro, ensayos, historia, religión, filosofía, viajes, bellas artes, agricultura, novela, ingeniería, lingüística, arte militar, medicina, ciencias naturales, enciclopedias y diccionarios”³.

Bello trabajó con frecuencia en esta biblioteca durante los años ciertos de su residencia entre 1810 y 1813 y es muy probable que la siguiera utilizando después de trasladarse a otras partes de Londres. Desde hoy es fácil ver cómo varias de las fuentes consultadas por Bello en esta biblioteca definieron los temas que le ocuparían por el resto de su vida, adquiriendo así el carácter de una verdadera revelación intelectual. Tal es el caso de la literatura medieval española, con la que entró en contacto a través de la obra de Tomás Antonio Sánchez, *Colección de poesías castellanas anteriores al siglo xv* (1779), y que le indujo a consultar los manuscritos disponibles en la biblioteca del Museo Británico. En ellos trabajó intensamente por más de una década. Como ha mencionado el estudioso Barry Velleman, “la biblioteca de Miranda le habrá ofrecido a Bello un panorama literario y cultural de valor incalculable para la continuación de los estudios que emprendería el maestro en la biblioteca del Museo Británico”⁴.

En efecto, Bello fue un lector asiduo de la biblioteca del Museo Británico. Allí consultó los manuscritos que formarían la base de su teoría de desarrollo lingüístico, y en especial su estudio del *Poema del Cid*, que solo se publicaría después de su fallecimiento. Allí encontró los manuscritos que le permitieron establecer los orígenes de la asonancia, que tuvo especial importancia para el surgimiento de la poesía épica castellana. Los himnos eclesiásticos, en particular, le permitieron trazar el desarrollo del latín hasta desembocar en las lenguas vernáculas de Europa. Fue en el Londres de entonces que Bello dimensionó la importancia de acumular y clasificar los documentos, como también los materiales de apoyo. Aparte de la biblioteca del Museo, también era lector asiduo en la biblioteca del Royal Institution, en donde cultivó en gran medida sus intereses científicos⁵.

Bello apreciaba y agradecía la labor de coleccionar materiales bibliográficos, como también el carácter diverso y público de las fuentes que se podían consultar en las bibliotecas de Londres. Pero el significado más profundo no lo encontraba tanto en la capacidad de adquirir y clasificar como en la de difundir el conocimiento. Un ejemplo de esto se encuentra en la revista que fundó en 1823 con Juan García del Río, a la que dio el nombre

3 Arturo Uslar Pietri, prólogo a *Los libros de Miranda*, pp. xv y xvii.

4 Barry Velleman, *Andrés Bello y sus libros*, p. 37. Esta valiosa obra contiene el catálogo completo de los libros de Bello basado en el que preparó Diego Barros Arana, con actualizaciones bibliográficas que aclaran las ediciones y proporcionan datos sobre la importancia de estos títulos y su cita en diferentes obras de Bello.

5 Su nombre aparece en los “Manager’s Minutes” del 14 de abril de 1823.

de *Biblioteca Americana*. Entendía el término *biblioteca* en el sentido de un *corpus* de conocimiento, dado que el contenido de una biblioteca, más allá de la organización de los materiales bibliográficos, se traduce en último término en conocimiento. Este era el sentido que Bello quería transmitir a su audiencia hispanoamericana, la que no tenía acceso a los tesoros de las grandes bibliotecas o a las principales revistas de Europa. De hecho, una gran cantidad de artículos provenían de revistas como la *Edinburgh Review*, un órgano representativo del liberalismo inglés moderado que proporcionaba una cobertura amplia de los principales avances en ciencias y humanidades. El estudioso del período de Bello en Londres Carlos Pi Sunyer logró comprender cabalmente el sentido que el pensador venezolano daba a “biblioteca” como fuente de conocimiento cuando se refirió a la colección de Francisco de Miranda: “La biblioteca no es solamente como el cauce de unos ríos, las culturas aisladamente nacionales, con pequeños arroyuelos tributarios; es la confluencia de diferentes corrientes caudalosas que concurren para formar el tesoro intelectual de la humanidad”⁶. Si bien la metáfora es sugerente y apropiada, Bello insistió en varias ocasiones que su selección de artículos y reseñas bibliográficas tenían el principal propósito de ser “útiles” para los hispanoamericanos en el momento de los inicios de su vida independiente. El uso de este término, “útil”, que abunda tanto en *Biblioteca Americana* como en *Repertorio Americano* (la continuación de la *Biblioteca* en 1826-1827), demuestra su familiaridad con el utilitarismo de Jeremy Bentham y James Mill, a quienes conoció y trató en Londres⁷.

Bello llevó el concepto de biblioteca sugerido en el título de *Biblioteca Americana* más allá de la presentación de reseñas que proporcionaban un resumen de publicaciones específicas. Pensó también en una biblioteca concreta que combinara tanto los aspectos de colección física como de títulos relevantes de utilidad intelectual en el contexto de la independencia. Esto puede observarse en la lista que preparó, a pedido de su compatriota José Rafael Revenga, entre 1823 y 1824, para la actualización de la biblioteca de la Universidad de Caracas. La lista consistía en 78 obras que abarcaban una amplia gama de campos del conocimiento, desde las ciencias naturales a la literatura y la economía política. Como ha indicado Pedro Grases, lo que resulta particularmente destacable es la selectividad y relevancia de los títulos escogidos, que configuran un ideario claramente enfocado en el nuevo orden generado por la independencia⁸. En el campo de la economía política recomendó las obras de Adam Smith, Jean-Baptiste Say y David

6 Pi Sunyer, *Patriotas americanos en Londres*, p. 60.

7 Sobre la estadía de Bello en Inglaterra véase Fundación La Casa de Bello, *Bello y Londres*.

8 Pedro Grases, “Andrés Bello y la Universidad de Caracas. Dictamen sobre la biblioteca universitaria”.

Ricardo. Bello sabía que el manejo de la lengua inglesa no estaba suficientemente difundido en Hispanoamérica, por lo que recomendó obras publicadas principalmente en francés y español. Sin embargo, consideró indispensables las obras de William Paley, *Natural Theology* y *The Principles of Moral and Political Philosophy*; John Locke, *An Essay Concerning Human Understanding*; Dugald Stewart, *Philosophy of the Human Mind*, y Thomas Reid, *An Inquiry into the Human Mind on the Principles of Common Sense*.

Lo que importa destacar en esta selección es el énfasis en los pensadores de la tradición filosófica británica, y especialmente de la Ilustración escocesa. Para la década de 1820, es claro que Bello había decidido cuáles eran las formas de pensamiento necesarias para el nuevo orden cultural y político en Hispanoamérica. En este caso, se trataba de un énfasis en la razón, pero una razón que no era incompatible con la religión, como pudiera ser el caso de las vertientes más anticlericales de la Ilustración francesa. La obra filosófica clave de Bello, *Filosofía del entendimiento* (publicada póstumamente en 1881 pero conocida en parte en la década de 1840) contenía una sofisticada presentación de la perspectiva escocesa, la que puede observarse además en otros escritos y también en la creación de la Universidad de Chile, en la que tuvo un papel central, y que definió como institución dedicada al cultivo de la razón, al mismo tiempo que a la educación religiosa y moral del pueblo.

También resulta importante en esta lista la inclusión de varias obras de literatura peninsular española. Esto es particularmente sorprendente, dado que las guerras de independencia seguían su doloroso curso entre 1823 y 1824 (Ayacucho tendría lugar en diciembre de este último año). Podría esperarse un sentimiento antiespañol por parte de un patriota exiliado en Londres, pero la selección revela que ya en la década de 1820 Bello consideraba importante mantener una continuidad, al menos cultural, con España. Entre las obras recomendadas se encuentran las de autores como Garcilaso de la Vega, Cervantes, Lope de Vega, Manuel José Quintana y Juan Meléndez Valdés. Conocida es también su devoción por el *Poema del Cid*, cuyo estudio nunca dejaría de lado.

Una vez en Chile, Bello asumió una serie de puestos importantes en la administración pública, en los ministerios de Hacienda y de Interior y Relaciones Exteriores. Fue miembro del Consejo de Estado, ministro plenipotenciario negociando tratados internacionales y senador de la república por 27 años. En educación, fue rector del Colegio de Santiago, miembro del comité de reforma del currículo del Instituto Nacional, y rector de la Universidad de Chile. Además fue autor de tratados eruditos y de poesía, y tuvo un papel importante como redactor de periódicos. En todas estas actividades Bello hizo uso constante de fuentes en una variedad de disciplinas e idiomas. Es especialmente en las polémicas del pe-

ríodo en las que surge una y otra vez el amplio conocimiento de Bello de obras clásicas y modernas. Esto puede observarse en la polémica con José Joaquín de Mora acerca del uso apropiado del castellano; en la polémica sobre la enseñanza del latín y el reconocimiento de la independencia con José Miguel Infante; en el debate con Domingo Faustino Sarmiento sobre clasicismo y romanticismo; en la polémica con José Victorino Lastarria y Jacinto Chacón sobre metodología histórica y en la discusión con George Ticknor sobre el surgimiento de las lenguas románicas y en particular sobre la castellana en el medioevo. En todas ellas se puede hacer un trazado de las lecturas realizadas por Bello, y de las citas que permiten ubicar su pensamiento en una variedad de escuelas filosóficas, literarias y jurídicas.

Además, Bello tuvo un papel destacado oponiéndose a la censura de libros, que consideraba perniciosos y, en verdad, con resultados contrarios a su propósito original⁹. Buscó ampliar las horas disponibles para el público en la Biblioteca Nacional, como también una mayor remuneración para sus empleados¹⁰. También promovió activamente la creación de bibliotecas populares¹¹. Como director del Colegio de Santiago, como tutor de sus hijos y de otros jóvenes chilenos, y como redactor de *El Araucano* y otros periódicos, Bello estuvo en permanente contacto con los libros e hizo numerosas recomendaciones para su adquisición. Como rector de la Universidad de Chile tuvo un papel aun más directo en la colección de libros, en particular cuando la Biblioteca Nacional quedó bajo la supervisión de la Facultad de Filosofía y Humanidades (diciembre de 1852). En esa condición, tuvo la oportunidad de trabajar cercanamente con tres de sus directores: Francisco García Huidobro (1825-1852), Vicente Arlegui (1852-1861), y Ramón Briseño (1864-1886).

Como lo muestran las actas del Consejo Universitario, Bello tuvo un papel central en la adquisición de libros para la Biblioteca Nacional, como también en el canje de libros con instituciones extranjeras como el Smithsonian Institution de Washington. También tuvo una actuación importante en la modernización del catálogo de la Biblioteca¹². Según los

9 Bello fue nombrado miembro, junto a Mariano Egaña y Ventura Marín, de la comisión encargada del examen de los libros que ingresaban por aduana (6 de diciembre de 1832). Si bien Bello aceptó, argumentó en contra de estas labores en las páginas de *El Araucano* el 10 de mayo de 1833 y el 3 de octubre de 1834. Véanse sus *Obras completas*, tomo IX, pp. 719-722.

10 "Al Ministro de Instrucción Pública", Santiago, mayo 12 de 1857, en *Obras completas* de Andrés Bello, tomo XXI, pp. 612-613.

11 Véase "Memoria correspondiente al curso de la instrucción pública durante el quinquenio 1854-1858", en *Obras completas*, op. cit., tomo XXI, pp. 163-164.

12 Guillermo Feliú Cruz, "Introducción," tomo III, p. x. También Ávila Martel, *Andrés Bello y los libros*, pp. 57-64.

reglamentos de 1861, la Biblioteca Nacional contenía las siguientes colecciones: 1) Colección Egaña, 2) Libros hispanoamericanos y relativos a la historia de la América española, 3) Teología, filosofía y jurisprudencia, 4) Ciencias y artes, 5) Bellas letras, historia, geografía y viajes, y 6) Manuscritos, estampas y medallas¹³. En su biblioteca privada, Bello tenía el *Catálogo por orden alfabético de los libros que contiene la Biblioteca Nacional de Santiago de Chile* (1854) y el *Catálogo de la biblioteca de Mariano Egaña* (1860).

A propósito de la biblioteca de Egaña, que Bello mismo ayudó a formar cuando ambos se encontraban en Londres, el entonces senador de la república tuvo un papel central en la aprobación del proyecto de ley presentado por el presidente Manuel Bulnes en 1846 para adquirir la biblioteca del recientemente fallecido Mariano Egaña. Allí señaló que las obras de legislación, jurisprudencia y literatura serían particularmente útiles para la juventud estudiosa: “En estas ramas, la biblioteca del señor Egaña comprende casi todo lo que hay de interesante. Reúne también a su favor la circunstancia de poseer libros antiguos de Chile, raros, costosísimos para su adquisición, interesantísimos por las materias de que tratan. Bajo todos aspectos, me parece que no podía elegirse un medio más aparente para el objeto y para beneficio de la nación”¹⁴.

Con estas palabras Bello establecía un concepto clave en su concepción de la biblioteca: su carácter nacional. Si bien apreciaba las colecciones privadas, es obvio que consideraba que su mayor beneficio era pasar a ser parte de una institución de carácter público, para así ser accesible a la ciudadanía. De alguna manera anunciaba con esto el destino de su propia biblioteca.

La biblioteca privada de Bello

Sobre esta biblioteca ha dicho Barry Velleman que “constituye una de las bases de la cultura chilena y americana”¹⁵. Luis Mizón agrega que “en esa biblioteca donde impartía sus clases privadas, todos los testimonios concuerdan en que ubicaba los libros en sitios precisos por analogía o complementariedad de ideas. Además de la influencia que pudo haber tenido en la formación del propio Bello en sus múltiples aspectos de jurista codificador, gramático, crítico y literato, esa biblioteca, como también la de don Juan Egaña, fueron la base de la cultura de la generación que va a asegurar el funcionamiento del Estado chileno durante el siglo XIX”¹⁶.

Diego Barros Arana preparó el catálogo de la biblioteca de Bello con su respectiva tasación hacia fines de 1867. Gracias a él conocemos la ubicación exacta de los libros de Bello, ya que Barros Arana anotó los estantes en que se encontraban. También, por los recuerdos de los familiares y amigos sabemos que identificaba las diferentes categorías temáticas mediante retratos de figuras conocidas como José de San Martín, Bernardo O’Higgins, Mariano Egaña, el arzobispo Rafael Valentín Valdivieso, y el estudioso norteamericano George Ticknor. Gracias a estas formas de identificación, y cuando ya no podía caminar, solía dar instrucciones precisas a su nieta para buscarle los libros que necesitaba. Bello adquirió la mayor parte de su biblioteca en Chile, entre los años 1829 y 1865. Sin embargo, la cantidad de libros que trajo desde Londres, donde vivió entre 1810 y 1829, no fue menor. Alamiro de Ávila Martel estima que Bello se embarcó con unas 400 obras¹⁷.

El catálogo preparado por Diego Barros Arana sigue el orden con que Bello organizaba sus libros, el que incluía estantes sobre filosofía, historia y teoría literaria (designado por la letra K), literatura, lenguaje y pedagogía (L, M y N), medicina, ciencias naturales y matemáticas, economía y estadística, literatura de viajes, historia política y de la cultura, historias de la religión, biografías, documentos de gobierno, derecho civil e internacional, clásicos romanos y griegos, y textos sobre bibliografía. Si bien se puede discernir una lógica en su forma de organizar los diferentes temas, es claro que reflejaba más bien su forma particular de pensar y trabajar antes que algún orden convencional bibliográfico. Lastarria recuerda que, hacia 1834, la biblioteca de Bello tenía un doble propósito: “El aula era su escogida biblioteca, y todas las consultas de autores se hacían por los alumnos bajo la dirección del maestro”. Bello escogía los libros que necesitaba para demostrar puntos específicos: “Las cuestiones de derecho eran debatidas largamente, hasta que se examinaban todos los detalles, todos los casos de cada una”¹⁸. Miguel Luis Amunátegui, por su parte, notó que “en esa biblioteca escogida se encontraban Horacio al lado de Byron, Cervantes al lado de Walter Scott, Racine al lado de Lope de Vega, Virgilio al lado de Dante, Sófocles al lado de Corneille, Goethe al lado de Rousseau, Molière al lado de Alarcón, Homero al lado de Berni, fray Luis de León al lado de Victor Hugo, etc., etc., etc.”¹⁹.

A partir de estos testimonios es claro que la organización que Bello daba a sus libros estaba estrechamente ligada a la enseñanza y a la inves-

13 Julio Arriagada Herrera, “Un hogar para el libro y el estudioso creó en 1813 la Biblioteca Nacional”, p. 136.

14 Véase “Adquisición de la Biblioteca Egaña”, *Obras Completas, op. cit.*, tomo XX, p. 404.

15 Velleman, *Andrés Bello y sus libros*, p. 15.

16 Luis Mizón, *Claudio Gay y la formación de la identidad cultural chilena*, p. 50.

17 Ávila Martel, *Andrés Bello y los libros*, p. 65.

18 José Victorino Lastarria, “*Recuerdos del Maestro*”, p. 83. Lastarria reitera los mismos puntos en sus *Recuerdos literarios*, p. 66.

19 Miguel Luis Amunátegui, “Don Andrés Bello”, tomo II, p. 111.

tigación, lo que confirma su forma de concebir la biblioteca como una puerta de acceso al conocimiento. Bello estaba claramente consciente de las formas más convencionales en la organización de los libros, desde los más generales (filosofía, religión), a los de historia y geografía, literatura y finalmente a los de ciencias naturales²⁰. Esto revela un rasgo muy particular de su forma de abordar el conocimiento: fluido, interdisciplinario, sin límites geográficos o de épocas.

La adquisición de la biblioteca de Bello

La biblioteca de Bello ocupaba una gran sala y dos cuartos contiguos en su casa en calle Catedral y consistía en 3.030 libros publicados en una multiplicidad de países y lenguas. Inmediatamente después de su muerte, el Consejo Universitario de la Universidad de Chile decidió adquirir los libros de Bello “para depositarlos en la Biblioteca Nacional”²¹. Poco después, la familia nombró a Barros Arana, quien era obviamente persona de su confianza, para hacer una tasación de los libros. Una vez cumplida esta minuciosa labor, la Biblioteca Nacional compró la biblioteca de Bello el 27 de diciembre de 1867 por la suma de 4.742,85 pesos, que se pagarían en cuatro cuotas en el mismo lapso de años²². El acuerdo fue firmado por Ignacio Domeyko y Miguel Luis Amunátegui en representación de la Universidad de Chile, y Bernardino Opaso, Rafael Sotomayor, Emilio Bello, Belisario Prats, Isabel (Elizabeth) Dunn de Bello, Ramón Vial, Félix Echeverría, y Manuel Bello, en nombre de la familia. El Presidente de la República José Joaquín Pérez firmó el decreto autorizando la compra el 8 de enero de 1868.

Para la época del fallecimiento de Bello, la Biblioteca Nacional poseía unos 40.000 volúmenes, de modo que la adición de los 3.000 de Bello representaba un porcentaje importante de la colección total. Pero más que la cantidad, lo que importaba era la rareza de algunos de estos materiales bibliográficos, que incluía primeras ediciones de gran antigüedad y calidad²³. Algunos de los libros que pertenecían a Bello ya se encontraban en la Biblioteca, de modo que aquellos considerados duplicados (el director

20 Armando Petrucci, “Reading to Read: A Future for Reading”, p. 351.

21 “Sesión extraordinaria del 16 de octubre de 1865”, *Anales de la Universidad de Chile*, tomo 27 octubre-diciembre de 1865, p. 466. En esta sesión se adoptaron una serie de otras resoluciones respecto de los honores a rendirse al pensador venezolano.

22 Esta cifra era realmente importante, equivalente (2013) a 37.036.957 pesos. Agradezco a los economistas de la Universidad Católica Rolf Lüders y José G. Díaz por este cálculo. Esta inversión por parte del Estado es muy significativa, no solo por lo inusitado del monto, sino por la estimación de su importancia para el fortalecimiento de la Biblioteca como institución nacional.

23 Véase la identificación que hace Velleman, *op. cit.*

de la Biblioteca Ramón Briseño estimó que se trataba de unos 1.260 libros) fueron adquiridos por la Universidad de Chile para su propia biblioteca. Por resolución previa, y dado que los libros serían clasificados de una manera diferente a la establecida por Bello, se dispuso la impresión de una estampa (*ex libris*) que identificara los libros como provenientes de la colección de Bello²⁴. Si bien sus libros terminaron enriqueciendo inicialmente dos bibliotecas, con posterioridad sufrirían una grave pérdida y dispersión. Con ocasión del bicentenario del natalicio de Bello, y pensando en la importancia de estos libros, Alamiro de Ávila Martel propuso, como director de la Biblioteca Central de la Universidad de Chile, que se destinara una sala especial que exhibiera los libros de Bello en el orden que este les había destinado en su biblioteca privada²⁵. Las actas de la Biblioteca Central demuestran que en 1981 se proyectaba la “Reconstitución de la Biblioteca de don Andrés Bello” la cual “será instalada en aposento especial y con catálogo temático, como uno de los actos importantes de la conmemoración del Bicentenario de Bello”. En un informe de 1982 la Biblioteca Central anunciaba que “dicha sala fue inaugurada y, hasta la fecha, se han instalado en ella alrededor de 600 obras, que constituyen una tercera parte de la colección. Continuamos con el lento trabajo de identificación”²⁶. Estos trabajos continuaban en 1983 y existe una fotografía de esta sala en una publicación de la Biblioteca Nacional. Sin embargo, no se siguió con esta tarea, y tal vez fue interrumpida y los libros fueron nuevamente dispersos. Entre 1991 y 1992, el académico norteamericano Barry Velleman buscó los libros de Bello que aún quedaban en la Biblioteca Nacional y logró identificar 325 títulos²⁷. De retomarse este proyecto, sin duda que sería un gran aporte, para reconstruir el universo de fuentes y de ideas que resultaron tan fecundas para la historia de nuestras naciones.

Conclusión

Al ser transferida a una colección en rápido crecimiento como lo era la Biblioteca Nacional, la biblioteca privada de Bello perdió el carácter y propósito para el que fue formada. Pero la abundante información que existe en torno a los contenidos de su biblioteca, la ubicación de sus libros, y la profusión de citas que se encuentran en sus propias obras, proporciona un acceso privilegiado a una de las grandes mentes del siglo

24 “Biblioteca Nacional”, *Anales de la Universidad de Chile*, tomo 31, julio 1868, p. 84.

25 Alamiro de Ávila Martel, *Andrés Bello y los libros*, pp. 72-73.

26 Agradezco a Felipe Vicencio Eyzaguirre, de la Biblioteca del Congreso de Chile, el proporcionarme copias de estos documentos.

27 La anotación correspondiente se encuentra en el libro de Velleman, *op. cit.*

XIX. El que muchos de sus libros hayan sobrevivido, y que todavía se encuentren en los anaqueles de esta institución nos dan una razón más para celebrar los doscientos años de la Biblioteca Nacional.



Sala Biblioteca Nacional, actual sala Barros Arana (sin fecha).

LA HUELLA DE LA TRADUCCIÓN EN
LA BIBLIOTECA NACIONAL

Gertrudis Payàs 🐾

Doctora en Estudios de Traducción por la Universidad de Ottawa, profesora e investigadora de la Universidad Católica de Temuco. Se especializa en historia cultural de la traducción y la interpretación, particularmente de los periodos colonial y republicano en México y Chile. Miembro del Núcleo de Estudios Interétnico e Interculturales de la UCT y del Grupo de Investigación Alfaqueque, de la Universidad de Salamanca. Entre sus publicaciones se cuentan la segunda edición de la *Biblioteca Chilena de Traductores (1820-1924)*, de J.T. Medina, y, en coedición con J.M. Zavala, *La mediación lingüístico-cultural en tiempos de guerra*, obra que en 2013 les hizo acreedores del Premio “Rodolfo Oroz”, de la Academia Chilena de la Lengua.



c. 1915, Biblioteca Nacional en construcción, se divisan techumbres y trabajadores.

El hecho de que la Biblioteca Nacional de Chile nazca en los años de afirmación nacional, como sucede en todos los demás países de América Latina, puede sugerir que lo que se encierra en estos muros es la producción letrada hecha exclusivamente por individuos de la nación y en la lengua de la nación; el tesoro (un *thesaurus*, como se llamaban también las viejas bibliotecas) de su riqueza intelectual original. De hecho, la historiografía de las bibliotecas nacionales iberoamericanas reconoce que su origen radica en la vinculación entre el concepto de estado nacional, la necesidad de construir una identidad y el imperativo de crear instituciones que pudieran contribuir a unificar el territorio. La Biblioteca Nacional sería entonces el repositorio de la cultura nacional¹. Es la misma asociación que hace pensar que una literatura nacional tiene que ser solo la original de la nación.

Sin embargo, si hacemos una lectura un poco distanciada de aquellas primeras palabras de la proclama del gobierno publicada en *El Monitor Araucano* el 19 de agosto de 1813 para la fundación de la Biblioteca podemos ver ya otros matices en esta forma de concebir el fondo bibliográfico nacional. Empieza así: “Ciudadanos de Chile: al presentarse un extranjero en el País que le es desconocido, forma la idea de su ilustración por las Bibliotecas y demás institutos literarios que contiene”. Estos “ciudadanos de Chile” de 1813 a los que se apela para que contribuyan a fundar el acervo de la Biblioteca no son los patriotas de comienzos de siglo pero tampoco son ya los vasallos del Reino de Chile. La denominación de “ciudadanos”, que se asocia más a una noción de derechos políticos que de identidad territorial, nos recuerda que el Chile que en esa fecha aún no tenía sus fronteras conquistadas tampoco era étnicamente puro, y no me refiero a la población autóctona, que poco contaba para efectos de la idea de patria, sino a la presencia durante esos años de muchos emigrantes europeos y de otros países americanos que participaron en esa construcción: Pierre Chapuis, Bernardo Philippi, Claude Gay, Ignacio Domeyko, Louis-Antoine Vendel-Heyl, Jean-Gustave Courcelle-Seneuil, Laurent Sazie, Juan García del Río, Antonio Gorbea, Antonio José de Irisarri, Andrés Bello, Domingo Faustino Sarmiento, Bartolomé Mitre y otros que, sea por invitación expresa del gobierno chileno, sea por exilios o aventuras personales, vivieron en Chile y desempeñaron un papel protagónico en los inicios de las instituciones de educación republicanas como el Instituto Nacional, el Liceo de Chile y la Universidad de Chile.

Así, pues, la proclama habla de unos “ciudadanos de Chile”, que son vecinos de este territorio, sin especificación étnica, y de unos extranjeros

1 Véase Asociación de Bibliotecas Nacionales de Iberoamérica, *Historia de las Bibliotecas Nacionales de Iberoamérica: pasado y presente*.

que lo visitan, y recuerda la costumbre cívica de acoger al forastero y de mostrarle lo mejor que se tiene. La Biblioteca cuyo nacimiento se anuncia ahí se prevé como depósito y vitrina de posesiones intelectuales de una colectividad que, aunque se sabe diversa en cuanto a orígenes, se puede imaginar como nación y que, como tal, se concibe también en relación con otras naciones.

En realidad, pues, se nos invita a entender que la prioridad está en lo nacional y en la colección o tesoro de libros que equivale a la cultura nacional y que constituye su aparador. El hecho de que los sustratos o gérmenes de esta idea provengan de otras partes es secundario, y hasta cierto punto debe ser escamoteado para no dar pie a dudas acerca de la legitimidad de la empresa. La representación de la biblioteca que mejor nos la pinta como tal es la que nos ofrecen las salas históricas, cuyos objetos, los libros, encerrados sobre sí mismos en paquetes de hojas cosidas, protegidos por un corsé de cuero, se exhiben por sus lomos, apretados estos unos contra otros en anaqueles que cubren sus cuatro muros. Nobleza de cuna, estabilidad y honorabilidad son los atributos de la biblioteca verdadera, cuyos libros existen, vemos y tocamos.

Roger Chartier, el estudioso del libro y la lectura, califica a estas bibliotecas como bibliotecas “de la realidad”, y las contrapone a otro tipo de bibliotecas, que llama “de la virtualidad”². Estas son las que conocemos como bibliografías ya que, como es sabido, la palabra “biblioteca”, además de significar casa de los libros, significa libro que contiene una lista o catálogo de libros.

Las bibliotecas virtuales no corresponden a las existencias reales, físicamente comprobables, de libros que se pueden sacar de sus estanterías sino al registro de obras correspondientes a un territorio, un periodo o un autor determinados, independientemente de dónde se encuentren o de si exista incluso algún ejemplar de ellos. Constituyen por sí solas un género muy antiguo -hoy reemplazado en buena medida por los catálogos informáticos y los buscadores de Internet- cuyo principal exponente moderno en América fue José Toribio Medina. En Hispanoamérica, ya durante la Colonia se hicieron listas más o menos parciales de libros o compendios de vidas y obras de hombres ilustres, pero puede decirse que desde la segunda mitad del siglo XVIII y durante todo el siglo XIX, casi cada país hispanoamericano produjo su repertorio de producción letrada³. Antes

2 Roger Chartier, *El orden de los libros*. En los años en que Chartier llamaba “virtuales” a estas bibliotecas el término todavía no se asociaba al auge de la era digital.

3 Las bibliografías constituyen de hecho un género relativamente poco estudiado. En un trabajo establecimos una primera caracterización de las bibliografías americanas y las bibliografías europeas de materia americana. Véase Clara Foz y Gertrudis Payàs, “Las bibliografías hispanoamericanas coloniales y las bibliotecas americanas europeas como

de constituir bibliotecas de la realidad, las naciones americanas en ciernes crearon bibliotecas de la virtualidad, listas de libros asentadas a menudo como argumentación de la capacidad intelectual de sus respectivas sociedades. Podemos llamarlas bibliografías nacionalistas, pues obedecen al impulso de defender lo mucho y bueno que se produjo en estas tierras contra la opinión de los europeos o españoles. Varias tuvieron como modelo la que se considera como primera bibliografía del Nuevo Mundo, otra biblioteca virtual, hecha en España por un funcionario indiano que quiso registrar todo lo escrito hasta esa época sobre Indias. Es el *Epitome de una Biblioteca Oriental i Occidental, Náutica y Geográfica*, de Antonio de León Pinelo, publicado en Madrid, por la Imprenta de Juan González en 1629.

A diferencia de las bibliografías asociadas a la defensa de una cultura nacional, la empresa de Pinelo, de temática indiana y epitome, según dice, de una mayor que deja pendiente, es de ambiciones supranacionales⁴. Su motivación, expresada en el prólogo, es hacer el repertorio de los escritos del Nuevo Mundo: “si no todos los autores que de las dos Indias han escrito, los mas que mucha diligencia, y no poco gasto, pudo juntar”, con un argumento de defensa de la modernidad: basta ya de hablar de Grecia y Roma, dice, hay que saber “lo que sucede en los modernos siglos, i en los reynos mas ricos e importantes que posee esta Corona”⁵.

Clasifica León Pinelo la obra en cuatro partes o “bibliotecas subalternas”: Oriental, Occidental, Náutica y Geográfica, que “son las claves de todo lo que de las Indias se puede escribir”. Los autores que en ellas figuran, además de los que son conocidos y cuyas obras se imprimieron, son de tres “especies”: en primer lugar, los que, según él, “escribieron poco”, pero “como mi intento es que no se halle ninguno alegado cuya obra o nombre no se comprenda i declare [...] ha sido necessario ponerlos todos”; luego figuran aquellos “cuyas obras no he visto, ni mencion particular, de lo que escribieron, mas de la generica, que basta”, es decir, de los que existe vaga referencia, y, por último, los autores “de los que solo he visto las obras o alcançado relacion cierta de ellas”⁶, es decir, de los que Pinelo tiene referencia más o menos fidedigna. Se trata, pues, de una biblioteca en la que no se ven los libros mismos sino sus huellas: la huella clara y firme de la obra impresa, cuando ha tenido la fortuna de salir a la

luz y sobrevivir, y la huella tenue de la obra que vive solo en la memoria o en la sospecha de su existencia. Una biblioteca de libros virtuales.

Finalmente, dice Pinelo en el mismo prólogo: “para los curiosos he añadido a cada Autor los Comentadores i Traductores, que ha tenido, en varios idiomas; que ni ha sido la parte de menos trabajo, ni la que menos estimacion merece, por circunstancia en que hasta oy no he visto que ninguno se aya ocupado, no siendo de tan poca importancia, que no se enriquezcan con ella diferentes lenguas”. De esta manera, junto al registro de la obra original hace constar todas las derivaciones que se le conocen: traducciones totales o parciales, versiones abreviadas o compendiadas y sus traducciones, a su vez retocadas o a la letra, y los comentarios y sus traducciones. Es, pues, una bibliografía de las que se llaman “razonadas”, en la que se consigna la obra con sus ramificaciones o epígonos.

Veamos un ejemplo corto, en el que se puede apreciar el efecto de ramificación, y en el que también es interesante advertir el efecto de presencia en “tiempo real” que producen los comentarios:

“FRANCISCO LÓPEZ DE GOMARA. Historia general de las Indias, en dos partes, del Peru i Nueva España. Imp. 1553 [...] Es historia libre i esta mandada recoger por cedula antigua del Consejo real de las Indias.

AGUSTIN CRAVALIZ la traduxo en Italiano. Impr 1560 [...]

N... la traduxo en Francés. Impr. 1606.

GEMMA FRISIO traduxo lo geográfico della en Latin, como se halla en Pedro Apiano⁷.

Pinelo registra aquí dos traducciones completas: la de Cravaliz al italiano, y otra, anónima, al francés. La de Raignier Gemma Frisio es parcial. Raignier Gemma, astrónomo y matemático holandés, que vivió en la primera mitad del siglo XVI, incluye esa traducción en la revisión que hace de la *Cosmographia* de su contemporáneo Petrus Apianus. Pinelo nos hace ver de esta manera el viaje que el libro emprende por medio de la traducción, viaje en el que no siempre conserva todo su equipaje, y que lo lleva a incorporarse a empresas ajenas, desvinculado ya de su punto de partida.

Veamos este otro ejemplo, de la obra de Fernández de Oviedo:

“GONÇALO FERNANDEZ DE OVIEDO Y VALDES. Historia general de las Indias. De cincuenta libros, en que la dividió, sacó los diez y nueve en el tomo primero. Impr. 1547. fol. con otro libro, De los infortunios y naufragios.

fuentes para la historia de la traducción”.

4 Diego Barros Arana debía conocer bien el espíritu que había animado estas bibliotecas, pues defendió la labor bibliográfica de R. Briseño diciendo que no era fruto de “simple vanidad nacional”. Citado en José Zamudio, *Medina y la bibliografía*.

5 León Pinelo, *Biblioteca Oriental i Occidental, Náutica y Geográfica*, “Prólogo”, s.n.p.

6 *Ibidem*.

7 Pinelo, *op. cit.*, p. 70.

IVAN BAPTISTA RAMUSIO tradujo este tomo en Italiano, i le puso en el tercero suyo, con el libro de los infortunios, por vigésimo de la historia, aunque no lo es, sino otro, que no vio, i se referirá adelante.

IVAN POLEUR tradujo los diez libros primeros en Francés. Impr. 1556 fol.⁸.

Este es un caso también de equipaje separado y enviado a distintos destinos. La obra original se vuelve así al punto de arranque de un viaje o de una genealogía que se desprende de sus orígenes para sumarse a otras genealogías de obras en otras lenguas, entrecruzándose y mezclándose en fusión más o menos visible con esas otras obras, creando redes de intertextualidad. Sabemos que Richard Hakluyt (Hocluito, en Pinelo) traductor al inglés de varias crónicas y relatos de viajes, como las de Pedro Mártir, Hernando de Soto y Samuel de Champlain, tradujo también alguna parte de la obra de Ramusio y la incorporó a su obra *Voyages, Navigations, Traffiques, and Discoveries of the English Nation* (Londres, 1600). A su vez, entonces, la traducción se convierte en original para otras traducciones.

Por las páginas de León Pinelo cruzan así las obras, llevadas por distintos traductores y comentadores, creando un efecto de gran animación⁸. En una imagen borgiana, son ellos, los traductores y comentadores, quienes parecen llevar en volandas las obras y no estas las que los arrastran a ellos en su estela. La traducción arranca al libro de sus raíces y lo manda a otros mundos y a otros tiempos, donde no llega la voluntad de su autor original. Sin renegar de su filiación, amparándose en la presunción de fidelidad, la traducción actúa como la copia más legitimada de todas las copias, versiones y comentarios posibles.

Lejos de ser un mero efecto de imaginación literaria, la obra de León Pinelo muestra los entrecruzamientos de las obras realizados por individuos a quienes mueven voluntades económicas, estéticas o ideológicas. A veces son individuos anónimos, a veces son trabajadores especializados, y otras veces son intelectuales entregados a la causa de dar a conocer las obras ajenas. Uno de ellos fue Gian Battista Ramusio (1485-1557), que traduce y compila al mismo tiempo para su vasta colección de relatos de viajes (*Delle navigazzioni e viaggi*) y que con su presencia ubicua en las páginas de la Biblioteca, es uno de sus principales “animadores”:

“MARCOS DE NIZA, Franciscano. Relación del descubrimiento de las siete Ciudades. M.S.

IVAN BAPTISTA RAMUSIO la tradujo en Italiano i la imprimio en su tomo 3.

FRANCISCO VAZQUEZ CORONADO. Relación del mismo descubrimiento. M.S.

IVAN BAPTISTA RAMUSIO la tradujo en Italiano i la imprimio en el tomo 3.

FERNANDO DE ALARCON. Relación del mismo descubrimiento, por la mar. M.S.

IVAN BAPTISTA RAMUSIO la tradujo en Italiano i la imprimio en el tomo 3¹⁰.

La obra de Ramusio, traductor-compilador, da cuenta de todo el movimiento de viajes y navegaciones del siglo XVI. Ramusio no solo tradujo crónicas castellanas sino también los relatos de expediciones francesas (Jacques Cartier), inglesas (Sebastian Cabot) y portuguesas (Empolio, Alvarez Cabral), y, como hemos visto, a su vez fue traducido al inglés por Richard Hakluyt, propagandista de la empresa colonial inglesa en América. Una traducción puede convertirse, por lo tanto, en original para que otra lengua se la apropie y la plante en otro suelo, obedeciendo nuevos idearios. Autor y traductor se confunden entonces en la biblioteca virtual.

Pinelo hace aquí más evidente aun esta tenue línea que separa la labor de ambos:

“P. PEDRO RODRÍGUEZ. Vida del Padre Josef de Ancheta en el Brasil, en Portugués. M.S.

P. SEBASTIAN BERETARIO. Vida del mismo P. Ancheta, en Latin, imp. 1617.8.

Tiene algo de la historia secular de aquella provincia.

P. ESTEVAN DE PATERNINA. Vida del mismo P. Ancheta, en castellano, **i aunque es traducción, por no aver seguido el original a la letra, i dexado algo del, puede pasar por Autor**, imp. 1618.8¹¹.

Los extractos seleccionados aquí son breves pues se trata de obras nacidas en la época del autor. Los de la antigüedad clásica, en cambio, como Ptolomeo, tienen una vida mucho más larga y por lo tanto desencadenan grandes aluviones de traducciones que cubren páginas enteras de la obra y muestran de forma muy vívida la maraña de entrecruzamientos de ramas que parten del gran tronco original.

Recapitulando lo dicho hasta ahora, la imagen de la biblioteca “de la realidad” es la de un recinto cuyas paredes están cubiertas de lomos empastados y ordenados en anaqueles como lo vemos hoy en la Sala Medina de la Biblioteca Nacional: los libros ensimismados, detrás de las celosías y mirando a la pared.

El retrato de la biblioteca “de la virtualidad” que muestra el catálogo

8 Pinelo, *op. cit.*, p. 69.

9 De hecho, en el discurso apologético que dedica al autor su propio hermano, Juan Rodríguez de León, se refiere a esta obra como “Biblioteca animada”.

10 Pinelo, *op. cit.*, p. 76.

11 Pinelo, *op. cit.*, p. 93 (el subrayado es nuestro).

de León Pinelo es, en cambio, un bosque tupido, de árboles que, al igual que los genealógicos, se despliegan en ramas y vástagos entreverados. Esa es la imagen que revela la vida y los viajes fabulosos de los libros, sus avatares y transformaciones. Y es la imagen que nos revela en toda su importancia el trabajo de difusión cultural de la traducción.

Podemos ver entonces la Biblioteca Nacional no como quienes la consideraron “el primer paso que dan los pueblos para ser sabios”, como dice la proclama del gobierno del 19 de agosto de 1813, o quienes veían los libros como objetos que albergaban este saber imprescindible para la ilustración nacional, reposando en anaqueles, sino con los ojos de León Pinelo, para quien el libro era objeto en movimiento, llevado por sus traductores y comentadores, o con los ojos de quienes, con mayor o menor certeza, sabían que no podría haber cultura nacional sin letras internacionales, y que a su vez cruzaron fronteras, de grado o por fuerza, y, situados en la tierra de nadie que es el terreno en el que se mueve el que traduce, administraron el trajín de lenguas, gustos estéticos e ideas que conformó la cultura decimonónica de la que la Biblioteca es el monumento. Nada habla de traducción en el imaginario de la constitución de la cultura y los saberes nacionales, y en cambio, los cimientos y el levantamiento de la Biblioteca Nacional, como veremos, contienen no poco material sacado de canteras ajenas.

Ahora bien, si examinamos el catálogo de la Biblioteca Nacional, que sería el equivalente al catálogo de la biblioteca de Pinelo, nada puede verse de esa animación producida por la vida y viajes de los libros que se ve ahí. El catálogo en línea de la Biblioteca Nacional muestra las obras individuales, solas y quietas, fiel reflejo de lo que se encuentra en los anaqueles. Son libros palpables, reales, que llegaron ahí por otros tipos de viajes; los viajes de los intelectuales cosmopolitas. Refiriéndonos solo al libro extranjero, recordemos que el acervo de la Biblioteca Nacional se constituyó en buena parte por los donativos solicitados en aquella proclama de agosto de 1813. Fue en el mismo *El Monitor Araucano* donde se publicaron las listas de libros que los notables de Santiago y provincia donaron a la Biblioteca atendiendo a la “suscripción patriótica”. Las listas son elocuentes: “D. Juan Egaña, Presidente del Ilustre Senado [dona], las obras completas del Conde Bufón en cincuenta y dos tomos de pastas doradas, con láminas, *Los defectos del Teatro moderno*, y tragedias de Laurise en cinco tomos en pasta, *Las cartas familiares* del P. Isla, quatro tomos, pasta, y *El Eusebio*, quatro tomos pasta”¹². Las obras completas de Buffon que regalaba don Juan Egaña se leerían en francés, y en época en que pocos hablaban lenguas extranjeras, las lecturas se harían a base

12 *El Monitor Araucano*, 9 de septiembre de 1813.

de diccionarios y gramáticas, que se intercalan en las listas de donativos: “D. Andres Nicolas de Orjera ha cedido para la Biblioteca del Instituto Nacional los libros siguientes: Obra *Recreación Filosófica* de Almeida en 3 tomos 4° pergamino, incluidos 2 de *Cartas Mathematicas* en portugués, 1. Tomo *Gramática Italiana y Francesa*, 1. Tomo *Diccionario* de estas dos lenguas, 1. Tomo *Geografía* del Padre Bufier en Italiano”¹³.

En la correspondencia de la Biblioteca Nacional encontramos también constancia del ingreso de obras donadas. El 30 de abril de 1845, Don Manuel Montt entregaba tres obras francesas: *Manuel des maires*; *Comparaison des routes*, *Culture des arbres fruitiers*¹⁴, y el farmacólogo José Vicente Bustillos (traductor, por cierto, de un manual sobre enfermedades de guerra) donaba varios libros en francés y latín sobre temas de naturalismo, viajes, historia y retórica: “Brown, *Regne animal divisé en 11 classes*; Le Moyné Jacobo, *Brevis narratio eorum quae in Florida Americai provincia Gallis acciderunt*; Cotellet, *Abrégé du cours élémentaire du Droit de la Nature et des gens par demandes et par réponses*; Tooke, *Histoire de l'empire de Russie*; Spallanzani, *Voyages dans les deux Siciles*; Colonia, *De arte rethorica libri quinque*”¹⁵. D. Diego Portales solicitaba por carta al director de la Biblioteca le acusara recibo de “una obra en idioma inglés, su autor, Peters, y su título *Relaciones de las causas juzgadas por la Corte Suprema de los Estados Unidos de América*, contenida en 7 tomos de 4°, empastados”¹⁶. Fuera de los donativos, la Biblioteca establecerá una política de adquisiciones y canjes por medio de las legaciones extranjeras en la capital, que se formalizará en 1871 y que será también un canal por el que llegarán a la Biblioteca obras en otras lenguas.

Otra fuente de incorporación al acervo fue la compra de libros fuera del país, por encargo a amigos o a agentes en el extranjero. En los años 1860, por ejemplo, según indican las facturas de compra a los libreros de París, el agente fue *Monsieur* Marcó del Pont, tal vez pariente del último gobernador español, y mencionan expresamente a la Biblioteca Nacional de Chile como destinataria de los envíos. Son largas listas de obras de derecho, medicina, química, botánica, paleontología, historia, filosofía, patología e higiene, geografía, códigos diversos, viajes y literatura que

13 *El Monitor Araucano*, 26 de octubre de 1813.

14 Carta de Manuel Montt, 30 de abril de 1845, Archivos documentales de la Biblioteca Nacional, caja 23, volumen 80, fol. 45.

15 José Vicente Bustillos a Francisco García Huidobro, 28 de mayo 1842, Archivos documentales de la Biblioteca Nacional, caja 23, volumen 80, fol. 27.

16 Diego Portales al Director, 18 de mayo de 1836, Archivos documentales de la Biblioteca Nacional, caja 23, volumen 80, fol. 12.

se adquirieron en Francia por ese conducto¹⁷. Probablemente los títulos eran sugeridos por los directores de las instituciones educativas, pues en los archivos documentales de la Biblioteca se encuentra una carta de la Facultad de Humanidades, firmada por Andrés Bello, solicitando se compraran para la Biblioteca Nacional varias obras: “Bollaert, *Antiquarian, ethnological and other researches in New Granada, Ecuador, Peru and Chile*, Darwin, *Voyages of a naturalist*; Lord Dundonald, *Naval services in Chile, Perú and Brazil*; Page’s, *La Plata, the Argentine Confederation*”¹⁸.

Lo que necesitaba Chile en esos años era importar conocimiento, más que obras literarias. Es por lo tanto significativa la selección de obras que figuran en estas listas: obras de educación para las instituciones de enseñanza, de consulta para las profesiones, para la política, la jurisprudencia y la administración. Se trata de construir una cultura letrada comparable a la de las naciones más adelantadas y de dotar de lectura científica, erudita y de divulgación u ocio a la clase media urbana que recurría a la Biblioteca para satisfacer su curiosidad intelectual¹⁹.

Para fomentar una nueva representación de lo americano y de lo nacional en esa coyuntura en que se buscaba romper con el pensamiento colonial hay que destacar la importación de libros de americanística escritos en Europa, como las historias de América y los relatos de viajeros. Estos serán traducidos y adaptados para los lectores de los países que eran objeto de tales historias y viajes (no solo en Chile), y contribuirán en esos años a reformular la historiografía y la geografía física y humana americana. Ejemplo de ello es la obra *Compendio de la Historia de América*, que publica Orestes León Tornero, de la importante familia de impresores de Valparaíso, en la que advierte haber fusionado en traducción varias obras de historia extranjeras, extractando por una parte y complementando por la otra, para componer un manual de historia hecho a la medida del lector chileno.

La práctica de la traducción-compilación y de la traducción-adaptación, considerada indispensable en el contexto de la necesidad perentoria de dotar de lecturas a las instituciones de educación, y avalada por los mismos Bello y Sarmiento, será muy común en la época, aunque no se

17 Ver factura del 13 de febrero de 1862 de la Librairie Laroque Jeune, París, Archivos documentales de la Biblioteca Nacional, caja 23, volumen 80, fol. 124-127.

18 Andrés Bello, 26 de junio de 1860, Archivos documentales de la Biblioteca Nacional, caja 23, volumen 80, fol. 197.

19 Según Ramón Briseño, los bibliotecarios orientaban a los lectores en sus búsquedas por medio del *Dictionnaire de la conversation et la lecture. Répertoire de connaissances usuelles*, de William Duckett, una enciclopedia francesa publicada en 1838, que todavía puede consultarse en la Biblioteca. Véase Ramón Briseño, “Recuerdos de la antigua Biblioteca Nacional”.

advierta en el catálogo de la Biblioteca Nacional²⁰.

Esta práctica hace pensar en la importancia que ha tenido la traducción en la difusión, adaptación y domesticación de ideas foráneas. No hay que olvidar que la tardía llegada de la imprenta en Chile hizo coincidir (al menos oficialmente) las letras nacionales con la independencia y sus ideas. A diferencia de otras repúblicas americanas en las que, por haber tenido imprenta desde muy temprano, hubo producción autóctona y puede verse la transición entre letras coloniales y republicanas, Chile, al menos en cuanto a producción letrada, pasará en pocos años de la nada, o casi, a una intensa actividad acorde con ese siglo XIX sobrecargado de idearios, con las ansias de ponerse a la par de las demás repúblicas nacientes y de sus modelos europeos y norteamericano. La traducción, como instrumento de difusión de esos idearios, se encarna en las figuras que encabezan el cambio, las de la vanguardia política, las que han podido atisbar en otros mundos y tienen algo nuevo que decir, las que quieren ser escuchadas aprovechando las nuevas vías de divulgación: la imprenta, la escuela y la tribuna política. Son figuras polivalentes, como corresponde a un momento de la historia en que las necesidades son muchas y los individuos pocos. Y son los exilios y las persecuciones las circunstancias en las que se activan las redes cosmopolitas de estos individuos de ideas y lecturas afines, celosos de hacer llegar estas nuevas ideas a la ciudadanía. La primera Biblioteca Nacional les sirve de plataforma, y Camilo Henríquez figura como el primero de ellos.

Ligado a la primera Biblioteca, todavía en el periodo de la Patria Vieja, como colaborador de su fundador, Manuel de Salas, y luego como su sucesor durante un breve periodo a mediados de los años 1820, Camilo Henríquez puede considerarse el primer chileno en haber publicado traducciones del inglés, lengua que aprendió con toda la intención de que le sirviera para difundir las ideas y noticias del mundo anglosajón. Así lo hace saber públicamente (y en tercera persona) en el primer periódico chileno, del que es redactor, la *Aurora de Chile* (9 de abril de 1812): “Animado el editor de la *Aurora* de un vivo deseo de complacer al público y de satisfacer la confianza de la patria, anuncia que ha estudiado el inglés y en el espacio de menos de un mes se ha puesto en estado de traducir por sí mismo los periódicos ingleses”. La *Aurora de Chile* (1812-1813), y su sucesor, *El Monitor Araucano* (1813-1814), serán las tribunas en las que Camilo Henríquez publicará, no siempre con su firma, las traducciones

20 Para entender la posición de Andrés Bello respecto a la libertad de prensa y de traducción, remito al trabajo de Juan Poblete: “Andrés Bello y la lectura. Prácticas autoriales y lector en el espacio público americano”. Para las opiniones de Domingo Faustino Sarmiento, véase nuestra introducción a la segunda edición de la *Biblioteca Chilena de Traductores (1820-1924)* de José Toribio Medina.

de discursos políticos estadounidenses, como el discurso de despedida de George Washington, el discurso inaugural de Thomas Jefferson, y el mensaje de James Madison sobre el estado de la guerra contra Inglaterra. Dará a conocer la *Areopagitica* de John Milton (“Extracto del célebre discurso de Milton sobre la Libertad de Prensa, pronunciado en el Parlamento de Inglaterra”), así como extractos del panfleto *Vindicación contra tiranos*, atribuido a Hubert Languet, una selección de los *Principios de legislación* del abate de Mably y varios versos de Jonathan Swift; también traducirá el Himno de los Estados Unidos y dedicará esta traducción a Argentina.

Camilo Henríquez no traduce por encargo, estrictamente hablando, sino que escoge aquellos textos y autores que pueden transmitir sus convicciones republicanas y su compromiso con la causa de la independencia política, la educación del ciudadano y las ideas de emancipación social. No todas las ideas ajenas le parecen merecedoras de ser leídas en Chile, por lo que sus prácticas de traducción distan de ser ortodoxas (si por ortodoxia entendemos la traducción completa, fiel al sentido y a la letra). En 1816, exiliado en Buenos Aires después de la batalla de Rancagua, tradujo *Sketches of Democracy*, de Robert Bisset (1796), una apología de la monarquía y el constitucionalismo inglés y una crítica contra el sistema democrático popular. Traduce extractando y refundiendo, en una traducción suelta, más bien interpretando que traduciendo y, de paso, omitiendo o amortiguando las referencias elogiosas a la monarquía inglesa, difícilmente aceptables en el contexto independentista americano²¹. El Camilo Henríquez que se muestra aquí (y en la traducción que hace de la carta de Guillaume Raynal a la Asamblea Nacional francesa en la que este denuncia los excesos de la revolución) es el partidario de una república aristocrática como reemplazo del poder colonial. Se revela en él, como en tantos otros casos de traducciones del periodo, los dilemas a los que se enfrentaban los partidarios de un cambio político que respetara el pensamiento religioso conservador y el temor que se abrigaba contra los gobiernos populares que podían hacer naufragar las nacientes repúblicas. Esta traducción de Bisset es la más extensa que produjo, y se puede consultar hoy, junto con su original, en la Biblioteca Nacional de Chile.

En 1818, después del cierre forzoso de la Biblioteca durante el paréntesis de la Reconquista, Camilo Henríquez está en Buenos Aires, pero sigue vinculado al destino de la casa de los libros, preocupado por la constitución de sus fondos. El 1 de febrero de 1822, ya próximo su retorno a

21 “Para hacer agradable i breve esta obra interesante i útil, se extractan algunos lugares, se dividen algunos párrafos i se subdividen algunos capítulos. Se sigue siempre el espíritu del orijinal; i se procura dar a su frase, a veces dura, un jiro fácil i una espresión armoniosa”. “Prólogo”, s.n.p.

Chile²², escribía al director, Manuel de Salas, para sugerirle los libros que convenía traer de Europa en función de las necesidades del gobierno y la administración: “aquí [en Argentina] se ha conocido por la práctica que la economía política y la estadística es tan necesaria para el gobierno y la legislatura como las matemáticas para la física. Sin ellas se gobierna a tientas”²³. Le contaba también que el deán argentino Gregorio de Funes había traducido por orden del gobierno del presidente Bernardino Rivadavia el *Ensayo sobre las garantías individuales*, del clérigo liberal Pierre-Claude-François Daunou: “En él se enseña que haya de hacerse para que el gobierno no esclavice al pueblo”²⁴. Hoy en día, esta traducción, aderezada con notas en las que expone sus divergencias de opinión con el autor, principalmente en materia religiosa, puede consultarse también en la Biblioteca Nacional y cotejarse con su original francés y con otra traducción que se publicó en México un año después.

Contemporáneos o no, la traducción homologa idearios y los pone en relación. Crea redes intertextuales en las que se hacen visibles las afinidades discursivas, establece relaciones de contigüidad y avecina obras que no se conocían entre sí porque no hablaban la misma lengua, y también obras que no coincidieron en el tiempo. Ejemplo de ello es el caso del liberal español José Joaquín de Mora que, exiliado en Londres, llega luego a Santiago a fines de los años 1820 (a instancias, según parece, de Manuel de Salas), dirige el Liceo de Chile y funda el periódico *El Mercurio Chileno*. Mora realiza durante su azarosa vida una importante labor de traducción para introducir las ideas de Jeremy Bentham en la lengua es-

22 A su vuelta de Argentina, aunque con la salud muy mermada, Camilo Henríquez fue nombrado en junio de 1823 bibliotecario primero de la Biblioteca Nacional (con Manuel de Salas con el título de protector), falleció en 1825.

23 La lista de libros que adjunta Camilo Henríquez a su carta contiene tratados de economía política en francés; un *Tratado sobre la riqueza, poder y recursos del imperio británico*, de Patrick Colquhoun; varios tratados y anales de estadística de Francia, en francés; el ensayo de Thomas Malthus sobre la población; los principios de moral y legislación de Jeremy Bentham; obras de Benjamin Constant; el *Comentario del espíritu de las leyes*, del Conde Destutt de Tracy; un tratado elemental de las máquinas, de Jean Hachette; y manuales de física, geometría y trigonometría, todas en francés o inglés (Camilo Henríquez a Manuel de Salas, Buenos Ayres, 1 de febrero 1822, en Miguel Luis Amunátegui, *Camilo Henríquez*, pp. 25-27). Es interesante observar que años después, en 1851, será contratado por el gobierno Jean-Gustave Courcelle-Seneuil como asesor en materia económica y profesor de economía política en la Universidad de Chile. Su manual de economía política será traducido por encargo del presidente Manuel Montt por Juan Bello, hijo de Andrés Bello. (Los datos de esta edición se encuentran en la *Biblioteca Chilena de Traductores* de José Toribio Medina).

24 La traducción de Gregorio de Funes del *Essai sur les garanties individuelles que réclame l'état actuel de la société* (1818), es una de las cuatro traducciones al español que se publicaron entre 1821 y 1826 en diversos países. Esta se publicó en la Imprenta de Niños Expósitos, Buenos Aires, 1822, y circuló por otros países hispanoamericanos. Para un estudio más detallado, véase Noemí Goldman, “Las garantías individuales en el primer constitucionalismo hispánico”.

pañola y difundirlas por la América hispana, pero además traduce a Chateaubriand del francés, y a Walter Scott del inglés, y del italiano traduce la *Storia Antica del Messico*, del jesuita mexicano expulso Francisco Javier Clavijero, obra cuyo autor tuvo que escribir en esa lengua (como muchos otros expulsos, entre ellos el chileno Juan Ignacio Molina, recordemos, con su *Saggio sulla storia naturale del Cile*, 1782), para poderla publicar en el exilio y con ella refutar las ideas antiamericanas de los ilustrados Raynal, Buffon y De Paw. Por medio de la traducción del inglés, francés e italiano, Mora funciona como pivote (al igual que Camilo Henríquez) que recoge, transforma y pone en circulación distintos idearios: el positivismo político, el romanticismo literario y la historiografía católica colonial, ahora para las nuevas repúblicas americanas. La obra de Francisco Javier Clavijero, el jesuita mexicano expulso, concebida en tiempos coloniales, preñada de indignación contra el eurocentrismo ilustrado, y que no pudo ver la luz en castellano por el prejuicio antijesuita, enlaza entonces con el ideario nacionalista de las independencias americanas. Las obras traducidas, aun alejadas en el tiempo y en apariencia inconexas, se encuentran de esta manera unidas por lazos de parentesco, entre sí y con otras obras, no necesariamente traducciones, y se hacen pertinentes las unas para las otras.

No es tan paradójico, entonces, que aunque se suele asociar nacionalismo a aislacionismo, el nacionalismo progresista que surge en América en torno a los movimientos de independencia encuentre argumentación y sustento en el contacto intercultural y en particular, se nutra de la importación de determinados saberes e ideas producidos en otras lenguas, seleccionando a su arbitrio autores y temas, sin vacilar en modificar la letra para hacerlos aceptables. Obedeciendo a este mismo paradigma, se observa una intensificación de la actividad de traducción en el siglo XIX en todas las repúblicas americanas, y en particular en las encrucijadas culturales en las que se libran las polémicas entre costumbrismo y cosmopolitismo, entre la gama de expresiones religiosas y el laicismo, entre romanticismo y clasicismo, pasado indígena y modernidad occidental. La primera –según José Toribio Medina– traducción chilena ilustra elocuentemente la vinculación de este tipo de obras con el afán de polémica: falsa traducción, autor anónimo, original anónimo pero pastiche del diccionario portátil de Voltaire, burla contra el afrancesamiento y anticlericalismo. De todo esto hay en este panfleto salido de la Imprenta de los Ciudadanos Valles y Vilugron en 1820 que se encuentra en la Biblioteca Nacional: el *Diccionario portátil, filosófico-político moral. Obra útil y provechosa a las personas de cualesquiera opinión política que aspiren a figurar en el mundo por principios de una educación a la dernière. Escrita por el Barón de*

*Bribonet presidente de la Sociedad regia de Brutembourg*²⁵.

Hoy pensamos que las falsas traducciones como esta forman parte de la historia de la traducción, pues su aparición se explica bastante bien desde el conocimiento de las funciones simbólicas que se han asignado a este género textual y de los efectos que produce o que se le atribuyen en las culturas. Se trata de un concepto moderno en nuestros estudios, por lo que no deja de sorprender la temprana adscripción que hace Medina de este panfleto a la historiografía de la traducción.

La *Biblioteca Chilena de Traductores (1820-1924)*, de Medina, es un catálogo modesto, pero único en su género en la América hispana, que permite saber lo que fue la labor de traducción de interés científico o literario realizada en Chile desde los inicios de la imprenta²⁶. Para la prensa y otros géneros, tenemos como fuentes todavía no exploradas los registros del depósito legal de los impresos chilenos (decreto del 25 de octubre de 1825), y la publicación de boletines, revistas y anuarios bibliográficos que la Biblioteca Nacional ha dado a luz periódicamente²⁷.

Para cuando José Toribio Medina dio a las prensas de los *Anales de la Universidad de Chile* la primera parte de este catálogo, que luego publicaría íntegro, su monumental obra de historia de la imprenta estaba ya publicada y su prestigio como bibliógrafo de América era indiscutible²⁸. Se estaba ya construyendo la sala de la Biblioteca Nacional que llevaría su nombre, y podría haber descansado tranquilo en su finca de San Francisco de Mostazal. Pero su pasión por registrar no se había extinguido. Después de haber dejado constancia de todo lo importante que se había escrito en Chile y América desde la Colonia, quedaban todavía campos poco explorados, marginales para los intereses de la época pero no para la historia social del libro y la lectura tal como hoy se hace. Uno de ellos es este catálogo en el que constan las traducciones de interés general, cientí-

25 Iciar Alonso, de la Universidad de Salamanca, publicó un estudio al respecto: “El extravagante caso del *Diccionario filosófico portátil* de Voltaire. Traducción y cultura en el Chile del siglo XIX”.

26 Publicada en 1925, tiene una segunda edición de 2007, con el sello del Centro de Investigaciones Diego Barros Arana de la DIBAM. Es interesante observar de paso el uso constante que Medina hace del término “biblioteca” en su trabajo bibliográfico, que tiene también como punto de arranque el *Epitome* de León Pinelo. Siguiendo esta tradición él titulará como bibliotecas sus dos grandes obras de bibliografía americana: la *Biblioteca hispano-americana* (Santiago, 1898-1907) y la *Biblioteca Hispano-chilena* (Santiago, 1897-1899).

27 El primero es el *Anuario Bibliográfico* que abarca de 1812 a 1817. La relación de la Biblioteca Nacional con el Instituto Internacional de Bibliografía data de principios del siglo XX, y Chile será el primer país latinoamericano en aportar datos al repertorio internacional de traducciones creado por esta institución, repertorio que luego pasará a la UNESCO con el nombre de *Index Translationum*.

28 Ambos en 1925. Remitimos para estos detalles a nuestro estudio introductorio de la segunda edición de la obra.

fico y literario que se dieron a las prensas chilenas desde sus inicios. Los otros dos son, hecho significativo, la literatura femenina, y los anónimos y seudónimos²⁹. Traductores, mujeres, desconocidos: diríamos que lo residual para la época. Si es importante haber hecho un catálogo especial de lo que en un mundo de hombres pudieron lograr unas escasas mujeres que tal vez cuántas barreras de prejuicio tuvieron que salvar, detrás de cada autor anónimo hay una historia de censuras por descubrir y detrás de cada traducción hay apetitos intelectuales y voluntades de sembrar ideas y gustos estéticos por dilucidar. En esta literatura secundaria, ancilar, se explican pues aspectos importantes del desenvolvimiento social y cultural.

¿Veía algo de esto don José Toribio? Según él, por el catálogo de traductores lo que podía verse era que “muchos de nuestros autores que alcanzaron nombradía en las letras, comenzaron por ser traductores, como si, antes del vuelo a regiones más altas, se hubieran visto forzados a iniciarse en un campo de fácil ejecución, cual acontece con el niño, que antes de marchar por sus pies, necesita valerse de andaderas”³⁰. Así, por este catálogo, en apariencia insulso como cualquier repertorio de libros a secas, desfilan, junto a los muchos traductores anónimos, los nombres de los grandes letrados chilenos y extranjeros exiliados o avecindados en Chile cuya producción literaria se asienta en parte sobre un ejercicio de traducción: Francisco Bilbao, Diego Barros Arana, Andrés Bello y sus hijos, Domingo Faustino Sarmiento y la mayoría de los exponentes de la generación literaria de 1842; está consignada también la espléndida obra de Juan Rafael Salas Errázuriz, que vivió y trabajó en la Biblioteca Nacional³¹. También, al referirse a la traducción como infancia de la literatura se retrataba quizá él mismo, pues de joven, lleno de “euforia sentimental” pero con “claudicante prosa”, como dice uno de sus críticos, había traducido el famoso poema de Longfellow, *Evangelina*, que, con más ambición poética, transformando los hexámetros virgilianos en octavas reales, pocos años antes había traducido y publicado en Nueva York el diplomático Carlos Morla Vicuña³².

29 *La literatura femenina de Chile y Diccionario de anónimos y seudónimos hispanoamericanos*.

30 José Toribio Medina, *Biblioteca Chilena de Traductores (1820-1924)*, segunda edición, p. 75.

31 Según sus biógrafos, Juan Rafael Salas Errázuriz no solo trabajaba en la Biblioteca Nacional sino que en ella pasaba todo el día. Fue asesor del director Carlos Silva Cruz (1910-1927) y jefe del Fondo General desde 1894 hasta su muerte, en 1921. Donó a la Biblioteca uno de sus principales incunables: la primera traducción española de las *Vidas Paralelas* de Plutarco, publicada en Sevilla en 1491, y aportó a las letras chilenas una gran traducción de la *Orestíada* y el *Prometeo Encadenado*, de Esquilo (1904), celebrada por Marcelino Menéndez Pelayo y Miguel de Unamuno. También tradujo a Dante y Virgilio y, entre los modernos, a Lamartine y Victor Hugo.

32 Las referencias son: José Toribio Medina (traductor), *Evangelina, cuento de la Acadia*

Gracias a su pasión por registrar incluso lo secundario, hoy podemos ver con colores más vivos el follaje que la traducción aporta al bosque de la Biblioteca Nacional de Chile. Están las traducciones de quien hizo campaña contra la esclavitud, como una anónima señorita chilena, y las decenas de ediciones de *La conciencia de un niño*, o de la *Vida de Jesucristo*, que Sarmiento tradujo para las escuelas primarias y donde campea a banderas desplegadas la nueva ortografía americana, que en las primeras décadas del siglo XX se radicalizará con el movimiento de los neógrafos y en la que militará también la traducción. Así se aprecia en la edición “pirata”, hecha en Quillota, de la afamada versión del poema de Edgar Allan Poe, del poeta venezolano Pérez Bonalde, pero con el título neográfico de *El Kuervo*, junto con las decenas de libretos de ópera que se tradujeron para ser entregados en los foros del Teatro Municipal donde socializaba lo más granado de la sociedad santiaguina, y la literatura de moda, los folletines de Eugenio Sue, o de Alejandro Dumas, las obras de moral, de ciencias aplicadas y los manuales para el ejército. Un compendio de todo lo que la sociedad chilena del XIX creía necesitar de la Europa y los Estados Unidos dicho en su propia lengua y no traído de España.

Fuera de su breve incursión en la literatura con la traducción del poema de Longfellow, el interés que tiene Medina por la traducción está relacionado a la documentación para la historia de Chile; de ahí que se haya ocupado de traducir relatos de viajeros, como el de Pigafetta, cronista de la circunnavegación de Magallanes, así como diversas narraciones, sobre todo extractadas, de navegantes, naufragos y sobrevivientes que relatan su paso por Chile. En la Biblioteca podemos hoy leer estas traducciones acompañándonos en muchos casos de los mismos originales que empleó Medina³³.

La Biblioteca Nacional de Chile ha sido casa del libro y también la casa de los intelectuales traductores, como Camilo Henríquez, José To-

y Carlos Morla (traductor), *Evangelina, romance de la Acadia*. Para un estudio de la importancia de Longfellow en Chile, véase Iván Jaksic, “El poeta Longfellow y su impacto en Chile e Hispanoamérica”. La crítica del estilo de Medina es de Eugenio Pereira Salas, “J.T. Medina, traductor de Longfellow”.

33 Las traducciones de José Toribio Medina son: Hendrick Brouwer, *Relación del viaje de Hendrick Brouwer a Valdivia en 1643*; Isaac Forster Coffin, *Diario de un joven norteamericano detenido en Chile durante el periodo revolucionario de 1817 a 1819*; Samuel Burr Johnston, *Cartas escritas durante una residencia de tres años en Chile...*, y *Diario de un tipógrafo yanqui en Chile y Perú durante la guerra de Independencia*; Charles H. Brown, *Insurrección en Magallanes. Relación del apresamiento y escapada del capitán Chas. H. Brown del poder de los penados chilenos*; Richard Longeville, *Memorias de un Oficial inglés al servicio de Chile durante los años de 1821-1829*; Antonio Pigafetta, *Viaje desde Sevilla hasta el Estrecho de Magallanes*; Gilbert Farquhar Mathison, *Santiago y Valparaíso ahora un siglo. Relato de un viajero inglés*. Salvo las tres primeras traducciones, la Biblioteca Nacional posee todos los originales que tradujo Medina.

ribio Medina, Juan Rafael Salas Errázuriz, y otros que además le legaron sus propias bibliotecas. Por eso encontramos aquí los originales y sus traducciones, hecho interesante por el que la biblioteca de la realidad se podría enlazar con la de la virtualidad y nos dejaría recomponer de alguna manera la imagen del bosque animado por la vida, las transformaciones y los viajes de los libros.

Conclusión

Biblioteca de la virtualidad y biblioteca de la realidad no se contraponen mas que en la mirada estrecha de quien puede pensar que solo el objetivismo y el verismo produce historiografía creíble. Superponer la biblioteca de la virtualidad de Pinelo, que puede contener lagunas y datos erróneos, pero que muestra de forma vívida la movilidad de los libros, a la biblioteca de la realidad, que es la de los libros de existencia cierta, pero inmóviles, puede ser un punto de partida fructífero para una historia intelectual que quiera descubrir y explicar la circulación de ideas tirando del hilo de las traducciones.

La biblioteca de la virtualidad de Pinelo, poco preocupada por el verismo de su relato, provoca a indagar, con los datos de la biblioteca de la realidad que es la Biblioteca Nacional, en los viajes, las lecturas y las redes intelectuales de los traductores mismos, como se aprecia en los casos de Camilo Henríquez o José Joaquín de Mora, y seguro con los casos de Ramusio y Hakluyt. El estudio de los traductores mismos y de sus andanzas, sus biografías intelectuales, afinidades ideológicas y complicidades políticas puede hacer evidente la presencia escamoteada a veces por las culturas nacionales de este hecho social que pone constantemente en tela de juicio sus pretensiones de inmanencia.

La presencia de la traducción en la cultura decimonónica chilena es un hecho fuera de toda duda. La ejercieron algunos de los individuos más significativos del periodo y fue promovida en forma decidida y explícita por los propios gobiernos desde sus más altos niveles jerárquicos, sobre todo en la primera mitad del siglo. Está ligada en buena medida a los exilios y persecuciones de hombres y mujeres cuyos lugares de origen no fueron el suelo chileno, o que, nacidos en Chile, adoptaron temporalmente otras patrias, cruzando fronteras según soplaban los vientos políticos.

Aunque el discurso de la proclama del gobierno de agosto de 1813 por la que se instituía la Biblioteca Pública sea de carácter nacionalista, deja traslucir la ambigüedad de la patria de esos ciudadanos a cuyo sentido del deber cívico apela. También busca José Toribio Medina completar el retrato de las letras nacionales con su catálogo de traducciones donde registra celosamente esas humildes migajas del festín de las letras. Y sin embargo, en sus vacilaciones acerca del nombre con el que debía titularlo

nos parece entender que tampoco veía del todo claro si la traducción obedecía o no a lo nacional³⁴. A la vista de ello, y de la imagen de los viajes y exilios de los libros y de sus traductores y comentadores, cabe preguntarse cuánto de las identidades nacionales hunde sus raíces en los espacios interculturales que abren traductores y traducciones.

34 Dice Medina que como se le fueron presentando “tal número de versiones castellanas de obras extranjeras ejecutadas aquí por escritores de diversa nacionalidad a la nuestra, me pareció no debía omitirlas... Así, -concluye- hube de cambiar aquel título por el de *Biblioteca Chilena de Traductores*, en la cual, por consiguiente, hallarán cabida las versiones todas de obras extranjeras hechas aquí”. La cita en el prólogo de su *Biblioteca Chilena de Traductores 1820-1924*, p. 75.

ENTRE EL CONOCIMIENTO ÚTIL Y LA MERA
IMAGINACIÓN: EL LECTOR TIENE LA PALABRA

Sol Serrano 🐼

Doctora en Historia, Profesora Titular en la Pontificia Universidad Católica de Chile. Sus principales publicaciones recientes son: *¿Qué hacer con Dios en la República? Política y secularización en Chile (1845-1885)* (2008) y, como editora y autora, *Historia de la Educación en Chile 1810-2010* (2012). Ha sido investigadora visitante, entre otras universidades, en Oxford, Harvard, Paris I Sorbonne y el Instituto Iberoamericano de Berlín.



c. 1915, edificio en construcción. A la derecha se aprecia parte del Monasterio de Santa Clara aún en pie.

Introducción

El centenario de la Biblioteca Nacional fue una celebración sobria sobre su pasado y entusiasta sobre su futuro. El mismo 19 de agosto de 1913 se puso la primera piedra del gran edificio al que se mudó doce años después y que ocupa hoy. La nueva arquitectura revelaba su maduración institucional. Era un edificio pensado para biblioteca y no una biblioteca adaptada a un edificio. El sesquicentenario se celebró con la pompa de una de las instituciones formadora de la república. Ello no fue obstáculo para que su director Guillermo Feliú Cruz aprovechara, al tener al frente a las autoridades, para enrostrarles que habiéndose formado ellas mismas en la Biblioteca, la habían abandonado asignándole un magro presupuesto.

Al parecer era pobre, pero honrosa porque diversas instituciones, el gobierno y el Congreso, la prensa, le rindieron homenaje y la Biblioteca se esmeró por mostrar al público sus múltiples quehaceres. Hubo exposiciones de sus piezas más valiosas, ciclos de conferencias, conciertos, y un “*vin d’honneur*”. Allí se presentaron tres tomos de su historia que incluía artículos académicos y facsímiles de piezas emblemáticas. Se escribió en los diarios, se pronunciaron muchísimos discursos y todos destacaron su valor intelectual y patrimonial. Hubo elogios a sus directores y descripción de sus colecciones. No hubo una palabra sobre los lectores. La escasa bibliografía ha seguido la misma senda¹.

La ausencia de los lectores no es casual. En efecto, las fuentes casi los ignoran y es así porque no estaban en el centro de la preocupación de sus autoridades. Su omisión en las fuentes revela una concepción de biblioteca y su ausencia en la bibliografía sobre ella muestra cuan incipiente es aun en Chile la historiografía sobre los lectores. Tratar de hacer una historia de los lectores no es tarea fácil. Hay que rastrearlos en comentarios al pasar, a veces en los presupuestos y sobre todo en la estadística, que demoró en ser sistemática y que suele no coincidir entre una fuente y otra.

Este artículo es un ensayo preliminar que hace una primera búsqueda de los lectores entre las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX. No pretende más que entregar evidencia básica sobre un campo de investigación que ya tiene su propia y sólida historia². El periodo muestra una tensión y un cambio entre dos conceptos de biblioteca, una de matriz

ilustrada orientada a la investigación, a la conservación, al conocimiento útil y socialmente formativo y una biblioteca que sin negar lo anterior, pone el énfasis en la difusión de la lectura y a los lectores en el centro. Muestra también una contradicción entre el tipo ideal de lector que inspira el modelo ilustrado y el comportamiento real de los lectores. Este artículo propone que los propios lectores tuvieron un papel fundamental en ese cambio fruto de su crecimiento y de la heterogeneidad de sus prácticas de lecturas.

¿Cuántos eran?

La Biblioteca, por ser nacional, nació con el doble mandato de coleccionar y conservar el acervo histórico principalmente escrito, y extender la lectura como medio civilizatorio. Desde temprano la ley obligó a los impresores chilenos a enviarle dos ejemplares de cualquier impreso. No siempre se lograba, pero de allí provino buena parte de su variadísima colección. Allí llegaba desde los estatutos de una asociación a novelas chilenas y extranjeras editadas en Chile. También adquiría obras por medio de canjes internacionales y tenía un presupuesto para nuevas adquisiciones. Su fuerte estaba en las colecciones históricas, heredadas de antiguas instituciones e incrementadas por la compra o donación de privados. El esfuerzo institucional estuvo orientado a profesionalizar su acervo histórico. Era una biblioteca de conservación y de recolección.

El salón de lectura del viejo edificio colonial que la albergó hasta 1886 tenía una capacidad para 25 lectores y en 1885 concurrieron 7.977. El cambio de local en 1887 aumentó el espacio y el público creció bruscamente a 23.233 lectores. Sin embargo, no solo se debió al espacio sino a que ese año habían llegado 37 colecciones de revistas y periódicos europeos, como lo insinuó de pasada su director Luis Montt³. Desde entonces la tendencia al alza no se detuvo.

Una biblioteca pública y una biblioteca abierta no son sinónimos. El Museo Británico, entre otros, tenía requisitos de acceso como ser presentado y recomendado por un miembro⁴. La Biblioteca Nacional era abierta. El reglamento de 1890 puso como única exigencia tener más de 20 años para acceder a los manuscritos. En Santiago había otras bibliotecas públicas, la del Instituto Nacional y la de la Universidad de Chile que, siendo abiertas, tenían por su naturaleza un carácter más corporativo y especializado. Había también bibliotecas escolares. No había, sin embargo, bibliotecas privadas abiertas al público. Las bibliotecas de las congre-

1 Véanse Biblioteca Nacional de Chile, *Biblioteca Nacional, Sesquicentenario de la Fundación 1813-19 agosto-1963. Homenajes, historia-crónica-recuerdos album de la Biblioteca; Biblioteca Nacional: 180 años de cultura chilena: 1813-1993; Biblioteca Nacional, 190 años de historia: 1813-2003*; Gonzalo Catalán y Bernardo Jorquera, *Biblioteca Nacional de Chile: 1813-1988*.

2 Para la constitución del campo de la historia de la lectura, véase Robert Darnton, “History of Reading”.

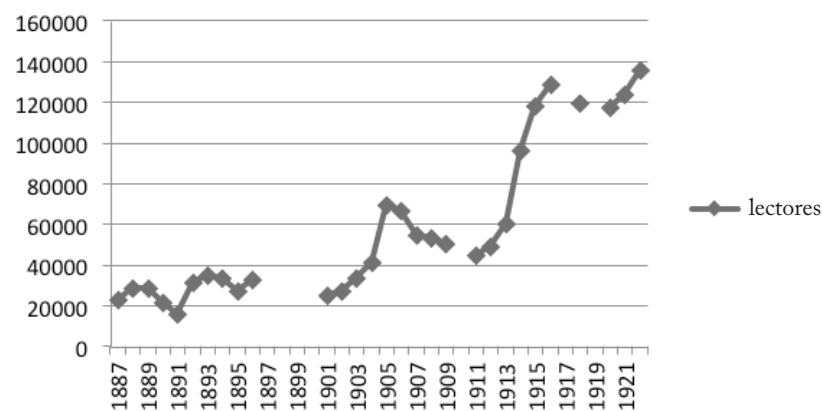
3 Archivo Nacional, Fondo Biblioteca Nacional, volumen 18, fjs. 6 y ss.

4 Richard D. Altick, *The English Common Reader. A Social History of Mass Reading Public, 1800-1900*, p. 215.

gaciones religiosas eran privadas, lo mismo que la del seminario. Ninguna era más abierta, accesible y abundante que la Biblioteca Nacional.

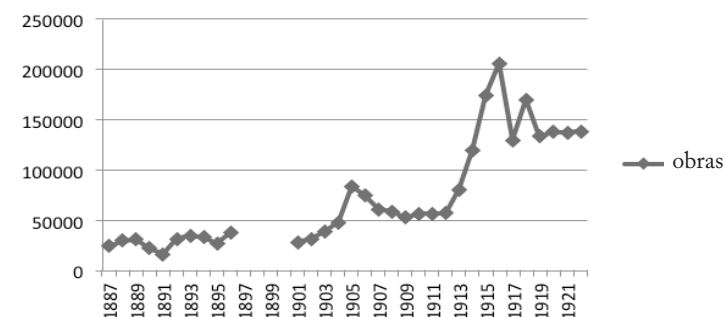
Entre 1886 y 1922 sus lectores se multiplicaron por 5,8 y su acervo aumentó algo más lento, en 5 veces. Era un crecimiento exitoso en términos absolutos y relativos si se le compara, por ejemplo, con el crecimiento de la ciudad que se multiplicó por 2,6, de 189.332 habitantes en 1885 a 500.795 en 1920; o la matrícula nacional de los liceos que lo hizo en un 4,4 o la de las escuelas primarias que fue de 6,3⁵. El crecimiento fue oscilante y también abrupto. Por ahora, vale resaltar la clara ascendencia de la media. El número de lectores fue levemente menor que el número de obras consultadas.

Cuadro I. Lectores



Fuentes: Archivo Nacional, Fondo Biblioteca Nacional, Memorias Ministerio de Justicia, Culto e Instrucción Pública, *Anuario Estadístico* y *Boletín Biblioteca Nacional*.

Cuadro II. Obras consultadas



Las obras solicitadas en el Servicio de Domicilio están incorporadas en el total de obras consultadas.

Qué materias leyeron

El incremento de lectores, a nuestro juicio, se debió a un público ávido de un tipo de lectura que la Biblioteca Nacional empezó a proveer y que reflejaba a su vez el mercado editorial. Ello puede desprenderse del patrón de lectura. El promedio de las materias consultadas entre 1887 y 1909 muestra que la primera opción fue la literatura de ficción y la periódica. Si se reúnen materias que en algunos años están clasificadas en distintos ítems y que son afines como género, supera la mitad con un 53,38%.

5 Sol Serrano *et. al.*, *Historia de la Educación en Chile (1810-2010)*, tomo II. *La educación nacional (1880-1930)*, pp. 67 y 363.

Cuadro III. Materias consultadas 1887-1909⁶

Artes e industria	3,07%
Bellas Artes	1,73%
Ciencias físicas y latín	3,78%
Ciencias médicas	3,57%
Ciencias naturales	2,72%
Derecho, adm., política, diplomacia, econ. pol.	10,23%
Educación	1,45%
Enciclopedias, revistas, bibliografía	9,14%
Filología, lingüística	3,13%
Filosofía, moral, religión	2,34%
Geografía, viajes, estadística	3,7%
Historia y biografía	9,67%
Mapas y planos	0,31%
Novelas, cuentos, teatro, poesía, artículos literarios	36,43%
Poligrafía y miscelánea	0,90%
Diarios y revistas	5,69%
Miscelánea literaria	2,12%

Fuentes: Archivo Nacional, Fondo Biblioteca Nacional, Memorias Ministerio de Justicia, Culto e Instrucción Pública y *Anuario Estadístico*.

La prensa y las revistas extranjeras aumentaron de 37 suscripciones en 1887 a 100 en 1909. Las revistas y la prensa nacional también aumentaron. Aun así, en el catálogo era menor que la literatura de ficción. En 1920 los volúmenes alcanzaban 293.085 y los “diarios, periódicos, revistas y duplicados” eran 218.915⁷. Las publicaciones periódicas extranjeras estaban disponibles de inmediato, en cambio las nacionales no podían ser consultadas hasta ser empastadas, lo que demoraba dos meses, pero su demanda fue creciendo de tal manera que se habilitó el *hall* de entrada para la prensa del día. Se creó también la sección de diarios periódicos y revistas que en 1922 era la más solicitada⁸.

La estructura de la demanda no fue equivalente a la estructura del catálogo. Solo encontramos esa información para el año 1900 y con una distinta clasificación, pero entrega evidencia de la afirmación anterior. Como muestra el cuadro, las materias clasificables como ficción y periódica suman el 25,69% de las obras de la Biblioteca Nacional.

Cuadro IV. Catálogo según materias

Artes e industria	5,69%
Bellas Artes, crítica e historia literaria	3,65%
Bibliografía	0,54%
Ciencias físicas y matemáticas	8,58%
Ciencias médicas	2,12%
Ciencias naturales	1,38%
Derecho, adm., política, diplo., econ. pol.	9,54%
Educación	0,87%
Enciclop., bibliografía, revistas y periódicos	14,64%
Filología y lingüística	2,95%
Geografía y viajes	4,62%
Historia y biografía	9,80%
Novelas, cuentos, teatro, poesía	11,05%
Poligrafía y miscelánea	4,60%
Teología, religión, moral y filosofía	13,70%
Manuscritos	6,27%

La preferencia del público por este tipo de lecturas se manifestó en los tres servicios que prestaba la Biblioteca Nacional: salón de lectura en horario diurno; en horario nocturno y el de préstamo a domicilio.

6 El cuadro no contempla entre 1897 y 1904 por falta de información.

7 La cantidad de libros era mayor pues los volúmenes incluían colecciones.

8 Archivo Nacional, Fondo Biblioteca Nacional, volumen 77, f. 458.

Cuadro V. Materias según servicio

	1905		
	Diurno	Nocturno	Domicilio
Artes e industria	5,44%	6,22%	4,64%
Bellas Artes	3,82%	3,41%	4,94%
Ciencias físicas y matemáticas	4,50%	4,92%	4,66%
Ciencias médicas	5,20%	4,89%	5,52%
Ciencias naturales	4,01%	3,07%	4,40%
Derecho, adm., política, diplom., econ. pol.	10,99%	6,97%	8,13%
Educación	2,78%	3,58%	2,17%
Enciclopedias, revistas, bibliografías	9,74%	7,04%	2,59%
Filología y lingüística	2,25%	3,26%	2,63%
Filosofía, moral, religión	1,82%	3,74%	7,68%
Geografía, viajes, estadística	9,60%	8,86%	4,74%
Historia y biografía	11,91%	14,49%	9,84%
Mapas y planos	0,96%	0,70%	0,00%
Novelas, cuentos, teatro, poesía, artículos literarios	24,19%	26,75%	36,55%
Poligrafía y miscelánea	2,78%	2,10%	1,51%

La preferencia por la literatura se repite en las bibliotecas escolares. El Instituto Nacional tuvo 11.435 lectores e igual número de obras consultadas en 1909; las materias fueron clasificadas en dos categorías: 884 pertenecían a Ciencias y Artes Útiles y ¡1.055 a Letras y Bellas Artes!⁹. Con diferencias no tan abismantes, lo mismo se repite en los liceos provinciales como los de La Serena, Talca y Cauquenes. Solo la biblioteca pública de Valparaíso se aleja de la tendencia indicada¹⁰.

La clasificación de las materias consultadas en la Biblioteca Nacional cambió después de 1909 al incorporarse “obras generales”, lo cual imposibilita una comparación, pero aun así, para el centenario sus lectores gustaban de esos géneros ligeros, de mera entretención, de pura imaginación, como los denominaban sus autoridades ilustradas.

Cuadro VI. Materias consultadas 1913

	1913			
	Diurno	Nocturno	Domicilio	Total
Obras generales	34,62%	32,27%	0,02%	28,86%
Filosofía	0,99%	1,28%	1,08%	1,03%
Religión	0,11%	0,37%	0,32%	0,17%
Ciencias sociales	11,78%	10,62%	2,45%	10,17%
Filología	1,58%	1,31%	0,35%	1,35%
Ciencias puras	4,06%	3,76%	1,64%	3,64%
Ciencias aplicadas	5,09%	4,36%	3,63%	4,79%
Bellas artes	1,46%	1,44%	2,17%	1,57%
Literatura	29,92%	37,49%	75,33%	37,94%
Historia y geografía	10,39%	7,11%	13,00%	10,47%

El crecimiento de los lectores y su comportamiento bien podría indicar que se está frente a una “revolución de los lectores”, como ha sido denominado un cambio semejante en Europa a fines del siglo XVIII. Probarlo requiere un estudio de la circulación del impreso, pero esta muestra, que comprende el espacio más amplio de lectura del país, es indicativa de un fenómeno mayor que ha sido caracterizado como el paso del modelo de lectura ilustrado a un modelo de lectura “sentimental” o “empático”, una lectura individual centrada en el factor emocional, como señala Reinhard Wittman. La predilección del público europeo de fines del XVIII y XIX, no era la literatura formativa, sino “los géneros nuevos, extensivos, los periódicos y la novela”¹¹.

La crítica ilustrada

La doble misión de una biblioteca de conservación y de investigación y la de fomento de la lectura tuvieron fricciones, en especial con el crecimiento del público. La política del Ministerio de Instrucción mostró su preocupación por fomentar la lectura en los sectores populares o al menos no ilustrados, como también lo hicieron artículos de prensa. Tal como sucedía en Francia o en Italia con sus bibliotecas nacionales, se propuso un servicio nocturno al que tuvieran acceso otros sectores. Una comisión nombrada por el ministro propuso ampliar el horario pero Luis Montt, director de la Biblioteca Nacional, no se mostró entusiasta al respecto. Reclamó los gastos que implicaba en personal, en alumbrado y

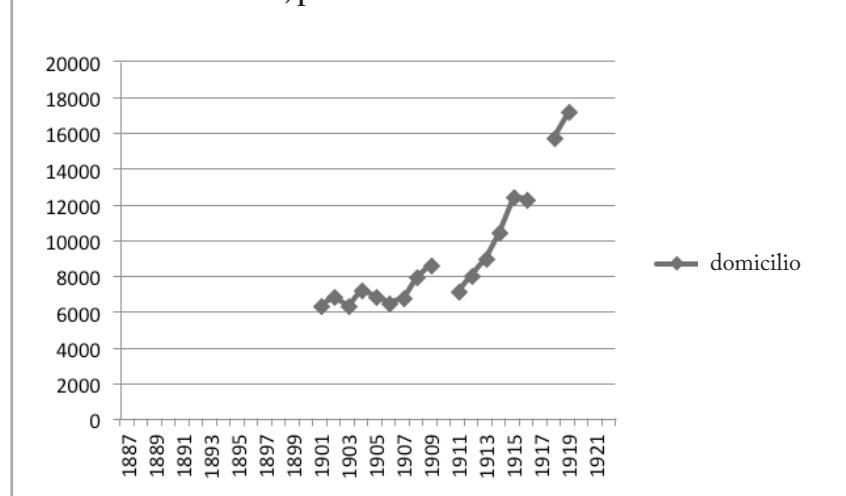
9 *Anuario Estadístico*, 1909, p. 523.

10 En 1913 en el Liceo de La Serena se consultaron 4.011 obras de las cuales 3.180 correspondieron a literatura; en Talca la relación fue 1.252 y 601 y en Cauquenes, 2.080 y 554. En el Liceo de Copiapó la proporción fue menor: de 1.715 obras consultadas 685 fueron de historia y 618 de literatura. (*Anuario Estadístico*, 1913, p. 222). En la biblioteca pública de Valparaíso, en el mismo año, literatura fue tan demandada como ciencias puras, ciencias sociales o filosofía, en un rango de más de 3.000 de un total de 29.619.

11 Reinhard Wittman, “¿Hubo una revolución en la lectura a finales del siglo XVIII?”.

su poca utilidad. Propuso como alternativa abrir una nueva sección de servicio a domicilio en el cual se prestaba un libro contra una garantía pequeña, y que, según el director, abarcaba un público amplio y heterogéneo, aquel que por sus ocupaciones no podía frecuentar el salón de lectura, tales como “empleados, comerciantes, mujeres, artesanos, sirvientes domésticos, etc.”¹². Es posible que hubiera algo más en la proposición de Montt: separar a los lectores de “literatura de entretenimiento” de aquellos que buscaban el estudio y el perfeccionamiento útil. El catálogo de la sección a domicilio se inició con 500 ediciones baratas de obras modernas encargadas a Europa y del ejemplar repetido de obras chilenas. Y tuvo de inmediato su público: 339 en 1887 que subieron a 3.137 al año siguiente. Lo que no sabemos es si el perfil de los potenciales lectores descrito por Montt era correcto.

Cuadro VII. Lectores, prestamos a domicilio



Más claro es que esta sección no descomprimió a los lectores de literatura ligera en los salones. El problema de fondo era que una biblioteca pública debía fomentar las buenas lecturas y no aquellas malas que apelaban a la imaginación sin fruto útil alguno. Las malas lecturas eran las inútiles y también las inmorales. Un antiguo decreto de 1849 autorizaba al director a no facilitar novelas y romances que consideraba inapropiadas o inmorales. La práctica entró en desuso, pero Montt la retomó. En la sección a domicilio colgó un letrero advirtiendo que usaría su atribu-

ción porque había jóvenes que no iban a clases por leer las novelas que sacaban. No podía ponerse en manos de niños y jóvenes “los romances, novelas y demás escritos que, por obscenos, inmorales o peligrosos bajo cualquier aspecto, se conceptúen impropios o por lo menos inadecuado para el conocimiento del concurrente”. Solo debían solicitarse con “un propósito serio de estudio”¹³. Montt señaló que tenía su lista de libros que requerían permiso especial, pero al parecer no quedó en el archivo.

Como política de fomento, el servicio de lectura nocturna estaba dirigido a un público distinto que la lectura a domicilio, de hecho había sido una petición de las sociedades obreras para la asistencia de artesanos. Montt se allanó al proyecto pensando de nuevo en un público potencial ilustrado, que la usaría para el estudio. Había un sector, decía, que no podía concurrir a las horas establecidas porque coincidían con las oficinas públicas y privadas y que requerían consultar material valioso, “aquellos que desean consultar los archivos, las grandes colecciones de periódicos o las obras que por su valor no es dable proporcionar para sacar del establecimiento”¹⁴. El Senado no aprobó la partida para la instalación eléctrica, un congresal señaló que no tendría público, otro que haría mal para la vista y un tercero que era muy caro¹⁵. Finalmente se abrió en 1905 con un horario de 8 a 10 pm. El público promedio fue de 6.720 lectores entre 1905 y 1909 y el patrón de lectura no fue muy distinto al del servicio diurno. Montt decía que no había visto ni un solo artesano en el salón. A pesar de ello, se hizo un catálogo especial, titulado *Fermín Vivaceta*, dedicado sobre todo a los obreros, empleados y pequeños industriales.

El ideal perfecto del lector ilustrado tuvo también su espacio en la Biblioteca Nacional. Era una categoría de lectores que eran altos funcionarios, profesores universitarios, literatos, historiadores, estudiosos de distintos tipos que no leían en el salón sino que tenían su propio “servicio a domicilio” en las oficinas de los altos funcionarios. No era oficial, pero no era informal. Debían firmar un libro donde se especificaba el título, los días de préstamos, la fianza y luego el comprobante de devolución. Se estimaba que formaban el 5% de los lectores y las obras consultadas eran incluidas en la estadística. Esa era la verdadera biblioteca ilustrada, aquella en que sus lectores no usaban “los libros con el único propósito de mariposearlos u hojearlos por satisfacer una vana curiosidad o matar el tiempo”¹⁶.

13 *Boletín Biblioteca Nacional*, N° 8, 1902, p. 112.

14 *Boletín Biblioteca Nacional*, N° 11, 1902, p. 156.

15 *Boletín Biblioteca Nacional*, N° 14, p. 207.

16 Archivo Nacional, Fondo Biblioteca Nacional, volumen 77, s.f.

Esta sería la última etapa en que a la “biblioteca” no le gustaran mucho sus lectores.

¿Quiénes eran?

El patrón de lectura debiera tener alguna relación con el perfil sociológico de los lectores. Pero esa fue una relación que no interesó a sus autoridades. A quien sí le interesaba era a la Oficina Nacional de Estadísticas que hacia 1914 confeccionó una ficha impresa de la información que se debía recabar e incluyó información sobre la profesión y el sexo de los lectores. Los funcionarios la llenaron dos años y luego ese cuadro aparece sencillamente tachado.

Cuadro VIII. Profesión lectores salón diurno 1915

Empleados	11,80%
Comerciantes	2,03%
Industriales	1,24%
Estudiantes	45,76%
Rentistas	0,05%
Oficios	3,41%
Prof. liberales	9,68%
No indicaron	26,03%

Las ocupaciones no permiten hacer una relación directa con las materias de lectura. Es posible que fueran en su mayoría transversales. Conjeturas muy gruesas hacen suponer que empleados y profesionales liberales consultaban materias jurídicas, de administración y de ciencias naturales; que los oficios consultaban ciencias aplicadas. Igualmente es predecible que los rentistas fueran pocos desde que tenían bibliotecas personales. De todas formas, son profesiones que de hecho requieren de la cultura escrita para su desempeño. Ello ya es un indicador de la composición social de los lectores. Va la elite y los sectores medios. En menor medida deben haber ido artesanos porque era un sector letrado y sus sociedades habían pedido el servicio nocturno. Es posible que socialmente fueran la línea de corte y que integraran el grupo pequeño que califica como “oficio”, o en los que no declaran profesión. Los sectores populares no accedían, no solo porque muchos eran analfabetos, sino porque no la necesitaban.

Lo que no es conjetura sino evidencia es que la mayoría de los lectores eran estudiantes. Por edad y por capacidad lectora, deben haber sido de la enseñanza secundaria y universitaria, aunque puede haber habido alum-

nos de las escuelas primarias superiores de Santiago. Esos estudiantes, ya por su nivel educacional, pertenecían a los sectores medios y de elite.

En 1909 los alumnos de los liceos públicos masculinos y femeninos de Santiago sumaban 4.740 y los de la universidad pública y privada sumaban 3.190. Es decir, los estudiantes potencialmente usuarios eran 7.930¹⁷. Ese mismo año hubo 51.136 estudiantes entre los lectores. Ello indica que los estudiantes deben haber sido, no tantos, cuanto asiduos usuarios. Si las bibliotecas de sus establecimientos no satisfacían sus necesidades de lectura, indica que quizás no fueran tanto a estudiar como a leer prensa y revistas. No significa que solo leyeran aquello ni tampoco que solo ellos leyeran novelas y periódicos, sino que conformaban la mayoría de lectores y esas eran las materias más leídas. Es razonable concluir, sobre todo considerando que los estudiantes tenían espacios alternativos, que el público lector era mayormente joven y que los lectores de novelas también lo eran.

Hay otros indicios sobre las lecturas de los estudiantes. En 1920 el director hizo un llamado público a las autoridades escolares para que enseñaran a los alumnos el respeto y el cuidado de los libros, debido al deterioro que sufrían en la sala de lectura. Eran ellos, deja entrever, los que más los maltrataban. Domingo Amunátegui, a la sazón rector de la Universidad de Chile y asiduo usuario de la Biblioteca Nacional, respondió que se enseñaba en los liceos y que el problema residía en el deterioro de ejemplares muy leídos que eran las novelas. “En mi sentir deben retirarse del servicio público todas aquella obras que, como muchas novelas y poesías, se hallen maltrechas por el uso; ya que nada hace perder más el respeto a los libros que el que se encuentren en mal estado”¹⁸.

Las mujeres no aparecen en los registros, al punto que se puede creer que no estaba permitida su asistencia. Pero no, el reglamento ni siquiera lo menciona. Sin embargo, Ramón Briseño, antiguo director, señaló que eran poquísimas las mujeres que iban y menciona solo a dos, una escritora y otra poetisa¹⁹. En los archivos empiezan a aparecer en la estadística de 1914. Conformaban el 1,08% y eran casi todas estudiantes. De hecho, es la única profesión femenina registrada²⁰. La matrícula de los liceos de niña era de 1.370 y las alumnas del Instituto Pedagógico eran 58 ese año.

17 *Anuario Estadístico*, 1909, p. 522.

18 Archivo Nacional, Fondo Biblioteca Nacional, volumen 77, f. 183.

19 Ramón Briseño, “El centenario de la Biblioteca Nacional; Recuerdos de la antigua Biblioteca Nacional”, p. 176. El reglamento de 1890 contemplaba una sección infantil que no se implementó.

20 En 1914 aparecen 823 y todas son estudiantes, en 1915 fueron 1.073, pero no aparece la profesión. Archivo Nacional, Fondo Biblioteca Nacional, volumen 77, f. 57.

En 1917 fueron 120.318 hombres y 2.209 mujeres en el salón de lectura; en 1919 fueron 98.352 hombres y 2.251 mujeres y en 1922, 98.748 y 1.890 respectivamente. No hay indicio sobre qué leían. Sin embargo, los registros de lectura a domicilio, en cuyo catálogo predominaba la literatura, las mujeres eran aún más minoritarias. En 1921, 25 de 2.943 fueron mujeres²¹.

Hubo también otro actor casi invisible, pero que estaba presente: los niños. La edad era una categoría elástica que solía ser entre 9 y 14 años. Ramón Briseño en sus recuerdos menciona que los había y leían en los mismos salones que los adultos. El encargado del salón pidió en 1917 que los separaran para evitar más ruido y desorden. La medida fue tomada. Solo sabemos que en el mes de diciembre de 1924 asistieron 1.450 lectores infantiles²².

El proyecto “moderno”

Las prácticas de lectura fueron un problema recurrente tanto por el espacio, su acondicionamiento y, en especial, de comportamiento. El salón de lectura principal tenía una capacidad para 120 lectores y había dos salas más pequeñas y especializadas. En 1917 concurrían 100 lectores diarios que solían aglomerarse entre las 2 y 3 pm, por lo que no siempre había espacio y el personal era reducido para atender tantos pedidos. El salón no tenía luz artificial, era muy frío en invierno y muy caluroso en verano. No tenía calefacción. Tampoco servicios sanitarios. Tenía, eso sí, escupideras de fierro con porcelana.

Los lectores no respetaban el silencio, hablaban mucho y fuerte y hacían ruidos molestos. Se mantenían de pie, se movían de lado a lado o se recostaban en las butacas. Fumaban sin parar y entraban con capa, sombrero, paraguas o bastón. El salón estaba casi siempre desaseado, tanto que para el centenario de la república tuvieron que cerrarlo para hacer una debida limpieza.

A este comportamiento considerado tan inapropiado, sobre todo por Luis Montt, se sumaba otra indecencia mayor que recorrió todo el periodo: el maltrato a libros, diarios y revistas y el robo de libros. Los usuarios solicitaban el material a través de una papeleta que debían entregar al portero al salir del recinto. Estaba prohibido entrar con otros libros para evitar que se cambiaran y un guardia cuidaba que no desaparecieran entre los abrigos. De todas formas se podía burlar. El joven Manuel Aranda fue un astro en la materia. En tres meses sustrajo 25 libros, la mayoría textos

de estudio. Cada sustracción que fue sorprendida, fue denunciada en detalle al ministro para ser pasado a los tribunales de justicia. No sabemos si llegaban, pero la investigación interna era prolija. Eduardo Santa María fue denunciado por otro lector como sospechoso de varios robos por lo cual se pidió el allanamiento de su casa. Estas prácticas recorrían a todo tipo de usuarios. Era un “hábito arraigado en la cultura nacional” porque gente honesta también sustraía libros y los destruían, ya fueran litigantes, comerciantes, ingenieros, artistas²³. La práctica más extendida no fue el robo sino el deterioro como recortar diarios, sustraer láminas, rayar los cómics y garabatear “hasta con figuras indecentes o con expresiones pornográficas”²⁴.

Las prácticas de lectura no parecían, desde la crítica ilustrada, del todo desvinculadas del patrón de lectura y finalmente del modelo de biblioteca. El libro no era un objeto de reverencia ni la lectura un medio de estudio y perfeccionamiento. De alguna forma, había que resguardar la biblioteca científica de la “revolución de los lectores”.

Hacia 1910 ese modelo empieza a abrirse a otro concepto que significaba una síntesis entre la biblioteca ilustrada y el mundo de los lectores. El giro lo encarnó Carlos Silva Cruz que asumió la dirección en 1910 con un claro proyecto. La Biblioteca había sido exitosa en cuanto “archivo documentado de la historia nacional, guardián de la tradición literaria y depósito de las riquezas bibliográficas y científica que los años han acumulado”, pero para influir en la cultura nacional debía “tener una parte activa en el movimiento moderno” incorporando la producción contemporánea al servicio de sus lectores²⁵. Efectivamente, Cruz había estudiado y conocido la experiencia de bibliotecas estadounidenses, por las cuales sentía gran admiración, porque eran abiertas al público y salían a buscar a los lectores, los atraían hacia el gusto por la lectura. Cruz comparó el “modelo tradicional europeo, que ve en las bibliotecas -en especial en las grandes bibliotecas nacionales- más el *depósito* o diríamos así, el *acumulador* que el difusor de la cultura” al contrario del modelo norteamericano sustentado en un “concepto democrático”²⁶. La Biblioteca debía ser un centro de investigación científica, y poner al servicio de los investigadores la producción contemporánea para que fuera un “agente activo de nueva producción” y no solo de un lector. Debía ser un espacio de encuentro científico y de divulgación; también de información y orientación para

23 Archivo Nacional, Fondo Biblioteca Nacional, volumen 77, f. 180.

24 *Boletín Biblioteca Nacional*, 1902, N° 8, p. 112.

25 Archivo Nacional, Fondo Biblioteca Nacional, volumen 73, 29 de agosto 1919.

26 Carlos Silva Cruz, “Recuerdos de la Biblioteca Nacional”, p. 179.

21 Archivo Nacional, Fondo Biblioteca Nacional, volumen 77, f. 421.

22 Archivo Nacional, Fondo Biblioteca Nacional, volumen 77, f. 88.

los usuarios y finalmente, abrirse a nuevos públicos como el infantil y salir a buscar a aquellos que no llegaban a través del apoyo a bibliotecas pequeñas en barrios populares. Este era el proyecto que requería su propia arquitectura.

En los años siguientes el programa se fue cumpliendo por etapas. Las nuevas adquisiciones se consultaron con los especialistas; se repuso el servicio nocturno entre 8 y 10 pm y se abrió el servicio los días festivos de 2 a 5.30 pm. Se instaló la luz eléctrica en el salón de lectura “con lo cual quedó bien iluminado, desapareciendo el aspecto tétrico que presentaba pues toda la parte superior se mantenía antes en la completa oscuridad” y se instalaron 4 estufas, una en la sección de domicilio, otra en la sección chilena, otra en la sección de ciencias y artes y otra en la secretaría. Se abrió una oficina de informaciones que en 1919 tuvo 3.430 consultas. En 1912 se inauguraron las primeras conferencias abiertas al público que alcanzaron 42 como promedio en los cuatro años siguientes. Tres sociedades académicas se instalaron en la Biblioteca Nacional donde hacían sus reuniones y conferencias: la Sociedad Chilena de Historia y Geografía en 1911; la Academia Chilena de la Lengua en 1914 y la Sociedad Científica de Chile. Se abrieron clases de inglés, alemán, francés y taquigrafía con una asistencia media de 150 alumnos. El público de las conferencias que se realizaban en el salón de lectura entre 6 y 8 pm superaba su capacidad²⁷.

La Biblioteca Nacional trató de salir hacia nuevos lectores y se crearon las sucursales en los barrios apartados a cargo de la sección de lectura a domicilio que enviaba el material que se pedía. En 1915 se crearon 14, muchas en establecimientos educacionales, pero también en el Regimiento Cazadores o en la Sociedad de Profesores Católicos. Luego se ampliaron hacia las comisarías, a los ferrocarriles donde se adecuó un vagón. En 1919 eran 22, con 609 lectores y 6.953 las obras consultadas. En esta misma línea, se apoyó a las bibliotecas de liceos de provincia enviando material y asesorando su organización. Estas transformaciones llevaron, por iniciativa de la Biblioteca Nacional y del Ministerio, a que asumiera la organización de las otras bibliotecas del país, las educacionales y departamentales. Era la creación de la Dirección General de Bibliotecas de 1921. El año anterior, Silva Cruz había asumido como ministro de Guerra y Marina de Arturo Alessandri.

El nuevo edificio, en cuyo diseño Silva Cruz participó, reflejaba la “biblioteca moderna”. Contemplaba un salón para 200 lectores y otro para 150. Las conferencias pasaban a tener su propio salón; contemplaba la apertura de la sección infantil. Tenía vestíbulos, baño, teléfono, máquina

para proyecciones y espacio para una colección de música.

El periodo tuvo dos directores cuyos liderazgos marcaron el cambio. Pero hay más. El cambio fue fruto de los propios lectores, con sus necesidades, gustos y usos de la Biblioteca. La presión que generó el aumento del público lector habla por sí solo y en el nuevo esquema, dejaron de ser recriminados por sus tipos de lecturas. No era cierto, decía la memoria de 1920, o era un prejuicio erróneo, que el público iba “solo a leer novelas y otras obras de mero pasatiempo”²⁸. Muchos hacían consultas e investigaciones; los estudiantes universitarios hacían sus tesis, profesionales requerían consultar referencias de publicaciones oficiales o de periódico. Era verdad que las novelas “u obras de simple imaginación” se leían en gran número, pero para el grueso del público era una lectura provechosa y moral “porque el entretenimiento que proporciona evita al lector dedicarse al vicio o entregarse al ocio después de sus horas de labor”²⁹.

Finalmente los lectores se impusieron por sí mismos con sus propias formas de lectura. En este periodo la “revolución de los lectores” significó ampliar los servicios de la Biblioteca y legitimar sus distintos usos y prácticas de lectura. Los lectores también habían tomado la palabra.

28 Archivo Nacional, Fondo Biblioteca Nacional, volumen 77, f. 342.

29 Archivo Nacional, Fondo Biblioteca Nacional, volumen 77, f. 348 y ss.

27 Archivo Nacional, Fondo Biblioteca Nacional, volumen 73, s.f.



Usuario en sala de lectura Gabriela Mistral, 2011 (Josefina López-DIBAM)

Sebastián Hernández

Licenciado en Historia por la Universidad Diego Portales. Investiga en las áreas de la historia cultural e intelectual, específicamente la trayectoria y difusión de políticas culturales en el Chile de comienzos del siglo XX. Actualmente cursa el Magíster en Historia en la Pontificia Universidad Católica de Chile y fue Becario Conicyt. Entre sus publicaciones se cuentan: “Samuel Glusberg/ Enrique Espinoza: revistas culturales y proyectos editoriales en Argentina (1921-1935)” (2012); “Difusión Cultural del americanismo y el judaísmo en Argentina a través de *Cuadernos de Oriente y Occidente* (1921-1929)” (2013); y en coautoría, “Historia mínima de la Biblioteca Nacional (1813-1913)” (2013).



c.1914, diseño escultura en fachada poniente de la Biblioteca Nacional que, al parecer, nunca fue construida.

1 Una primera versión de este texto se publicó como parte del trabajo con Francisca Leiva, “Historia mínima de la Biblioteca Nacional”, aparecido en la edición conmemorativa del bicentenario de la Biblioteca Nacional de Chile que *Mapocho* le dedicó en el número 73 del primer semestre de 2013.

La “nueva” Biblioteca Nacional

En el contexto de la celebración de los 100 años de la Biblioteca Nacional no solo se consolidó la propuesta de dotarla de un nuevo edificio que garantizara su adecuado funcionamiento, también una actualización de su papel en la sociedad. Fue la evolución de un siglo de existencia republicana, las tensiones sociales de comienzos del siglo XX y el discurso de los intelectuales, que habían hecho de la Biblioteca Nacional su morada, los que estimularon y dieron forma a la nueva institución.

Las primeras décadas del siglo XX ofrecen las manifestaciones de una modernización cultural de fuerte contenido crítico, valórico y moral que se hizo presente en los intelectuales de todos los sectores sociales. La compleja situación que vivió entonces la sociedad chilena, con un sistema político que no atendía a las necesidades más urgentes de los sectores sociales más bajos, hicieron de la “cuestión social” algo ineludible². Las preocupaciones artísticas e intelectuales se enfocaron en esta realidad y los intelectuales y artistas surgidos de entre la clase media dieron cuenta en sus obras de los problemas sociales que atormentaban a Chile³.

Fueron estos mismos nuevos intelectuales los que promovieron integrar a nuevos sectores en los circuitos culturales, aspiración que tuvo acogida en el director de la Biblioteca Nacional, Luis Montt, quien propuso una serie de iniciativas destinadas a ampliar el espectro de público que concurría a la institución⁴.

La dirección de Montt, activa en muchas materias, en 1886 había puesto en práctica un registro estadístico interno sobre el movimiento de lecturas, que incluía el número de obras consultadas mes a mes y el número de lectores, especificando cuántas obras se pedían por materia, en qué idioma se leía y dónde estaban impresos los textos. Esta información estadística se mantuvo hasta 1900, permitiendo evaluar cuán regular era la asistencia a sus salas de lectura. En ella se puede apreciar un incremento del público de la Biblioteca Nacional de 21.638 lectores en 1890 a 27.522 lectores en 1900⁵. Fue gracias al incremento constante del público que se iniciaron una serie de proyectos en la Biblioteca que apuntaron a entregar un servicio eficiente y a atraer una mayor cantidad de lectores⁶.

En 1901 se constituyó una Comisión de Vigilancia formada “para que organice la manera de cómo este establecimiento debía prestar sus servicios”⁷. Ella quedó compuesta por historiadores y políticos, todos vinculados a las humanidades: Joaquín Santa Cruz (miembro del Partido Radical e historiador), José Toribio Medina (bibliógrafo e historiador), Domingo Amunátegui (miembro del Partido Liberal e historiador), Federico Puga Borne (profesor y miembro del Partido Liberal), Ignacio Santa María (abogado), Manuel Román (escritor) y Aníbal Sanfuentes (abogado y miembro del Partido Liberal). Su función fue estudiar y analizar los problemas de la Biblioteca y desarrollar un plan de mejoras para las primeras décadas del siglo XX.

En el informe presentado por la Comisión de Vigilancia las carencias fueron explicitadas, en particular que el servicio para el público era deficitario y que ello dificultaba el cumplimiento del objetivo central de la institución. “Hasta ahora, 1901, escribieron, la Biblioteca Nacional ha llenado de manera muy deficiente el objetivo a que está llamada”, que era favorecer “la presencia de la generalidad de los ciudadanos”⁸. Para la Comisión de Vigilancia el ciudadano era el comerciante, los empleados judiciales, los administrativos, los militares y estudiantes, en definitiva, todos integrantes de los emergentes sectores profesionales y alfabetos.

Uno de los problemas que impedía cumplir con el objetivo de la Biblioteca Nacional era su horario de funcionamiento, el que se extendía entre las 10 y 17 horas, y que según la Comisión eran precisamente las horas “de los negocios de todo género”, lo que repercutía en que los lectores no podían concurrir a esas horas “porque son ellas las que requieren la presencia de la generalidad de los ciudadanos en las necesidades de sus respectivas ocupaciones”⁹. La ampliación de los horarios de atención en la Biblioteca fue una primera señal por integrar a la “generalidad de los ciudadanos”¹⁰.

Como respuesta inmediata a las críticas, la Biblioteca inició en octubre, y solo tres meses después del informe de la Comisión de Vigilancia, la publicación del *Boletín de la Biblioteca Nacional*, uno de cuyos objetivos implícitos fue dar a conocer todos los avances de la institución en materia de proyectos, adquisiciones y cantidad de lectores, entregando estadísticas y datos nunca antes disponibles para el público.

En cuanto a los horarios de atención, el problema fue resuelto recién

2 Véase Sofia Correa, *et. al.*, *Historia del siglo XX chileno*, pp. 23-32.

3 Véase en esta obra los textos de Patricio Lizama y Pedro Lastra dando cuenta de iniciativas que demuestran la efervescencia intelectual de la época.

4 Luis Montt se desempeñó como director de la Biblioteca Nacional desde 1886 hasta 1906.

5 Véase, “Movimiento de lectura mes a mes, 1886-1900”. En Archivo Nacional, Fondo Biblioteca Nacional, volumen 25.

6 En su trabajo en esta obra Sol Serrano interpreta algunos de los cambios producidos como respuesta a las demandas de la sociedad.

7 “La Biblioteca Nacional”, en *La Ley*, 3 de agosto de 1901, p. 1.

8 *Idem.*

9 *Idem.*

10 *Idem.*

en 1905, año en que se abrió un servicio nocturno, entre 20 y 22 horas, que permitía a los trabajadores asistir a la Biblioteca sin tener que faltar a sus empleos. Este nuevo horario tuvo muy buenos resultados ya que el público lector ese año aumentó en un 84,8%, pasando de 33.555 lectores en 1904 a 62.012 lectores en 1905.

Algo parecido ocurría en esta época en Argentina, donde la Biblioteca Nacional organizaba reuniones públicas nocturnas en las cuales se realizaban conciertos y conferencias; sin embargo no se dio continuidad al horario nocturno pues nunca se estableció como servicio normal de la Biblioteca y solo se les tomaban como “eventos culturalmente trascendentes pero si se quiere prescindibles”¹¹.

Otro de los proyectos importantes de la Biblioteca Nacional fue la creación de un departamento especial de Lectura a Domicilio. Para acceder a este servicio, el procedimiento consistía, según Eduardo Poirier, en “obtener libros por un plazo determinado, mediante la consignación, en garantía, de una cantidad de dinero proporcional al valor de la obra”, lo que muchas veces se convirtió en una traba para las clases emergentes que acudían a la Biblioteca¹². Este departamento contó con medidas ejemplares para el resto de las secciones del establecimiento, una de ellas fue el catálogo que poseía para el público, que en 1901 era el único de toda la institución, así como su buen funcionamiento¹³. Siguiendo este ejemplo, ya finalizando el primer lustro del siglo XX “se pusieron a disposición del público los catálogos completos de cada sección. En ellos se hallaba el título de la obra con su ubicación correspondiente”¹⁴.

También se estableció en la Biblioteca un taller de encuadernación y se catalogaron y abrieron al público las bibliotecas donadas por intelectuales del siglo XIX, como la de monseñor José Ignacio Víctor Eyzaguirre y Portales en 1878, y en 1887 la de Benjamín Vicuña Mackenna¹⁵. Además se incorporaron colecciones más pequeñas como las de Hipólito Riesco, Ramón Sotomayor Valdés y Aníbal Pinto, entre otros. Estas donaciones y compras también influyeron en las lecturas de los asistentes a la Biblioteca Nacional ya que para 1911, cerca del 10% de los libros que se pedían eran en francés, cuya mayor parte provenía de las bibliotecas pertenecientes a los intelectuales y hombres públicos.

11 Sobre el caso argentino véase Mario Tesler, *Paul Groussac en la Biblioteca Nacional*, pp. 37-40.

12 Luis Galdames, “Ciencias Sociales”, p. 246.

13 A modo de ejemplo, en 1901 el número anual de personas que solicitaron libros en el Departamento de Lectura a Domicilio fue de 6.338 lectores, mientras que en 1909 el número anual de personas que solicitaron libros ascendió a 8.611.

14 Galdames, *op. cit.*, p. 246.

15 Félix Nieto del Río, *Crónicas Literarias*, p. 178.

Por último, otro punto importante a considerar sobre el mejor funcionamiento de la Biblioteca Nacional es la consolidación de la Oficina General de Canje de Publicaciones, la que si bien fue creada el 12 de mayo de 1871, en ese momento solo poseía convenio con Ecuador, Perú, Honduras, Salvador, Nicaragua y Argentina; ampliando, a partir del siglo XX, su red de contactos con Estados Unidos, Francia, Alemania, España e Italia, “con el propósito de mantener al día sus fondos de lectura en todo género de materias”¹⁶. De este modo, la Oficina de Canje cumplió una labor trascendental en la adquisición de nuevas lecturas para el público y en la representación internacional de la Biblioteca, ya que a través de esta se tuvo relación con importantes centros científicos del mundo, siendo reconocida a nivel internacional, como lo demuestran los conceptos de *The Southern Cross*: “La Sección de Canje es muy importante, pues en ella se reciben diariamente muchas revistas y obras que canjea con bibliotecas extranjeras. Para darle mayor éxito a esta sección el gobierno ha decretado que todas las imprentas de Chile en que se publique obras de origen oficial, manden setenta ejemplares de cada una de las obras a la sección de canje para que esta las remita a las bibliotecas extranjeras en cambio de otras obras que ellas envíen”¹⁷.

Estados Unidos como modelo de servicio bibliotecario

Aunque a principios del siglo XX el segundo idioma más leído en la Biblioteca Nacional era el francés, el modelo ideal era Estados Unidos, pues aparecía como un ejemplo de democracia, de alta movilidad social, de urbanización, de educación pública y de eficiencia del Estado, lo que hizo que en Chile vieran a esta potencia como un ejemplo ideal a seguir para la construcción de su propio proyecto país¹⁸. De este modo, durante las primeras tres décadas del siglo XX Estados Unidos también fue un modelo a seguir por el sistema bibliotecario chileno, resultando que muchos de los proyectos y mejoras en los servicios son producto de estudios o imitaciones de políticas culturales puestas en marcha en los Estados Unidos de Norteamérica.

En 1902 la Biblioteca Nacional envió funcionarios a estudiar la gestión de bibliotecas populares. Un acontecimiento que causó cierto revuelo y acaparó algunas páginas de *El Mercurio*, en el cual el periodista Feliciano Cabello escribió: “El Supremo Gobierno ha comisionado al señor don Joaquín Figueroa Larraín para que estudie en Estados Unidos la orga-

16 Galdames, *op. cit.* p. 248.

17 “Biblioteca Nacional”, en *The Southern Cross*, volumen 10, N° 2, p. 26.

18 Véase Stefan Rinke, *Cultura de masas: reforma y nacionalismo en Chile 1910-1931*, p. 22.

nización de bibliotecas populares con servicio de lectura a domicilio y de salas nocturnas de lectura. No dudamos que de los estudio que el señor Figueroa haga en su viaje, nacerá la creación de estos establecimientos que funcionen en todas las ciudades de mediana importancia, con verdadera ventaja para la mayoría de su población que no puede comprar libros en que instruirse”¹⁹.

Uno de los proyectos traídos del norte fue la creación de un salón de lectura para los niños, idea que en 1913 Guillermo Labarca hizo patente a través de su discurso “Misión social de la Biblioteca”, señalando que era necesario abrir las puertas de la Biblioteca a nuevos lectores como los niños, tal como lo hizo la potencia norteamericana. “Hace 20 años, escribió, todas las bibliotecas de Estados Unidos lucían en la puerta un letrero con esta inscripción: se prohíbe la entrada de perros y niños; hoy no es posible concebir una institución semejante sin el respectivo departamento infantil”²⁰. Después que Labarca explicara el buen funcionamiento del Departamento Infantil estadounidense y las formas de difusión que se ocuparon para atraer a niños, agregó: “no hay ninguna razón para que entre nosotros no acontezca lo mismo y para que la Biblioteca no aproveche los fértiles beneficios que han de aportar en el futuro estos amigos fieles”.

Once años después del discurso de Labarca, en 1924, se inauguró el “Salón de Lectura de Niños”. Para *El Mercurio* esta era una muy buena noticia, ya que era inconveniente el que asistan niños y jóvenes de corta edad a una sala común de lectura, pues necesitaban “salas especiales donde la lectura sea seleccionada convenientemente y dirigida por educacionistas competentes, conocedores de la literatura infantil y dotados de vocación para el cultivo intelectual y moral de los pequeños lectores”²¹. Para esta responsabilidad se nombró a la señorita Margarita Mieres Cartes, a quien se envió a Estados Unidos a estudiar biblioteconomía.

Según *El Mercurio*, alabando el salón infantil: “innumerables salas de esta especie funcionan en Europa y Estados Unidos, y algunas hay ya también en países latinoamericanos. En nuestra Biblioteca se ha tomado en cuenta esta experiencia para montar una sala que sea la última palabra en la materia”²².

“El Palacio de los Libros”

El 16 de agosto de 1906 un fuerte terremoto con epicentro en Valparaíso azotó el centro del país. En Santiago algunos edificios públicos se vieron dañados, según *El Mercurio*, “los de dos o tres pisos, aun los más sólidos como el Congreso Nacional, se balanceaban como un buque en alta mar”²³. El edificio de la Biblioteca Nacional también sufrió daños que interrumpieron por algunas semanas el servicio bibliotecario. El hecho llevó a que solo un mes después del siniestro el Ministerio de Obras Públicas ordenara “la confección de un anteproyecto para la construcción del edificio que se destinará al funcionamiento de la Biblioteca Nacional”²⁴.

La preparación del plan se vio paralizado, según la Inspección General de Arquitectura, por dos motivos: primero, “que en vista de las numerosas órdenes que a diario se reciben para atender a las reparaciones urgentes de los edificios públicos no puede dar dicha oficina inmediato cumplimiento a la expresada orden”; segundo, y quizás el argumento más importante, “antes de iniciar el estudio, es necesario que ese Ministerio señale a esta Dirección la ubicación que debe tener el nuevo edificio para poder satisfacer el programa que se solicitará del director de la Biblioteca Nacional”²⁵. Fue el Ministerio de Instrucción Pública el que formó en 1907 una comisión que inició la búsqueda “de un nuevo local en que debía quedar definitivamente instalada la Biblioteca Nacional”²⁶.

El argumento central que arguyó la comisión para demostrar lo necesaria que era la construcción u obtención de un nuevo local para la institución fue que “desde largo tiempo atrás ha venido adquiriendo la Biblioteca tal crecimiento, que se hace de todo punto indispensable trasladarla a una nueva casa que esté en armonía con su actual importancia, y con los adelantos que en la distribución y clasificación de los libros nos presentan los establecimientos más notables de este género”²⁷.

La creación de la comisión no solo daba cuenta de la búsqueda de un nuevo edificio para la Biblioteca, también de las nuevas necesidades culturales del país, fruto de cambios culturales y sociopolíticos que de alguna manera se vieron reflejados en debates y proyectos acerca de las transfor-

23 “Terremoto”, en *El Mercurio*, 17 de agosto de 1906, p. 2.

24 Carta de la Inspección General de Arquitectura a la Dirección de Obras Públicas, 9 de octubre de 1906, en Archivo Nacional, Fondo Biblioteca Nacional, volumen 65, s/f. La carta señala que se recibió “la nota N. 1658 de 3 de septiembre último” con la orden de hacer un ante-proyecto.

25 *Idem*.

26 *Informe acerca del local en que debe quedar definitivamente instalada la Biblioteca Nacional*, p. 3.

27 *Idem*.

19 “Bibliotecas Populares”, en *El Mercurio*, 15 de abril de 1902, p. 3.

20 Guillermo Labarca, “Misión social de la Biblioteca”, en *Las Últimas Noticias*, 3 de septiembre de 1913, p. 5.

21 “Inauguración de la sala de lectura para niños en la Biblioteca Nacional”, en *El Mercurio*, 12 de octubre de 1924, p. 29.

22 *Idem*.

maciones materiales que debía enfrentar una institución tan importante como la Biblioteca Nacional.

Para la elección del lugar donde se construiría el que se llamó “Palacio de los Libros”, se debían considerar dos criterios: primero, “recordar, como ejemplo muy digno de tomar en cuenta, la gran Biblioteca del Congreso en Washington”, lo que demuestra que toda elección siempre estuvo supeditada al modelo bibliotecario estadounidense; y segundo, que el servicio bibliotecario debía “repartir los beneficios de la lectura en los diversos barrios de la ciudad”²⁸.

Para cumplir su labor la comisión integró a importantes personalidades de la intelectualidad chilena: Valentín Letelier (abogado, político e intelectual), Luis Montt (escritor, abogado, historiador y político), Gabriel René Moreno (historiador, crítico literario, bibliógrafo y director de la Biblioteca del Instituto Nacional), Enrique Matta Vial (historiador y periodista), Enrique Döll (político e ingeniero, ex director de Obras Públicas), Domingo Víctor Santa María (político, ingeniero y profesor de Arquitectura) y Francisco Araya (secretario y futuro diputado).

El caso chileno se correspondía también con lo que estaba ocurriendo en otros países de América Latina. En Brasil se llamó a arquitectos a concurso público para la construcción del nuevo edificio de su Biblioteca Nacional inaugurado en 1910; en Argentina, y bajo la dirección de Paul Groussac, se obtuvo el primer edificio exclusivo para la Biblioteca, y en Perú se reinauguraba el edificio de la Biblioteca Nacional refaccionado. Con sus planes, Chile, gracias a la bonanza económica del salitre, inició los preparativos para la posterior construcción de un nuevo local para su principal institución cultural.

Iniciada la búsqueda de un nuevo local para la Biblioteca Nacional surgieron ciertas exigencias que dan cuenta de los nuevos objetivos de la institución. Uno de ellos fue la imagen como símbolo de progreso y desarrollo cultural que el nuevo edificio debía representar pues, como afirmó la comisión, “a las exigencias de su constante desarrollo, no se puede pensar, al escoger un sitio para instalarlo definitivamente, en menos de una manzana completa”²⁹.

La ubicación fue otra preocupación central al momento de escoger un lugar propicio. Para la comisión no debía estar en un lugar donde se encuentren bibliotecas cercanas, pues se perdería público y no cumpliría su objetivo de captar la mayor cantidad de lectores. Es por esto que se desechó la opción de instalarse en el Hospital de San Juan de Dios: “el hospital se encuentra a dos cuadras de la Biblioteca del Instituto, que

28 *Ibid.*, pp. 10 y 12.

29 *Informe acerca..., op. cit.*, p. 7.

tiene el mismo carácter enciclopédico que la Nacional; a tres de la Universidad Católica; y no muy distante del Congreso, cuya Biblioteca se abre al público; y de los tribunales, que habrán de tener también una Biblioteca en su nuevo palacio. Reunir en una ciudad tan extensa como Santiago y dentro de unas pocas cuadras todas las bibliotecas, es privar al resto de la población de los beneficios que se reportan de la vecindad de los establecimientos”³⁰.

El entorno que rodearía a la Biblioteca Nacional también mereció la atención de la Comisión. Por eso y otras razones se desechó el antiguo cuartel de San Pablo: “tampoco la ubicación de este sitio colocado frente a la cárcel pública y a una cuadra de distancia de una estación de ferrocarriles, es propia para instalar una biblioteca. Además, un solo tranvía, que parte del Mercado Central cruza San Pablo”³¹.

Otra opción fue la antigua Escuela de Preceptores ubicada entre las calles Chacabuco, Catedral, Compañía y Matucana, “todas cruzadas por tranvías”, lo que para la Comisión representaba un lugar ideal, recomendando en su informe que “desde luego, se principie en ella la construcción del palacio de la Biblioteca”³². No fue solo su buena ubicación lo que llamó la atención de la comisión, el hecho de estar frente a uno de los paseos más concurridos, como lo era la Quinta Normal, hacía que este sector fuera amable para la lectura, recomendando entonces este lugar como “muy apropiado para establecer en ella un centro de estudios”³³.

Pasadas las celebraciones del centenario, que incluyó la inauguración y reinauguración de variados edificios públicos como el Palacio de Tribunales, la Estación Mapocho, el cerro Santa Lucía y el Museo de Bellas Artes, continuó la búsqueda de un lugar adecuado donde establecer la Biblioteca Nacional³⁴. De esta manera surgió la idea de construir el nuevo palacio de la Biblioteca en la parte oriente del Parque Forestal, en el sitio de una antigua laguna. Sin embargo, este proyecto tuvo sus detractores representados en la comisión de ornato de la provincia, quienes dieron argumentos para fundar su rechazo, mostrando de paso los criterios en juego tras la elección de la ubicación de la institución. Se arguyó que el lugar no brindaba la comodidad necesaria para el público, ya “que pueden utilizarse para este efecto en Santiago otros sitios más centrales, y sobre todo, más en el camino de las personas que, por necesidad, por hábito o

30 *Ibid.*, p. 8.

31 *Idem.*

32 *Ibid.*, p. 9.

33 *Ibid.*, p. 10.

34 Véase Soledad Reyes, *Chile en 1910. Una mirada cultural en su Centenario*.

por gusto, frecuentan la Biblioteca”³⁵. También observaron que el espacio disponible no cumplía con los requerimientos para la construcción de un edificio que debía proyectarse por muchos años, pues no “era lo suficiente para la magnitud deseable del mismo edificio”, entendiendo que este proyecto tenía un cariz de edificio definitivo por “algunos centenares” de años³⁶.

Sin embargo, el argumento medular de este informe publicado en la prensa se centró en que la construcción de la Biblioteca en ese sitio acabaría con la calidad del paseo público que tenía el Parque Forestal, por lo que “no parecía deber ubicarse en él un establecimiento que, por interesante, útil y necesario que sea no se armoniza con la destinación y objeto de los paseos públicos”³⁷. Por último, y para dar mayor solidez a su postura, la comisión de ornato mostró el ejemplo de Estados Unidos, señalando: “En el Parque Central de Nueva York, que comprende, si mal no recordamos, setenta hectáreas se levanta un solo grande edificio, el Museo Metropolitano de Bellas Artes; lo demás es parque”³⁸.

Tras diversas propuestas y debates la Comisión encargada de buscar el lugar definitivo para la Biblioteca Nacional se inclinó por el terreno que ocupaba el Monasterio de Santa Clara, que es donde hoy se encuentra emplazada. El 28 de enero de 1913 se autorizó la compra del terreno en \$3.300.000 y se destinaron \$2.000.000 para comenzar la construcción de la Biblioteca Nacional, el Museo Histórico y los Archivos Generales de la Nación³⁹.

Balances y desafíos del centenario

El 24 de agosto de 1913 se celebró el centenario de la Biblioteca Nacional, oportunidad en la que se colocó la primera piedra del nuevo palacio que albergaría a la Biblioteca. En el acto solemne, al que asistieron el Presidente de la República, ministros, senadores, diputados y una selecta concurrencia representada por varias personalidades de la cultura, se dio inicio no solo a la construcción del nuevo edificio, sino también a un amplio debate a través de los discursos inaugurales y conmemorativos, sobre el papel que cumplía la Biblioteca en la cultura chilena.

Entonces se expresaron diversos conceptos sobre el papel de esta, enfatizándose que el desarrollo de la institución la transformaría, como afir-

35 “La ubicación de la Biblioteca Nacional”, en *La Mañana*, 6 de julio de 1912, p. 7.

36 *Idem*.

37 *Idem*.

38 *Idem*.

39 Marina García, *La Biblioteca Nacional de Chile*, p. 57.

mó su propio director Silva Cruz, en el “faro y guía de las actividades del porvenir”, cumpliendo dos labores: “una que contemple el pasado y otra que mire al futuro”, porque no debía ser solo “casa solariega de estudio sereno y apacible, sino también laboratorio espiritual de fuerzas vivas, criadero de capacidades científicas y prácticas llamadas a allegar un útil contingente a la prosperidad y a la grandeza de la patria”⁴⁰. Este tipo de ideas fueron la constante de todos los discursos pronunciados por las autoridades convocadas al acto, entre ellos el del ministro de Instrucción Pública, Fanor Paredes, quien señaló: “abierta al público la Biblioteca de día y de noche, ha tenido en el último año una asistencia de cerca de cincuenta mil lectores, fuera de los que llevan libros a su domicilio para su propia ilustración o la de sus familias. Estas circunstancias, su significado de centro de ilustración, foco de luz para los hombres que desean enriquecer sus conocimientos, fueron los móviles que impulsaron al gobierno a la compra de este local para levantar en él un palacio digno de nuestra Biblioteca Nacional y de la cultura que hemos alcanzado en cien años de vida independiente”⁴¹.

En los días posteriores a la celebración se volvió sobre los nuevos objetivos que debía perseguir la institución y el escritor, periodista y futuro ministro de Educación, Guillermo Labarca Hubertson, llamó a establecer una nueva “misión social” de la Biblioteca Nacional, indicando que la única manera de alejar al pueblo de las cantinas sería: “con sus salas de lectura caldeadas en invierno, frescas y tranquilas en verano, con abundante luz en las noches y suave penumbra en el día, amabilidad continua de sus empleados, conciertos públicos y conferencias frecuentes, será el mejor y más eficaz competidor de los puntos de reunión que aprovechándose del natural instinto de sociabilidad, estimulan en el pueblo las bajas pasiones y los innobles apetitos”⁴².

Cautivar y atraer al pueblo se había transformado en el objetivo fundamental de la Biblioteca que, desde entonces, innovando en sus servicios, debía reemplazar a los espacios de sociabilidad asociados al vicio. En medio de la llamada “cuestión social” que experimentaba el país, la lectura y la cultura se relacionaron con el progreso, entendiendo los intelectuales que acercar el libro a la población brindaría la ayuda necesaria para salir de la crisis moral denunciada⁴³. Todos los discursos motivados por la

40 “La Biblioteca Nacional”, en *El Mercurio*, 14 de septiembre de 1913, p. 23.

41 Véase “La Biblioteca Nacional, colocación de la primera piedra”, discurso del ministro de Instrucción Pública Fanor Paredes, p. 279.

42 Guillermo Labarca Hubertson, “Misión social de la Biblioteca”, en *Las Últimas Noticias*, 3 de septiembre de 1913, p. 5.

43 Véanse Enrique Mac-Iver “Sobre la crisis moral de la República”, Alejandro Venegas,

construcción del nuevo edificio apuntaron a que la Biblioteca fuese el mayor símbolo cultural del país y el más importante espacio asociado a la lectura capaz de integrar a nuevos sectores sociales.

Guillermo Labarca resumió este tipo de planteamientos cuando, al finalizar su discurso en la celebración del centenario, pidió: “Abra las puertas señor director y no le tema a las innovaciones. Si se equivoca en ella, no importa: no se llega a la verdad sino a través del error y en fuerza de muchos ensayos y experimentos; abra las puertas de la Biblioteca, señor director, y entréguela al pueblo que es su dueño; nada de tarjetas a la entrada, nada de dinero a la ventanilla de la lectura a domicilio: que la biblioteca entera salga por allí y se esparza por la ciudad, por todos los hogares y especialmente por los pobres; no son los ahítos, señor, los que requieren alimentos, sino los necesitados”⁴⁴.

Mientras se construía su nuevo edificio, la Biblioteca Nacional siguió adelante con sus proyectos para incrementar sus lectores. Compró un mayor número de colecciones, se adoptó un nuevo sistema de catalogación, se crearon sucursales de la Biblioteca en liceos y comisarías, se fundó un “vagón Biblioteca” para el sur del país, se consolidó el envío de libros por correos y se contrató a más funcionarios.

En 1925 se inauguró “El Palacio de los Libros” como señaló revista *Zig-Zag*, el que junto con ofrecer una sala de lectura chilena, una americana y otra de textos europeos, también habilitó salas especiales para resguardar la biblioteca que perteneció a Diego Barros Arana, donada por su familia, y la biblioteca de José Toribio Medina entregada por su propietario. La Sala Italia, la Sala Británica y el salón de lectura de Niños, fueron otras de la novedades inauguradas en 1924. De este modo, el nuevo “Palacio de los Libros” entraba en funcionamiento y sus autoridades podían dar cuenta de una edificación “de imponentes y severas líneas que viene a ser, por fin, el marco digno de esta importante rama de la cultura nacional”, la lectura⁴⁵. Actividad que muchos cultivaron con entusiasmo, casi como un vicio, y que dio lugar a una forma de sociabilidad intelectual particular al interior de la institución.

La Biblioteca Nacional fue un lugar de trabajo para intelectuales a comienzos del siglo XX. Si antes ya eran asiduos a la Biblioteca estudiosos y autores importantes, la diferencia es que ahora estos nuevos funcionarios necesitaban su trabajo para subsistir. Uno de ellos fue el crítico literario Emilio Vaisse (Omer Emeth). Fernando Santiván, también funcionario,

doctor Valdés Cange, *Sinceridad*, o el discurso de Luis Emilio Recabarren, “Ricos y pobres a través de un siglo de vida republicana”.

44 Labarca, *op. cit.*, p. 5.

45 “El Palacio de los Libros”, en *Zig-Zag*, 25 de septiembre de 1926, p. 85.

escribió dando cuenta de la nueva situación: “Más tarde pude conocer más de cerca a don Emilio Vaisse, cuando trabajábamos en la Biblioteca Nacional. Él era jefe de la Sección Bibliográfica y redactaba la revista de esa especialidad. En esa época, ya famoso por sus críticas semanales en *El Mercurio*, lo visitaban numerosos intelectuales e intelectualoides, masculinos y femeninos”⁴⁶.

Contratar escritores y hombres de letras como funcionarios de la Biblioteca generó un espacio de sociabilidad asociado a la literatura y a las artes en el que sus principales referentes se reunían en círculos y tertulias. Prueba de ello, es lo expresado por uno de los representantes del criollismo y también funcionario de la Biblioteca, Mariano Latorre, quien afirmó, refiriéndose a la importancia de tener en el establecimiento al poeta y escritor Miguel Rocuant: “en la Biblioteca Nacional, en la sección de conferencias, cuyo jefe era Miguel Luis Rocuant, se reunían en las tardes: pintores, actrices, poetas y novelistas”⁴⁷. Así la Biblioteca Nacional cada día se transformaba en un salón literario, tanto para su público como para sus funcionarios, transformando algunas jornadas en una sucesión de personalidades del mundo intelectual y artístico⁴⁸.

La Biblioteca fue para muchos un lugar de estudio donde, una vez terminada la jornada, se estrechaban lazos. José Santos González Vera, que también se desempeñó en la Biblioteca, describió la dinámica de la sociabilidad, por ejemplo, entre el poeta Pedro Antonio González y Enrique Oportus: “Pedro Antonio González ve a Oportus en la Biblioteca Nacional, se miran largamente y a menudo, pero no se hablan. Al salir sí y durante horas. A través de la noche se conversan una o tres botellas de vino. Oportus es buen conocedor de la literatura, de la vida solo ignora el matrimonio, es excelente orador y, de no quedar tan achacoso en la guerra, habría sido un político radical”⁴⁹.

Junto a escritores e intelectuales, también fueron parte de la Biblioteca Nacional figuras políticas como Arturo Alessandri Palma, quien antes de ser diputado y Presidente de la República trabajó como empleado supernumerario en la Biblioteca, como él mismo señaló, “no por sueldo, sino para obtener un vasto campo donde estudiar y formarse una situación sólida de conocimientos”⁵⁰.

46 Fernando Santiván, *Confesiones de Santiván: Recuerdos literarios*, p. 156.

47 Mariano Latorre, *Memorias y otras confidencias*, p. 99.

48 En los salones literarios chilenos no solo asistían escritores, también se reunían en ellos políticos, pintores y músicos, entre otros. Para profundizar más en el tema véase María Angélica Muñoz, “Los salones literarios en Chile y otras instancias culturales”, pp. 10-14.

49 José Santos González Vera, *Algunos*, p. 89.

50 Armando Donoso, *Conversaciones con don Arturo Alessandri*, p. 21. La categoría de

Mariano Latorre, describe al abogado y diputado radical Pablo Ramírez, otro asiduo a la Biblioteca quien, según Latorre, junto con leer entablaba constantes debates, ya sea con intelectuales o con cualquier persona “que le parecía impertinente en sus apreciaciones personales”⁵¹. Augusto D’Halmar aludía al establecimiento como el lugar idóneo para entregar cultura a la sociedad: “Yo tengo mi asiento en Santiago, nada menos que en el asiento de la cultura, en la Biblioteca Nacional, y para cruzar el zaguán tomo tantas precauciones como para atravesar una calle, porque si no automóviles, voy a encontrar gentes que corren atropelladamente y que lo atropellan todo a su paso. Son las gentes que buscan la cultura en la Biblioteca Nacional”⁵².

La aparición de medios de comunicación como la radio, otras formas de entretenimiento y el consumismo desarrollaron intereses en el público con los que la lectura debió competir; sin embargo, para los nuevos entretenimientos el factor económico era fundamental, sobre todo entre los sectores medios y bajos. El crítico literario Hernán Díaz Arrieta, Alone, precisó: “los teatros, las fiestas, los paseos eran demasiado caros para mí. También los amigos y aún más las amigas. Disponía de la mayor parte de mi tiempo para dedicarlo a la lectura, pero también los libros cuestan dinero”⁵³. Así la Biblioteca Nacional se consolidó como un lugar de interés.

Para Alone, “la noticia de que en Compañía esquina Bandera se alzaba el edificio de la Biblioteca Nacional y el ofrecimiento de llevarme a su recinto me parecieron obra de la providencia. Cien veces había cruzado esa plazoleta donde, entre jacarandás, la estatua de Bello le volvía al noble establecimiento las mismas espaldas de mármol que le vuelve la Universidad. Pero el que no sabe es como el que no ve. Se necesitó que me lo revelaran para advertirla y, todavía, que me añadieran este dato precioso: no solo era posible entrar sin condición alguna, a cualquiera hora, sino pedir y leer allí mismo hasta novelas de Paul Kock”⁵⁴.

La Biblioteca proporcionaba a algunos satisfacciones que no encontraban en otros sitios y actividades, como las que describe Alone al acceder al catálogo de la Biblioteca: “Imposible olvidar la impresión de vértigo al hojear esos catálogos y pensar que con una sola palabra, todos esos libros

se pondrían a mi disposición. Era Aladino y una lámpara maravillosa”⁵⁵. De su situación, tal vez excepcional, escribió: “mi vida había alcanzado una regularidad de péndulo y la idea de la felicidad se me presentaba como la de un perpetuo ir y venir de mi casa a la Biblioteca y de la Biblioteca a mi casa. Debe ser lo que les pasa a los bebedores con las cantinas”⁵⁶.

En definitiva, la Biblioteca Nacional de las primeras décadas del siglo XX reflejó el cambio sociocultural y político que vivió Chile entonces. El que significó la emergencia de nuevos sectores sociales en el plano de la cultura y un nuevo papel para la institución, expresado también en su edificio y en la implementación de diversos proyectos destinados a mejorar su funcionamiento. Además, los espacios de sociabilidad que los intelectuales generaron en sus salones dieron cuenta de los intereses, lecturas y aspiraciones de sujetos que con el tiempo llegarían a ser figuras de las letras nacionales y de la literatura mundial. Demostración de que la Biblioteca Nacional no solo fue un lugar de acopio de libros, sino que también un agente activo, un estímulo, del desenvolvimiento cultural.

“empleado supernumerario”, a pesar de significar un trabajo sin goce de sueldo, da cuenta de la búsqueda de un centro de estudio de las personas que aceptaban el cargo, como por ejemplo José Antonio Soffía o el mismo Arturo Alessandri.

51 Latorre, *op. cit.*, p. 102.

52 Augusto D’Halmar, *Recuerdos olvidados*, p. 515.

53 Alone, *Préterito Imperfecto. Memorias de un crítico literario*, p. 28.

54 *Ibid.*, p. 29.

55 *Ibid.*, p. 30.

56 *Ibid.*, p. 31.



Fachada posterior de la Biblioteca Nacional visto desde Moneda (sin fecha).

Patricio Lizama 🐼

Profesor e investigador responsable en varios proyectos, Director del Departamento de Literatura por varios años y de la revista *Taller de Letras*, entre sus publicaciones se encuentran numerosos artículos aparecidos en revistas de Chile, Estados Unidos y Europa. Además, ha publicado los libros *Jean Emar. Notas de Arte (1923-1927)* (2003), y como coeditor el volumen *Bibliografía y antología crítica de las vanguardias literarias. Chile* (2009), el epistolario *Jean Emar. Cartas a Guni Pirque* (2010) y los ensayos de Pedro Lastra reunidos en *Sala de Lectura* (2012). En la actualidad investiga sobre la “Vanguardia chilena en sus revistas (1920-1930): modernidad, poesía, intelectuales”.



Sala Diego Barros Arana (sin fecha).

Alone, el influyente crítico literario de la prensa chilena, señala que en el siglo XIX la alta literatura surge en la elite que dirige el país. Allí “coincidían, por lo menos dos meridianos: el social y el intelectual. Si añadimos el político y el económico, tendremos el cuadro completo de una sociedad homogénea, firme en sus posiciones y con poder sobre el país. Pero el novecientos nos muestra su ruptura. Veinte años contaba apenas el siglo y ya nuestra revolución francesa se había consumado”¹.

La lucidez de Alone al entender la crisis de hegemonía y la apertura del mundo estrecho y excluyente de la constelación tradicional de elite, se explica porque él percibe el surgimiento de variados “fermentos de rebeldía” que impugnan el predominio cultural a comienzos del siglo XX. El grupo Los Diez es uno de ellos ya que desarrolla múltiples actividades contrahegemónicas en la escena artístico-cultural chilena entre las que destaca la publicación de la revista titulada *Los Diez*². El movimiento universitario es otro “fermento”, pero es más contestatario dado su carácter anticlerical y antioligárquico, y es más complejo porque incluye varias sensibilidades y tiene gran protagonismo político-social en la época.

En el presente trabajo definimos al colectivo de artistas decimales y analizamos sus propuestas publicadas en el primer número de la revista *Los Diez*. Luego estudiamos dos manifiestos aparecidos en la revista *Claridad*, órgano de la Federación de Estudiantes de Chile (FECH), que revelan dos ejes del movimiento universitario: la bohemia y el anarquismo.

Los Diez: una formación cultural independiente

Los artistas chilenos constituyen una formación cultural independiente, término propuesto para los colectivos de artistas de la época moderna como la Hermandad Prerrafaelista y el Grupo Bloomsbury que se caracterizan, en un primer rasgo, por una asociación interna “más laxa definida por la teoría y la práctica compartidas [son] un grupo de amigos que comparten intereses comunes”³.

La amistad y la constelación de actitudes, valores y rechazos comunes, facilitan la creación de Los Diez, colectivo que irrumpe en forma pública en 1916 aunque varios de sus miembros se conocen desde comienzos del siglo XX. Juan Francisco González, Manuel Magallanes Moure y Julio Ortiz de Zárte participaban en la Academia de Bellas Artes; este pintor y Augusto D’Halmar integran la colonia tolstoyana, iniciativa que cuenta con la ayuda directa de Magallanes Moure; Pedro Prado, Magallanes

Moure, D’Halmar, Armando Donoso y otros colaboran en las revistas *Contemporánea* y *Juventud*; Prado y Julio Bertrand realizan juntos trabajos de arquitectura a comienzos de los años diez, y Acario Cotapos, Alfonso Leng y Alberto García Guerrero son músicos que se reúnen en casa de este último. Algunos cultivan más de un arte –Bertrand, Prado, Magallanes Moure, Ried, González– provienen de distintos grupos sociales, se juntan en un café santiaguino, en casa de Bertrand y más tarde en la de Prado.

Los vínculos que unen a la formación chilena, según Magallanes Moure, son “el arte y la amistad... nos acerca el placer de estar juntos, entre camaradas”. Añade: “Y esos somos Los Diez: amigos de confianza”⁴. La “firme atadura” que los une explica la libertad de asociación de estos artistas quienes “no forman ni una secta ni una institución, ni una sociedad. Carecen de disposiciones establecidas, y no pretenden otra cosa que cultivar el arte con una libertad natural”⁵. Prado confirma: “No hubo jamás reglamentos ni indicaciones escritas... jefes, cuotas ni nada”⁶.

Los amigos decimales postulan una visión “criollo-cósmica” porque anhelan “extraer de una situación histórica contingente lo que [esta] tiene de inalienable y proyectarlo en un horizonte o ámbito cósmico y universal”⁷. La postura del colectivo chileno los distancia de las tendencias operantes en el campo artístico ya que ellos rechazan las corrientes nacionalistas –rescate culturalista de lo propio– criollistas –“lo vernáculo y el mundo rural”– y naturalistas –“literatura como conocimiento de la realidad”. A la vez, reniegan del academicismo que anula la originalidad con sus reglas y principios, valora la belleza del pasado y del viejo mundo y dificulta el reconocimiento de la cultura nacional.

La formación cultural independiente se distingue, en un segundo rasgo, porque sus miembros se unen “para la prosecución común de un objetivo específicamente artístico” o alrededor de una manifestación colectiva pública⁸. Los artistas decimales se presentan como colectivo en torno a varias manifestaciones públicas realizadas el año 1916. El 19 de junio se inaugura la “Primera exposición de Los Diez”, muestra que define el carácter independiente de la formación chilena y su desacuerdo con la Academia de Bellas Artes, organismo que articula la institucionalidad plástica.

4 Véase Jorge Elizalde y Valeria Maino, “Algunas notas y anécdotas sobre Los Diez”.

5 *Revista Los Diez (1916-1917). Reedición*, p. 74.

6 *Revista Los Diez (1916-1917). Reedición*, p. 462.

7 Fernando Durán, “Los Diez y la literatura chilena”, p. 18.

8 Williams, *op. cit.*, p. 58.

1 José Joaquín Brunner, “Cultura y crisis de hegemonías”, p. 34.

2 El título completo es *Los Diez. Ediciones mensuales de Filosofía, Arte y Literatura*, y su primer número apareció en septiembre de 1916.

3 Raymond Williams, *Cultura: sociología de la comunicación y el arte*, p. 61.

Las pinturas, esculturas, dibujos y aguafuertes de Prado, Magallanes Moure y Ried no son seleccionados por ningún jurado, sino por los propios artistas; no se exhiben en el Salón anual ni en dependencias oficiales porque se presentan en la sala de *El Mercurio*; la exposición no tiene financiamiento de la Academia pues se monta con recursos propios; no se reparten premios de modo que nadie está a “la caza de la medalla” y la crítica oficial es rechazada con burla e irreverencia⁹. Los Diez reniegan de los mecanismos de selección, difusión y legitimación de la Academia de Bellas Artes.

Las manifestaciones artísticas reaparecen el 2 de julio con motivo de la “Primera Velada de Los Diez” realizada en la Biblioteca Nacional¹⁰. En el acto literario-musical participan Prado, Magallanes Moure, Leng, Allende, y otros artistas amigos(as) como Guillermo Pérez de Arce e Inés Echeverría, Iris, figura relevante del espiritualismo de vanguardia y del campo artístico-político de la época. Meses más tarde, Prado lidera otras dos nuevas iniciativas: la revista *Los Diez* y las “Ediciones de Los Diez”, proyecto que alterna en forma mensual la publicación de un libro y la revista.

La revista *Los Diez*: refugio y portavoz

Las revistas son formas de agrupamiento y organización de la *intelligentsia* y se pueden definir como “órganos de diseminación, fertilización del pensamiento y vehículo del gusto de determinados sectores sociales e intelectuales”. Estos órganos buscan difundir y legitimar apuestas estético-ideológicas y más que un emprendimiento individual, traducen “una estrategia de grupo” por lo que “incorporan la actividad cooperativa de una serie de personas (la de un círculo ideológico, la de un grupo literario, o un conjunto más laxo) aunque algunas de esas personas tengan mayor ascendiente o ejerzan el liderazgo intelectual sobre el resto”¹¹.

Las revistas resultan así verdaderos “proyectos intelectuales” que ejercen una intervención aguda, aunque sea breve, en la trama cultural. Son un espacio dinámico y privilegiado de circulación e intersección, un lugar de cruce muchas veces conflictivo de varias líneas ideológicas que están presentes en toda dinámica cultural de manera hegemónica, emergente o residual. Entendidas como parte de las redes de la crítica y producidas

en forma deliberada “para generar opiniones... dentro del campo intelectual”, las revistas establecen nuevas formas de subjetividad colectiva y la representación simbólica y política de nuevos actores, sujetos y agendas¹².

Los Diez participan de estos planteamientos pues la revista es una estrategia grupal que tiene dos propósitos. Debe convertirse en un “refugio” para los artistas. Inserta en un campo periodístico en movimiento desde un tipo de periodismo ligado “a la vocería y difusión de doctrinas como expresión de partidos o grupos políticamente definidos, a otro surgido de una prensa de empresa vinculada a las exigencias de un mercado informativo de tipo moderno en creciente desarrollo”¹³, la publicación de Los Diez no responde a ninguno de estos modelos pues surge como un proyecto independiente con recursos propios, animado por una perspectiva artístico-cultural y con una amplia red dentro y fuera del país, esfuerzo que permite diversificar las instancias de difusión y consagración existentes en el país.

La revista marca su diferencia al denunciar “el rudo mercantilismo de nuestra prensa diaria y de nuestras revistas hebdomarias”, la poca independencia de las publicaciones sometidas a gustos y conveniencias personales y la falta de una cultura del discurso crítico ya que no existen “opiniones conscientes” ni credibilidad en el juicio artístico, motivos por los cuales varios artistas renuncian a estos órganos de expresión. *Los Diez* acoge a quienes anhelan vivir del arte y pretende lograr mayor autonomía, generar nuevas posibilidades de profesionalización y realizar una crítica más impersonal que vaya más allá del juicio de los amigos que todo lo alaban y de “los enemigos que todo lo despedazan”. En esta línea desean desarrollar una “purificación artística”.

El segundo propósito es convertirse en “portavoz” de una subjetividad colectiva, porque la revista acoge el pensamiento artístico-cultural de Los Diez, el cual incluye nexos latinoamericanos y europeos. La propuesta decimal se funda en una dialéctica de lo ajeno y lo propio pues ellos reelaboran la estética del simbolismo y los aportes del modernismo que conocen en profundidad; se abren a la comprensión de las tendencias emergentes del espíritu nuevo y por ello viajan a Europa a conocer los ismos¹⁴; adhieren al espiritualismo de vanguardia desarrollado por el feminismo aristocrático y a las enseñanzas teosóficas que se difunden en el

9 En la pared de la sala de exposición, entre los cuadros, cuelga una cabeza de chivo colocada sobre una manta araucana llena de cruces blancas y negras, guiño burlesco al crítico y sacerdote Omer Emeth.

10 En la página inicial del programa de esta velada, otra vez aparece la cabeza de chivo.

11 Carlos Altamirano (director), *Historia de los intelectuales en América Latina, volumen II. Los avatares de la “ciudad letrada” en el siglo XX*, p. 20.

12 Véase Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, *Literatura/Sociedad*. La cita en p. 96.

13 Eduardo Santa Cruz y Carlos Ossandón, *El estallido de las formas: Chile en los albores de la “cultura de masas”*, p. 131.

14 Magallanes Moure, Alberto Ried y Julio Ortiz de Zárate viajan en las primeras décadas del siglo XX. Mientras que Juan Francisco González había iniciado sus viajes a Europa en el siglo XIX.

país; indagan en las identidades latinoamericanas en busca de una “autoctonía criolla y vernácula”, pero al mismo tiempo, pretenden “superarla de su propia inmanencia”, esfuerzo que los acerca al mundonovismo.

La revista se convierte en un espacio abierto al aporte creativo y reflexivo de artistas e intelectuales chilenos y de destacados miembros de la inteligencia americana y europea. Junto a los poemas, poemas en prosa, obras de teatro, cuentos y fragmentos de diarios de vida de los hermanos decimales, encontramos obras de figuras emergentes como los poemas de Gabriela Mistral, Angel Cruchaga, Manuel Rojas y Domingo Gómez Rojas, los relatos breves de Amanda Labarca y los poemas en prosa de Eduardo Moore. La creación se complementa con numerosas reseñas sobre literatura y exposiciones de pintura.

Apoyados en las redes con creadores, diarios y revistas del extranjero, se publican textos de Rubén Darío, del mexicano Amado Nervo y del argentino Arturo Capdevila; dibujos del mexicano Ernesto Cabral y reproducciones del español Fernando Álvarez de Sotomayor, pintor, profesor y director de la Academia de Bellas Artes chilena entre 1908 y 1913. Armando Donoso presenta la poesía alemana –Ricardo Dehmel, Friedrich Nietzsche, Hugo von Hofmannsthal, Stephan George– además al poeta belga Emilio Verhaeren y al escritor Romain Rolland, en tanto Eduardo García explica la música de Robert Schumann.

La difusión y la reflexión artístico-cultural se complementan con una mirada crítica de la sociedad chilena. A Los Diez les preocupa la desigualdad, la falta de educación y las falencias de la justicia, inquietudes nacidas a raíz del influjo artístico y ético-moral de intelectuales rusos y franceses, del impacto arielista que postula una común matriz idealista en la cultura latinoamericana, alojada ante todo en sus juventudes, y del malestar político-social en el país que se expresa en la actividad contestataria, en la organización de grupos políticos y en la crítica ensayística.

Las ideas de Maximo Gorki, de los anarquistas Mijail Bakunin y Mijail Kropotkin, Romain Rolland, Henry Barbusse, y en especial Leon Tolstoi, les resultan muy iluminadoras¹⁵. Si Magallanes Moure es un “ávido lector de Barbusse, Romain Rolland y Anatole France” que funda en San Bernardo en 1910 la “Sociedad de Instrucción Popular Centenario” para la creación de escuelas para obreros, Prado es profesor y director de la escuela nocturna para obreros Benjamín Franklin y dirigente de la FECH, mientras que D’Halmar y Ortiz de Zárate los años 1904 y 1905 integran la colonia tolstoyana.

Los fundamentos y prácticas anarquistas y evangélicas del proyecto contracultural de Tolstoi –vida en comunidad, cultivo de la tierra, respeto a la naturaleza, trabajo artístico, no violencia y vegetarianismo– se encuentran en la base de la perspectiva ético-social de los hermanos decimales. La colonia chilena fundada por D’Halmar, Ortiz de Zárate y Fernando Santiván, se pliega a esta utopía y en 1904 ellos viajan al sur con el anhelo de formar una comunidad agrícola-artística, experiencia breve que continúa en San Bernardo con la ayuda de Magallanes Moure. El espíritu que irradia este proyecto contracultural entre Los Diez y otros intelectuales de la época, es tan significativo que en el funeral de Augusto D’Halmar en 1948, Prado señala: “Los Diez y la colonia tolstoyana: dos ensayos de liberación”.

El ideario decimal articulado en estas dos líneas de fuerza –arte y sociedad– se plasma en el manifiesto “Somera iniciación al Jelsé” escrito y leído por Prado en el acto realizado en la Biblioteca Nacional en junio de 1916.

El manifiesto: belleza y justicia

El intelectual que comunica sus pensamientos requiere persuadir por medio del debate con el objeto de valorar sus propuestas y convertir su saber en influencia, necesidad que lo obliga a enunciar un discurso audible capaz de “prever las condiciones de esa enunciación”¹⁶. Esto implica para Los Diez desarrollar estrategias individuales y colectivas entre las cuales se encuentran el crear la formación cultural independiente, publicar la revista y escribir un manifiesto.

El texto que encabeza el primer número de la revista, en palabras de su autor, expresa “los fundamentos de la doctrina de Los Diez”. El manifiesto se configura como un texto dentro del texto porque es un relato de viajes que hace llegar el hermano errante. El artista es definido como un sujeto cosmopolita y local, híbrido e intercultural, contemplativo y activo, que se construye en relación a “todas las razas del orbe” y a distintas clases sociales. Con una concepción de raíz platónica-simbolista, el creador busca la belleza concebida como alma del mundo y asume que esta labor de conocimiento es posible en cuanto está mediada por una experiencia amorosa.

El artista que vive siempre en estado de amor, puede renovar el asombro y la fantasía ante la humanidad y la naturaleza. Él persigue la belleza en el pasado y en el presente, en lo hegemónico y en lo marginal, en lo armonioso y en lo deforme, en lo bello y en lo feo. Él se abre a los miste-

15 Acerca de la relevancia tolstoyana, Volodia Teitelboim en sus *Notas de un concierto europeo*, señala que no “hubo escritor a fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX que irradiara tanto y tan lejos su influencia” y su impacto se canaliza en dos dimensiones “que no siempre se funden en un caudal único: la literaria y la sociológica moral”, p. 154.

16 Véanse, entre otros, los trabajos de Pierre Bourdieu, José Joaquín Brunner, Beatriz Sarlo y Carlos Altamirano.

rios del hombre –el sueño, la locura y el delirio–; a la otredad de “extraños países”; a los “innumerables caminos de la tierra” que conducen a la vida pre-moderna, rural –los “campos de labranza”– y a la vida moderna en sus diversas realizaciones: la civilización científico-técnica –la ciencia y la industria; el mundo urbano y sus conflictos –las muchedumbres, la monótona vida cotidiana–; los nuevos sujetos y las tensiones sociales –el mundo obrero.

La apertura a la sociedad le permite advertir las inequidades que la articulan de manera que el artista asume como tarea la búsqueda de la justicia. El manifiesto afirma que el artista es “solidario ... de todos los seres y las cosas próximas o lejanas”, rechaza la exclusión de las mayorías en la ciudad y en el campo y adhiere al compromiso de transformar la vida de los desposeídos: “la existencia miserable de pobres gentes ignorantes, lo hizo desear la justicia y la felicidad”¹⁷.

La belleza y el amor, en consecuencia, no están ajenos a la coyuntura político-social ni a las condiciones de vida de los marginados, postura que revela el vínculo que establecen Los Diez entre la creación estética y el deber ético-moral. Los hermanos decimales no se encierran en una torre de marfil porque para ellos, esta es un mirador abierto que le permite ser testigos atentos a los cambios. Ellos se elevan al cielo, se enraizan en la coyuntura y trabajan por expandir los límites del amor y de la belleza al hombre y a la sociedad porque así enriquecen el alma colectiva y estimulan una conducta con nuevos valores.

La esperanza de alcanzar estas utopías, “la justicia anhelada y la belleza del mundo”¹⁸, se funda en un proyecto mítico-auroral que se presenta a la humanidad a través de un mensajero, un hombre iluminado que en el pasado construye una sociedad ideal en las cercanías de una montaña y que escribe sus doctrinas en un libro. Este legado que contiene palabras exactas, profecías maravillosas, hermosos cantos y destacada ciencia, se encuentra perdido –el original extraviado que da cuenta del secreto del mundo– y para encontrarlo es necesaria la revisión del pasado legendario y las “investigaciones de todo género”. Esta verdad oculta a la espera de ser descubierta es el “El Bien Perdido”, conocimiento al cual Los Diez esperan darle significados actuales.

El artista es el elegido para desocultar e interpretar los signos visibles de un orden superior que podrían anunciar o presagiar el encuentro de “El Bien Perdido”; es el llamado a acoger los ruidos subterráneos y los discursos ajenos por si algún desconocido “trae o encarna la buena nueva

del mundo”¹⁹; el que espera como un centinela pues no sabe si “El Bien Perdido” aparecerá bajo la forma de un astro benéfico, un continente que emerge, un hombre original o un nuevo sentido que revele escondidos secretos. La tarea del artista consiste así en descifrar los conocimientos ocultos que pueden surgir detrás de múltiples e insospechadas apariencias, pues cree que al recuperar lo extraviado comenzará una nueva era que renovará el universo, certidumbre que lo llena de alegría.

La representación poética del artista-intelectual la encontramos en el poema en prosa “La torre de Los Diez” publicado también en el primer número de la revista²⁰. Su autor, otra vez Pedro Prado, transfigura esta imagen elevada de resonancias modernistas y la convierte en analogía del artista-intelectual postulado por el colectivo chileno²¹.

El poema en prosa y el artista-intelectual: elevarse, contemplar, cantar

El intelectual es una figura característica de la modernidad que concebido como “creador, letrado y artista”, posee una actitud de constante vigilancia, ofrece resistencia y cuestiona “las imágenes, los discursos oficiales y las justificaciones del poder”²². Actor del debate ciudadano, “conciencia” de su tiempo, intérprete de la nación o voz de su pueblo, hace públicas sus opiniones a través de aparatos de comunicación y/o formación los cuales poseen distinto peso funcional en el campo y valorizan las diversas formas de saber.

El poema en prosa es un “género poético breve de ideación moderna” modelado por Aloysius Bertrand al intentar un “nuevo estilo de prosa”²³. Alejado de la intención moralizante, didáctica u oratoria y de los mecanismos tradicionales de la poeticidad, el género posee gran libertad temática, diversos registros que van “desde la tonalidad más lírica, evocativa o himnica, hasta el estilo familiar y periodístico”²⁴. Su articulación no posee una forma fija ni ritmo codificado, pero contiene un juego de repeticiones, antítesis, aliteraciones, estructuras paralelas y simétricas que le otorgan estabilidad y logran encerrar al lector en sus límites pues su objetivo “es el de cercar en todo lo posible el *acto de mirar*”²⁵.

La torre de Prado es una estructura que al tomar la vertical como eje,

19 *Ibid.*, p. 220.

20 “La torre de Los Diez”, poema en prosa de Prado, el dibujo y el plano de Bertrand se publican en el primer número de la revista.

21 Darío concibe a los poetas como “torres de Dios” y “pararrayos celestes”.

22 Edward Said, *Representaciones del intelectual*, pp. 38-39.

23 Pedro Aullón de Haro, “Teoría del poema en prosa”.

24 María Victoria Utrera, *Teoría del poema en prosa*, p. 110.

25 Salvador Tenreiro, *El poema plural*, p. 68.

17 Pedro Prado, *Obras Completas*, volumen III, pp. 216-217.

18 *Ibid.*, p. 217.

deviene en analogía del hombre²⁶. Está en el margen, a la orilla del mar, alejada de ciudades, puertos y aldeas, extremo que indica la lejanía de Los Diez respecto a la sociedad y a las propuestas imperantes en el arte chileno. Se levanta “en la más avanzada puntilla de rocas”, ubicación similar a la del vanguardista, el que va adelante para llegar y ver primero, y al explorador, el que dominado por un impulso de extrañamiento sale de su entorno para buscar una patria distinta.

Alta y solitaria, la torre se enraíza, sobresale, se convierte en una torre-vigía, nueva figura de elevación y lugar apropiado para contemplar el universo. Al elevarse y a la vez enraizarse, se distingue y se convierte en analogía de la función del intelectual, el que expande su mirada, observador, percibe y se hace uno en la multiplicidad de lo real, participante, y puede dar aviso de sus descubrimientos, protagonista. El mástil que sobrepasa la terraza es otra expresión del elevarse que toma la vertical, se convierte en sinécdoque de la torre y en nueva analogía del sujeto atento y vigilante que lee e interpreta los signos de la vida humana.

La torre es espacio de mediación entre los mundos contemplados por el intelectual. Mediación en el eje vertical porque la torre es símbolo de la escala entre el cielo y la tierra y es dialéctica de ascenso y ahondamiento que une lo superior con lo inferior, doble movimiento que también es propio de la x. Esta letra es una figura de inversión e imagen del lazo que acerca a los contrarios, el arriba y el abajo; es una nueva sinécdoque de la torre y como es emblema del colectivo nacional, se encuentra inscrita en la “bandera de púrpura” enarbolada en el mástil de la torre de Los Diez²⁷.

Asimismo, la mediación se desarrolla en el eje horizontal, pues la torre levantada sobre un islote muy próximo a la costa posee un puente que une el mar con la tierra. La torre es entonces umbral y paso de frontera, un rompiente que corta el curso de las olas, llegada, y un lugar desde donde percibir “prodigiosas lejanías”, partida.

El que mira desde la torre es un artista-un vidente, un ojo/torre como diría Gironde; es un vidente con una conciencia visionaria superior que se hace uno con el universo y “desde la elevada terraza de la torre”, indaga todos los horizontes, penetra en lo desconocido, persigue la belleza escondida e intenta registrar las fuerzas que mueven al mundo. El artista que vive entre inmanencia y trascendencia, busca contemplar la vida integral del hombre, las regiones visibles -lo que ocurre en el cielo, el mar y la tierra, “Cielo, mar y tierra, todos en torno de la torre iréis abiertos”- y las

invisibles, las zonas de misterio que impulsan al hombre a cruzar límites, a desear ir más allá de sus posibilidades para vislumbrar la otredad.

Torre, mástil y x son miradores que salen a lo abierto, cada uno se eleva y hace visible una posición; son estructuras concebidas en un juego de inclusiones y ocultamientos al modo de las cajas chinas o de las muñecas rusas; viven atentos a la existencia como “si la vida fuese una fiesta”, perciben la variedad y la hermosura indescriptibles -“todos seréis igualmente hermosos para nosotros”- y anuncian, alaban, como la campana, la “armonía imperturbable del mundo”.

“Torre de los panoramas” dirían los modernistas, lugar desde donde se contempla y canta el desenvolvimiento del sujeto. Donde los videntes se hacen uno con el universo del que participan para explorar lo desconocido y cantar; Torre que invita a mirar la trascendencia y la terredad como diría Eugenio Montejó, que propone el viaje celeste, marítimo y terrestre, intentos que el escritor chileno desarrolla de otra manera en textos como “La Barca”, “Los exploradores” y años más tarde con más amplitud en *Alsino*: alfa y omega, la torre está entre y posee una función cognoscitiva, estética y espiritual²⁸.

Los intelectuales de Los Diez construyen espacios autónomos, reivindican rasgos de identidad y elaboran un espiritualismo social. Ellos no se distinguen por la ruptura radical y a través de la docencia, la crítica de arte y el trabajo creador, construyen la figura del artista que posee una marcada preocupación ética y anhela vivir de su trabajo creativo. Con esta visión, algunos de sus miembros ejercen un influjo decisivo entre los jóvenes que años más tarde conforman la vanguardia: Los Diez son un antecedente crucial de ella²⁹.

Claridad: bohemia y anarquismo

Las prácticas que cimentaron una trama de vínculos a nivel continental y expandieron el imaginario latinoamericanista desde 1900, fueron articuladas al comienzo por intelectuales de las elites, escritores y universitarios³⁰. Los Congresos Internacionales de Estudiantes Americanos

28 En la novela *Alsino*, el narrador señala, “cuando volaba sobre el mar, nunca me abandonó el recuerdo de la tierra, y cuando me dirigí derecho hacia tus astros, siempre me supe ligada a ella”. Pedro Prado, *Alsino*, p. 255.

29 Baste señalar la relevancia de Juan Francisco González para los pintores que en 1923 formaron el Grupo Montparnasse; el influjo de Pedro Prado y Manuel Magallanes Moure en Gabriela Mistral y la importancia de Pedro Prado para Pablo Neruda.

30 En estos encuentros universitarios, si bien no existía una mirada radical a los problemas del continente, prácticamente todas las reivindicaciones a la postre históricas del movimiento de la reforma -la defensa irrestricta de la autonomía universitaria, el fundamental principio de cogobierno, la cuestión de la extensión, entre otras-, ya habían sido enunciadas y discutidas en estos congresos, y de allí que sean citados como antecedentes

26 El dibujo y el plano de la torre son de Julio Bertrand, arquitecto amigo de Prado e integrante de Los Diez.

27 La letra x es emblema de la formación chilena y aparece en todas las portadas de la revista *Los Diez*.

organizados en Montevideo (1908), Buenos Aires (1910) y Lima (1912), fueron ocasiones para la propagación del arielismo entre los jóvenes universitarios. Estas relaciones se vieron entrelazadas con otras que tenían motivaciones políticas, culturales y espirituales diversas como los vínculos entre intelectuales socialistas y anarquistas latinoamericanos y las redes espiritistas y teosóficas desarrolladas a lo largo del continente, conjunto de propuestas que a partir de 1918 alcanza su periodo de máximo despliegue.

Las problemáticas educacionales y la necesidad de una reforma universitaria fueron asumidas por un nuevo sujeto: la juventud del continente identificada con el antiimperialismo y el proyecto de América Latina como unidad cultural y política³¹. En la mayoría de estos países se vive un clima de rebeldía juvenil influido por la revolución mexicana y bolchevique, la crisis capitalista de la post-guerra, y el movimiento universitario de modo que la revolución social parecía inminente. Los dirigentes de la Universidad de Córdoba perciben con claridad los signos de los tiempos y en el *Manifiesto Liminar* de 1918, texto que pronto fue publicado en países como Chile, Uruguay y Perú, hacen un llamado a los hombres libres de Sudamérica: “Estamos pisando sobre una revolución, estamos viviendo una hora americana”.

En las primeras décadas del siglo XX en Chile, los miembros de la constelación tradicional de elite que constituyen el pensamiento operante promueven el nacionalismo, el arte académico y aceptan el realismo y el mundonovismo. La nueva *intelligentsia* contrahegemónica compuesta por viajeros cosmopolitas, profesores secundarios, anarco sindicalistas, feminismo aristocrático, universitarios y bohemia, busca representar nuevas identidades, difundir la modernidad artística y política y dar a conocer a sectores excluidos del proyecto nacional. Ellos expresan rebeldías sociales e intelectuales y configuran espacios de apropiación cultural en la medida que son sectores y condiciones socioculturales mediadoras respecto a las nuevas energías culturales y a los ideales de cambio. Surgen en un espacio abierto a lo nuevo que se distancia de la tradición y, en este sentido, se vinculan y nutren el discurso de la vanguardia artística y política, la estimulan y la legitiman³². Dos manifiestos del movimiento universitario aparecidos en *Claridad*, uno de la bohemia y otro del anar-

directos cuando no parte misma de la historia del proceso reformista. Véase Martín Bergel y Ricardo Martínez Mazzola, “América Latina como práctica. Modos de sociabilidad intelectual de los reformistas universitarios (1918-1930)”, p. 126.

31 Véase Carlos Altamirano (director), *Historia de los intelectuales en América Latina. Tomo II, Los avatares de la “ciudad letrada” en el siglo XX*.

32 Véase Bernardo Subercaseaux, *Historia de las ideas y de la cultura en Chile. Tomo III. El centenario y las vanguardias*.

quismo, son ejemplos de estas expresiones.

El manifiesto nerudiano en *Claridad*: condena y liberación de la bohemia

Los intelectuales en las revistas fijan sus propuestas, relaciones y rasgos de distinción a través de variados textos programáticos en torno a cuyas ideas buscan crear vínculos y solidaridades estables. El manifiesto “es una intervención” de un sujeto muchas veces plural cuyos efectos “siempre resultan focalizados y concebidos para provocar una situación determinada” y se entiende como “una forma de autoafirmación generacional que adopta la provocación y el gesto anárquico para instituir una nueva ortodoxia”.

El sujeto puesto en escena, se apropia de discursos, utiliza la palabra y la forma de saberes y aseveraciones para desestabilizar un gusto establecido y proponer nuevas alternativas a la definición de arte en un periodo determinado³³. Debido a su resistencia contrahegemónica y a su estrategia beligerante, el manifiesto revela la crítica del pasado, las tensiones ideológicas, las relaciones polémicas y las luchas por la conquista del poder simbólico en el presente, y la propuesta de futuro que resulta subjetiva y utópica. El contenido polémico del texto lleva a definir en el interior del campo intelectual un “nosotros” y un “ellos”.

Los integrantes de la bohemia constituyen el subsuelo de la vida universitaria y sus miembros, en su mayoría, provienen de provincia, carecen de capital económico, social y anhelan vivir del arte. Son cuerpos insusmisos y refractarios que con voluntad y sacrificio se aferran al anhelo de ser artistas en una sociedad que los excluye del mapa cognitivo, estético y moral de modo que tienen el convencimiento de estar “fuera de lugar”. En reacción al rechazo, inventan un “arte de vivir” que posee su propia identidad, valores y ritos, un mundo alternativo que se sostiene en una pulsión dialéctica de vida y muerte.

En la tradición de los románticos y los malditos, exhiben su desacomodo y agreden a la sociedad con una apariencia que devela al sujeto rebelde y con una vestimenta diferente que modela el cuerpo excluido. Desafían también con sus ideas libertarias acerca del amor y la sexualidad las que transgreden la moral y las costumbres establecidas. El malestar se complementa con la autoagresión manifestada en el abuso del alcohol y el consumo de cocaína y morfina, “paraísos artificiales” que culminan en locura y tuberculosis y que los convierte en cuerpos frágiles y enfermos, marcados o recorridos por la pobreza y la muerte³⁴.

33 Rafael Cipollini, *Manifiestos argentinos: políticas de lo visual 1900-2000*, pp. 15-48.

34 Alberto Valdivia entra y sale del manicomio, Joaquín Cifuentes muere en la miseria dominado por el alcohol y Aliro Oyarzún por la morfina y la tuberculosis. Juan Egaña

La afirmación de la vida descansa en los trabajos que logran conseguir. Distanciados de los intelectuales mayores que respetan, Los Diez, el feminismo aristocrático, los criollistas, y cercanos al proletariado cuya miseria comparten, se diferencian de este porque poseen una excelente formación en humanidades que los habilita para intentar ser artistas, estudiar en la universidad o trabajar en los oficios vinculados a la educación, la administración pública y el periodismo. A veces se pueden insertar en los aparatos comunicativos donde impera el gusto oligárquico; en otras ocasiones, fundan revistas en Santiago y en provincia para impulsar el proceso de modernización y autonomía del campo cultural, espacios alternativos desde donde crean redes internacionales con intelectuales y reciben sus publicaciones como *Proa*, *Martín Fierro* y *Amauta*.

El ejercicio de la solidaridad y el principio de ayuda mutua, prácticas de fundamento anarquista que encontramos en el núcleo de la bohemia, son otras maneras de afirmar la vida. Ellos se encuentran en bares, cafés y restaurantes donde comparten recursos para alimentarse, conversan de arte, de la coyuntura del país y celebran la amistad. Los bohemios se interesan por la revolución rusa, poseen una perspectiva latinoamericana y una conciencia antiimperialista, entienden y denuncian los problemas sociales y políticos del país y se entusiasman con la explosión popular originada por la elección de Arturo Alessandri en el Chile de 1920.

La tertulia artística les permite negar la sociedad opresiva en que viven. Ellos conocen la literatura rusa, española y francesa, leen al Conde de Lautréamont, Marcel Proust y a Guillaume Apollinaire, discuten las novedades “revolucionarias”, pero sus modelos son los poetas malditos: Paul Verlaine, el alcoholizado; Charles Baudelaire, el sombrío; y Gérard Nerval, el suicida. El deseo anula el tiempo y el espacio y así los artistas chilenos traen a sus pares europeos a Santiago y dialogan con ellos. La capital francesa “andaba de un lado a otro en nuestras mesas todas las noches. A ellas venían a sentarse... Picasso, Chagall, Proust, el viejo Verlaine, Joyce, Apollinaire, Modigliani”³⁵.

La fiesta es otro modo de celebrar la vida y olvidar la indefensión. La “Fiesta de la Primavera” organizada por los estudiantes, adquiere los rasgos del carnaval bajtiniano: subversión del orden constituido, ruptura de jerarquías y normas, establecimiento de relaciones de igualdad, liberación provisional que expresa una ideología innovadora y provoca un efecto

desalienante³⁶. La mejor expresión de este carnaval se encuentra “en la Escuela de Bellas Artes. ¿Razones?... Era la Escuela de la Bohemia”. El propósito es ser felices en el gran salón, “redimirse del menosprecio, alcanzar la dignidad y la estimación... ese anhelo se realizaba plenamente por unos días. Y aunque fuese por una sola noche. Eso bastaba”³⁷.

A Pablo Neruda no le basta esta felicidad precaria y fugitiva. Con el seudónimo de Sachka, publica en la portada de la revista *Claridad* una declaración-arenga titulada “¡Miserables!” que constituye un verdadero manifiesto pues con lenguaje beligerante e hiperbólico, condena “el arte de vivir” de la bohemia, rechazo que busca desestabilizar una práctica establecida entre sus amigos³⁸. Al proponer una nueva forma de vida, cuestiona y niega el pasado, explicita con claridad una manera distinta de construirse como artista y fija una propuesta de futuro.

El texto programático pone en escena a un sujeto colectivo y como Neruda es parte de la bohemia, el manifiesto no divide el campo de modo usual, entre un “nosotros” y un “ellos”, sino que entre el sujeto que enuncia, un “nosotros”, y su oponente que es un “vosotros”. La otra novedad es que en el último párrafo surge un yo que se separa del “nosotros” y afirma su disidencia respecto de la vida llevada hasta el presente, de modo que el sujeto de la enunciación es primero un grupo y después un individuo autorreflexivo que se autonomiza.

Neruda polemiza con sus compañeros y consigo mismo -el “nosotros”- por apoyar y haber contribuido a normalizar una existencia maldita que los degrada y termina por destruirlos. Él constata el fracaso y la cercanía de la muerte - “somos unos miserables [que] jugamos a vivir”- y denuncia las condiciones de vida que devienen intolerables pues la sociedad que los margina, como Sísifo, los condena a la autodestrucción continua, visible en la “ansiedad insatisfecha” y el “sueño sacrificado”.

El desprecio y la infelicidad los desgarran -los cuerpos son “pellejos”- los ensucia y enferma -“maculados de todas las lepras”- los enraíza a la agonía y a la tumba -“raíces afiebradas... revolviendo el pantano y la huesera”- situaciones límites de las que Neruda participa -“como vosotros [estoy] empequeñecido, maculado, sucio, deshecho, culpable”-. Con impotencia y rebeldía, advierte que la pulsión de muerte modifica la con-

en Valparaíso fallece por su adicción a la cocaína y el alcohol y a Rosamel del Valle, “por lo mucho que bebía en ciertas ocasiones, veíamos a la muerte esperándole”. En Diego Muñoz, *Memorias: recuerdos de la bohemia nerudiana*, p. 32.

36 El primer “Día de los estudiantes” se celebró el 23 de octubre de 1915 pues los estudiantes chilenos implementaron la experiencia de sus pares de Argentina y Uruguay. Había concurso poético, teatral y de afiches. Véase Fabio Moraga, *Muchachos casi silvestres. La Federación de Estudiantes y el movimiento estudiantil chileno. 1906-1936*.

37 Muñoz, *op. cit.*, p. 104.

38 *Claridad*, año IV, N° 103, 10 de septiembre de 1923.

35 Muñoz, *op. cit.*, p. 119.

ciencia, disfraza y oculta lo que debiera ser una genuina práctica artística y altera e incluso anula la capacidad creativa.

Ante la hegemonía de la muerte, los bohemios resisten con la agresión y la indiferencia; el problema es que si bien esto los fortalece –“en ese asomarse a recibir la maldad y a devolverla, estamos enteros, amigos”– tal conducta es insostenible en el tiempo y no modifica las condiciones existenciales ni estructurales. La otra forma de resistir es aferrarse a una memoria ajena que han apropiado, la de los poetas malditos y de la vanguardia histórica, pues estos se afanaron en la búsqueda de “viejos ensueños heroicos”, pero Neruda estima que esa memoria los hace vivir en una “ruindad inútilmente parchada”, los acostumbra a la desgracia que los anula y a aceptar una condición desmedrada.

La visión nerudiana es muy desencantada porque al considerar que no existe resistencia válida ni memoria activa, los bohemios se quedan sin fundamentos y en un gran vacío enseñoreado por la muerte: “habéis consentido en aniquilarnos mutuamente como quien cumple una tarea... A fe mía que habéis cumplido la tarea, miserables... Ya no sois nada”. Neruda logra ver la tragedia y por ello explicita la determinación de liberarse y buscar nuevos recorridos para encaminar la existencia. Emerge así el yo nerudiano que rompe con sus amigos y consigo mismo, da la espalda a su propio pasado e inicia una profunda metamorfosis: “Oídmeme, yo he de liberarme. Lo comprendéis?... Antes de podirme deberé ser otro, transformarme, liberarme. Vosotros podéis seguir la feria. Yo no. Me zafó de esto, arranqué estos vestidos con que me conocisteis hasta ayer”.

El manifiesto nerudiano revela una profunda ruptura existencial. El artista confiesa un quiebre originado en su cansancio ante la marginalidad, su temor a la “ominosa acechanza de la muerte temprana, efecto de la miseria” y su desesperación ante la pérdida de sentido³⁹. Asimismo, revela una ruptura con la bohemia entendida como una posición en el campo cultural, abandono que lleva a Neruda a buscar una nueva posición que le permita insertarse de otro modo y obtener mayor reconocimiento. El manifiesto es así una propuesta de cambio y una transformación radical en términos de entender que la actividad contrahegemónica no puede hacerse a costa de la autoagresión ni del atentado al propio cuerpo sino que, al contrario, la resistencia debe estar hegemonizada por la pulsión de vida.

El manifiesto de Spartacus: revolución estética y moral

Los universitarios chilenos organizados en la Federación de Estudian-

tes de Chile, fundan la revista *Claridad* en octubre de 1920, cuando la hegemonía de sectores anarquistas y de radicales críticos e iconoclastas es ya un proceso consolidado. A mediados de 1921 se constituye la Confederación de Estudiantes Revolucionarios o el Soviet de Estudiantes, organismo paralelo a la federación y que está compuesto por los grupos Lux (Medicina), Renovación (Leyes), Spartacus (Bellas Artes), Insurrección (Economía) y Rebelión (Estudiantes Secundarios).

En agosto de 1921, el Grupo Universitario Spartacus lanza su “Primer Manifiesto a los Artistas y Estudiantes de Bellas Artes”⁴⁰. El texto divide el campo entre los artistas libres, emancipados de los intereses del capitalismo burgués, y los artistas esclavos que viven dependientes de un sistema que favorece la elaboración de un arte “nauseabundo y pastoso”. El llamado a la rebelión cifrado en el nombre Espartaco, esclavo que se libera y dirige la resistencia contra Roma, tiene dos destinatarios. Uno es el artista oficial que hace un arte que agrada al poder político y económico porque confirma las creencias de las “castas oligárquicas”, de modo que su trabajo está al servicio de la estabilidad del sistema: su rebelión debe ser política. El otro es al artista académico que crea de acuerdo a los cánones aprendidos en la Escuela de Bellas Artes, enseñanza que privilegia la imitación de los maestros, rechaza la influencia extranjera que en la época significa conocer la vanguardia, promueve la elaboración de un arte nacional que valora la tierra, la raza y el color local y así, impide el “completo desarrollo de nuestra personalidad” y “mutila nuestras mejores iniciativas” pues anula el ejercicio del espíritu crítico, no deja descubrir nuevas problemáticas ni forjar un proyecto original: la rebelión debe ser estética.

La ausencia de libertad no es solo problema del creador porque el grupo Spartacus advierte en la institucionalidad del campo artístico una marcada dependencia del campo político-económico: “todo en el actual régimen nos cierra el paso hacia un completo desarrollo y un mayor aprovechamiento de nuestras energías”. La autonomía es necesaria en los comités y consejos que controlan la actividad plástica; en los mecanismos de elección de estos consejeros y en la representatividad del Estado en estos organismos; en la Escuela de Bellas Artes que enseña de acuerdo a las directrices de consejos y comités estatales; en los diarios y revistas cuyos dueños pertenecen a la elite y coartan la independencia de juicio de los críticos; entre el público que adquiere el arte de consumo consagrado por los agentes culturales y los aparatos del campo artístico.

La propuesta del grupo ácrata se centra en el anhelo de hacer un arte de orientación cosmopolita que congrege a quienes pertenecen a la

39 Véase Hernán Loyola, “Diego Muñoz y Tomás Lago: memorias en torno a Neruda”, p. 264.

40 *Claridad*, N° 30, 20 de agosto de 1921.

“gran República de los cultores de la Belleza en cuyos confines no se pone el sol”. El alcance extraterritorial expresa una voluntad de vínculo latinoamericano con países limítrofes, “más hermanos nuestros son los artistas de Argentina, Bolivia y Perú, que todos los rastacueros de la política en esta tierra”, alusión que junto con evidenciar la postura pacifista y antimilitarista de Spartacus, denuncia las campañas gubernamentales del año 1920 que, al fabricar un posible conflicto con Perú, permitieron el asalto y la persecución de la Federación de Estudiantes de Chile.

El otro anhelo es la elaboración de un arte independiente fundado en la aspiración de “vivir al margen de los egoísmos mediocres [de] las castas oligárquicas... que los obligan a devorarse los unos a los otros”⁴¹. El artista busca liberarse de la lógica mercantil de oferta y demanda que genera competencia y al mismo tiempo, pretende anular al burgués como cliente potencial⁴². Al negarse a reconocer cualquier otro referente que no sea su arte, esta revolución simbólica hace desaparecer el mercado ya que basada en “los valores del desinterés y en el rechazo de la “economía” (de lo “comercial”) y del beneficio “económico” (a corto plazo), prima la producción y sus exigencias específicas”⁴³.

La negación del mercado muestra la coexistencia antagónica de dos modos de producción y de circulación que obedecen a lógicas inversas en las que se insertan los dos modelos de creador. Uno es el esclavo que participa de la lógica económica de las industrias artísticas que, “al convertir el comercio de bienes culturales en un comercio como los demás, otorga prioridad a la difusión, al éxito inmediato y temporal y se limita a ajustarse a la demanda preexistente de la clientela”⁴⁴. El otro es el creador libre que adhiere a una lógica anti “económica”, reniega del mercado y construye “el hombre nuevo”, último anhelo del grupo Spartacus: la rebelión moral.

El movimiento universitario de predominio anarquista, da cuenta de un intelectual que entiende la actividad como “objeto de servicio público, deber cívico o como misión redentora, del pueblo o de la nación”⁴⁵. La universidad ya no es un espacio exclusivo de las elites de la constelación tradicional y vive los cambios que le plantea la modernización y democratización del saber y la exigencia de los nuevos sectores procedentes de las clases emergentes. Estos grupos acogen las expresiones artísticas

41 *Claridad*, N° 30, 20 de agosto de 1921.

42 Pierre Bourdieu, *Las reglas del arte*, p. 128.

43 Bourdieu, *op. cit.*, p. 214.

44 *Ibidem*.

45 Altamirano, *op. cit.*, p. 21.

y político-sociales de la modernidad que se precipitan producto de los grandes trastornos europeos y latinoamericanos, difunden nuevas ideologías, articulan un movimiento que profundiza el rechazo del mundo oligárquico y luchan por construir una sociedad distinta. Las voces se multiplican en nuevos aparatos como *Claridad* que desarrolla circuitos autónomos de sólidas redes nacionales, latinoamericanas y europeas y contribuye a gestar actores y condiciones socio-culturales abiertas a lo nuevo que legitiman la vanguardia política y estética⁴⁶.

Palabras finales

Los manifiestos y poemas en prosa que hemos analizado dan cuenta de un campo artístico chileno complejo y en movimiento que se inserta en la emergente constelación de masas y los procesos de modernización. La nueva coyuntura visibiliza nuevos sectores y actores que ponen en crisis a la constelación tradicional de elite y el control simbólico que ella detenta. Estos nuevos artistas construyen espacios socio-culturales abiertos a los discursos de la modernidad, elaboran y articulan sus propuestas en géneros que son expresión de la sociedad a la que interpelan y ponen en escena variadas formas de apropiación e innovación cultural. Las redes artísticas que ellos articulan se expanden con la reforma universitaria y los nuevos vínculos del movimiento estudiantil; con los viajeros extranjeros y los nacionales que van a Europa y regresan; con las organizaciones de diferenciado alcance en la capital y en provincia, y de estos múltiples cruces, en parte, se nutren los manifiestos, las revistas y los intelectuales de los años diez y veinte en Chile.

La Biblioteca Nacional de Chile a lo largo de su historia, ha ofrecido un espacio relevante a profesores, investigadores y artistas y en este sentido, no podemos concluir sin explicitar el vínculo que une el presente trabajo a esta institución. En una de sus salas se realizó la tertulia donde Prado leyó el manifiesto de Los Diez. Neruda visitó con frecuencia la sala de lectura y varias de las revistas donde aparecieron sus primeras poesías, son parte del patrimonio de esta Biblioteca. En el Archivo del Escritor, en las publicaciones que rescatan la memoria de los protagonistas del arte chileno, en la revista *Mapocho* que es un referente crítico de las artes y humanidades, resuenan las voces de los artistas e intelectuales de la capital y de provincia, de los años diez y veinte, de los dos siglos que cumplió el año 2013.

46 Los estudiantes fundaron una red, el “Bureau sudamericano de Estudiantes Revolucionarios” con sede en Buenos Aires y a cargo del grupo argentino revolucionario “Insurrexit”. Véase Bergel, *op. cit.*, p. 353. Si bien las universidades contaron poco en la vida y los impulsos de renovación de los ambientes de los literatos, ello no ocurrió en Chile. Véase Altamirano, *op. cit.*, p. 13.



Sala de trabajo de la Sección Chilena (sin fecha).

Pedro Lastra 🐾

Escritor, poeta y ensayista, profesor de generaciones de estudiosos de la literatura hispanoamericana. Autor de numerosos textos y trabajos, editor y crítico literario, es también miembro de número de la Academia Chilena de la Lengua y director de *Anales de Literatura Chilena*. Junto con sus poesías y ensayos, ha publicado antologías poéticas y recopilaciones de ensayos, epistolarios y reediciones de revistas literarias.



c. 1920, fachada edificio de la Biblioteca Nacional visto desde Alameda con Santa Rosa.

La agitada década del veinte al treinta del siglo pasado ha merecido una atención considerable desde el punto de vista de los estudios históricos, del quehacer de las ciencias sociales en general e incluso de la ladera memorialística. No poco hemos visto y oído acerca de lo que fue la reforma educacional de 1928, por ejemplo; de la actividad periodística o, en una dimensión más amplia, de lo que fue el conflictivo transcurrir de la acción política, de sus altibajos –destierros y persecuciones incluidos–, de las llamadas rotativas ministeriales, en fin: cuanto se lee en manuales y monografías históricas que nos muestran mucho de lo que fue el movimiento de la vida social en esa acotada época y nos hablan de sus consecuencias en relación con el desarrollo del país.

Actividades visibles, podríamos llamarlas, y por lo tanto no ajenas a la curiosidad de este distanciado presente que es el nuestro. Este mismo acto conmemorativo del bicentenario de la Biblioteca Nacional, que nos lleva tan lejos, ilustra de manera sobresaliente lo que logra la voluntad de rescate de viejos procesos de los que somos herederos y deudores. Pero hay también actividades que, a veces por su fugacidad, son menos visibles, o invisibles del todo.

Entre esas actividades menos visibles, que se manifestaban paralelamente con los movimientos suscitadores del interés más o menos constante de lectores e investigadores, están aquellas que desarrollaron grupos reducidos, animados por un propósito común y generoso como para crear centros de estudio y de diálogo y, a veces, órganos de difusión de sus ideas, en periódicos de existencia de corta duración. Casi no hay promoción cultural, de ayer y de hoy, que no haya recurrido a estas modalidades, seguramente con un anhelo de permanencia que la realidad contradice a poco andar, pero que están allí, como testimonio de una tarea cumplida que el futuro puede rescatar y juzgar. No siempre es así desde luego, y la fortuna que acompaña a estas empresas es caprichosa y variable. Tal vez ningún lector chileno ignora lo que fue la revista *Claridad*, órgano de la Federación de Estudiantes en la década del veinte que nos preocupa, aunque ese reconocimiento sea tan general como difuso, y si se habla más de él es porque ese periódico fue uno de los medios principales que facilitó el conocimiento y el merecido prestigio de Pablo Neruda y de sus compañeros más cercanos, o porque hay buenos registros de la juvenil acción política de esos años en libros tan memorables como los de José Santos González Vera (*Cuando era muchacho*) o de Carlos Vicuña Fuentes (*La libertad de opinar y el problema de Tacna y Arica*). Y sin embargo nunca se ha propuesto una reedición facsimilar de *Claridad* que sería considerada como una auténtica recuperación de nuestro pasado cultural. No es el único caso que revela la incuria o negligencia editorial chilena, en contraste manifiesto con lo que han hecho casi todos los países his-

panoamericanos, más atentos a la obra de sus antecesores, mediatos e inmediatos. Me siento tentado a citar muchos ejemplos (porque la he alabado siempre) de la preocupación existente en México por reeditar sus revistas de los siglos XIX y XX; en Perú, donde uno puede conseguir desde *El Mercurio Peruano* del siglo XVIII hasta la extraordinaria colección completa de *Amauta*; o en Cuba, donde las tres revistas de José Lezama Lima (*Espuela de Plata*, *Nadie Parecía*, u *Orígenes*, que tiene una dimensión considerable) han sido primorosamente reeditadas; o Argentina, con la envidiable reimpresión de *Martín Fierro*, de *Nosotros* y de *Proa*, o varios años antes de *La Moda*, publicada en Buenos Aires por Juan Bautista Alberdi en 1838. Podría citar decenas de títulos y no pocos lugares, pero esto es ya otra historia y otra prédica. Pero no las abandonaré sin decir que me anima a ello reconocer que algo se ha hecho aquí también, y en los últimos años por lo menos tres publicaciones que deben señalarse: *El Mercurio Chileno* (1828-1829), *El Crepúsculo* (1843-1844) y la revista *Los Diez* (1916-1917). Pero queda mucho por hacer y sin que esto demande –como pudo ocurrir antes– ni un esfuerzo ni una inversión excesivos. Por eso pregunto: ¿Haremos algo con la revista *Claridad*? ¿Y con revistas del siglo XIX, que están casi desaparecidas, y con la revista *Índice*, que es la que ahora nos convoca?

El escenario, los personajes y la acción

El centro del escenario donde se cumplió esta obra, desde abril de 1930 hasta febrero de 1932, fue la Biblioteca Nacional. Por lo menos tres de los personajes que tuvieron un papel muy decisivo en la empresa que fue *Índice* trabajaban aquí, y uno de ellos en un puesto tan influyente como que era Director de Bibliotecas desde 1927, el escritor Eduardo Barrios, quien poco después sería ministro de Educación. Estas fechas nos sitúan en momentos sombríos de la historia chilena, la dictadura de Carlos Ibáñez, lo que hace pensar en una suerte de excepción a las reglas que imponen siempre las dictaduras, tan poco inclinadas a tolerar no digamos la opinión pero ni siquiera el diálogo. No hay duda de que el consagrado escritor que ya era Eduardo Barrios sí se inclinaba con decisión por esas prácticas; pero puede sorprender que a pesar de eso y de su prestigio, el grupo llamado “Índice” y su órgano de expresión no hubieran sido mayormente cuestionados, si es que lo fueron, de lo cual no hay ningún indicio documental. Volveré sobre esto.

El animador principal e indiscutido de ese grupo fue el joven escritor venezolano Mariano Picón Salas, llegado al país en 1923. En un artículo titulado “Días chilenos”, escrito a petición de Neruda para su revista *La Gaceta de Chile* (Nº 3, noviembre-diciembre, 1955), Picón Salas evoca así los mencionados días: “Al suspender en 1923 mis aburridos estudios de

Derecho... me fui a Chile por dos razones: primero, el asco y repulsa contra la dictadura de J. V. Gómez que desde la huelga estudiantil de 1921 no cesaba de perseguir estudiantes; y segundo, la ruina económica de mi familia... Además, surgía en mí una especie de misticismo social: más que abogado próspero con buenas relaciones comerciales, quería ser profesor y maestro para el tiempo en que, sobre la miseria cultural del gomecismo, debíamos rehacer la quebrantada y humillada educación venezolana... Vivía en una miserable pensión de la calle Carmen... Conseguí en los primeros días un ambulante trabajo de vendedor a comisión de dos productos antagónicos: vinos y artículos de escritorio... Y acarreado las muestras de mi mercancía recorría grandes distancias... Compraba en las librerías de viejo... números atrasados de la revista *Juventud*, de *Claridad*, y libros de Pedro Prado, de Edwards Bello, de Barrios, de Latorre. Me hice presente en la Federación de Estudiantes. Conocí, entre otras personas, a Eugenio González Rojas, cuyos vibrantes artículos en el periódico *Claridad* ya había gustado, y a otro joven de ancho chambergo, patillas de contrabandista y abrigo oscuro que se llamaba Pablo Neruda. Había publicado en esos días el libro *Crepusculario* y con entrañable voz que parecía venir de los más lloviznos bosques del sur nos recitó aquel poema, tan integrado a nuestras vivencias moceriles, que se intitula "Farewell"... Pocos días después volví a verlo en casa de Eduardo Barrios".

Y así empieza el joven personaje que se iba a convertir luego en estudiante de Pedagogía en Historia, en Inspector del Instituto Nacional, en funcionario de la Biblioteca Nacional, en brillante profesor y ensayista, a crear alrededor suyo una perdurable red de compañeros y amigos para toda la vida, muchos de los cuales conformaron desde 1930 el grupo Índice y colaboraron con él mes a mes en la revista que tuvo ese nombre. En el Comité directivo de la revista figuraron, junto a Picón Salas, Raúl Silva Castro, Ricardo A. Latcham, Eugenio González y José Manuel Sánchez, pero los colaboradores asiduos fueron muchos de los escritores y artistas chilenos más representativos de esa hora, y también numerosos intelectuales hispanoamericanos sobresalientes: Alfonso Reyes, Baldomero Sanín Cano, Luis Alberto Sánchez, *et. al.* Porque hay que insistir, incluso antes de registrar el nombre de tantos otros colaboradores, que a todos los unía una profunda vocación latinoamericanista, como no se ha dado otra en las publicaciones del país, tal vez con la sola excepción de *Atenea*, de tan larga y fructífera vida.

Quiero regresar brevemente a la cuestión que anuncié hace dos páginas: la libertad, bastante inclusiva, del conjunto de colaboradores y la apertura hacia asuntos que otras dictaduras no hubieran dejado de censurar (me siento impelido a señalar aquí que tuve el privilegio y la suerte de conocer de cerca y de tratar a varias de esas personalidades ilustres de

nuestra tradición y no recuerdo haberles escuchado referencia alguna a censuras de ningún tipo cuando el grupo y la revista *Índice* fueron tema de conversación o de lecciones: don Ricardo A. Latcham, en primer lugar, Raúl Silva Castro, José Santos González Vera, Manuel Rojas, don Eugenio González, entre quienes mayormente frecuenté). Pero encuentro una cita oportuna para responder en este punto, en una nota de Alfonso Calderón que leo en su prólogo al libro de Roberto Meza Fuentes, *Los trágicos días de Más Afuera*, y que copiaré a la letra, aun cuando puedo también adelantar que Alfonso me refirió este diálogo más de una vez, de viva voz. He aquí la cita: "Luego de la asonada de Pinochet, fuimos a ver a don Eugenio [González] con mi maestro Julio César Jobet. Le pregunté si creía que esa experiencia de dictadura que le tocó experimentar sería más o menos como la que nos tocaba vivir ahora. La respuesta fue directa y amarga: "Compañero, la de Ibáñez es, frente a ésta, el kindergarten. Lo que vendrá, en un tiempo muy largo, es la extensión de la sevicia, el abuso del poder, el fin de las ideas, el crimen"¹.

La revista *Índice* ilustra en más de un sentido esa descripción del momento ibañista apuntada por don Eugenio González en aquellos días cercanos a los de su muerte. Que la revista no fue cuestionada en aspectos que los censores de nuestra época no hubieran permitido imprimir, es notorio en muchos de los temas tratados, sobre variados asuntos pero en especial en lo relativo a las informaciones acerca de violencias de estado en otros países hispanoamericanos. Ya sabemos lo que fue en Venezuela la larga dictadura de Juan Vicente Gómez. Pues bien: la mayor denuncia de la crueldad de ese régimen se encuentra en el libro de José Rafael Pocaterra titulado *Memorias de un venezolano de la decadencia*, cuyos primeros tomos aparecieron impresos en Nueva York en 1926, y en el número 5 de *Índice* (agosto de 1930, p. 9) se lee un comentario de ese libro, sin ocultar ni disminuir nada de lo que refiere Pocaterra. Lo firma Fernando Celis Zagarra que, aunque con un si es no es de racismo contra los mulatos del trópico, puede estampar este final: "El libro de Pocaterra es vital para los suramericanos. Describe el lacayismo, la falta de conciencia democrática, el sentido "mulato" del poder considerado como instrumento de bienestar personal. Él nos muestra cómo se envilece la tierra de Bolívar, enseña que la pluma y el escritor cuando enciende su alma un anhelo superior de justicia, son fuerzas morales formidables que bastan para deshacer veinte años de engaños y mentiras diplomáticas".

En este orden de relaciones es importante mencionar también un extenso artículo de Domingo Melfi sobre "Política española", referido a la caída del dictador Miguel Primo de Rivera, segundo Marqués de Estella,

1 Roberto Meza Fuentes, *Los trágicos días de Más Afuera*, p. 8.

que en septiembre de 1923 dio un golpe de estado y como jefe de gobierno (era el inane reinado de Alfonso XIII) implantó una dictadura militar, pero que debió dimitir en 1930 enfrentado a la oposición del ejército y de la universidad, para ir a morir poco tiempo después en París.

Rica en noticias sobre publicaciones latinoamericanas, la revista tenía asimismo secciones que adelantaban lo que preparaban los autores chilenos, mencionando obras que, ahora lo sabemos gracias a *Índice*, no aparecerían sino algunos años después. En el número 1, por ejemplo, se anuncia la novela de Mariano Latorre, *La paquera*, que solo aparecería después de la muerte del novelista, ocurrida en 1955; de Fernando Santiván, sus *Recuerdos literarios* que serían editados como *Confesiones de Enrique Samaniego* en 1933; de Pablo Neruda, *Residencia en la tierra*, libro del que anticiparía dos poemas en el número 9, de diciembre de 1930 (p. 15): “Ritual de mis piernas” y “Significa sombras”, fechados ese año en Ceylán. El exitoso libro *Imágenes de Chile*, obra gestada y dispuesta en la Biblioteca Nacional por Guillermo Feliú Cruz y Mariano Picón Salas, se anuncia también aquí, aunque no se editaría sino en 1933.

Es tentadora la posibilidad de hacer un recorrido por los diversos asuntos, tratados con variable extensión aunque siempre con rigor en los catorce números de la revista, pero atendiendo a las dimensiones de tal detalle y con el propósito de dar cuenta de la suma de sus colaboradores, he optado por citar y describir con algún comentario las notas del prospecto de la publicación e ilustrar parcialmente los contenidos, ateniéndome solo a algunas de las cuestiones que preocupaban a este grupo: las encuestas que propusieron, por ejemplo, y que tienen un alcance que en más de un sentido nos compromete hoy mismo.

Empezaré por reproducir el *Prospecto sobre la organización de este grupo y su revista*: “Cierta número de intelectuales (profesores, artistas, periodistas, etc.) ha decidido la formación de un grupo denominado ÍNDICE. El objeto fundamental de este grupo es proporcionar al público una información viva y actual sobre los valores espirituales comprendidos en las especialidades de cada uno de sus componentes. El instrumento de acción inicial será un periódico que llevará el mismo nombre del grupo “Índice”. Para el futuro se piensa en derivaciones como conferencias, ediciones, etc., que harán más amplia la acción”.

Tales derivaciones en efecto se cumplieron muy puntualmente, incluso con el dictado de cursillos que estuvieron a cargo de personalidades ya importantes en el ámbito universitario, como Juan Gómez Millas, quien inició una suerte de seminario en el Instituto Pedagógico para los seguidores de “Índice”, los días sábados en la tarde; a su vez, Mariano Latorre y otros escritores dieron conferencias o charlas en el mismo Instituto y en esta Biblioteca, en una sala cedida para ese fin por el director Eduardo

Barrios. De esas charlas o conferencias se derivaron publicaciones, los *Cuadernos de Índice*, que tuvieron una muy favorable acogida: de Picón Salas sobre aspectos de la cultura y la historia hispanoamericanas; de Mariano Latorre sobre *La chilenidad de Daniel Riquelme*; de Raúl Silva Castro, *Paradojas sobre las clases sociales en la literatura*; de Manuel Rojas, reflexiones *Acerca de la literatura chilena*.

Regreso al prospecto: “*Índice* no será una revista más que pretenda usurpar su público a cada una de las ya existentes. Será una especie de puente de comunicación entre unas y otras y con la elasticidad propia de una publicación de ese género dará informaciones que generalmente escapan a las publicaciones especializadas. Tampoco será un muestrario más para la vanidad de gentes ansiosas de publicidad. Todo lo contrario: aspira a ser un buen servidor del público más o menos numeroso que anhela estar al día en materias literarias, filosóficas, científicas y artísticas y que no dispone de tiempo suficiente para ingerir vastos tratados y difíciles textos especiales. También será un guía del lector por las indicaciones críticas que publicará número por número, sobre los libros recientes, tanto nacionales como extranjeros”.

Este punto se cumplió casi siempre con ponderable exactitud y con visión muy amplia: en el número 2, por ejemplo, y con las iniciales A. L. H. (que correspondían sin duda al nombre de Amanda Labarca Hubertson), se comentan libros del poeta uruguayo Carlos Sabat Ercasty y las obras costarricenses de Max Jiménez (el volumen de versos *Sonaja*) y de Modesto Martínez (*Héroes del campo. Episodios y anécdotas de la vida rural de Costa Rica*). En la misma página se anotan las actividades editoriales en Cuba, se comentan los estudios arqueológicos en el Perú y una historia del arte español. Por otra parte, en la página 7 se comunica la muerte de José Carlos Mariátegui, a quien la revista dedicará homenajes y detenidos estudios en números sucesivos.

Tiene que ver con el propósito tan claramente anunciado en el acápite que comento, la oportunidad con que la revista incluyó en algunos de sus números páginas dedicadas a mostrar la poesía de un país latinoamericano, mediante selecciones muy cuidadas y que podríamos suscribir hoy como muy cercanas a nuestras propias preferencias. En el número 7 (octubre de 1930), se leen poemas de los autores brasileños Guillermo Almeida, Mario de Andrade, Manuel Bandeira y Murillo Araujo, en excelentes traducciones del poeta peruano Enrique Bustamante Ballivián, aparecidas en Lima ese mismo año. En el número 8 tuvieron su sitio, en la página 4, los poetas mexicanos Carlos Pellicer, Bernardo Ortiz de Montellano, José Gorostiza, Salvador Novo y Xavier Villaurrutia, es decir, casi todos los representantes principales del grupo, ya famoso en esa época, conocido como Contemporáneos. En el número siguiente esa

selección se completó con dos poemas de Jaime Torres Bodet. El número 11-12 (febrero-marzo de 1931) dedica su página 14 a una muestra de la poesía peruana a cargo de Luis Alberto Sánchez, en la que sobresalen poemas de José María Eguren, César Vallejo y Martín Adán.

Esto era, sin duda, una manera muy eficaz de dar forma al deseo de comunicar en Hispanoamérica a todos con todos. Una realización que nuestra condición insular, como la llamó Unamuno, nos tiene actualmente prohibida.

Continúa el prospecto explicando cuál será la base financiera escogida para la creación y el funcionamiento de este organismo: la constitución de una sociedad por acciones, a la que se han suscrito muchos intelectuales y artistas, cuya lista se incluye en una columna paralela. No solo aparecen allí los hacedores de la revista, sino personalidades de la cultura chilena de notoria relevancia, como don Julio Vicuña Cifuentes, Alberto Cabero, Pedro León Loyola, Pablo Vidor, Tomás Lago, entre otros. La sede de “Índice” se establece en la Biblioteca Nacional.

Finaliza el prospecto con una consideración que, a nuestro modo de ver, fue cumplida sin vacilaciones. Lo dicen así: “... están convencidos de que una administración honrada y una dirección firme y clara bastarán para dar a este grupo y a su periódico una situación expectable y hasta una duración poco común...”. En términos generales, se puede afirmar hoy que mucho de eso ocurrió.

En la primera página del número 1, Mariano Picón Salas quiso enfatizar el carácter hispanoamericano de la publicación. “Sin arraigo en el medio, escribió, las ideas serán entre nosotros solo pasajeros de tránsito”. Poco antes ha dicho: “Hay el prejuicio hispanoamericano de pensar que el hombre completo es el hombre que se dispersa... De ahí el arribismo de las sociedades nuevas, la endebles de sus valores, el escaso decoro moral de que se reviste en América la lucha por la vida. La simulación llega a convertirse en sistema y nuestros hombres múltiples suelen ser nuestros hombres vacíos. Con *Índice* empezamos a abrir un cauce. Cauce decimos porque ningún tabú estético o sectario nos sirve de compuerta. Nuestro papel se ofrece al fervor de los hombres que tengan alguna verdad, juicio o insinuación de belleza por transmitir a sus contemporáneos”.

A partir del número 2 (mayo de 1930), la revista aumentó sus páginas de 12 a 16, lo que permitió ampliar los contenidos y su tratamiento, hasta el punto de que algunos de los trabajos más notables sobrepasan los límites de lo que habitualmente concebimos como artículo y se acercan a lindes ensayísticas. Tales, la reflexión de M. Picón Salas sobre el centenario de la muerte de Sucre (Nº 3, pp. 1-16), en la que se puede leer una suerte de anticipación –en ese acontecimiento tan sombrío de la historia hispanoamericana– del largo proceso de violencia que se ha manifestado

repetidamente en esa región. Semejante talante ensayístico tienen los escritos de Ricardo A. Latcham titulados “Psicología del caballero chileno” (Nº 4, pp. 1-5) y “El caballero chileno y la política” (Nº 6, pp. 5-11), como asimismo las penetrantes notas que Eugenio González R. denominó “Panorama de la inquietud americana” en las entregas 7 y 8 (pp. 7-8 y 6-7, respectivamente).

También desde su segundo número la revista propició encuestas sobre aspectos que interesaban vivamente a sus directores: el problema universitario, la educación, y acerca de la moral sexual y lo que esa grave cuestión implica para el orden de una sociedad. No poca vigencia tienen las respuestas que merecieron tales indagaciones, cuando quienes reflexionaron sobre ellas fueron personalidades como Olga Poblete, Eugenio González, Domingo Melfi, *et. al.*

Como una muestra de estas preocupaciones, que siguen siendo las nuestras en no poca medida, transcribo algunas de las preguntas formuladas en esas encuestas:

“EL PROBLEMA UNIVERSITARIO.

1. La Universidad y la juventud

a) ¿Qué espera la juventud de la Universidad? b) ¿Cómo satisface la Universidad el problema de la preparación profesional y la preparación teórico-científica? ¿Cómo orienta las necesidades culturales de la juventud?”

Los otros puntos se refieren a LA UNIVERSIDAD Y NUESTROS PROBLEMAS NACIONALES; LA UNIVERSIDAD Y LA ELITE INTELECTUAL; LA UNIVERSIDAD Y LAS MASAS. En este último apartado, el desglosamiento me parece del mayor interés y creo necesario transcribirlo:

“a) ¿Tiene prestigio la Universidad entre las masas? b) ¿Comprende [la Universidad] las necesidades de estas? c) ¿Qué juicio se ha formado Ud. sobre la manera como la Universidad vulgariza la ciencia?”

He mencionado la constante preocupación expresada en *Índice* por acoger y difundir a los principales autores hispanoamericanos de esa hora, como Alfonso Reyes y otros. Los autores chilenos tuvieron, desde luego, espacio privilegiado para dar a conocer sus trabajos en proceso, y así es como fueron apareciendo en esas páginas (algo densas desde el punto de vista gráfico, en verdad, porque la inclusión de imágenes excedía seguramente las posibilidades económicas del grupo, y estas son por lo tanto escasas), relatos de Eugenio González y una memorable página lírico-ecológica, por así llamarla, de Mariano Latorre, titulada “El secreto” pero amparada bajo la designación de NATURALEZA, posiblemente indicada por los diseñadores (Nº 2, pp. 7-8), o notas de variada intención de González Vera, Benjamín Subercaseaux, Marta Brunet, Pablo y Wi-

neth de Rokha, Alone, y otros autores, en una apreciable apertura que Ricardo A. Latcham definió como sanamente *eclectica* en unos de sus comentarios a *Regreso de tres mundos* de M. Picón Salas. No fue la única vez en que Latcham se refirió apreciativamente a la empresa de “Índice”. Leo estas líneas en una semblanza que le dedicó a Enrique Amorim en una crónica publicada en *El Siglo* el 28 de abril de 1963, en la que recuerda una visita a Chile del escritor uruguayo, recibido y agasajado en esa oportunidad por el grupo “Índice”: “... Un movimiento interesante, dice Latcham, que tuvo como órgano de publicidad una de las mejores revistas chilenas de este siglo”.

No solo fue la literatura el centro de atención de *Índice*: también lo fueron otras manifestaciones artísticas, como la pintura, hispanoamericana y chilena, pues aparecieron en sus páginas reproducciones y comentarios de obras de pintores peruanos (José Sabogal, Julia Codesido) y entre los chilenos de Armando Lira y Rebolledo Correa, entre otros.

El grupo no estuvo ajeno a la crítica de situaciones extremas vividas en ese tiempo por la comunidad cultural: por ejemplo, no dejó de cuestionarse el hecho, extraordinariamente culpable por parte del gobierno, que fue el desmantelamiento de la Biblioteca del Instituto Nacional, de tan venerable memoria. El ministro de Hacienda de ese régimen, Pablo Ramírez, ordenó en 1929 la demolición del edificio para construir allí otras reparticiones, e incluso un campo de golf: “... el acto, como escribe Ricardo Latcham, de mayor vandalismo que registra la historia cultural de este país”².

Es cierto que entonces no todo se perdió, pero muchos libros se dispersaron y extraviaron, y otros aparecieron en remates y librerías de ocasión. La colección, famosa, de Gregorio Beéche, terminó deshecha, y en manos de particulares algunas rarísimas series de periódicos que había reunido la pasión bibliográfica del ilustre argentino, que residió en Valparaíso hasta su muerte, ocurrida en 1878. “Es el triste destino, concluye Latcham, que suelen tener en estas tierras imprevisoras, las obras que realizó la diligencia y promovió el amor al estudio”.

Pues bien: *Índice* fue uno de los pocos lugares donde se comentó el tardío intento de cuestionamiento de un poder público a ese acto de barbarie al condenar en el número 10 (enero de 1931, p. 10), primero el despertar de la “bestia apocalíptica” que bajo ministerial apariencia condenó esos libros que con tantos afanes se juntaron, sin que nadie protestara, hasta que la Cámara de Diputados ordenó una investigación.

Y como no podía ser de otra manera, no estuvo ausente en estas páginas cierto enfrentamiento generacional, sobre todo en aquellos aspec-

tos que para estos jóvenes resultaban prevalencias ingratas de un pasado que deseaban desterrar: el lugar común y la retórica decimonónica, por ejemplo. El humor fue el instrumento correctivo en estos casos; y en la alacridad del decir que anima algunas notas pintorescas destinadas a reseñar conferencias de escritores del 900 o de algunos de sus seguidores creo reconocer la voz y la gestualidad irónicas de don Ricardo Latcham, quien a su vez la padeció, aunque sin acritud, desde el decir de González Vera como reseñador del libro *Itinerario de la inquietud*.

La Academia y el Ateneo de Santiago, además de otros lugares, son los espacios propicios para el despliegue de este humor que nos atrae sobre todo por lo insólito de sus ocurrencias. En cierta “Crónica de Conferencias”, publicada en el número 2, se describe lo que el autor denomina “las exequias de la lengua”. El personaje disertante es Samuel Lillo, del que conviene recordar que en 1908 había publicado sus *Canciones de Arauco*. Esto, por lo que se anota en el segundo párrafo de la crónica: “Una música concertada —como diría el padre Morales— rompe el acto clásico e inmaculado de inquietud. En seguida el señor Lillo, como un resuelto toqui de la oratoria se trepa a la tribuna. Vierte su acento épico, sonoro... Como el objeto es hacer un homenaje fúnebre se evocan muertos en un lenguaje de exequias y con la ‘condigna gravedad’...” etc.

La segunda crónica relata un homenaje a don Ramón Sotomayor Valdés al cumplirse su centenario, lo que la revista ha destacado seriamente en páginas anteriores; pero aquí se refiere a la frivolidad con que el Ateneo de Santiago se ha asociado a esa celebración. Anoto unas líneas: “El Señor Araneda Bravo... refutó una observación de Don Domingo Amunátegui Solar al negar la documentación de la *Historia de la administración Prieto* de Sotomayor Valdés. Opúsole... la del que llamó ‘Incomparable crítico’ [Ricardo Sánchez Ramírez] quien lo designa con el maravilloso epíteto de ‘ruiseñor de la historia’”.

El tercer texto fundado en el humor se titula “El señor Dublé Urrutia en el Centro de Estudios Religiosos”, y cuya conferencia sobre “Las causas de la incredulidad contemporánea” es el objeto de la reseña:

“El señor Dublé no detiene sus ímpetus ante nada y nadie. Pinta su inquietud con lastimero tono de cruzado que vuelve gritando sus lacerias. Dice que en el Instituto Nacional, cuando estudió al lado de maestros como Barros Arana, Letelier y Amunátegui, no se profundizaba la religión y que los niños cometían atentados como arrojar pelotillas contra las hostias en el momento de la consagración. Un escalofrío horrible cruza el teatro. El dinamismo del señor Dublé lo hace perderse en un vértigo de incoherencias. Afirma, grita, suda, pega saltos y mira de hito en hito

2 Ricardo Latcham, *Páginas escogidas*, p. 154.

al auditorio...”³.

Como se ve, no todo estaba gobernado por la gravedad en las páginas de esta atractiva revista.



He tratado de entregar aquí, con motivo de una celebración tan significativa para la Biblioteca Nacional, una muestra, aunque hartó parcial y reducida, de lo que fue el producto de una relación intelectual verdaderamente creadora, surgida al amparo de estas salas y galerías (“nunca he leído más que en aquellos años en que fui empleado de la Biblioteca Nacional de Chile”, recordó en su madurez el sabio Mariano Picón Salas). Espero también haber motivado algún interés por continuar la búsqueda y el rescate de papelerías ocultas o semiocultas a nuestra curiosidad, y todo esto ha sido una posibilidad gratificante para mí, que mucho agradezco a la dirección de la Biblioteca y a los organizadores de la serie de conferencias de tan necesario homenaje.

3 “Crónicas de conferencias”, en *Índice*, N° 2, p. 5.

Roberto Aguirre Bello 

Licenciado en Arte de la Pontificia Universidad Católica de Chile y Magíster en Bibliotecas y Patrimonio Documental de la Universidad Carlos III de Madrid. Actualmente se desempeña como Jefe del Departamento de Colecciones Especiales y Digitales de la Biblioteca Nacional y coordinador de sitios web de contenidos institucionales como Memoria Chilena y la Biblioteca Nacional Digital. Especialista en implementación y gestión de repositorios digitales, ha participado como consultor y ejecutor en proyectos de digitalización y puesta en operación de proyectos digitales para archivos y bibliotecas en instituciones públicas y privadas. Es profesor de la cátedra de conservación y preservación digital en diferentes universidades y coordinador del programa de postgrado “Construcción de repositorios digitales de archivos y bibliotecas” en la Universidad Finis Terrae.



Usuarios de internet en Salón Bicentenario, 2011 (Josefina López-DIBAM)

La Biblioteca Nacional de Chile ha recopilado desde hace 200 años, libros, manuscritos, revistas, diarios, fotos, partituras, recortes y grabaciones sonoras sobre temas, personajes y procesos, en los más diversos ámbitos de la cultura chilena. En la actualidad, cada día es mayor la información que se está produciendo en soporte digital: publicaciones periódicas electrónicas, radioemisoras y televisión digital, entre otras, generan grandes cantidades de información por lo que la Biblioteca Nacional debe hacerse cargo del papel que se le demanda en el rescate, integración y puesta a disposición de esta nueva memoria para las actuales y futuras generaciones.

De acuerdo a la definición de la Federación Internacional de Bibliotecas (IFLA), las bibliotecas nacionales tienen un papel vital en la sociedad como custodios del patrimonio intelectual de las naciones proveyendo organización, acceso y preservación del conocimiento registrado en cualquier medio. Esta condición las obliga a cumplir una serie de actividades y servicios entre los que se pueden encontrar:

- Recopilar y acopiar vía depósito legal, ya sea impreso y/o electrónico, la producción nacional.
- Preservar, catalogar y hacer accesible el patrimonio cultural de la nación en cualquier soporte.
- Difundir y promocionar el patrimonio cultural de la nación.
- Proveer servicios directos de información a los usuarios (Referencia, Bibliografía).

Las bibliotecas nacionales desempeñan una función que no se limita a usuarios específicos, sin embargo, y en las últimas décadas se han abierto a nuevos públicos con necesidades y deseos variados. En la actualidad, muchas de ellas, entre las que se incluye la de Chile, pueden ser consideradas tanto bibliotecas de investigación (patrimoniales) como bibliotecas públicas, lo que origina oportunidades y desafíos que se deben asumir con el fin de cumplir las necesidades que les demanda la comunidad. La condición de únicas que presentan y la relevancia que estas pueden alcanzar debido a su carácter nacional, requieren un análisis particular de la influencia que los cambios producidos por la llamada sociedad de la información ha tenido en su desarrollo, repercutiendo de manera transversal en cómo se produce la información, cómo se publica, cómo se utiliza o accede, cómo se vuelve a utilizar y cómo se proyecta, influyendo de manera relevante en su funcionamiento interno y en sus relaciones externas. En la Biblioteca Nacional de Chile estos cambios han impactado de manera significativa en el comportamiento de los usuarios, en las posibilidades de brindar más y mejores servicios y en la manera de recopilar, coleccionar, conservar y facilitar el acceso al conocimiento, acciones que ha venido desarrollando desde hace 200 años.

Cambios en las formas de publicación

Estamos en una etapa crucial en la producción editorial en la que la publicación en línea ha ido avanzando muy fuerte en la sustitución de los canales tradicionales de edición. Este cambio se hace mucho más evidente en áreas donde la tecnología está muy presente como los medios de comunicación (publicaciones periódicas electrónicas) y otros campos creativos como el cine, la radiodifusión y la música, donde están surgiendo nuevos modelos de negocio. El uso de estas tecnologías, su facilidad de aplicación y bajo costo, están cautivando cada vez más la preferencia de los usuarios, por lo que las bibliotecas nacionales deben necesariamente adaptarse a esta realidad. Ello implica tomar las medidas necesarias tanto desde el punto de vista operativo como técnico para entender el modelo y aprovechar las ventajas y herramientas de trabajo colaborativo que presentan estas nuevas formas de publicación.

En el entorno digital, la cantidad de material producido es inconmensurable y variado, esperándose además un incremento exponencial en los años venideros. A diferencia del entorno análogo en el que a través del depósito legal las bibliotecas nacionales han tenido la capacidad de almacenar toda la producción nacional impresa, en este nuevo escenario tendrán que discriminar y seleccionar contenidos para su custodia permanente ya que la recopilación de todo no es viable. Surge así, la necesidad de desarrollar políticas de selección que reflejen las necesidades nacionales dependiendo de las capacidades y recursos, basados en las políticas de desarrollo de colecciones tradicionales y afrontando los problemas propios de lo digital como la cantidad, autenticidad y relevancia.

En la actualidad, la digitalización de originales análogos ha alcanzado un alto grado de desarrollo, y todo parece indicar que en los años venideros continuará a ritmo acelerado tanto en el sector privado como en el sector público. Muchas de las iniciativas de digitalización a nivel global están siendo desarrolladas en sociedades entre empresas comerciales y grandes bibliotecas (nacionales, públicas y/o universitarias). En este escenario, son las bibliotecas nacionales las que tienen la responsabilidad de garantizar que los documentos más valiosos sean digitalizados y que ese contenido digital global esté a disposición de las necesidades locales y nacionales. Diferentes estudios internacionales muestran la gran importancia del papel que han adquirido las bibliotecas nacionales como coordinadoras de los grandes programas de digitalización.

Aún cuando la publicación digital y la formación de redes de trabajo colaborativo tienen el potencial de abrir el acceso a la información, todavía la política no ha llegado a un acuerdo satisfactorio en materia de propiedad intelectual en la era digital. En términos generales, esta se ha inclinado en proporcionar y endurecer los derechos a favor de los titu-

lares de los medios para controlar el acceso y uso de la información, en desmedro de las excepciones en favor de las bibliotecas. Se hace evidente la necesidad de que la ley de Propiedad Intelectual se adapte al contexto digital, lo que representa un desafío para las bibliotecas nacionales, no solo en Chile, que deben ayudar a generar conciencia en los legisladores sobre la cultura digital, para realizar las transformaciones necesarias. Las licencias en la actualidad restringen el acceso al ignorar las exenciones de derechos de autor entre las cuales se encuentran generalmente el uso por parte de las bibliotecas. Incluso en casos en que las bibliotecas nacionales tienen legítimo derecho para manipular la información, por ejemplo para su preservación, los DRM (gestión digital de derechos) se han convertido en un obstáculo difícil de sortear. Al respecto cabe destacar la estrategia digital de la Biblioteca Nacional de España que señala: “La tarea de las bibliotecas nacionales del siglo XXI será cada día más compleja e incluirá una renovada atención no sólo a los vertiginosos desarrollos tecnológicos, sino también al derecho de autor en el entorno digital. Cualquier reforma tendiente a poner a punto el marco jurídico europeo del derecho de autor adaptándolo a este nuevo entorno, deberá tomar muy en cuenta las necesidades de las bibliotecas digitales cuyo sano desarrollo es ya imperativo, y considerar el otorgamiento de excepciones legales a favor de las bibliotecas nacionales a fin de crear la certeza jurídica que su misión de difusión requiere y que tanto titulares como usuarios necesitan”¹.

El depósito legal es quizás el más importante instrumento con el que cuentan las bibliotecas nacionales para garantizar el acceso universal y equitativo a la información, por lo que representa y ha representado a lo largo de la historia un papel esencial en la evolución de la sociedad del conocimiento. El paso a la edición electrónica, y la preferencia cada vez mayor de los usuarios por las publicaciones digitales, hacen del “depósito legal electrónico” una necesidad a resolver por las bibliotecas nacionales si quieren efectivamente cumplir con su mandato de tener a disposición la producción nacional única. El reto es identificar medios digitales que puedan y deban ser preservados para las generaciones futuras, tomando en consideración la necesidad de trabajo conjunto con los editores de manera de establecer alianzas y modelos viables, además de empujar el necesario desarrollo de la legislación.

Cambio de las necesidades y comportamientos de los usuarios

Una primera consideración corresponde a los cambios demográficos. Una población se considera “joven” o “envejecida” según presente una menor o mayor proporción de individuos en los primeros grupos de edad,

1 Milagros del Corral Beltrán, *La Estrategia Digital de la Biblioteca Nacional de España*.

respecto de los de edades avanzadas. Hasta 1970, Chile tenía una estructura por edad relativamente joven, alrededor del 40% tenía menos de 15 años y solo un 5% era mayor de 65 años. En las últimas décadas esta situación ha variado. Según el Censo de 2002, los menores de 14 años, representaban un 26% del total de la población, el 8% correspondía a personas mayores de 65 años y la población intermedia representaba un 66%. El Censo del año 2012 demuestra que la tendencia al envejecimiento ha seguido avanzando, y apenas un 21% corresponde a menores de 14 años y los mayores de 65 años llegan a un 10,3%. Esta realidad afecta la demanda de bienes y servicios que requiere la población de la Biblioteca Nacional, lo que seguirá cambiando en los próximos años. En el entorno actual es muy relevante considerar los cambios en el comportamiento y expectativas de los usuarios. Diversos estudios a nivel internacional, sugieren que la nueva generación de usuarios, en especial aquellos nacidos en la era digital, prefieren utilizar los medios digitales y tienen poca necesidad y deseo de visitar la biblioteca física. Por otra parte, los usuarios tradicionales seguirán en muchos casos prefiriendo el formato impreso y el acceso a las colecciones originales. La clave por lo tanto para las bibliotecas nacionales es anticipar los intereses, demandas y expectativas dentro de los distintos rangos de edad de sus visitantes, lo que ha hecho necesario conjugar el mejoramiento de espacios y la ampliación de la diversidad de servicios presenciales con un aumento en la oferta de servicios remotos, de fácil uso y crecientemente más personalizados, en los que el usuario pasa a convertirse en su propio bibliotecario, con acceso de 24 horas, todos los días de la semana y desde cualquier lugar en que se encuentre.

Cambios organizacionales

Los desafíos que enfrentan las bibliotecas nacionales en la actualidad, constituyen cambios importantes, en los que muchas formas tradicionales de trabajo deben ser revisadas. En un ejercicio realizado en la Biblioteca Nacional el año 2010 se hizo un análisis de la condición actual por cada uno de los departamentos que componen el organigrama y los cambios que se debieran afrontar para los próximos 20 años. Los resultados fueron elocuentes. Como especial debilidad dentro de la estructura organizacional, se estableció la escasa coordinación entre los distintos departamentos, evidenciada por la falta de trabajo en equipo y desconocimiento de las labores realizadas en las diferentes áreas. Esto dejó de manifiesto a su vez, una oportunidad para redefinir una estructura organizacional acorde a las nuevas necesidades institucionales, orientada a lograr sinergia entre distintas áreas y procesos, potenciando los objetivos comunes. De especial relevancia para desenvolverse en un mundo más competitivo,

se determinó la necesidad de que la Biblioteca Nacional aúne esfuerzos y participe en instancias de trabajo colaborativo con diversos actores del área cultural o del conocimiento, tanto en el ámbito público como privado. Además, todos los grupos de entrevistados, sin excepción, dieron cuenta de la importancia del recurso humano en la gestión interna y externa, y en la definición de la forma en que la institución se proyecta en el siglo XXI. El estudio destacó la importancia de contar con personal adecuado y la necesidad de considerar a los trabajadores como el pilar fundamental del proceso de modernización, considerando la demanda por perfeccionamiento y capacitación para el logro de las metas, además de las capacidades para conformar sistemas de trabajo colaborativo con distintos tipos de asociaciones y desarrollar nuevas habilidades orientadas a dirigir la innovación, centrando el enfoque en el fortalecimiento de líderes potenciales que puedan tener la visión de los cambios externos y conducirlos dentro de la organización.

La Biblioteca Nacional Digital

La Biblioteca Nacional a lo largo de su historia ha tenido que adaptarse a diversos cambios, necesidades y demandas de la sociedad. Al igual como lo fue el proceso de automatización a mediados de los ochenta, en que se mejoraron los procesos de búsqueda, hoy la Biblioteca Nacional Digital es un paso más de la Biblioteca Nacional para hacerse cargo de las nuevas formas de crear, preservar, utilizar y publicar el conocimiento a través del uso de las tecnologías de información.

En lo esencial, reúne una gama de servicios que permiten a productores de información dar cumplimiento a la ley de Depósito Legal Electrónico a través de un recién implementado *software* administrador de colecciones digitales. Recursos que al ser depositados quedan de inmediato a disposición de la comunidad, ya sea en consulta externa (Internet) o interna (interior de la Biblioteca Nacional), según lo establezca el titular de derechos, respetando de esta manera la legislación de propiedad intelectual vigente. Considera también el acceso universal a todas las colecciones y sitios de contenidos a través de la plataforma “Descubre”, en la que los usuarios además de la facilidad del acceso, tienen su propio espacio para guardar sus búsquedas, sus resultados, organizar los contenidos en base a carpetas temáticas, catalogar, comentar y evaluar las fuentes entre otras herramientas propias de la web social. Por su parte, el portal de contenidos Memoria Chilena, brinda la posibilidad a los usuarios de acceder al contexto de la información a través de un gran número de investigaciones temáticas relativas a la historia y la cultura de Chile. De ésta manera los usuarios tienen la posibilidad de vincular investigaciones históricas, imágenes y documentos seleccionados, cronologías y referencias biblio-

gráficas actualizadas de los diferentes catálogos. A través de las “visitas virtuales”, los usuarios remotos pueden revivir la experiencia de visitar los salones emblemáticos de custodia del patrimonio bibliográfico, como la Sala Medina, y con el “bibliotecario en línea” tienen la posibilidad de tomar contacto con un especialista de la sección Referencia para resolver todas sus dudas y necesidades de información. Como complemento, en la Biblioteca Nacional Digital se pueden conocer y consultar las diferentes iniciativas digitales en las que se presentan colecciones de la Biblioteca Nacional en el mundo, como la Biblioteca Digital Mundial, la Biblioteca Digital del Patrimonio Iberoamericano, además de la Biblioteca Pública Digital; un proyecto de préstamos de libros electrónicos de la Subdirección de Bibliotecas Públicas.

Depósito legal electrónico

La Biblioteca Nacional es el principal centro de acopio y preservación de la memoria de la nación. Esto se debe principalmente a su condición de entidad receptora que le otorga la ley 19.773 en el Título II, artículo 14, de “todos los impresos, grabaciones sonoras o producciones audiovisuales o electrónicas que se realizan en el país”².

En las últimas décadas las publicaciones periódicas electrónicas, así como la programación de los canales de televisión y radioemisoras en soporte digital, han pasado a convertirse en piezas clave en el registro de la memoria colectiva. La Biblioteca Nacional ha realizado un trabajo permanente y tenaz con productores de información electrónica, como directores y representantes de los canales de televisión y de radioemisoras, con miras a cumplir con la disposición legal de depositar su producción para que quede disponible a la consulta pública.

Debido al alto volumen de información que significa el depósito de toda la producción electrónica generada, se determinó iniciar con un proceso de marcha blanca (piloto) que contempla una publicación periódica, un canal de televisión y una radioemisora, todos ellos de alcance nacional. En el proceso se conformaron equipos de trabajo colaborativo entre personal del Departamento de Colecciones Digitales de la Biblioteca Nacional y las unidades encargadas de las instituciones productoras de manera de establecer principios, procesos, formatos, y estándares para que la producción electrónica pueda ser depositada de manera efectiva y satisfactoria para ambas partes.

Así como existe la obligación de depositar, la Biblioteca Nacional tiene la obligación de disponer de los medios efectivos para que este material

2 Ley 19.733 sobre libertades de opinión e información y ejercicio del periodismo. Disponible en: <http://www.leychile.cl/Navegar?idNorma=186049>.

se reciba de manera satisfactoria, se preserve de forma adecuada y esté accesible a la comunidad resguardando los derechos de propiedad intelectual vigente. Para ello, se han desarrollado una serie de estrategias de preservación y acceso entre las que destacan: la creación del Departamento de Colecciones Digitales; la definición y desarrollo de una política de depósito legal electrónico con su respectivo manual de procedimiento; la implementación de un *software* de manejo y gestión de colecciones digitales y la habilitación de una sala especial de consulta de recursos digitales; la definición de políticas de respaldo de la información, entre otras. Estas estrategias han presentado no pocas complicaciones por tratarse de procesos nuevos y en constante cambio, con cierto grado de resistencia externa e interna y que requieren una alta inversión de recursos humanos y técnicos, sobre todo en accesibilidad y almacenamiento. Con miras a los próximos años, se está trabajando en el desarrollo de una política de selección que permitirá establecer las bases para la cosecha de sitios web y de información relevante de las redes sociales.

Descubre nuestras colecciones

La plataforma “Descubre” de la Biblioteca Nacional Digital, corresponde a la última generación de los llamados Catálogos públicos (OPAC) sociales. El OPAC social es una herramienta muy potente en los actuales servicios bibliotecarios, que aprovecha la inteligencia colectiva para enriquecer los registros bibliográficos, aplicando principios y herramientas de la Web 2.0 a su presentación y dinámica de uso. Entre sus principales características está la de facilitar la búsqueda y el acceso a la información, unificando resultados desde distintas fuentes de datos y enriqueciendo la carga de información a los registros con otras fuentes, entre las que se incluye el aporte que hacen los propios usuarios a través del etiquetado social, la asignación de comentarios, la valoración y la posibilidad de compartir o difundir los registros en las redes sociales.

A diferencia de los catálogos tradicionales, la herramienta “Descubre” de la Biblioteca Nacional Digital asegura el acceso a las diferentes fuentes de información que en la actualidad conforman el universo de colecciones de la Biblioteca Nacional. Su catálogo bibliográfico con más de 1.100.000 registros, su catálogo de colecciones digitales con más de 165.000 objetos digitalizados y su portal de contenidos Memoria Chilena con más de 770 investigaciones temáticas sobre la historia y la cultura de Chile son fácilmente accesibles para los usuarios. El despliegue de facetas permite refinar y navegar entre los distintos resultados obtenidos a través de los diferentes tipos de material, materias, colecciones, autores y fechas, además de sugerir búsquedas relacionadas. Los registros, además de presentar la ubicación y disponibilidad del original, presentan un

enlace al registro bibliográfico en su *software* original, la posibilidad de ver el documento si está digitalizado, enviarlo por email y compartirlo en Facebook u otras redes sociales. Por su parte, los usuarios registrados, además de etiquetar y comentar los registros, tienen la posibilidad de ingresar a su “estante electrónico” donde pueden organizar la información de sus resultados de acuerdo a sus intereses y aprovechando la creación y manejo de carpetas y subcarpetas temáticas. En este apartado, los usuarios, además de poder suscribirse para recibir información personalizada, cuentan con la factibilidad de guardar búsquedas de información de manera de establecer los recorridos utilizados en la investigación y establecer alertas que les permiten recibir avisos mediante correo electrónico sobre la incorporación de nuevos resultados.

Memoria Chilena

El proyecto Memoria Chilena, hoy componente medular de la Biblioteca Nacional Digital, fue iniciado el año 2000 con el objetivo de contribuir a los procesos de conocimiento, información y educación de la población, en especial jóvenes y niños, a través de la investigación, valoración y difusión de patrimonio cultural a través de Internet. En la actualidad, como sitio web de contenidos, pone a disposición de la comunidad más de 770 unidades temáticas con más de 75.000 documentos digitalizados, (1.005.592 páginas) que dan cuenta de la historia y de la cultura de Chile en sus más diversos ámbitos.

El proyecto, pionero en digitalización y publicación de contenidos patrimoniales y culturales en América Latina, ha recibido premios y reconocimientos nacionales e internacionales, entre los que destacan el primer lugar en el Stockholm Challenge Categoría Cultura el 2010, año en que fue destacado como “La Web del Bicentenario” concurso organizado por la empresa de telecomunicaciones Terra.

En la actualidad, Memoria Chilena se ha constituido como el más importante sitio web de contenidos culturales patrimoniales del país, abarcando una gran variedad de temas como literatura, historia, arte, música, ciencia y tecnología, entre otros, los que son ilustrados con documentos de las colecciones de la Biblioteca Nacional en diferentes soportes como libros, periódicos, revistas, mapas, fotografías, registros sonoros y videos. En el marco del bicentenario de la Biblioteca Nacional, su plan de trabajo contempló un rediseño estructural y un cambio en su plataforma tecnológica orientado a asumir un papel protagónico en la Biblioteca Nacional Digital.

Bibliotecario en línea

Con la finalidad de satisfacer la demanda de información de la nueva generación de usuarios de la era digital, la Biblioteca Nacional ha implementado un servicio de referencia virtual que proporciona servicios de información a usuarios en cualquier momento y en cualquier lugar. El servicio, ofrecido a través de chat y correo electrónico, está a cargo de bibliotecarias(os) profesionales especializados en búsqueda de información y establece una comunicación directa entre el usuario y el bibliotecario, con el fin de que este reciba orientación e información pertinente a sus necesidades, utilizando los recursos bibliográficos en diversos formatos con que cuenta la institución y otros centros de información a través de una base global de conocimiento. Desde el año 2010, ha atendido miles de consultas de diferentes lugares de Chile y el mundo.

Entre las actividades de la Biblioteca Nacional en el último tiempo debe destacarse su participación en proyectos colaborativos. Esto ha permitido dar a conocer sus colecciones en todo el mundo, afianzando la plural identidad cultural nacional. Desde el año 2009 la Biblioteca Nacional es socio colaborador de la Biblioteca Digital Mundial www.wdl.org, iniciativa de UNESCO y de la Biblioteca del Congreso de Washington, por cuanto comparte a cabalidad los objetivos que la sustentan de promover internacional e interculturalmente a través de Internet el conocimiento y la identidad de los pueblos y la diversidad cultural. Para su incorporación como socio colaborador se desarrolló una propuesta de selección de 74 documentos entre los que se encuentran, libros, diarios, manuscritos, mapas, grabados, fotografías y láminas. Hoy, en la WDL pueden encontrarse 7 documentos pertenecientes a nuestras colecciones cuyos registros han sido traducidos y son presentados en 7 idiomas: árabe, chino, inglés, francés, portugués, ruso y español en esta iniciativa que reúne a 174 instituciones de 80 países del mundo. Por su parte, la Biblioteca Digital del Patrimonio Iberoamericano (BDPI) es un proyecto de la Asociación de Bibliotecas Nacionales de Iberoamérica (ABINIA) que tiene como objetivo la creación de un portal que permita el acceso, desde un único punto de consulta, a los recursos digitales de todas las bibliotecas participantes. Desde su creación en 2010 la Biblioteca Nacional de Chile ha participado activamente, integrando las descripciones bibliográficas de 21.588 registros de sus objetos digitales con las de otras 6 bibliotecas nacionales de Iberoamérica, entre las que se encuentran Brasil, Colombia, El Salvador, España, Panamá y Portugal.

El sueño de la biblioteca universal

Con el desarrollo de las tecnologías de información se ha democratizado aun más el acceso al conocimiento, produciendo un cambio sustancial

en nuestra manera de crear, preservar y usar la información. Gran parte de la información que se genera hoy es nacida en soporte digital y las instituciones de custodia de patrimonio como las bibliotecas nacionales se ven en la necesidad de adecuar sus recursos humanos y técnicos para gestionar y salvaguardar este creciente patrimonio. La tarea no es fácil, para continuar cumpliendo con su misión en la era digital deben contemplarse procesos tan dispares como la estandarización de procesos de digitalización de formatos análogos existentes, el desarrollo y empuje de iniciativas legales como el depósito legal electrónico y la propiedad intelectual, la selección y recolección del patrimonio “nacido” digital en Internet, además de la preservación de los recursos, tomando en consideración las necesidades y demandas de los usuarios que son siempre el objetivo final.

El gran sueño de las bibliotecas, el “paraíso”, como escribió José Luis Borges, sería reunir en un solo lugar todo lo escrito, pensado, dibujado, fotografiado y grabado sobre algún tema. La mítica biblioteca de Alejandría fundada en el siglo III a.C. ya nos habla de este anhelo de la humanidad de reunir en un solo lugar todo el conocimiento acumulado. Hoy, con el creciente desarrollo de las tecnologías de información y comunicación esto parece un poco más cercano. A través de la Biblioteca Nacional Digital, tomando conciencia de los pasos que se han ido dando, pero también de las tareas pendientes, la Biblioteca Nacional de Chile asume el desafío de ofrecer a sus usuarios del siglo XXI nuevas formas de acceder a la información y al conocimiento, y acercarse un poco más al cumplimiento de unos de sus ejes centrales de desarrollo: una Biblioteca Nacional al alcance de toda su comunidad, pero con el sueño de la biblioteca universal.



Fachada Biblioteca Nacional y cerro Santa Lucía, 2011 (Josefina López -DIBAM)

Bibliografía y fuentes

Alejandro Bancalari

La biblioteca en el mundo clásico: De Alejandría a la Biblioteca Nacional

Agati, Maria Luisa, *Il libro manoscritto da Oriente a Occidente. Per una codicologia comparata*, Roma, L'Erma di Bretschneider, 2009.

Amiano Marcelino, *Historia*, Arnaldo Mondadori, Milano, 2001.

Aulo Gelio, *Noches Áticas*, Madrid, Akal, 2009.

Barnes, Robert, “Cloistered Bookworms in the Chicken-Coop of the Muses: The Ancient Library of Alexandria”, en Roy MacLeod (editor), *The Library of Alexandria: Centre of Learning in the Ancient World*, Londres, I.B. Tauris & Co. Ltd., 2000, pp. 61–77.

Bauza, Hugo Francisco, “La biblioteca de Filodemo”, en *Semanas de Estudios Romanos*, N° 14, Valparaíso, 2008, pp. 163–175.

Berti, Monica y Virgilio Costa, *La Biblioteca di Alessandria. Storia di un paradiso perduto*, Roma, Tored, 2010.

Brazil, Wendy, “The Umbilicus of the Ancient World”, en Roy MacLeod (editor), *The Library of Alexandria: Centre of Learning in the Ancient World*, Londres, I.B. Tauris & Co. Ltd., 2000, pp. 35–59.

Canfora, Luciano, *La Biblioteca Scomparsa*, Palermo, Sellerio Editore Palermo, 1986 (2da. edición 2012).

Canfora, Luciano, “Le biblioteche Ellenistiche”, en Guglielmo Cavallo (editor), *Le biblioteche nel mondo antico e medievale*, Roma, Laterza, 1988 (2da. edición 2012), pp. 5–28.

Casson, Lionel, *Biblioteche del mondo antico*, Milano, Sylvestre Bonnard, 2005.

Cavallo, Guglielmo (editor), *Le biblioteche nel mondo antico e medievale*, Roma, Laterza, 1988 (2da. edición 2012).

Cavallo, Guglielmo (editor), “Entre el volumen y el códex. La lectura en el mundo romano”, en Guglielmo Cavallo y Roger Chartier (edito-

res), *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Madrid, Taurus, 1998, pp. 95–133.

Cavallo, Guglielmo (editor), “In ultima analisi”, en Yves Perrin (editor), *Bibliothèques, livres et culture écrite dans l’empire romain de César à Hadrien*, Bruselas, Latomus, 2010, pp. 389–396.

Cavallo, Guglielmo y Roger Chartier, *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Madrid, Taurus, 1998.

Cicerón, *Atico*, Madrid, Akal, 1992.

Delia, Diana, “From Romance to Rhetoric: The Alexandrian Library in Classical and Islamic Traditions”, en *American Historical Review*, volumen 97, Nº 5, Bloomington, 1992, pp. 1.449–1.467.

Dorandi, Tiziano, “La “Villa dei Papiri” a Ercolano e la sua biblioteca”, en *Classical Philology*, volumen 90, Nº 2, Chicago, 1995, pp. 168–182.

Eco, Umberto, *El Nombre de la Rosa*, Barcelona, Lumen, 1988.

Estrabón, *Geografía*, Madrid, Gredos, 1991.

Eunapio, *Vida de los Sofistas*, Roma, Istituto Poligrafico dello Stato, 1956.

Fedeli, Paolo, “Biblioteche private e pubbliche a Roma en el mondo romano”, en Guglielmo Cavallo (editor), *Le biblioteche nel mondo antico e medievale*, Roma, Laterza, 2012 (2da. edición), pp. 29–64.

Fernández Gracia, Ricardo, “Palafox y su pasión por los libros”, en *Revista Artes de México*, Nº 68, México D.F., 2003, pp. 39–48.

Galeno, *Tratados Filosóficos y autobiográficos*, Madrid, Gredos, 2004.

García, Idalia, “El conocimiento histórico del libro y la biblioteca novohispanos. Representación de las fuentes originales”, en *Información, Cultura y Sociedad*, Nº 17, Ciudad de México, 2007, pp. 69–96.

Gargan, Luciano, “Gli Umanisti e la biblioteca pubblica”, en Guglielmo Cavallo (editor), *Le biblioteche nel mondo antico e medievale*, Roma, Laterza, 2012 (2da. edición), pp. 163–186.

Grafton, Anthony, “El lector humanista”, en Guglielmo Cavallo y Roger Chartier (editores), *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Madrid,

Taurus, 1998, pp. 281–328.

Hamesse, Jacqueline, “El modelo escolástico de la lectura”, en Guglielmo Cavallo y Roger Chartier (editores), *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Madrid, Taurus, 1998, pp. 157–185.

Harris, William, “Why Did the Codex Supplant the Book–Roll?”, en John Monfasani y Ronald G. Musto (editores), *Renaissance Society and Culture. Essays in Honor of Eugene F. Rice, Jr.*, Nueva York, Italica Press, 1991, pp. 71–85.

Harris, William, *Ancient Literacy*, Cambridge, Massachusetts, London, Harvard University Press, 1991.

Isidoro, *Etymologias*, Madrid, La Editorial Católica, 1951.

Keith, Dix, “The Library of Lucullus”, en *Athenaeum*, volumen 88, Nº 1, Pavia, 2000, pp. 441–464.

Lee Too, Yun, *The Idea of the Library in the Ancient World*, Oxford, Oxford University Press, 2010.

Lieu, Samuel N.C., “Scholars and Students in the Roman East”, en Roy MacLeod (editor), *The Library of Alexandria: Centre of Learning in the Ancient World*, Londres, I.B. Tauris & Co. Ltd., 2000, pp. 127–142.

McCormick, Michael, “The bird of the codex and the Apostolic Lifestyle”, en *Scriptorium*, volumen 39, Nº 1, Bélgica, 1985, pp. 150–158.

MacLeod, Roy (editor), *The Library of Alexandria: Centre of Learning in the Ancient World*, Londres, I.B. Tauris & Co. Ltd., 2000.

Marcial, *Epigramas*, Madrid, Gredos, 1978.

Martínez, José Luis, “Las primeras bibliotecas públicas en Nueva España”, en *Artes de México*, Nº 68, México D.F., 2003, pp. 34–37.

Meneghini, Roberto, “Le biblioteche pubbliche di Roma nell’ alto impero”, en Yves Perrin (editor), *Neronia VIII: bibliothèques, livres et culture écrite dans l’empire romain de César à Hadrien: actes du VIII Colloque international de la SIEN (Paris, 2–4 octobre 2008)*, Bruselas, Éditions Latomus, 2010, pp. 32–40.

Montiel, Alejandro, “El rescate de la biblioteca Palafoxiana”, en *Artes de*

México, N° 68, México D.F., 2003, pp. 53–56.

Monfasani, John y Ronald G. Musto (editores), *Renaissance Society and Culture. Essays in Honor of Eugene F. Rice, Jr.*, Nueva York, Italica Press, 1991.

Morriello, Rossana, “Storia e mito della Biblioteca di Alessandria nel romanzo di Denis Guedj”, en *Biblioteche oggi*, N° 6, Milán, 2004, pp. 62–63.

Munk Olsen, Birger, “Le biblioteche del XII secolo negli inventari dell’epoca”, en Guglielmo Cavallo (editor), *Le biblioteche nel mondo antico e medievale*, Roma, Laterza, 2012 (2da. edición), pp. 137–162.

Palou Pérez, Pedro Angel, “Breve noticia de la biblioteca Palafoxiana”, en *Artes de México*, N° 68, México D.F., 2003, pp. 50–52.

Pesando, Fabrizio, *Libri e biblioteche*, Roma, Quasar, 1994.

Perrin, Yves (editor), *Neronia VIII: bibliothèques, livres et culture écrite dans l’empire romain de César à Hadrien: actes du VIII Colloque international de la SIEN (Paris, 2–4 octobre 2008)*, Bruselas, Éditions Latomus, 2010.

Petrucchi, Armando, “Biblioteca, libri, scritture nella Napoli Aragonese”, en Guglielmo Cavallo (editor), *Le biblioteche nel mondo antico e medievale*, Roma, Laterza, 2012 (2da. edición), pp. 187–202.

Plutarco, *Vida de Antonio*, Madrid, Gredos, 2010.

Plutarco, *Vida de Emilio Paulo*, Madrid, Gredos, 2008.

Plutarco, *Vida de Sila*, Madrid, Gredos, 2007.

Potts, Daniel, “Before Alexandria: Libraries in the Ancient Near East”, en Roy MacLeod (editor), *The Library of Alexandria: Centre of Learning in the Ancient World*, Londres, I.B. Tauris & Co. Ltd., 2000, pp. 19–33.

Quintiliano, *Institución Oratoria*, Milano, Bur, 1997.

Saenger, Paul, “La lectura en los últimos siglos de la Edad Media”, en Guglielmo Cavallo y Roger Chartier (editores), *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Madrid, Taurus, 1998, pp. 187–230.

Skeat, Theodore Cressy, “The Origin of the Christian Codex”, en *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik*, N° 102, Colonia, 1994, pp. 263–268.

Svenbro, Jesper, “La Grecia arcaica y clásica. La invención de la lectura silenciosa”, en Guglielmo Cavallo y Roger Chartier (editores), *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Madrid, Taurus, 1998, pp. 55–93.

Suetonio, *Vida de los doce Césares*, Madrid, Gredos, 1992.

Ward, John, “Alexandria and its Medieval Legacy: The Book, the Monk and the Rose”, en Roy MacLeod (editor), *The Library of Alexandria: Centre of Learning in the Ancient World*, Londres, I.B. Tauris & Co. Ltd., 2000, pp. 163–179.

Wittmann, Reinhard, “¿Hubo una revolución en la lectura a finales del siglo XVIII?”, en Guglielmo Cavallo y Roger Chartier (editores), *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Madrid, Taurus, 1998, pp. 435–472. Disponible en www.bne.es/es/LaBNE/Historia/docs/historia_BNE.pdf.

Francisca Leiva La independencia letrada

Anales de la Universidad de Chile, octubre-diciembre de 1857, mayo de 1858, Santiago.

Amunátegui, Miguel Luis, *La crónica de 1810*, Santiago, Imprenta Barcelona, 1911.

Archivo Nacional, Fondo Biblioteca Nacional, volúmenes III y IV, correspondencias y decretos, 1852–1870.

Archivo de don Bernardo O’Higgins, tomos III, VIII y XI, Santiago, Nascimento, 1942–1951.

Asociación de Bibliotecas Nacionales de Iberoamérica, *Historia de las Bibliotecas Nacionales de Iberoamérica: pasado y presente*, México D.F., Asociación de Bibliotecas Nacionales de Iberoamérica, UNAM, 1995.

Catalán, Gonzalo y Bernardo Jorquera, *Biblioteca Nacional de Chile: 1813–1988*, Santiago, Andrés Bello, 1988.

Catalán, Gonzalo y Bernardo Jorquera, “Biblioteca Nacional de Chile”, en Asociación de Bibliotecas Nacionales de Iberoamérica, *Historia de las Bibliotecas Nacionales de Iberoamérica. Pasado y presente*, México D.F., Asociación de Bibliotecas Nacionales de Iberoamérica y Universidad

Nacional Autónoma de México, 1995, pp. 133-192.

Cifuentes, Abdón, *Memorias*, Santiago, Nascimento, 1936.

Diario de Documentos del Gobierno, N° 12, Santiago, 31 de octubre de 1825.

Egaña, Juan, *Épocas y Hechos Memorables de Chile por el Doctor don Juan Egaña. 1810-1814*, disponible en http://www.historia.uchile.cl/CDA/fh_article/0,1389,SCID%253D19279%2526ISID%253D405%2526PR T%253D19278%2526JNID%253D12,00.html.

El Monitor Araucano, N° 57, 19 de agosto de 1813.

Gazeta Ministerial de Chile, Santiago, junio de 1818-septiembre de 1820.

La Gazeta del Gobierno de Chile, 9 de noviembre de 1815.

Letelier, Valentín, *Sesiones de los Cuerpos Legislativos*, tomos I, IV y X, Santiago, Imprenta Cervantes, 1884, 1887 y 1890.

Medina, José Toribio, *Historia de la Real Universidad de San Felipe de Santiago de Chile*, Santiago, Universo, 1828.

Prospecto de la *Aurora de Chile*, disponible en http://www.memoriachilena.cl/temas/documento_detalle.asp?id=MC0005001.

Salas, Manuel, *Escritos de Don Manuel de Salas y documentos relativos a él y a su familia*, Santiago, Imprenta Cervantes, 1910-1914.

Serrano Sol, et. al., *Historia de la Educación en Chile (1810-2010). Aprender a leer y a escribir (1810-1880)*, tomo I, Santiago, Taurus, 2012.

Silva Castro, Raúl, *Los primeros años de la Biblioteca Nacional (1813-1824)*, Chile, Sociedad de Bibliófilos Chilenos, 1951.

Viva la Patria, *Gazeta del Rey*, N° 5, Santiago, 26 de marzo 1817.

Iván Jaksic

De colección privada a colección nacional: Los libros de Andrés Bello

Amunátegui, Miguel Luis, “Don Andrés Bello,” en *Ensayos biográficos*, Santiago, Imprenta Nacional, 1893-1896.

Amunátegui, Miguel, *Vida de Don Andrés Bello*, Santiago, Impreso por Pedro G. Ramírez, 1882.

Anales de la Universidad de Chile, Santiago.

Arriagada Herrera, Julio, “Un hogar para el libro y el estudioso creó en 1813 la Biblioteca Nacional”, en *Biblioteca Nacional, Sesquicentenario de la fundación*, Santiago, Ediciones de la Revista Mapocho, 1963.

Ávila Martel, Alamiro de, *Andrés Bello y los libros*, Santiago, Fondo Andrés Bello, 1981.

Bello, Andrés, “Al Ministro de Instrucción Pública”, Santiago, 12 de mayo de 1857, en *Obras Completas de Andrés Bello*, Caracas, La Casa de Bello, tomo XXI, pp. 612-613.

Bello, Andrés, “Biblioteca Nacional”, *Anales de la Universidad de Chile*, tomo 31, julio 1868, Santiago, pp. 84-88.

Bello, Andrés, “Memoria correspondiente al curso de la instrucción pública durante el quinquenio 1854-1858”, en *Obras completas de Andrés Bello*, Caracas, La Casa de Bello, tomo XXI, pp. 163-164.

Bello, Andrés, *Obras completas*, Caracas, La Casa de Bello, 1981-1984.

Briseño, Ramón, *Estadística bibliográfica de la literatura chilena, 1812-1876*, Santiago, Editorial Universitaria, 1966.

Cavallo, Guglielmo y Roger Chartier (editores), *A History of Reading in the West*, Amherst y Boston, University of Massachusetts Press, 2003.

Feliú Cruz, Guillermo, “Introducción,” en Ramón Briseño, *Estadística bibliográfica de la literatura chilena, 1812-1876*, Santiago, Editorial Universitaria, 1966.

Fundación La Casa de Bello, *Bello y Londres*, Caracas, La Casa de Bello, 1980-1981.

Grases, Pedro, “Andrés Bello y la Universidad de Caracas. Dictamen sobre la biblioteca universitaria”, en *Estudios sobre Andrés Bello*, Caracas, Barcelona, México, Editorial Seix Barral, 1981, tomo II, pp. 249-257.

Jaksic, Iván, “El Bello de Miguel Luis Amunátegui”, en *Boletín de la Academia Venezolana de la Lengua*, año LXXV, N° 201, enero-diciem-

bre 2008, Caracas, pp. 181-185.

Lastarria, José Victorino, “Recuerdos del Maestro”, en *Suscripción de la Academia de Bellas-Letras a la estatua de don Andrés Bello*, Santiago, Imprenta de la Librería del Mercurio, 1874.

Lastarria, José Victorino, *Recuerdos literarios*, Santiago, Librería de M. Servat, 1885 (2da. edición).

Mizón, Luis, *Claudio Gay y la formación de la identidad cultural chilena*, Santiago, Editorial Universitaria y Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, 2001.

Petrucchi, Armando, “Reading to Read: A Future for Reading”, en Guglielmo Cavallo y Roger Chartier (editores), en *A History of Reading in the West*, Amherst y Boston, University of Massachusetts Press, 2003.

“Sesión extraordinaria del 16 de octubre de 1865”, en *Anales de la Universidad de Chile*, tomo 27, octubre-diciembre de 1865, pp. 463-468.

Sunyer, Pi, *Patriotas americanos en Londres*, Caracas, Monte Ávila, 1978.

Uslar Pietri, Arturo, *Los libros de Miranda*, Caracas, La Casa de Bello, 1979.

Velleman, Barry, *Andrés Bello y sus libros*, Caracas, La Casa de Bello, 1995.

Gertrudis Payàs

La huella de la traducción en la Biblioteca Nacional

Alonso, Iciar, “El extravagante caso del *Diccionario filosófico portátil* de Voltaire. Traducción y cultura en el Chile del siglo XIX”, en Francisco Lafarga y Luis Pegenaute (editores), *Aspectos de la historia de la traducción en Hispanoamérica: autores, traducciones y traductores*, Vigo, Academia del Hispanismo, pp. 25-36.

Amunátegui, Miguel Luis, *Camilo Henríquez*, Santiago, Imprenta Nacional, 1889.

Archivo Histórico Nacional, Archivos documentales de la Biblioteca Nacional.

Asociación de Bibliotecas Nacionales de Iberoamérica, *Historia de las Bibliotecas Nacionales de Iberoamérica: pasado y presente*, México D.F., Asociación de Bibliotecas Nacionales de Iberoamérica, UNAM, 1995.

Briseño, Ramón, “Recuerdos de la antigua Biblioteca Nacional”, en *Mapocho* (Suplemento dedicado al Sesquicentenario de la fundación, 1813-19: homenajes, historia, crónica, recuerdos, álbum de la Biblioteca), Santiago, 1963, pp. 173-176.

Brown, Charles H., *Insurrección en Magallanes. Relación del apresamiento y escapada del capitán Chas. H. Brown del poder de los penados chilenos* (José Toribio Medina, traductor), Santiago, Imprenta Universitaria, 1923.

Brouwer, Hendrick, “Relación del viaje de Hendrick Brouwer a Valdivia en 1643” (José Toribio Medina, traductor), en *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N° 52, Santiago, 1923, pp. 78-127.

Chartier, Roger, *El orden de los libros*, Editorial Gedisa, Barcelona, 1994.

Coffin, Isaac Forster, *Diario de un joven norte-americano detenido en Chile durante el periodo revolucionario de 1817 a 1819* (José Toribio Medina, traductor), Santiago, Imprenta Elzeviriana, 1898.

El Monitor Araucano, Santiago, septiembre y octubre de 1813.

Foz, Clara y Gertrudis Payàs, “Las bibliografías hispanoamericanas coloniales y las bibliotecas americanas europeas como fuentes para la historia de la traducción”, en Andrea Pagni, Gertrudis Payàs y Patricia Willson, (coordinadoras), *Traductores y traducciones en la historia cultural de América Latina*, México D.F., UNAM Serie El Estudio, 2011, pp. 213-250.

Gilbert Farquhar Mathison, “Santiago y Valparaíso ahora un siglo. Relato de un viajero inglés”, en *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N° 46, Santiago, 1922, pp. 16-46.

Goldman, Noemí, “Las garantías individuales en el primer constitucionalismo hispánico”, en F. Lafarga y L. Pegenaute (editores), *Lengua, cultura y política, en la historia de la traducción en Hispanoamérica*, Vigo, Academia del Hispanismo, 2012, pp. 119-126.

González Stephan, Beatriz y Juan Poblete (editores), *Andrés Bello y los estudios latinoamericanos*, Pittsburgh, Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, 2009.

Jaksić, Iván, “El poeta Longfellow y su impacto en Chile e Hispanoamérica”, en *Anales de Literatura Chilena*, N° 12, 2009, Santiago, pp. 39-52.

Johnston, Samuel Burr, *Cartas escritas durante una residencia de tres años en*

- Chile..., Santiago-Valparaíso, Soc. Imprenta-Litografía Barcelona, 1917.
- Lafarga, Francisco y Luis Pegenaute (editores), *Aspectos de la historia de la traducción en Hispanoamérica: autores, traducciones y traductores*, Vigo, Academia del Hispanismo, 2012.
- Lafarga, Francisco y Luis Pegenaute (editores), *Lengua, cultura y política en la historia de la traducción en Hispanoamérica*, Vigo, Academia del Hispanismo, 2012.
- Longeville, Richard, *Memorias de un Oficial inglés al servicio de Chile durante los años de 1821-1829*, Santiago, Imprenta Universitaria, 1923.
- Medina, José Toribio, *Biblioteca Chilena de Traductores (1820-1924)*, segunda edición, corregida y aumentada por Gertrudis Payàs y la colaboración de Claudia Tirado, Santiago, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, 2007.
- Medina, José Toribio (traductor), *Diario de un tipógrafo yanqui en Chile y Perú durante la guerra de Independencia*, Madrid, Editorial América, Biblioteca de la Juventud Hispano-Americana, 1919.
- Medina, José Toribio, *Diccionario de anónimos y seudónimos hispanoamericanos*, Buenos Aires, Imprenta de la Universidad, 1925.
- Medina, José Toribio (traductor), *Evangelina, cuento de la Acadia*, Santiago, Imprenta de la librería de El Mercurio, 1874.
- Medina, José Toribio, *La literatura femenina de Chile*, Santiago, Imprenta Universitaria, 1923.
- Morla, Carlos (traductor), *Evangelina, romance de la Acadia*, Nueva York, Imprenta de Eduardo O. Jenkins, 1871.
- Pagni, Andrea, Gertrudis Payàs y Patricia Willson (coordinadoras), *Traductores y traducciones en la historia cultural de América Latina*, México D.F., UNAM Serie El Estudio, 2011.
- Payàs, Gertrudis, "Introducción", en José Toribio Medina, *Biblioteca Chilena de Traductores (1820-1924)*, Santiago, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, 2007.
- Pereira Salas, Eugenio, "J.T. Medina, traductor de Longfellow", en *Ateenea*, tomo CVII, N° 327-328, Concepción, 1952, pp. 381-393.

Pigafetta, Antonio, *Viaje desde Sevilla hasta el Estrecho de Magallanes, Colección de Documentos Inéditos para la Historia de Chile*, tomo II, Santiago, Imprenta Ercilla, 1888.

Pinelo, León, *Epítome de una Biblioteca Oriental i Occidental, Náutica y Geográfica*, Madrid, Imprenta de Juan González, 1629.

Poblete, Juan, "Andrés Bello y la lectura. Prácticas autoriales y lectoras en el espacio público americano", en Beatriz González Stephan y Juan Poblete (editores), *Andrés Bello y los estudios latinoamericanos*, Pittsburgh, Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, 2009, pp. 331-363.

Zamudio, José, *Medina y la bibliografía*, Santiago, Nascimento, 1952.

Sol Serrano

Entre el conocimiento útil y la mera imaginación: el lector tiene la palabra

Altick, Richard D., *The English Common Reader. A Social History of Mass Reading Public, 1800-1900*, Columbus, Ohio State University Press, 1988 (2da. edición).

Archivo Nacional, Fondo Biblioteca Nacional.

Biblioteca Nacional de Chile, *Biblioteca Nacional, Sesquicentenario de la Fundación 1813-19 agosto-1963. Homenajes, historia-crónica-recuerdos álbum de la Biblioteca*, Santiago, Edición de la Biblioteca Nacional, 1963.

Biblioteca Nacional: 180 años de cultura chilena: 1813-1993, Santiago, La Biblioteca, 1993.

Biblioteca Nacional, 190 años de historia: 1813-2003, Santiago, La Biblioteca, 2003.

Boletín de la Biblioteca Nacional, Santiago.

Briseño C., Ramón, "El centenario de la Biblioteca Nacional ; Recuerdos de la antigua Biblioteca Nacional", en Biblioteca Nacional de Chile, *Biblioteca Nacional, Sesquicentenario de la Fundación 1813-19 agosto-1963. Homenajes, historia-crónica-recuerdos álbum de la Biblioteca*, Santiago, Edición de la Biblioteca Nacional, 1963.

Catalán, Gonzalo y Bernardo Jorquera, *Biblioteca Nacional de Chile: 1813-1988*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1988.

Darnton, Robert, “History of Reading”, en Peter Burke (editores), *New Perspectives on Historical Writing*, Cambridge, Polity Press, 1991.

Memoria de Justicia Culto e Instrucción Pública.

Oficina Central de Estadísticas, *Anuario Estadístico*, Santiago, La Oficina, 1860-1927.

Serrano, Sol, et. al., *Historia de la Educación en Chile (1810-2010). La educación nacional (1880-1930)*, tomo II, Santiago, Taurus, 2012.

Silva Cruz, Carlos, “Recuerdos de la Biblioteca Nacional”, en *Biblioteca Nacional. Sesquicentenario de la fundación 1813-19 agosto-1963. Homenajes, historia-crónica-recuerdos álbum de la Biblioteca*, Santiago, Edición de la Biblioteca Nacional, 1963.

Wittman, Reinhard, “¿Hubo una revolución en la lectura a finales del siglo XVIII?”, en Guglielmo Cavallo y Roger Chartier, *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Madrid, Taurus, 1998.

Sebastián Hernández

La Biblioteca Nacional del siglo XX

Alone, *Pretérito Imperfecto. Memorias de un crítico literario*, Santiago, Editorial Nascimento, 1976.

Archivo Nacional, Fondo Biblioteca Nacional.

Archivo Nacional, Fondo Inspección General Pública.

Archivo Nacional, Fondo Ministerio de Educación, Archivo Nacional de la Administración.

Archivo Nacional, Fondo Ministerio de Obras Públicas.

Correa, Sofia, et. al., *Historia del siglo XX chileno*, Santiago, Editorial Sudamericana, 2007.

D’Halmar, Augusto, *Recuerdos olvidados*, Santiago, Editorial Nascimento, 1975.

Donoso, Armando, *Conversaciones con don Arturo Alessandri*, Santiago, Editorial Ercilla, 1934.

El Diario Ilustrado, Santiago.

El Mercurio, Santiago.

Galdames, Luis, “Ciencias Sociales”, en Eduardo Poirier, *Chile en 1908*, Santiago, Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona, 1909, pp. 241-248.

García, Marina, *La Biblioteca Nacional de Chile*, Santiago, Monografía Seminario Historia de la Arquitectura, Universidad de Chile, 1959.

González Vera, José Santos, *Algunos*, Santiago, Nascimento, 1967.

Informe acerca del local en que debe quedar definitivamente instalada la Biblioteca Nacional, Santiago, Imprenta Cervantes, 1907.

Labarca, Guillermo, “Misión social de la Biblioteca”, en *Las Últimas Noticias*, 3 de septiembre de 1913, p. 5.

“La Biblioteca Nacional, colocación de la primera piedra”, en *Revista Chilena de Historia Natural*, N° 6, Santiago, diciembre de 1913, pp. 273-291.

La Lei, Santiago.

La Mañana, Santiago

La Nación, Santiago.

Latorre, Mariano, *Memorias y otras confidencias*, Santiago, Editorial Universitaria, 1971.

Las Últimas Noticias, Santiago.

Mac-Iver, Enrique, *Sobre la crisis moral de la República*, Santiago, Imprenta Moderna, 1900.

Muñoz, María Angélica, “Los salones literarios en Chile y otras instancias culturales”, en *Revista Universitaria*, N° 48, Santiago, 1995, pp. 10-14.

Nieto del Río, Félix, *Crónicas Literarias*, Santiago, Imprenta Cervantes, 1912.

Paredes, Fanor, “La Biblioteca Nacional, colocación de la primera piedra”, en *Revista Chilena de Historia Natural*, N° 6, Santiago, diciembre de 1913.

Recabarren, Luis Emilio, *Ricos y pobres*, Santiago, LOM Ediciones, 2010.

Reyes, Soledad, *Chile en 1910. Una mirada cultural en su Centenario*, Chile, Editorial Sudamericana, 2004.

Rinke, Stefan, *Cultura de masas: reforma y nacionalismo en Chile*, Santiago, Centro de Investigación Diego Barros Arana, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Universidad Católica de Valparaíso, Katholische Universität Eichstätt, 2002.

Santiván, Fernando, *Confesiones de Santiván: Recuerdos literarios*. Santiago, Zig-Zag, 1958.

Tesler, Mario, *Paul Groussac en la Biblioteca Nacional*, Buenos Aires, Biblioteca Nacional, 2006.

Valdés Cange, Julio (Alejandro Venegas), *Sinceridad: Chile íntimo en 1910*, Santiago, Editorial Universitaria, 1910.

The Southern Cross, Instituto Inglés, Santiago, 1901-1913.

Zig-Zag, 1926, Santiago.

Patricio Lizama

Intelectuales, manifiestos y poemas en prosa: *Los Diez* y *Claridad*

Altamirano, Carlos (director), *Historia de los intelectuales en América Latina. Tomo II, Los avatares de la "ciudad letrada" en el siglo XX*, Uruguay, Katz Editores, 2010.

Altamirano, Carlos y Beatriz Sarlo, *Literatura/Sociedad*, Buenos Aires, Hachette, 1983.

Aullón de Haro, Pedro, "Teoría del poema en prosa", disponible en http://rua.ua.es/dspace/bitstream/10045/7129/1/POEMA_EN_PROSA.pdf.

Bergel Martín y Ricardo Martínez Mazzola, "América Latina como práctica. Modos de sociabilidad intelectual de los reformistas universitarios (1918-1930)", en Carlos Altamirano (director), *Historia de los intelectuales en América Latina. Tomo II, Los avatares de la "ciudad letrada" en el siglo XX*, Uruguay, Katz Editores, 2010, pp. 119-145.

Bourdieu, Pierre, *Las reglas del arte*, Barcelona, Anagrama, 1995.

Brunner, José Joaquín, "Cultura y crisis de hegemonías", en José Joaquín Brunner y Gonzalo Catalán, *Cinco estudios sobre cultura y sociedad*, Santiago, FLACSO, 1985, pp. 13-68.

Brunner, José Joaquín y Gonzalo Catalán, *Cinco estudios sobre cultura y sociedad*, Santiago, FLACSO, 1985.

Claridad, Santiago, 1921-1923.

Cipollini, Rafael, *Manifiestos argentinos: políticas de lo visual 1900-2000*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2003.

Durán, Fernando, "Los Diez y la literatura chilena" en Valeria Maino, Jorge Elizalde y Adolfo Ibáñez, *Los Diez en el arte chileno del siglo XX*, Santiago, Instituto Cultural de Providencia, 1976, pp. 17-27.

Elizalde, Jorge y Valeria Maino, "Algunas notas y anécdotas sobre Los Diez", en Valeria Maino, Jorge Elizalde y Adolfo Ibáñez, *Los Diez en el arte chileno del siglo XX*, Santiago, Instituto Cultural de Providencia, 1976, pp. 69-79.

Loyola, Hernán, "Diego Muñoz y Tomás Lago: memorias en torno a Neruda", en *Anales de Literatura Chilena*, N° 19, Santiago, 2013, pp. 255-286.

Moraga, Fabio, *Muchachos casi silvestres. La Federación de Estudiantes y el movimiento estudiantil chileno. 1906-1936*, Santiago, Universidad de Chile, 2007.

Muñoz, Diego, *Memorias: recuerdos de la bohemia nerudiana*, Santiago, Mosquito, 1999.

Prado, Pedro, *Alsino*, Santiago, Nascimento, 1974.

Prado, Pedro, *Obras Completas*, Santiago, Origo Ediciones, 2010.

Revista Los Diez (1916-1917). Reedición, edición, recopilación y notas de Verónica Méndez y Gonzalo Montero, Santiago, Cuarto Propio, 2011.

Said, Edward, *Representaciones del intelectual*, Barcelona, Paidós, 1996.

Santa Cruz, Eduardo y Carlos Ossandón, *El estallido de las formas: Chile en los albores de la "cultura de masas"*, Santiago, LOM Ediciones, 2005.

Subercaseaux, Bernardo, *Historia de las ideas y de la cultura en Chile: El*

centenario y las vanguardias, tomo III, Santiago, Universitaria, 2004.

Utrera, María Victoria, *Teoría del poema en prosa*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1999.

Teitelboim, Volodia, *Notas de un concierto europeo*, Santiago, LOM Ediciones, 1998.

Tenreiro, Salvador, *El poema plural*, Caracas, Ediciones La Casa de Bello, 1989.

Williams, Raymond, *Cultura: sociología de la comunicación y el arte*, Barcelona, Paidós, 1981.

Pedro Lastra

La revista *Índice* y la Biblioteca Nacional

Índice, Santiago, 1930-1932.

Latcham, Ricardo, *Páginas escogidas*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1969.

Meza Fuentes, Roberto, *Los trágicos días de Más Afuera*, Santiago, LOM Ediciones, 1986.

Roberto Aguirre

La Biblioteca Nacional en la era digital

Aguirre, Roberto, “Patrimonio nacido digital: desafíos e implicancias para su preservación” [en línea], Abinia Informa [en línea], 2008, volumen 7, N°s 1 y 2, [visitado el 25 de julio de 2013]. Disponible en: <http://www.abinia.org/boletin/7-1/temas.htm>.

Biblioteca Nacional de Chile. “Gestión de colecciones digitales”, [en línea] Santiago, Comité Digital, 2008, [visitado en junio de 2012]. Disponible en: http://comitedigital.bn.cl/sites/cdbn.bn.cl/files/file/GESTION_DE_COLECCIONES_DIGITALES.pdf.

Biblioteca Nacional de Chile, “Nosotros”, [en línea], [visitado en febrero de 2013]. Disponible en: http://www.bibliotecanacional.cl/Vistas_Publicas/publicContenido/contenidoPublicDetalle.aspx?folio=5154&idioma=0.

Dunsire, Gordon, “National Libraries and identity in the Semantic Web”

[en línea], Madrid, cita en la Biblioteca Nacional de España, “National libraries and identity in the Semantic Web”, 14 de Diciembre de 2011, [visitado el 25 de julio de 2013]. Disponible en: <http://www.slideshare.net/bne/national-libraries-and-identity-in-the-semantic-web>.

Hunter, David, “Thriving or surviving: The National Lybrary of Scotland 2030” [en línea], Karen Brown, Edimburgo, Biblioteca Nacional de Escocia, febrero 2010, [visitado el 25 de julio de 2013]. Disponible en: <http://www.nls.uk/media/808985/future-national-libraries.pdf>.

Margaix Arnal, Dídac, *El OPAC Social, el catálogo en la Biblioteca 2.0. Aplicación y posibilidades en las bibliotecas universitarias*, 10as Jornadas Españolas de Documentación, Santiago de Compostela, Fesabid, 2007.

Merlo Vega, José Antonio, “Servicios digitales en ámbitos bibliotecarios: tendencias y reflexiones” en *Boletín de la ANABAD*, 2004, volumen 54 (1-2), 2004, pp. 377-385.

O'Reilly, T., “What is web 2.0: Design patterns and business models for the next generation of software”, [en línea], 2005, [visitado en febrero de 2013]. Disponible en: <http://www.oreillynet.com/pub/a/oreilly/tim/news/2005/09/30/what-is-web-20.html>.

Biblioteca Nacional. Patrimonio republicano de Chile, es una
publicación con motivo de los 200 años de la
Biblioteca Nacional de Chile.



